

José Luis Sáez, S.J.  
Mons. Ricardo Pittini, S.D.B.

# Monseñor Pittini

17

SERIE  
HOMBRES DE IGLESIA

SANTO DOMINGO,  
REPÚBLICA DOMINICANA  
2002



“Con ocasión de la inauguración de la Biblioteca Antillense Salesiana (B.A.S), y los cuarenta años de la muerte de Mons. Ricardo Pittini, S.D.B., la Parroquia de San Juan Bosco patrocinó el día 8 de diciembre del año pasado una charla del autor de estas notas sobre la figura eclesial de este cuadragésimo primer arzobispo de Santo Domingo.

En esa fecha, fiesta de la Inmaculada Concepción, se cumplían precisamente sesenta y seis años de la consagración episcopal del arzobispo Pittini, que de pronto dejaba de ser personaje enigmático u olvidado...

pretendo hacer que nos agrade más el arzobispo Pittini. Lo que quisiera en estas breves páginas, y en la selección documental, es aportar algo de lo que fue y de lo que hizo, o lo menos limpiándolo de lo que otros nos han dicho de él, alterándonos así su figura y su difícil carrera. Quizás fue obra de esos mismos “intrigantes, oportunistas, adulones, azorabatos” y demás piropos que dedica Hilda Scott a algunos miembros del clero que le tocó dirigir al arzobispo salesiano, y “se constituyeron en dolor de cabeza” permanente y en su verdadera mitra de plomo.

Mi interés se reduce a documentar en la medida de lo posible desde su llegada al país, —algunos insistirán no sin razón que su envío obedecía por encima de todo a facilitar que se barajara un sucesor al renunciante y anciano Adolfo Alejandro Nouel—, hasta su entierro en aquel rincón reservado a los “publicanos” en su templo de San Juan Bosco en la tarde del 11 de diciembre de 1961.”

José Luis Sáez, S.J.

Santo Domingo, 17 enero 2002







**José Luis Sáez, S.J.  
Mons. Ricardo Pittini, S.D.B.**

# **Monseñor Pittini**

**17**

**SERIE  
HOMBRES DE IGLESIA**

SANTO DOMINGO,  
REPÚBLICA DOMINICANA  
2002



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

SERIE HOMBRES DE IGLESIA No. 17

Director-Editor: Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbro.



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

2002

Primera edición

Diseño y arte final  
Ninón León de Saleme

Impresión  
Amigo del Hogar

Santo Domingo,  
República Dominicana

## Monseñor Pittini

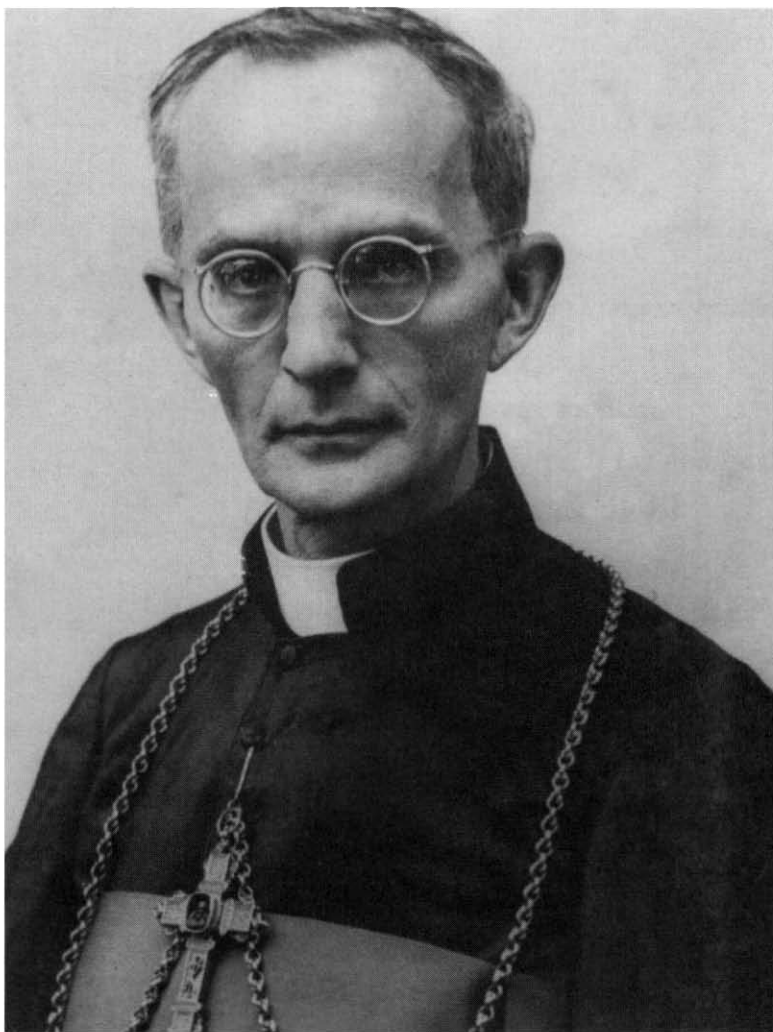


Foto: Colección Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbro.









*“Alguien podrá discutirle la oportunidad  
de sus maniobras;  
pero nadie podrá poner en duda  
la rectitud y el desinterés de las mismas.  
El tiempo, que depura los juicios  
y aquilata las intenciones,  
le otorgará la cumplida justicia”.*

P. José González del Pino, S.D.B.

11 de diciembre de 1961



# Contenido

Presentación .....	13
--------------------	----

## **Primera Parte**

Resumen de una vida 1876-1961

*José Luis Sáez, S.J.*

Ricardo Paolo Pittini, S.D.B. Arzobispo de Santo Domingo 1935-1961 .....	19
Síntesis de una vida misionera .....	19
El Arzobispo que no todos esperaban .....	21
Un Arzobispo con un proyecto eclesial definido .....	26
La difícil relación con un régimen de fuerza .....	31
Los últimos siete años de ambos gobiernos .....	36
Balance provisional de 25 años de gobierno .....	41
Bibliografía .....	42
Marco histórico de una vida 1934-1961 .....	45

## **Segunda Parte**

Selección de Documentos 1934-1961

*José Luis Sáez, S.J.*

Índice de Documentos .....	57
Antología de Documentos 1934-1961 .....	65

## **Tercera Parte**

Memorias Salesianas de un Arzobispo Ciego. 1949

*Mons. Ricardo Pittini*

Palabras del Rector Mayor de los Salesianos Rmo. D. Pedro Ricaldone .....	207
Dedicatoria .....	209



CAPÍTULO I.	
Hacia Don Bosco .....	211
CAPÍTULO II.	
Un ensueño se realiza .....	215
CAPÍTULO III.	
Eflorescencia salesiana .....	219
CAPÍTULO IV.	
Por el mar de las ballenas .....	227
CAPÍTULO V.	
Bodas de oro .....	233
CAPÍTULO VI.	
De la poesía a la prosa .....	237
CAPÍTULO VII.	
Venid y vamos todos .....	241
CAPÍTULO VIII.	
De los bosques a los rascacielos .....	249
CAPÍTULO IX.	
Bajo las cúpulas .....	253
CAPÍTULO X.	
“Crough Patrick” .....	259
CAPÍTULO XI.	
A elegir Rector mayor .....	265
CAPÍTULO XII.	
Con el “Padre de los ríos” .....	271
CAPÍTULO XIII.	
Horizontes de vida nueva .....	275
CAPÍTULO XIV.	
¿Salto en el vacío? No .....	279
CAPÍTULO XV.	
Los secretos caminos de Dios .....	283
CAPÍTULO XVI.	
Al frente de la Iglesia primada .....	287
CAPÍTULO XVII.	
La otra rama .....	291
CAPÍTULO XVIII.	
El viaje del “faro” .....	295



CAPÍTULO XIX.	
Con la madre naturaleza .....	301
CAPÍTULO XX.	
“Ad limina” .....	305
CAPÍTULO XXI.	
En la España redimida .....	311
CAPÍTULO XXII.	
En la patria de Simón Bolívar .....	317
CAPÍTULO XXIII.	
Un encuentro providencial .....	323
CAPÍTULO XXIV.	
¡Casi ciego! .....	327
CAPÍTULO XV.	
? .....	333
CAPÍTULO XVI.	
El canto del cisne .....	335
APÉNDICE	
Carta de S. S. Pío XII .....	339
Carta del Rmo. Pedro Ricaldone .....	340
Palabras de un ciego a los que ven. 1955 .....	343
<i>Mons. Ricardo Pittini</i>	





# Presentación

Con ocasión de la inauguración de la Biblioteca Antillense Salesiana (B.A.S), y los cuarenta años de la muerte de Mons. Ricardo Pittini, S.D.B., la Parroquia de San Juan Bosco patrocinó el día 8 de diciembre del año pasado una charla del autor de estas notas sobre la figura eclesial de este cuadragésimo primer arzobispo de Santo Domingo.

En esa fecha, fiesta de la Inmaculada Concepción, se cumplían precisamente sesenta y seis años de la consagración episcopal del arzobispo Pittini, que de pronto dejaba de ser un personaje enigmático u olvidado, aunque es posible que hasta la misma Iglesia que gobernó durante veinticinco años ha querido olvidar o marginar por razones que se nos escapan a esta distancia o que algunos se llevaron consigo a la tumba.

Unos días antes, y quizás a propósito de esas fechas, la periodista e investigadora Angela Peña publicó dos entregas de un buen reportaje sobre el papel que desempeñó y la época que le tocó en suerte vivir a la Sra. Hilda Schott Michel, la enfermera que asistió durante poco más de cinco años al arzobispo ciego. Y era precisamente ella la que se lamentaba en la primera parte de la entrevista de que Pittini ha sido ignorado por la Iglesia. Y reclamaba “siquiera tener en cuenta que cogió la mitra en una época tan difícil como fue la tiranía”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Angela Peña, “Hilda Schott, la secretaria arzobispal odiada por Trujillo y consentida por Balaguer”, Hoy (5 diciembre 2001), 17, col. 1<sup>a</sup>



Como somos humanos y obedecemos a nuestras convicciones y prejuicios, olvidamos (lo que queremos y aun lo que no queremos), como diría el genial Alain Resnais, muy francés y muy obsesionado con la memoria. Y nuestro olvido va unido a nuestra limitación temporal, es decir, el hecho de que ya no vivimos en el mismo tiempo que nuestros antepasados, por muy cercanos que estén. Y eso hace que no entendamos plenamente cómo fueron, por qué lo fueron, por qué hicieron lo que hicieron y por qué no hicieron lo que a nosotros nos hubiera gustado que hicieran.

No pretendo hacer que nos agrade más el arzobispo Pittini. Lo que quisiera en estas breves páginas, y en la selección documental que sigue, es aclarar algo de lo que fue y de lo que hizo, por lo menos limpiándolo de lo que otros nos han dicho de él, alterándonos así su figura y su difícil carrera. Quizás fue obra de esos mismos “intrigantes, oportunistas, adulones, analfabetos” y demás piropos que dedica Hilda Schott a algunos miembros del clero que le tocó dirigir al arzobispo salesiano, y “se constituyeron en dolor de cabeza” permanente y en su verdadera mitra de plomo.

Para que no resulte reiterativo, y una vez que Juan Esteban Belza, S.D.B. lo cubrió con tanto detalle en 1976, he reducido los rasgos biográficos de Monseñor Pittini a sólo dos páginas. Mi interés se reduce a documentar en la medida de lo posible desde su llegada al país, –algunos insistirán no sin razón que su envío obedecía por encima de todo a facilitar que se barajara un sucesor al renunciante y anciano Adolfo Alejandro Nouel–, hasta su entierro en aquel rincón reservado a los “publicanos” en su templo de San Juan Bosco en la tarde del 11 de diciembre de 1961.

Agradezco sinceramente la cooperación desinteresada de los Padres Salesianos que me facilitaron documentos hasta ahora sólo recordados por los testigos, como los dos sermones del R. P. José González del Pino, S.D.B. De igual manera, a pesar de la vergüenza que me supuso





hablar de quien sólo conocí desde la nave central de la Catedral Primada, debo agradecerles el honor de haberme invitado a preparar esta charla en su forma reducida, y contribuído así a desempolvar y revelar un poco la figura del hombre sencillo y pobre que inició el proceso de modernización de esta Iglesia Dominicana.

José Luis Sáez, S.J.  
Santo Domingo, 17 enero 2002





Primera Parte  
RESUMEN DE UNA VIDA  
1876-1961



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia



# Ricardo Paolo Pittini, S.D.B. Arzobispo de Santo Domingo 1935-1961

## Síntesis de una vida misionera

Ricardo Paolo Pittini, nacido en Tricesimo (Udine, Italia) el 30 de abril de 1876, era hijo de Paolo Pittini y Agostina Piussi. Vistió la sotana a los diez años (8 diciembre 1886), y después de haber completado parte de sus estudios de Filosofía en el Seminario Diocesano, ingresó en el Noviciado Salesiano de Valsalice el 21 de noviembre de 1893. Enviado, según su deseo, a la misión de Uruguay, completó sus estudios de Teología en Las Piedras, recibió las órdenes menores (6 junio 1895), y cuatro años después, el 22 de enero de 1899, sería ordenado sacerdote por Mons. Mariano Soler, Arzobispo de Montevideo. En aquel país pasaría 28 años más (1899-1927), primero como profesor del Colegio San Isidoro (1904-1905), y enseguida como director de los Talleres de Don Bosco (1905-1911), Maestro de Novicios (1911-1922), director del Colegio Pío (1922-1923), y por fin Inspector Provincial de Uruguay y Paraguay, encargado ante todo de la nueva misión del Chaco (1923-1927). El mismo cargo ocuparía luego en el Este de Estados Unidos durante siete años (1927-1934).<sup>1</sup>

Llamado a la República Dominicana por el Rector Mayor para estudiar la factibilidad de establecer una es-

<sup>1</sup>Cfr. *Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Santo Domingo* I:5 (Santo Domingo, Enero 1936), 6-7.



cuela técnica popular; viajó desde Miami el 15 de agosto de 1933, y después de una escala en Port-au-Prince, al día siguiente amarizaba el hidroplano en San Pedro de Macorís. Acompañado del Nuncio Giuseppe Fietta visitó La Vega y Santiago, entrevistándose en esta última con el presidente Rafael L. Trujillo, con quien concretaría el apoyo necesario para la construcción y apertura de la Escuela de Artes y Oficios en la ciudad de Santo Domingo.

Una vez aprobado el plan por sus superiores de Turín, Pittini se trasladó definitivamente al país, –esta vez haría el viaje desde New York en el vapor “Coamo”–, y el 16 de febrero de 1934 llegaba al muelle de Santo Domingo. Poco después comenzaban las obras de la futura escuela, que él dirigiría sólo durante unos veinte meses. Porque el 11 de octubre de 1935, el Papa Pío XI le nombraba Arzobispo de Santo Domingo.<sup>2</sup>

Tomó posesión de su cargo el 24 de octubre, y sería consagrado en su Catedral el 8 de diciembre de ese año, de manos de Joseph Le Gouaze, Arzobispo de Port-au-Prince, asistido de Luis Antonio de Mena, arzobispo titular de Parios, ex-arzobispo coadjutor de Santo Domingo, y Edwin V. Byrne, obispo de San Juan (Puerto Rico).<sup>3</sup>

Desde sus primeros pasos se propuso la modernización de la Iglesia Dominicana. Y esa es la marca definitiva de sus veintiseis años de episcopado, primero como arzobispo de Santo Domingo, y a partir del 25 de septiembre de 1953 como Metropolitano de las primeras dos diócesis sufragáneas del siglo XX (Santiago y La Vega), y la Prelatura nullius de San Juan de la Maguana, a las que se agregaría seis años más tarde la Diócesis de la Altagracia (Higüey).

A pesar de su ceguera progresiva y su débil salud, gobernó la extensa Arquidiócesis de Santo Domingo, apoyado ante todo en su arzobispo coadjutor con derecho a sucesión,

<sup>2</sup>Cfr. *Boletín Eclesiástico* I:4 (Octubre-Diciembre 1935), 2; “Provisio Ecclesiarum”, *Acta Apostolicae Sedis* XXVII:13 (25 noviembre 1935), 441.

<sup>3</sup>Cfr. “Solemne consagración episcopal del Excmo. y Rvdmo. Mons. Ricardo Pittini”, *ibid.*, 10-15.



Octavio A. Beras Rojas, hasta 1960, y durante apenas cinco años (1945-1950) con el obispo auxiliar Felipe Gallego, S.J., destacado casi permanentemente en Santiago de los Caballeros. El arzobispo Pittini falleció en su refugio de la Escuela Taller Laura Vicuña (La Vega) el 10 de diciembre de 1961. Sus restos reposan, según su voluntad, a la entrada de la Parroquia de San Juan Bosco de la Capital.

### **El arzobispo que no todos esperaban**

En torno a la figura del P. Pittini, como le llamarían muchos al principio, se ha tejido una serie de ficciones sin fundamento histórico serio, que junto a su exagerada participación política, han pasado de mano en mano, de un redactor de historia a otro, sin detenerse lo suficiente para constatar los hechos o confrontar los papeles, des- hacer así el mito y dejar que se revele la historia real.

La primera de las historias que rodean la figura del arzobispo Pittini es el anuncio de su elección para suceder al arzobispo Adolfo Alejandro Nouel en la sede primada de Santo Domingo. Hasta hace poco se ha repetido, como si se tratara de uno de esos grandes lienzos románticos de Eduardo Rosales, qué sucedió en la reunión de una parte del clero en La Vega, poco después del 11 de octubre de 1935, convocada por el Nuncio Guiseppe Fietta, estando presente el Administrador Apostólico Can. Eli- seo Pérez Sánchez. La sola mención del nombre del nuevo arzobispo de Santo Domingo resonó como una bomba, sobre todo para los que esperaban que el entonces Administrador Apostólico seguiría gobernando como su cuadragésimo primer arzobispo.

Sin embargo, a principios de septiembre de 1935, es decir, casi seis semanas antes de que Pío XI firmase la Bula *Hodie Nos*, –y mucho antes de que se recibiera el telegrama de Roma–<sup>4</sup>, tanto el arzobispo de Port-au-Prince, Joseph Le Gouaze, como el internuncio Fietta decían abiertamente que

---

<sup>4</sup>Sobre la preconización de Pittini, véase “Provisio Ecclesiarum”, AAS XXVII:13 (25 noviembre 1935), 441; *ibid.* XXVII:14 (31 diciembre 1935), 463.



Pittini sería el nuevo arzobispo de Santo Domingo. Al menos, así lo dejó escrito el P. Augusto Cadoux, M.S.C. en su informe al Consejo Provincial de su congregación (19 septiembre 1935).<sup>5</sup> Además, aunque se trate de uno de esos “secretos pontificios”, ¿no era patente que el P. Pittini formaba parte de la clásica terna de candidatos enviada al Vaticano?

A base de sus encantadoras *Memorias Salesianas de un Arzobispo Ciego* (1949), el P. Juan Esteban Belza reconstruye la visita del P. Pittini a la residencia campestre del Nuncio en Kenskoff, en las afueras de Port-au-Prince, a mediados de octubre de 1935, a la que también asistía el arzobispo Le Gouaze. Cuando estaba ya a punto de terminar aquellas breves vacaciones y regresar a Santo Domingo, Mons. Fietta le dijo a Pittini sin más preámbulo que el Papa había firmado unos días antes la bula que le designaba arzobispo de Santo Domingo y, adelantándose a una posible objeción, le enseñó la carta en que su Superior Jerárquico, Don Pedro Ricaldone, consentía en el nombramiento.<sup>6</sup>

A su regreso a la Capital, probablemente el día 20, –al día siguiente aparecía en el *Listín Diario* un artículo suyo sobre la Escuela de Artes y Oficios–,<sup>7</sup> envió un telegrama a Montecristi al Administrador Apostólico, Can. Eliseo Pérez Sánchez, para que reuniera en La Vega el día 24 a los Consultores Diocesanos, es decir, el cubano Eduardo Ross Cañete, y los dominicanos Felipe Eudaldo Sanabia Martínez y Manuel de Jesús González Reyes, ambos canónigos honorarios desde el episcopado del arzobispo Nouel.<sup>8</sup> Y ese

<sup>5</sup>Cfr. Raymundo Savard, M.S.C. *El Padre Cipriano Fortín* (Santo Domingo, 2001), 54.

<sup>6</sup>Cfr. R. Pittini, *Memorias salesianas de un arzobispo ciego* (México, 1949), 109-110; J. E. Belza, *El pastor de los pobres y su mitra de plomo* (Santo Domingo, 1976), 62-63.

<sup>7</sup>Cfr. “La Escuela Salesiana de Artes y Oficios. Su significación”, *Listín Diario* (21 octubre 1935), 1-, cols. 2-3; 7, cols. 2-3.

<sup>8</sup>Cfr. J. E. Belza, *ob. cit.*, 63-64. También era Consultor Diocesano desde el 27 de agosto de 1934 el P. Francisco Fantino (Santo Cerro), pero no consta que estuviese presente. En cuanto a la edad de los posibles “candidatos”, el P. Ross tenía 40 años y Pérez Sánchez tenía 44, mientras Sanabia tenía 50 y González había cumplido ya los 74. Pittini, en cambio, había cumplido ya 59. Cfr. R. Bello Peguero, *Nombramientos Eclesiásticos I* (1991), 39.





fue también el momento en que el electo asumió efectivamente el gobierno de la Arquidiócesis. Aunque se haga decir a Pérez Sánchez que lamentaba que se interrumpiera la sucesión de dominicanos en el arzobispado, él era el primero que no debía sorprenderse en lo más mínimo de que fuese un extranjero, y para colmo un religioso, el sucesor de Nouel.<sup>9</sup>

Dado que ese día coincidían el natalicio y onomástico de Rafael L. Trujillo, –la ciudad de La Vega había programado una serie de actos especiales–, la comunicación a la prensa no se hizo hasta el día 25. A la mañana siguiente los dos periódicos capitaleños (*Listín Diario* y *La Opinión*) daban cuenta del anuncio hecho a las ocho y media de la mañana del viernes 25 por el P. Eduardo Ross a nombre de la Secretaría General del Arzobispado.<sup>10</sup> Una hora más tarde, los periodistas del primero acudían a la Cancillería donde se encontraba el electo visitando al Inspector de Legaciones y Consulados, Rafael Paíno Pichardo, y al Director de Protocolo, Enrique Aguiar. Durante el diálogo que sostuvo con los periodistas en el vehículo que le conducía a visitar las obras de la Escuela Salesiana, fue cuando Pittini les dijo: “Santo Domingo será mi última patria, y en esta tierra querida se abrirá la tumba que habrá de guardar mis restos”.<sup>11</sup>

Como si se tratase de un remedo del exabrupto que se atribuía a Mons. Pérez Sánchez, el cronista anónimo del *Listín Diario* concluía su reportaje diciendo:

“Nuestro deseo, muy explicable, habría sido que esta designación de la Santa Sede recayera en un sacerdote

<sup>9</sup>La frase aproximada del Administrador Apostólico, según Belza fue: “Monseñor, acato reverentemente esta disposición de la Santa Sede y rindo obediencia a Vuestra Excelencia. Pero permítame expresarle mi pena profunda de que haya quedado interrumpida la sucesión de preladados dominicanos”. Cfr. *ibid.*, 64. Se agrega a ésto que el mismo Pittini dijo que se incluyera en el acta la protesta de Pérez Sánchez, pero Manuel de J. González dijo que no convenía hacerlo, porque sólo se trataba de un exabrupto del hasta ese momento Administrador Apostólico.

<sup>10</sup>Cfr. “Monseñor Ricardo Pittini designado por la Santa Sede Arzobispo de la Arquidiócesis de Santo Domingo”, *ibid.*, 1<sup>a</sup>, cols. 2-3; 7, cols. 6-8.

<sup>11</sup>*ibid.*, 7, col. 6. Parecidas palabras reproduce J. E. Belza, *op. cit.*, 64.



dominicano; pero ya que la Santa Sede ha escogido para el elevado cargo eclesiástico a un sacerdote como el Padre Don Ricardo Pittini, salesiano de virtudes y de talento, amigo sincero del país y de sus hijos, un ferviente católico empeñado en el triunfo de la doctrina de Jesús, nos sentimos respetuosamente en homenaje de simpatía ante el nuevo Mitrado que honra a la silla que enaltecieron los Valera, los Portes, los Rodríguez, los Meriño, los Nouel con su encendida caridad y con su saber”.<sup>12</sup>

El día 29 de octubre no se celebró la reunión de consultores diocesanos en La Vega, como afirma erróneamente en su obra el P. Belza, pero esa sí es la fecha de la circular N- 34 al clero y fieles, en que Mons. Eliseo Pérez Sánchez comunicaba oficialmente el nombramiento del P. Pittini como nuevo arzobispo de Santo Domingo.<sup>13</sup>

El mismo día de su salida hacia Miami en un hidroavión de la Panamerican (1º noviembre 1935), –trataba de conseguir algunas ayudas para su consagración e indumentaria episcopal–, reproducía la prensa la carta de presentación que enviaba al clero y fieles de Santo Domingo.<sup>14</sup> El día 4 de diciembre, casi a punto para ultimar los detalles de su consagración, regresaba desde Haití acompañado del arzobispo de Port-au-Prince y Mons. Hugo O’Flaherty, secretario de la Nunciatura, y pasó un día en Azua a su regreso por tierra a la Capital.<sup>15</sup>

<sup>12</sup>*ibid.*, 7, col. 8.

<sup>13</sup>Cfr: BE I:4 (Octubre-Diciembre 1935), 8. Mons. Eliseo Pérez Sánchez usa a partir de este momento el título de “Administrador de la Arquidiócesis”, aunque a partir del 3 de diciembre y durante la ausencia del arzobispo electo, usará el de “Encargado del Gobierno Eclesiástico”, y a partir del día 8 del mismo mes, fecha de su nombramiento, se firmará como Vicario General. Cfr: *ibid.*, 37; R. Bello Peguero, *op. cit.* II, 541.

<sup>14</sup>Cfr: “El Padre Pittini para los Estados Unidos”, *Listín Diario* (1º noviembre 1935), 2, cols. 6-7; BE I:4 (Octubre-Diciembre 1935), 7-8.

<sup>15</sup>Cfr: “Comunican de Azua el paso del Revdo. Ricardo Pittini”, *Listín Diario* (5 diciembre 1935), 8, col. 6. Al día siguiente, el mismo periódico incluía un entrevista con el electo acerca de su reciente viaje al exterior: Cfr: “Monseñor Pittini nos habla de la misión que le llevó a los E.U. y de otros tópicos de interés”, *ibid.*, (6 diciembre 1935), 1ª, cols. 3-4; 5, cols. 5-6.

Sólo restaba el acto solemne de la consagración en la mañana del domingo 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, en la Catedral de Santo Domingo, al que la prensa capitalena dió amplia cobertura, prácticamente desde la víspera hasta el día 9, en que aparecería la crónica detallada del evento, pero sin ilustración gráfica alguna.<sup>16</sup>

Como relataría luego con todo detalle el Boletín Eclesiástico del último trimestre de 1935, la consagración estuvo a cargo de Joseph Le Gouaze, Arzobispo de Port-au-Prince (1930-1955), asistido por Luis A. de Mena, arzobispo titular de Parios, y Edwin V. Byrne, obispo de San Juan (Puerto Rico). Además del clero y religiosos, en su casi totalidad, asistieron todos los miembros del gobierno, encabezados por el vicepresidente Jacinto B. Peynado, además de los jefes de las Fuerzas Armadas y el cuerpo diplomático en pleno.<sup>17</sup>

Otro de los detalles en torno a la “candidatura” de Pittini es la objeción que supuestamente externó ante Trujillo el Internuncio Fietta: “–No puede ser, es italiano”. A la que enseguida respondió el entonces presidente: “–Eso lo arreglo yo en diez minutos”.<sup>18</sup> Sin embargo, la ciudadanía dominicana, a título de naturalización privilegiada, no se le otorgó al arzobispo hasta el 8 de diciembre de 1943, y como destaca el decreto N<sup>o</sup> 1588, fue en razón de los “servicios eminentes” prestados al país durante esos primeros ocho años de episcopado, destacando entre ellos “su contribución a todos los empeños de bien del Gobierno de la República y por su solidaridad con la causa de justicia que defiende hoy el pueblo dominicano en el orden internacional”.<sup>19</sup>

<sup>16</sup>Cfr. “Mañana será consagrado el Excmo. y Rvdmo. Sr. Ricardo Pittini como Arzobispo de la Arquidiócesis de Santo Domingo”, *Listín Diario* (7 diciembre 1935), 1<sup>a</sup>, cols. 2-3; 6, col. 2; “La consagración del nuevo prelado”, *ibid.*, (8 diciembre 1935), 1<sup>a</sup>, cols. 3-6; “La solemne consagración del nuevo prelado, Monseñor Ricardo Pittini”, *ibid.*, (9 diciembre 1935), 1<sup>a</sup>, cols. 2-3; 6, cols. 3-8.

<sup>17</sup>Cfr. Solemne consagración episcopal del Excmo. y Rvdmo. Mons. Ricardo Pittini”, *BE I:4* (Octubre-Diciembre 1935), 10-15.

<sup>18</sup>Cfr. J. E. Belza, *op. cit.*, 66.

<sup>19</sup>GO LXIV:6008 (11 diciembre 1943), 17-18.



## Un arzobispo con un proyecto eclesial definido

Como había sucedido ya antes, sobre todo con Tomás de Portes, Fernando Arturo de Meriño y Adolfo Alejandro Nouel, es evidente que Ricardo Pittini estaba decidido a hacer frente a los problemas de su Arquidiócesis con un plan definido de trabajo, con un proyecto apostólico. Y el principal problema, que ya se habían planteado a su modo sus predecesores, era la escasez de clero y, lo que es peor, la inseguridad de sostener o iniciar obras, si el futuro clero dominicano no seguía un ritmo de crecimiento aceptable.<sup>20</sup>

“Como en todas partes, –decía Pittini en sus ya citadas *Memorias Salesianas*–, había aquí gran escasez de clero. Había que multiplicarlo. Se notaba la consiguiente ausencia de los sacramentos, en particular de la Penitencia y de la Eucaristía. Había que despertar la llama Eucarística. Y había que corroborar al apostolado de la Jerarquía, flanqueándolo y respaldándolo con Acción Católica y colegios católicos”.<sup>21</sup> Y esos serían, en resumen, los renglones básicos de su proyecto de renovación pastoral.

Cuando Pittini asume el gobierno de la Iglesia Dominicana, el país contaba con 59 parroquias, regentadas por 48 párrocos y 7 vicarios cooperadores, –por lo menos siete curas atendían de una a tres parroquias–, y había cinco sacerdotes sin deberes parroquiales. El apostolado asistencial y educativo, incluyendo la dirección del Seminario Conciliar que sólo tenía 21 alumnos, era responsabilidad de diez congregaciones religiosas (6 masculinas y 4 femeninas). Para su gobierno, además de la Vicaría General, que se extendía

---

<sup>20</sup>Cinco años después, cuando estaba a punto de inaugurarse el Seminario Menor, Pittini se quejará de que en dieciocho años de estancia de los Claretianos en el Seminario Conciliar sólo habían llegado al sacerdocio seis dominicanos (uno cada tres años), teniendo en cuenta que de éstos, dos se formaron en parte en el Colegio Pío Latino Americano”. “Carta de Pittini al Nuncio Maurilio Silvani (C. Trujillo, 7 noviembre 1940)”, ASD. *Correspondencia Nunciatura* (1940), N° 245.

<sup>21</sup>R. Pittini, *op. cit.*, 117-118.

de Baní a San Pedro de Macorís, la Arquidiócesis se dividía en once Vicarías Foráneas.<sup>22</sup>

Prácticamente su primera comunicación oficial, después de designar Vicario General al Can. Eliseo Pérez Sánchez (8 diciembre 1935), se proponía concientizar a su clero y fieles acerca de la importancia y grandeza del sacerdocio.<sup>23</sup> Como un homenaje a Mons. Nouel en sus cercanas Bodas de Oro sacerdotales, el 29 de diciembre de 1935 el nuevo arzobispo hacía “un llamado ardiente al corazón de todos los dominicanos para que cooperen conmigo en dar cuanto antes a la Arquidiócesis un Clero numéricamente adecuado a las necesidades de los fieles, y cualitativamente digno sucesor de aquellos misioneros que, antes que en ninguna otra tierra de América, plantaron en ésta quisqueyana la redentora cruz, y ejercieron el santo apostolado que Cristo impuso a la conciencia de sus sacerdotes”.<sup>24</sup>

La sinceridad de sus propósitos quedó probada con la creación de un fondo para sostener el Seminario a base de la contribución de todos los fieles (23 diciembre 1939), cosa que repetiría cada año. Tres meses después (9 marzo 1941) se inauguraba en parte de lo que había sido el colegio del P. Francisco Fantino en el Santo Cerro, el Seminario Menor, bajo la dirección de los Jesuitas, que por gestiones del Nuncio y el Administrador Apostólico Pérez Sánchez, habían regresado al país en 1936.<sup>25</sup> Cinco años

<sup>22</sup>Las Vicarías Foráneas eran Santiago, La Vega, Duarte (i.e. San Francisco de Macorís), Samaná, Monte Cristi, Azua, San Juan de la Maguana, Puerto Plata, Barahona, Moca y El Seybo. Cfr. “Catálogo del Clero Secular y Regular de la Arquidiócesis de Santo Domingo”, *BE* I:5 (Enero 1936), 7-11.

<sup>23</sup>El 20 de diciembre del mismo año, Pío XI emitía la encíclica *Ad catholici sacerdotii*, que reproduciría el *Boletín Eclesiástico* durante los meses de enero a julio de 1936. Cfr. *Acta Apostolici Sedis* XXVIII:1 (2 enero 1936), 5-23.

<sup>24</sup>“El Sacerdocio Católico”, *BE* I:4 (1935), 27. En aquel momento, un sólo alumno, ya subdiácono, cursaba el 3º de Teología, y sólo 2 eran alumnos de 2º de Filosofía, mientras en 1º de Latín y Humanidades había 6 alumnos, sólo 2 en el 2º curso, y 3 en el 3º. Las edades oscilaban entre los 14 y los 26 años.

<sup>25</sup>Cfr. “Nuevo Seminario Padre Fantino”, *BE* I:38 (1941), 385-390. Durante los años que restaban de gobierno a Pittini, 71 alumnos del Santo Cerro ingresaron al Seminario Mayor; y de esos sólo 25 perseveraron (33.8%). Desde su apertura en 1941 hasta su fusión en el nuevo local de la Capital siete años después (1948), el promedio de ingresos se mantuvo en un 20%.



después (20 agosto 1946), por expreso deseo de Pittini y no sin oposición, también los Jesuitas sucedían a los Claretianos en la dirección del Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino que funcionaba aún en el ruinoso local del Convento Dominicano en la que ya se llamaba Ciudad Trujillo.<sup>26</sup> El Seminario Menor se abrió el 3 de octubre de 1941 con 25 alumnos, mientras unos veinte estudiaban en el Mayor (Filosofía y Teología). Treinta y nueve sacerdotes dominicanos ordenados durante sus 26 años de gobierno (1935-1961) son el balance de su proyecto de renovación y nacionalización del futuro clero.

Decidido como estaba a que la feligresía reconociera y asumiera su papel en el sostenimiento del futuro clero dominicano, además de insistir una y otra vez que los jesuitas y sus centros de catequesis del Santo Cerro organizaran para ese fin colectas y ventas de productos agrícolas, no dudó en recomendar al rector de aquel seminario que despidiesen “a todos los alumnos dudosos para que queden por lo menos los buenos”.<sup>27</sup>

Siguiendo el modelo pastoral establecido por el arzobispo Nouel a partir de 1906, Pittini aceptó la venida de más congregaciones religiosas. Además de resolver la escasez de clero en el caso de las congregaciones masculinas, se garantizaba la continuidad de la educación católica, amenazada desde principios de siglo. Por mencionar sólo las masculinas, a los Misioneros del Sagrado Corazón y los Jesuitas (ambos en 1936), se unirían los Scarberos (Scarboro Foreign Mission Society) en 1943, los Redentoristas en 1946, los Escolapios en 1951, los Carmelitas en 1953, y al año siguiente los Paúles (Congregación de la Misión), los Agustinos (O.S.A.), los Dominicos y los Misioneros de los Sagrados Corazones. Por fin, los Terciarios Capuchinos o Amigonianos en 1956, y dos años

<sup>26</sup>Cfr. J.L. Sáez, *Los Jesuitas en la República Dominicana I* (Santo Domingo, 1988), 100-103.

<sup>27</sup>“Carta de R. Pittini al P. Cipriano Rodríguez, S.J., rector del Seminario Menor (C. Trujillo, 4 marzo 1947)”, ASD. *Correspondencia*. Vicaría de La Vega (1947), N° 2147; J.L. Sáez, S.J. (ed.). *Monumenta Dominicana III* (1947-1951), f. 21.



después, los Pasionistas y los Misioneros del Inmaculado Corazón de María (C.I.C.M.).<sup>28</sup>

Aunque los números, por sí solos, no describen la realidad cualitativa, con el apoyo de los refuerzos extranjeros, seis años después de restablecida la Provincia Eclesiástica de Santo Domingo por Pío XII (25 septiembre 1953), el país contaba con cuatro diócesis (Santo Domingo, Higüey, La Vega y Santiago), una Prelatura *nullius* (San Juan de la Maguana), 117 parroquias, 87 sacerdotes diocesanos, 161 sacerdotes religiosos y 871 religiosas.<sup>29</sup>

Desde la inútil y debilitadora polémica con Eugenio Ma de Hostos o sus seguidores, como dice Antonio Lluberes en su obra, la Iglesia Dominicana estaba preocupada por garantizar de algún modo su derecho a la enseñanza, que le daría mayor proyección que si sólo controlaba el púlpito.<sup>30</sup> La Iglesia de Pittini no sólo creó nuevas escuelas, sino que logró ampliar su presencia en otras, una vez establecida la obligación de enseñar religión en los programas oficiales a partir de 1954. A mediados de esa década de los 50, la Iglesia tenía ya 6 colegios de varones y 17 de hembras, y veinte años después contaría con diez de varones y 26 de hembras. Por fin, aunque no se trataba sino de una maniobra política provisional, en esa misma década, el Estado entregó a la Iglesia la dirección de las escuelas normales y de los liceos de varones de la Capital y Santiago.<sup>31</sup>

Al margen de las simpatías o antipatías que despertara entre el clero el nuevo arzobispo, uno de sus primeros pasos para unirlos fue las reuniones sacerdotales periódicas

<sup>28</sup>Cfr. J. L. Sáez, *Testigos de la esperanza: Historia de la vida religiosa en Santo Domingo* (Santo Domingo, 1979), 184-191.

<sup>29</sup>La bula "Si magna et excelsa" de Pío XII (Castelgandolfo, 25 septiembre 1953), aclara que el restablecimiento de la provincia eclesiástica se hizo "con el consentimiento del venerable hermano Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo, y con el consejo del venerable hermano Francesco Lardone, arzobispo con el título de Rizenzo, y Nuncio Apostólico en las repúblicas haitiana y dominicana". AAS XLVI:4 (12 abril 1954), 132-135; BE II:53 (1953), 366-371; J. L. Sáez, S.J. *Documentos de la Provincia Eclesiástica de Santo Domingo, 1504-1994* (Santo Domingo, 1998), 209-210.

<sup>30</sup>Cfr. A. Lluberes, S.J. *Breve Historia de la Iglesia Dominicana, 1493-1997* (Santo Domingo, 1998), 165-166.

<sup>31</sup>*ibid.*, 166.



cas, que se celebrarían dos veces al año, –la primera se hizo en la Curia el 16 de enero de 1936–, además de reuniones similares en cada una de las Vicarías Foráneas, y el retiro anual del clero de la Arquidiócesis en el Santo Cerro o en el Seminario Mayor, confiando su dirección a partir del verano de 1941 a los jesuitas.<sup>32</sup>

El interés de la Curia Episcopal por la debida atención a la feligresía, sobre todo en la zona rural y en la parte norte de la Capital, hizo que durante la prelación de Pittini se crearan trece parroquias, y por lo menos cinco ermitas. Y, como él mismo había dicho, fue el fortalecimiento e integración a la vida parroquial de la Acción Católica, involucrando ante todo a la feligresía masculina, reacia secular a asumir un papel activo.<sup>33</sup> Como una forma más de realzar su papel, le adjudicaría el semanario gratuito *La Verdad Católica*, fundado el 2 de junio de 1935 por el Can. Pérez Sánchez, convertido a partir del 4 de junio de 1944 en *Acción Católica*.

Aunque quizás algunos no le darían entonces tal importancia, la convocatoria del X Sínodo Diocesano, el primero y único del siglo XX, que se reuniría en la Catedral del 20 al 22 de abril de 1938, formaba parte de su proyecto de modernización de la Iglesia Dominicana. No ocultaba en su carta convocatoria (3 abril 1938), que el objetivo primario de aquel sínodo era adaptar las estructuras y la acción eclesial al Código de Derecho Canónico, en vigencia desde el 19 de mayo de 1918.<sup>34</sup>

Más de cuarenta “sinodales” participaron en aquellas sesiones, es decir, todos los párrocos de la Capital, los elegi-

<sup>32</sup>El mismo Pittini asistía a una u otra de las tandas. Cfr. “Ejercicios del Clero”, BE I:38 (Año 1941), 392-393; J. Sáez, *op. cit.*, 146.

<sup>33</sup>Aunque había sido creada en 1933 por los Capuchinos, según la línea trazada por Pío XI en su encíclica *Iterum vos* (13 marzo 1933), fue en época de Pittini cuando adquirió fuerza, manifestada entre otras cosas en el magno Congreso Eucarístico de La Vega (3-6 mayo 1937), el Congreso Eucarístico Regional del Cibao (Santiago, 21-23 abril 1939), y en la Capital la Semana Social del Caribe (3-9 febrero 1947). A partir de 1939, dicha organización presentó al arzobispo su informe anual Cfr. “Junta Nacional de la Acción Católica Dominicana”, BE I:36 (Octubre-Diciembre 1939), 243-247.

<sup>34</sup>Cfr. BE I:30 (Abril-Junio 1938), 37-38. Hasta entonces, la Arquidiócesis se había gobernado ajustándose en todo a los cánones del Sínodo Diocesano convocado en 1878 por Mons. Rocco Cocchia.



dos de cada Vicaría Foránea, los superiores de institutos religiosos clericales y el rector del Seminario Conciliar; además de Mons. Luis A. de Mena, arzobispo titular de Parios, y los miembros del Cabildo Honorario.<sup>35</sup> El mismo día de la apertura, el arzobispo nombraba a los oficiales del Sínodo, entre los que destacaban el Can. Eliseo Pérez Sánchez (Promotor), los PP. Octavio A. Beras (Secretario) y Oscar Robles Toledano (Notario), el Can. Felipe Sanabia (Procurador del Clero), y el P. José M<sup>a</sup> Bernad, C.M.F. (Cronista).<sup>36</sup>

Aunque no todo se cambia con una reunión eclesial, por muy solemne que sea, al terminar ésta, esperando con la unión que se vivió aquellos días, el arzobispo Pittini expresaba: “He salido del Sínodo con el santo orgullo de estar al frente de mi clero y con el firme propósito de agotar con él todas mis energías en la renovación católica de nuestro pueblo”.<sup>37</sup>

Dado el interés del arzobispo en actualizar y fortalecer el pensum del seminario mayor, el sínodo le dedicaría un capítulo completo, –haciendo énfasis en los cursos de liturgia, urbanidad y trato social–, e incluso detallando el examen de los tres años de Teología a que se someterían los neosacerdotes.<sup>38</sup>

### **La difícil relación con un régimen de fuerza**

Otro de los estereotipos, obra principal de los opositores de dentro y fuera, ha creado la figura de un hombre débil, sometido a los caprichos de la tiranía y del tirano e incapaz de hacer nada por siquiera mejorar la situación social del país. Ante unos y otros conviene reconocer que la Iglesia se mostró dócil y, por eso mismo, fue sostenedora

<sup>35</sup>Véanse los decretos y actas de este sínodo en *Décimo Sínodo Diocesano de la Arquidiócesis de Santo Domingo* (C. Trujillo: Tipografía Franciscana, 1938).

<sup>36</sup>Cfr. *Décimo Sínodo Diocesano* (1938), 13-14. Al día siguiente, y según el Can. 1393, designaba a los examinadores, testigos y censores sinodales. Cfr. *ibid.*, 15-16.

<sup>37</sup>“Circular al Venerable Clero Secular y Regular de la Arquidiócesis y fieles en general (C. Trujillo, 13 mayo 1938)”, *ibid.*, 40.

<sup>38</sup>Cfr. Capítulo XXIV (art. 358-369), *ibid.*, 94-97, 99-100.



del régimen. Pero cuando se hace reposar esa docilidad en una sola persona, se dibuja a un Pittini manso pero inexistente y se descargan sobre él los ataques, como si para colmo le faltase lo elemental para ocupar el cargo. En la grotesca pintura de Félix A. Mejía, por poner un ejemplo, el arzobispo es “huero y servil, inescrupuloso y charlatán”, en fin, un “frailuco maquiavélico más digno de presidir un bureau de espionaje que un sector cualquiera de la Iglesia”, al que, según él, el pueblo había bautizado con el seudónimo de Mario Fermín Pittini.<sup>39</sup>

Por la misma razón que motivó a Félix A. Mejía, se ha hecho un lugar común decir que la Iglesia de Pittini colaboró con el régimen de los Trujillo y lo sostuvo durante un buen cuarto de siglo. Y sin embargo, la cosa no es tan simple como parece. El hecho de que la prensa del régimen, la única prensa, se cuidase de publicar fotos y más fotos del hombre fuerte abrazando al arzobispo Pittini, con sus inseparables lentes negros, o a cualquier dignidad eclesiástica, no es suficiente para definir la verdadera relación de la Iglesia con la tiranía que el país había heredado como fruto maduro de los ocho años de ocupación militar norteamericana.

Entre los episodios tristemente emblemáticos de los primeros años del episcopado de Mons. Pittini está sin duda la eliminación de miles de haitianos, prácticamente en todo el país, a partir del 2 de octubre de 1937. Aparte de unos cuantos datos dispersos, poco sabemos de la participación real de Mons. Pittini en los hechos que culminarían con el dudoso acuerdo con el gobierno de Haití para restablecer la paz. La actuación y mediación del Nuncio Maurilio Silvani, por el contrario, sí fue decisiva.<sup>40</sup>

<sup>39</sup>Félix A. Mejía, *Viacrucis de un Pueblo* 3ª ed. (Santo Domingo, 1995), 72-73.

<sup>40</sup>Sobre la actuación de Mons. Silvani, véase: José I. Cuello, op. cit., 163-176; Roberet D. Crassweller, *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*, trad. esp. (Barcelona: Bruguera, 1967), 172; Joaquín Balaguer, *La Palabra Encadenada* (Santo Domingo, 1975), 221; Juan M. García, *La Matanza de los Haitianos. Genocidio de Trujillo* (Santo Domingo, 83), 141-144; y Jan Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana* III (Puerto Príncipe, 1953), que cita a Gilberto Sánchez Lustrino, *Trujillo, el constructor de una nacionalidad* (Havana, 1938), 247.



Del arzobispo Pittini sólo nos consta que encabezó los actos de bendición y entrega del nuevo templo de Dajabón (8 agosto 1937), que cuatro días después hizo una visita de cortesía al obispo de Cap-Haitien (12 agosto 1937) y que, a los seis meses (25 febrero 1938), sería el encargado de hacer entrega de un cheque de \$250.000 que supuestamente “resarcía” en parte al gobierno de Haití de los daños causados por el gobierno de Trujillo. Como dice su biógrafo Belza, esta segunda visita al país vecino hizo que Mons. Pittini cambiase radicalmente su imagen de aquel suceso y del gobierno de Trujillo.<sup>41</sup>

A base de un extenso relato del P. Felipe Gallego, S.J., Párroco de Dajabón y Superior de la Misión Fronteriza, consta con certeza que Mons. Pittini predicó en la misa con que se inauguraba el templo de Dajabón. Algunas frases suyas, quizás improvisadas, dirigidas a los haitianos presentes en la misa, despertaron recelo o simple sospecha en los sacerdotes de Ouamaminthe y Cap-Haitien. Por eso, a propósito de la visita ya citada, le preguntaron al Párroco de Dajabón qué quiso decir el arzobispo con aquello de que los haitianos “debían dar gracias al Presidente Trujillo porque les permitía vivir en suelo dominicano, en donde tenían pan y sol”.<sup>42</sup>

Un mes después de haber estallado la crisis (Noviembre 1937), haría frente a las severas críticas de un informe de Mons. Jean-Marie Jan, obispo de Cap-Haitien, diciéndole que “no era adecuado para un Pastor Católico levantar cólera y deseo de venganza, sino que por el contrario, le correspondía exaltar los sentimientos de paz y de fraternidad cristiana”.<sup>43</sup> Pocas semanas más tarde (17 diciembre 1937), la prensa de la Capital destacaba que, se-

<sup>41</sup>Cfr. J. B. Belza, *op. cit.*, 167-168.

<sup>42</sup>F. Gallego, S.J. “Origen y principios de la Misión Fronteriza de Dajabón, R.D. (Montecristi, s/f)”, AHPA. *Documentos de la Misión Fronteriza (1936-1940)*, f. 6 bis; repr. J.L. Sáez, S.J. *Los Jesuitas en la República Dominicana I* (Santo Domingo, 1988), 68, 289.

<sup>43</sup>“Comunicado a la Prensa (24 diciembre 1937)”, repr. José I. Cuello (ed.). *Documentos del conflicto Dominico-Haitiano de 1937* (Santo Domingo: Ed. Taller, 1985), 411.



gún el arzobispo, los haitianos gozaban en Santo Domingo de “bienestar, paz y de buen trato”.<sup>44</sup> Y por fin, una vez alcanzado un arreglo satisfactorio (11 febrero 1938), Pittini fue depositario de un cheque del National City Bank (New York) por la suma de \$250.000 a favor del gobierno de Haití, que no satisfacía sino una pequeña parte de lo estipulado por el acuerdo preliminar.<sup>45</sup>

Aunque reconozcamos la responsabilidad de cada cual en el sostenimiento de aquel régimen de fuerza, no podemos ocultar parte de la verdad, sobre todo a medida que surgen nuevos informes. Dos hechos posteriores, entre otros varios, podrían servir de ejemplo de que la relación del arzobispo Pittini con el régimen de fuerza no era, ni fue siempre, como se ha querido pintar.

A los seis años de haber asumido el gobierno de la Arquidiócesis, en junio de 1941, el gobierno dominicano informó a la Legación Norteamericana de las críticas a Inglaterra y Estados Unidos que aparentemente el arzobispo había externado durante un sermón en la Parroquia de Montecristi, aparte de haber criticado a Trujillo unos meses antes, durante el consabido Te Deum del 16 de agosto de 1940. Como consecuencia de todo eso, y sospechando que el arzobispo, un italiano naturalizado norteamericano, simpatizaba con las potencias del Eje, el Canciller Arturo Despradel confesó a la Legación de EE.UU. que su gobierno “estaba considerando solicitar al Vaticano el retiro de Monseñor Pittini de su cargo”.<sup>46</sup> Parece que Trujillo prefirió no asumir el plan en cuestión, pero es de suponer que la noticia de esos roces llegó al Vaticano, y su vocero L’Osservatore Romano se apresuró a negar que ningún sacerdote italiano, según se decía en

<sup>44</sup>repr. J. I. Cuello, *op. cit.*, 25.

<sup>45</sup>Cfr. *ibid.*, 34.

<sup>46</sup>Bernardo Vega, *Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1985), 340. Poco después de su consagración episcopal, ante la posibilidad de que se aprobase un proyecto de ley que desconocía la personería jurídica de la Iglesia, el mismo Pittini había dicho al vicepresidente Peynado que “si la ley prospera solicitaré inmediatamente mi relevo al Sumo Pontífice”. J.E. Belza, *op. cit.*, 81.



un programa de radio, tuviera problemas a propósito de la entrada de la República Dominicana en la II Guerra Mundial.<sup>47</sup>

El segundo caso ocurrió seis años después (30 mayo 1947). En el curso de un almuerzo en la Embajada de EE.UU., el arzobispo preguntó al embajador George H. Butler “si estaba en buenos términos con Trujillo que me permitieran sugerirle a éste que eliminara algunos de los abusos de su régimen”. El diplomático, aparte de hacer el consabido acto de fe en la política de no-intervención de su país, se declaró impotente para ese cometido por no estar en tan buenos términos con el presidente. Pittini a su vez le confesó que “la naturaleza monopolística del régimen es una pesada carga para el pueblo”, añadiendo que “anteriormente había podido abordar a Trujillo sobre los abusos, pero que ahora teme que proseguir la acción significará problemas para la Iglesia Católica”.<sup>48</sup>

No podemos negar que de una u otra forma hubo cooperación de la Iglesia y del mismo arzobispo sobre todo en cuanto a la línea política del régimen.<sup>49</sup> Sin embargo, la cooperación experimentó ciertas oscilaciones no del todo comprensibles. Una vez que el régimen, incluso para mejorar su imagen externa, pronto se embarcó en una campaña contra el comunismo en 1936, –la Gran Cruz de San Gregorio Magno (8 octubre 1936) no tardó mucho en ser la aprobación romana a su campaña–,<sup>50</sup> no es nada raro que Pittini incluso se adelantara a sugerir al gobier-

<sup>47</sup>Un año después, ante la Oficina de Servicios Estratégicos (Washington), Juan Isidro Jiménez Grullón acusaba al arzobispo de fascista, además de la amistad que le ligaba a algunos italianos, por haber alabado la “hispanidad” en su sermón del 12 de octubre de 1942. Cfr. *ibid.*, 53.

<sup>48</sup>Cfr. “Telegrama N° 119 de G.H. Butler a George C. Marshall, Secretario de Estado (C. Trujillo, 1º junio 1947)”, repr. Bernardo Vega, *Los Estados Unidos y Trujillo I* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1984), 421.

<sup>49</sup>Dos años después de asumir el gobierno de la Iglesia, sugirió y aceptó hacer una gira de buena voluntad por ocho países latinoamericanos (28 febrero-14 mayo 1937) como forma de acelerar los aportes de cada uno al proyectado Faro a Colón, aprobado por la antigua Sociedad de Naciones en 1931. Cfr. R. Pittini. *Memorias Salesianas* (1949), 127-140; *BE I*:19 (Marzo 1937), 5-6.

<sup>50</sup>Cfr. AAS XXVIII:15 (20 diciembre 1936), 499.



no en 1944 que las aduanas confiscaran todo tipo de literatura impresa procedente de México, sin duda propaganda marxista.<sup>51</sup> Tres años después, quizás a sugerencia de alguno de sus colaboradores y como gesto de buena voluntad, Pittini decide que la Juventud de Acción Católica obsequie a la hija del Caudillo de España un cuadro de Nuestra Señora de Altagracia, aprovechando la estancia en aquel país de su Auxiliar Mons. Felipe Gallego, S.J.<sup>52</sup>

Aparte de estas muestras de cooperación, es preciso recordar que el clero dominicano no era un cuerpo sólido, y que además la Iglesia tenía una larga tradición republicana de enfrentamiento o más bien de forcejeo de poderes. Y lo que muchos vieron en la suavidad de Pittini, acentuada por la vejez, se interpretó como docilidad, jalonada por esa confianza en el trato con el dictador (“Rafaelito”), como hace resaltar Juan E. Belza. Pero aquella relación que podía parecer amistad y tolerancia tenía sus límites, y por encima de ella latía y debía prevalecer el derecho a la vida de las que eran sus ovejas desde octubre de 1935.

### Los últimos siete años de ambos gobiernos

A esa figura frágil de Pittini se le han adjudicado también cosas que propiamente no le pertenecen. El hecho de tratarse de un extranjero le responsabilizará de la elaboración y aceptación del Concordato de 1954, y por supuesto, de la negativa o renuencia a firmar con los demás obispos la Carta Pastoral Colectiva del 25 de enero de 1960. Y sin embargo, nada está más lejos de la realidad.

---

<sup>51</sup>Cfr. Bernardo Vega, *La migración española de 1939 y los inicios del Marxismo-Leninismo en la República Dominicana* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1984), 153-154. Sin embargo, en un verdadero gesto de caridad, el arzobispo había invitado al pueblo en una circular (11 noviembre 1939), a acoger “con los brazos abiertos y corazón fraternal” a la primera remesa de 290 refugiados políticos españoles que había llegado el día 7. Cfr. *La Opinión* (C. Trujillo, 13 noviembre 1939), 1<sup>a</sup>, cols. 1-2.

<sup>52</sup>Cfr. “Carta de R. Pittini al Embajador de España (C. Trujillo, 19 mayo 1947)”, ASD. Correspondencia. Vicaría General (1947), N<sup>o</sup> 8245; repr. J.L. Sáez, *S.J. Monumenta Dominicana III* (1947-1951), f. 33.



Lo primero fue el trabajo de tres personas, sin contar con la jerarquía, y por decirlo así, por encima de ella.<sup>53</sup> Recuérdesse que un Concordato no es un convenio entre la Iglesia Nacional y el Estado, sino entre la Santa Sede y el Estado Dominicano, aunque una vez firmado y como consecuencia de esa firma, cambien las relaciones de sus representantes en el país. Considerado de este modo, el Concordato no puede verse como un logro de la Iglesia Dominicana, sino como una conquista del régimen de Trujillo.

En lo segundo, es preciso decir que los seis obispos aceptaron el plan del Nuncio Lino Zanini, –sin duda cumpliendo instrucciones Vaticanas–, y que sólo los dominicanos, es decir, Hugo E. Polanco (Santiago), Octavio A. Beras (Auxiliar de Santo Domingo) y Juan F. Pepén (Higüey), ponían ciertas objeciones o manifestaban miedo de firmar y lanzar la primera carta.<sup>54</sup> Francisco Panal Ramírez, O.F.M. Cap. (La Vega), sin duda el redactor de la carta, Thomas F. Reilly, C.S.S.R. (San Juan de la Maguana), y el mismo Pittini, no temían que el régimen persiguiera o atentara contra la vida de los suyos en el extranjero.

Es verdad que el arzobispo Pittini había dejado de ser el hombre decidido de los años treinta y cuarenta, pero estampar su firma al pie de ambas cartas pastorales era signo evidente de su cooperación a la campaña que la Iglesia debía emprender a favor del verdadero pueblo dominicano.<sup>55</sup> Las maniobras de falsa reconciliación de Truji-

---

<sup>53</sup>El grupo estaba formado por el Nuncio Francesco Lardone, el Lic. Manuel A. Peña Battle y el P. Luis González Posada, S.J.(Rector del Seminario), uniéndose en algunas sesiones Manuel Aznar, embajador de España. Sin embargo, el representante oficial para la elaboración del Concordato era Rafael E. Bonnelly (embajador en Roma).

<sup>54</sup>Estos datos provienen de una larga entrevista sostenida con Mons. Hugo E. Polanco Brito el 20 de febrero de 1979. Los temores de los obispos dominicanos se vieron confirmados, cuando el régimen acosó a algunos de sus familiares cercanos o suspendió las subvenciones, entre otras medidas “vengativas”.

<sup>55</sup>El P. Belza cuenta que alguien, posiblemente uno de los obispos, le leyó la carta pastoral al arzobispo Pittini, y después de hacer ligeras observaciones en la redacción, firmó y les dijo: ¡Manténgase unidos!”. J. E. Belza, *op. cit.*, 250.



llo con la Iglesia Dominicana no dieron resultado, aunque los obispos aceptaran asistir a una sesión de fotografías en Palacio el 22 de enero de 1961, a propósito del “Memorandum” que le dirigieron el 10 del mismo mes.<sup>56</sup> La factura se la había pasado poco antes al episcopado, haciendo que el presidente Balaguer reclamara para Trujillo el merecido título de Benefactor de la Iglesia.<sup>57</sup> Además de eso, y como un recurso para que aflorasen las divisiones en el seno del clero, hizo resaltar cualquier adhesión a sus maniobras, aunque fuese en muchos casos forzada.<sup>58</sup>

La reacción descontrolada y la manía persecutoria del régimen tomó a Pittini como un símbolo, y por eso le acosó, amenazó y envió mensajes simbólicos, –el cadáver de aquel colombiano ejecutado a la puerta de su apartamento detrás de la Catedral el Jueves Santo de 1960–, y por eso fue preciso enviarlo a la Escuela Taller Laura Vicuña en La Vega el 12 de octubre de 1960. Había solicitado a Juan XXIII el 25 de enero que su coadjutor asumiera el gobierno de la Arquidiócesis como Administrador Apostólico sede plena.<sup>59</sup> Como respuesta, y según decisión de

<sup>56</sup>Cfr. *Documentos de la Conferencia del Episcopado Dominicano*. 1955-1990 (Santo Domingo, 1990), 57-65. El “memorandum” del Episcopado, a excepción de Pittini, y la respuesta de Trujillo se habían reproducido en *El Caribe* (13 enero 1961), 1ª, col. 1; 2, cols. 1-2.

<sup>57</sup>La prensa ambientó la campaña en pro del título a partir de marzo de 1960 con un discurso del P. Oscar Robles Toledano (“hace algún tiempo”) en la inauguración del templo de Montellano. Cfr. *El Caribe* XII:4338 (11 marzo 1960), 13, cols. 5-6. Además de frecuentes editoriales y comunicados de adhesión de organismos públicos y de “grupos religiosos”, se reprodujo una vieja carta de Nouel de 1936, en supuesto apoyo a un homenaje del clero a Trujillo. *ibid.*, XIII: 4440 (22 junio 1960), 15, cols. 2-3.

<sup>58</sup>Así sucedió con un artículo laudatorio de un religioso español (“Trujillo da en la clave y en el clavo”), una carta del P. Oscar Robles Toledano (2 febrero 1961), reproducida por Balaguer en una de sus obras. Cfr. *El Caribe* XIII:4410 (23 mayo 1960), 1ª, cols. 6-7; 2, cols. 2-3; J. Balaguer, *Memorias de un cortesano de la “Era de Trujillo”* 2ª ed. (Santo Domingo, 1988), 98-99. El gobierno editó en inglés el texto del “Memorandum” de los obispos a Trujillo (10 enero 1961), y su respuesta en el folleto *Trujillo Benefactor of the Catholic Church* (C. Trujillo: Ed. del Caribe, 1961), y en castellano publicó la supuesta tesis del P. Zenón Castillo de Aza, *Trujillo y otros Benefactores de la Iglesia* (C. Trujillo: Handicap, 1961).

<sup>59</sup>Así nos lo recuerda J. E. Belza, *op. cit.*, 251.





la Sagrada Congregación Consistorial, Mons. Octavio A. Beras asumía en esa calidad el gobierno de la Arquidiócesis el día 30 de ese mismo mes.<sup>60</sup>

No podemos precisar si el personal de la Curia se ocuparía de informar a la Santa Sede una y otra vez, pero se sabe muy bien que cada nuevo Nuncio que llegaba al país a partir de 1945 traía como primera encomienda conseguir la renuncia espontánea del arzobispo ciego de Santo Domingo. Y cada uno de los cinco nuncios que se sucedieron en aquellos años tendría que informar al Vaticano lo mismo que sus antecesores. Buen conocedor del modo de ser de sus compatriotas, como aún recordaba el cardenal Octavio A. Beras (14 mayo 1986), Pittini se limitaba a decir a cada uno que él dejaba en libertad a sus colaboradores e incluso se sometía a su coadjutor (“yo hago lo que el arzobispo Beras me diga”), que no entorpecía su labor en nada, y que si no era mucho pedir, sólo quería que le dejaran morir siendo Arzobispo de Santo Domingo.

El gobierno, y prácticamente la vida, del arzobispo Pittini había llegado a su fin cuando dos de sus compañeros salesianos se vieron precisados a llevárselo a La Vega. Pero aún le quedaría por ver, aunque sólo fuera de lejos o por radio, los últimos aletazos de la tiranía, la eliminación física de Trujillo y la restitución del digno y santo nombre de la Capital.<sup>61</sup>

El que asumió como lema de su gobierno “Christum Fero”, podía descansar con optimismo. Poco antes de su muerte, asistiría al matrimonio de su enfermera Hilda Schott con el maestro Carlos Padován, firmaría un che-

<sup>60</sup>Sin embargo, el Protocolo N° 106/60 está fechado el 29 de enero de 1960. Cfr. R. Bello Peguero (ed.). *Nombramientos Eclesiásticos II* (1991), 441.

<sup>61</sup>Su enfermera recuerda que el arzobispo había predicho que a Trujillo lo eliminarían en mayo. Cuando avanzaba el mes y nada pasaba, le dijo: “Monseñor, su predicción se va a quedar para el año que viene, porque éste está terminando y el hombre está como un trinquete”, a lo que respondió Pittini que faltaban cuatro días. Cfr. Angela Peña, “El Arzobispo Pittini dirigió el clero en la difícil etapa de la tiranía trujillista”, *Hoy* (7 diciembre 2001), 19, cols. 4-5.



que para cancelar la cuenta en el banco, e intentó hacerlo mismo con dos o tres cartas a sus amigos de siempre.<sup>62</sup> A las seis de la tarde del 10 de diciembre de 1961 concluyó su vida y su calvario. Lo que aventuró en aquella mañana del viernes 25 de octubre de 1935, ya se había cumplido: “Santo Domingo será mi última patria, y en esta tierra querida se abrirá la tumba que habrá de guardar mis restos”.

En la mañana del 11 de diciembre, el diario *El Caribe* daba la noticia del deceso del arzobispo de ochenta y cinco años de edad. Tres esquelas en la segunda página (una del Arzobispado, otra del Provincial Salesiano y la tercera de la Madre Provincial de Hijas de María Auxiliadora), invitaban a los funerales en la Catedral y al acto del sepelio en el templo parroquial de San Juan Bosco, como era su deseo desde el mismo día de la inauguración, y como él mismo había escrito el 8 de diciembre de 1948 al concluir la dedicatoria de sus ya citadas *Memorias Salesianas* a sus compañeros de religión:

“Es mi vivo deseo sobrevivir al través de estas páginas en vuestra compañía aun después que mi cuerpo descansa en el hoyo ya preparado a mano izquierda entrando en la Iglesia de San Juan Bosco en esta Capital: rincón destinado a los... *publicanos*”.<sup>63</sup>

Un hermoso elogio fúnebre le esperaba a la entrada del templo. El R. P. José González del Pino, S.D.B., Provincial Salesiano de las Antillas, como si se hiciera eco de lo que muchos guardaban en su corazón, retrató la carrera pastoral y el carácter humano del arzobispo

<sup>62</sup>Cfr. J. E. Belza, *op. cit.*, 276; Angela Peña, “Hilda Schott: La secretaria arzobispal odiada por Trujillo y consentida por Balaguer”, *Hoy* (5 diciembre 2001), 17, col. 6.

<sup>63</sup>Cfr. R. Pittini, *op. cit.*, 10; “Fallece a la edad de 85 años Monseñor Ricardo Pittini”, *El Caribe* XIV:4976 (Santo Domingo, 11 diciembre 1961), 1ª, cols. 6-7; 8, cols. 4-5; “Efectúan hoy el sepelio de Mons. Ricardo Pittini”, *La Nación* XXII:7703 (11 diciembre 1961), 5, cols. 1-2. A no ser por la crisis y el debate político de aquellos días, resulta llamativo que ninguno de los dos periódicos dedicaran su editorial a la muerte del arzobispo.



Pittini. Y como si se adelantase a los que, aun después, simplificarían la memoria y alterarían el papel social del sencillo P. Pittini, agregaba:

“Alguien podrá discutirle la oportunidad de sus maniobras; pero nadie podrá poner en duda la rectitud y el desinterés de las mismas. El tiempo, que depura los juicios y aquilata las intenciones, le otorgará la cumplida justicia que la agitación trágica de esta hora pudiera escatimarle”.<sup>64</sup>

### **Balance provisional de veinticinco años de gobierno**

A pesar de los cuarenta años que nos separan de su muerte, no es fácil hacer un balance de su gobierno. Quienes quisieron ver a Pittini sólo como salesiano serán también los que no ven en su gestión más que una serie de acciones para favorecer a los suyos. Los que lo ven sólo como extranjero, dirán que su nombramiento fue un retroceso. Los que lo ven sólo como un colaborador del régimen de fuerza, sólo nos permiten ver la historia incompleta.

Mons. Ricardo Pittini vivió y sobrevivió airosamente en una etapa que nadie quisiera ni recrear. Quizás creyó que el mal y el que lo hace son redimibles, pero no hay duda que su gesto afable y su manejo suave de situaciones difíciles escondían un carácter que sabía ser fuerte cuando el momento lo requería.

Pero nadie que pretenda ser imparcial le podrá quitar el mérito de haber puesto en marcha la modernización de la Iglesia Dominicana, hasta en la estructura interna de la Curia, haber dominicanizado el clero, crear el primer Seminario Menor, mejorado el estado del Seminario Mayor y las vocaciones, facilitando así que el episcopado reanudara la sucesión que se inició en 1830 con el Vicario Tomás de Portes, y que su nombramiento

<sup>64</sup>J. González del Pino, S.D.B. “Palabras en el momento de la sepultura (22 diciembre 1961)”, APS (Santo Domingo), s/n.



había interrumpido. Si su gobierno entró en el ocaso prácticamente a finales de la década del 40, y fueron sus colaboradores los que facilitaron el cambio, eso basta como prueba de que los buscó de calidad, y les cedió el mando ejecutivo, aunque él, —era lo único que había pedido una y otra vez—, quisiera morir siendo Arzobispo de Santo Domingo.

## Bibliografía

### 1. Obras de Mons. Ricardo Pittini

*Ecce Mater Tua* (Buenos Aires: Lecturas Católicas, 1904).

*El Chaco Paraguayo y sus indios* (Asunción, 1923), 118 págs.

*Memorias Salesianas de un Arzobispo ciego* (Mexico: Ediciones Salesianas, 1948); ingl. *Memories of my Blindness* (Paterson, N.J.: Salesiana, 1952).

*Palabras de un ciego a los que ven* (C. Trujillo, 1955), 16 págs.

*Pepitas de Oro* (Santo Domingo: ITESA, 1977), 23 págs.

### 2. Obras sobre Mons. Ricardo Pittini

Anónimo. *La Obra Salesiana en las Antillas*, ed. mimeo (Santo Domingo, 1971), 43-72.

Arnaiz, Francisco José, S.J. "Sínodo de Pittini" en Rafael Bello Peguero (ed.). *Sínodos Diocesanos. 1851.1878.1938* (Santo Domingo, 1997), 33-36.

Bello Peguero, Rafael B., *Cabildo Honorario de la Catedral de Santo Domingo* (Santo Domingo, 1986), 57-60.

———. *Nombramientos Eclesiásticos. 1885-1985. I* (Santo Domingo, 1991), 17-18.

Belza, Juan Esteban, S.D.B., *El pastor de los pobres y su mitra de plomo. Semblanza de Mons. Ricardo Pittin, arzobispo ciego, que sirvió a Santo Domingo en la Era de Trujillo* (Santo Domingo: ITESA, 1976).

Galíndez, Jesús de. *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dic-tadura hispanoamericana*, 3ª ed. (Santiago de Chile: Ed. del Pacífico, 1956), 330-332.

López de Santa Anna, Antonio (S.J.). *Misión Fronteriza. Apuntes Históricos* (Dajabón, 1957), 20-22, 44, 64-65.

Lluberes, Antonio, S.J. *Breve historia de la Iglesia Dominicana. 1493-1997* (Santo Domingo, 1998), 157-172, 528-530, 532-537.

Mejía, Félix A. *Viacrucis de un Pueblo. Relato sinóptico de la tragedia dominicana bajo la férula de Trujillo* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995), 72-73.



- Peña, Angela. "El Arzobispo Pittini dirigió el clero en la difícil etapa de la tiranía trujillista", *Hoy* (7 diciembre 2001), 19.
- . "Hilda Schott, la secretaria arzobispal odiada por Trujillo y consentida por Balaguer", *ibid.* (5 diciembre 2001), 17.
- Pérez Memén, Fernando. "Las relaciones entre la Iglesia y el Estado de 1924 a 1966", ed. mimeo. (Santo Domingo, UASD, 1980), 9-16.
- Polanco Brito, Hugo E. *Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino. 1848-1948* (C. Trujillo, 1948), 98-104.
- . *Síntesis de la Historia de la Iglesia en Santo Domingo*, 2ª ed. (Santo Domingo, 1995), 77-80.
- Rodríguez Grullón, Julio. *Trujillo y la Iglesia* (Santo Domingo, 1991), 119-134.
- Sáez, José L., S.J. *Cinco siglos de la Iglesia en Santo Domingo. 1496-1996* (Santo Domingo, 1995), 29-34.
- . *Los Jesuitas en la República Dominicana I* (Santo Domingo, 1988), 78-82, 91-93.
- Utrera, Fr. Cipriano de, O.F.M. Cap. "Episcopologio Dominicopolitano", *Boletín del Archivo General de la Nación XVIII*: 87 (Octubre-Diciembre 1955), 347-348.
- Vega, Bernardo (ed.). *Los Estados Unidos y Trujillo I* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1984), 421.
- Wipfler, William L. *Poder, influencia e impotencia: La Iglesia como factor socio-político en la República Dominicana*, trad. esp. (Santo Domingo, 1980).





# Marco histórico de una vida en Santo Domingo 1934-1961

- 1934 (6 febrero). A bordo del vapor “Coamo”, llega a Santo Domingo desde New York, y se hospeda en el Arzobispado.
- (6 mayo). Se entrevista con el presidente Trujillo y le expone sus problemas económicos para la puesta en marcha de la escuela que había solicitado.
- (30 junio). Recibe del presidente \$20.000 con destino a las obras de la Escuela de Artes y Oficios.
- (16 agosto). Asiste al acto de juramentación de Trujillo en su segundo período presidencial.
- (15 noviembre). A nombre de la Sociedad Salesiana recibe del Estado los terrenos donde se construirá la Escuela de Artes y Oficios.
- 1935 (25 enero). Recibe en Santo Domingo al P. Antonio Candela, S.D.B. que durante tres semanas inspeccionará los trabajos de la Escuela de Artes y Oficios.
- (2 febrero). En el templo de Regina y con el título de “Mi Fe”, inicia sus conferencias mensuales.
- (6 abril). Como delegado del Visitador Salesiano, en Port-au-Prince firma el acuerdo con el Estado Haitiano para emprender las obras de una escuela similar a la de Santo Domingo.
- (7 septiembre). En la Escuela de Artes y Oficios dicta una conferencia.



(28 septiembre). En casa del vicepresidente Jacinto B. Peynado se celebra el matrimonio civil del presidente Trujillo y María Martínez. Invitado sin saber el motivo, el P. Pittini logra ocultarse a tiempo. (11 octubre). Mediante la bula "Hodie Nos", el Papa Pío XI nombra al P. Ricardo Pittini, S.D.B. arzobispo de Santo Domingo.

(24 octubre). A su regreso de la residencia del Nuncio en Kenskoff (Port-au-Prince), convoca a los Consultores Diocesanos en La Vega, y en presencia del Nuncio, asume oficialmente el gobierno de la Arquidiócesis.

(25 octubre). La Secretaría del Arzobispado anuncia a la prensa el nombramiento del P. Pittini.

(29 octubre). Mons. Eliseo Pérez Sánchez anuncia al clero y fieles el nombramiento del nuevo Arzobispo de Santo Domingo.

(1º noviembre). El arzobispo electo dirige al clero y fieles su 1ª Circular, y sale en avión a Miami (Florida), de donde regresaría el día 4 de diciembre.

(6 diciembre). Acompañando al arzobispo de Port-au-Prince, visita al Canciller Moisés García Mella.

(8 diciembre). En la Catedral de Santo Domingo recibe la consagración episcopal de manos de Mons. Joseph Le Gouaze, arzobispo de Port-au-Prince, Mons. Luis A. de Mena, arzobispo titular de Parios, y Edwin V. Byrne, obispo de San Juan (P. Rico).

(29 diciembre). En ocasión del homenaje del clero a Mons. Nouel con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales, habla Mons. Pittini sobre el sacerdocio.

1936 (2 enero). Comienzan las clases de la Escuela de Artes y Oficios de la Capital.

(11 enero). Entra en vigencia la ley que impone a la Capital el nombre de Ciudad Trujillo.

(21 enero). En la mansión presidencial administra el Bautismo y la Confirmación a R. L. Trujillo Martínez (Ramfis).





- (2 marzo). Junto a Mons. Joseph Le Gouaze, el Poder Ejecutivo le confiere la Orden de Duarte.
- (8 febrero). Acompaña al presidente Trujillo en su visita a los talleres de la Escuela de Artes y Oficios.
- (29 marzo). Asiste a la inauguración de la Escuela de Artes y Oficios en Port-au-Prince (Haití).
- (5 abril). En la Capilla del Seminario confiere el Diaconado a Fernando Arturo Franco Benoit, a quien ordenará de sacerdote el 6 de junio. Pronuncia la primera conferencia de Sociología en la Universidad de Santo Domingo.
- (15-17 junio). Preside los exámenes orales de final de curso del Seminario Conciliar.
- (25 junio). En el hidropuerto de San Pedro de Macorís recibe a los PP. Ignacio Francia y Felipe Gallego, S.J., que firmarían unos días después el convenio para poner en marcha la Misión Fronteriza.
- 1937 (11 enero). Bendice el obelisco conmemorativo del cambio de nombre de la Capital.
- (25 enero). Hace la 1ª Visita Pastoral a la Misión Fronteriza de Dajabón.
- (28 febrero). Sale en viaje oficial de promoción del Faro de Colón, y además de Washington, visita Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile, Perú, Ecuador y Panamá. Regresaría el 14 de mayo.
- (3-6 mayo). En La Vega se celebra con éxito el primer Congreso Eucarístico Provincial.
- (26 junio). Muere Mons. Adolfo A. Nouel, arzobispo titular de Sergiópolis y ex-Presidente de la República. El Estado declara tres días de duelo.
- (31 julio). Rafael L. Trujillo le designa vocal de la Junta Pro-Centenario de la Fundación de la República.
- (8 agosto). Preside la bendición del nuevo templo parroquial de Dajabón y su entrega oficial a la Iglesia.
- (12 agosto). En compañía del P. Felipe Gallego, S.J. hace una visita de cortesía a Mons. Jean-Marie Jan, obispo de Cabo Haitiano.



(2 octubre). Comienza en la zona fronteriza el denominado “corte” o matanza masiva de haitianos.  
(2 noviembre). En el puerto de la Capital recibe a las primeras cuatro Salesianas, procedentes de Santiago de Cuba.

(12 noviembre). Asiste al inicio del Vuelo Panamericano Pro Faro a Colón en el campo de aviación “Miraflores”, y bendice los cuatro aviones participantes.

(17 diciembre). En declaraciones a la prensa, aboga por la concordia y la fraternidad dominico-haitiana.

1938 (23 febrero). En calidad de intermediario, recibe del gobierno dominicano un cheque de \$250,000 del National City Bank (N.Y.), a favor del gobierno de Haití.

(3 abril). Convoca oficialmente al clero al X Sínodo Diocesano de Santo Domingo, que se celebraría del 20 al 22 de abril.

(12 junio). Ordena sacerdote al diácono de Guadalupe, Noel Hildevert Sencée.

(16 agosto). Asumen la presidencia y vicepresidencia de la República Jacinto B. Peynado y Manuel de J. Troncoso de la Concha, respectivamente.

(13 octubre). Erige en la Capital la Parroquia de San Juan Bosco, separándola de la Parroquia de San Carlos.

1939 (10 febrero). Con motivo de la muerte de Pío XI declara diez días de duelo en la Arquidiócesis.

(19 febrero). Emite una Carta Pastoral sobre la persona de Jesús a propósito de la venidera Cuaresma.

(20-23 abril). En Santiago preside el Congreso Eucarístico Regional del Cibao.

(30 abril). Sale en barco con destino a Roma para cumplir con el requisito de la Visita ad Limina.

(14 mayo). En Turín (Italia) pronuncia el panegírico de la recién beatificada María Mazzarello.



(3 junio). En el Palacio Mattei (Roma), habla sobre “Santo Domingo y el Monumento a Colón”.

(7 junio). En el Vaticano le recibe en audiencia el Papa Pío XII. Solicita al P. General de la Compañía de Jesús el envío de algunos jesuitas para encargarse del futuro Seminario Menor.

(5 agosto). En San Pedro de Macorís reciben al arzobispo Pittini a su regreso de su viaje a Europa.

(11 septiembre). Anuncia al clero y fieles la creación de un Seminario Menor en el Santo Cerro.

(4-6 octubre). Hace la Visita Pastoral a la extensa Parroquia de Dajabón.

(9 noviembre). Celebra en la Catedral una misa de difuntos a intención de René M. de Lépervanche, director de “La Opinión”.

(11 noviembre). En una circular invita a los fieles a acoger con los brazos abiertos a los 288 refugiados españoles que habían llegado cuatro días antes.

1940 (14 enero). Se coloca la primera piedra del Seminario Menor del Santo Cerro.

(7 marzo). A la muerte del presidente Peynado, asume el cargo el vicepresidente Manuel de Jesús Troncoso de la Concha.

1941 (19-21 enero). Junto al arzobispo de Caracas, Felipe Rincón González, preside el primer Congreso Mariano de Higüey.

(9 marzo). Después de una solemne misa pontifical, se inaugura el Seminario Menor del Santo Cerro y la carretera Duarte-Santo Cerro. Las clases se iniciaron formalmente el día 3 de octubre.

(15 junio). Bendice la nueva iglesia de Loma de Cabrera.

(8 diciembre). A causa del ataque a la base norteamericana de Pearl Harbor, la República declara la guerra al Japón. Tres días después declara la guerra a Alemania e Italia.



- 1942 (7 diciembre). Fallece en su casa de la Capital el arzobispo titular de Parios, Luis A. de Mena, al que Pittini atendió en sus últimos momentos.
- 1943 (17 mayo). Llega a Caracas (Venezuela), en misión oficial para el traslado de los restos del febrerista Félix María Ruiz. Los restos son exhumados en Mérida el 22 de mayo.  
 (8 junio). Preside en la Catedral las honras fúnebres del prócer Félix M<sup>a</sup> Ruiz.  
 (8 diciembre). Mediante el Decreto N<sup>o</sup> 1588, el Poder Ejecutivo le otorga la naturalización privilegiada.
- 1944 (25 junio). Confiere el sacerdocio a los diáconos Hugo E. Polanco Brito, Juan B. Reyes Díaz, Juan Antonio Abreu Espinal y José Octavio Rodríguez Reyes.
- 1945 (2 mayo). Oído el parecer de Mons. Pittini, Pío XII nombra al Can. Octavio A. Beras y al P. Felipe Gallego, S.J., arzobispo coadjutor con derecho a sucesión y obispo auxiliar respectivamente.  
 (12 agosto). Estando ausente Pittini, son consagrados en la Catedral Octavio A. Beras y Felipe Gallego, S.J.
- 1946 (4 agosto). Un terremoto, seguido de temblores de menor intensidad, causa destrozos en la Capital y en la zona noreste.  
 (20 agosto). Mediante la entrega simbólica de las llaves, el Arzobispo traspasa el Seminario Mayor Santo Tomás a la Compañía de Jesús.  
 (21 octubre). Una vez reparados los destrozos del terremoto, se inician las clases del Seminario Conciliar.
- 1947 (3 febrero). En la Catedral celebra la Misa de apertura de la 1<sup>a</sup> Semana Social del Caribe, que se celebró en la Academia de la Historia y concluyó el día 9.  
 (12 febrero). Asiste a la inauguración del Colegio Santo Domingo, dirigido por las HH. Dominicanas del Santísimo Rosario (Adrian, Michigan).



(17 febrero). Da el primer picazo en forma de cruz para iniciar las obras del nuevo Seminario.

(30 mayo). Durante un almuerzo en la Embajada de EE.UU., le sugiere al embajador George H. Butler la posibilidad de eliminar los abusos del régimen de Trujillo.

1948 (8 mayo). Preside y pronuncia breves palabras en la inauguración del nuevo Seminario Santo Tomás de Aquino en las afueras de la Capital.

(28 mayo). Bendice las obras del futuro Faro de Colón.

(29 julio). Mediante un decreto convierte en Parroquia el Santuario de Ntra. Sra. de las Mercedes (Santo Cerro), en manos de los jesuitas desde 1939.

(diciembre). Emprende un viaje a Europa y Sudamérica con motivo de sus próximas Bodas de Oro Sacerdotales.

(26 diciembre). Pío XII le envía su felicitación por las Bodas de Oro.

1949 (31 enero). Don Pedro Ricaldone, Rector Mayor de los Salesianos, le envía su felicitación.

(28 febrero). Visita su antigua misión de Uruguay, y asiste a las Bodas de Oro matrimoniales de su hermano Pedro.

(30 marzo). Regresa al país en compañía del P. Sixto Pagani, S.D.B., que se ecargaría de la Escuela Agrícola de Moca.

1951 (4 febrero). Preside la solemne inauguración de la Escuela Agrícola Salesiana de Moca.

1952 (3 febrero). Asiste a la bendición de la primera piedra del Colegio de La Cantera (Santurce, Puerto Rico).

(9 febrero). Se inaugura en el barrio de Mejoramiento Social de la Capital la Parroquia María Auxiliadora, en terreno comprado por Mons. Pittini en 1944.

(5 julio). Llega a Roma en compañía del P. Pagani, y tres días después, el Papa Pío XII le recibe en audiencia privada.



- 1953 (25 septiembre). Mediante la Bula “Si magna et excelsa”, Pío XII restablece la Provincia Eclesiástica de Santo Domingo, creando las diócesis de Santiago de los Caballeros y La Vega, y la Prelatura nullius de San Juan de la Maguana.
- 1954 (16 junio). En el Vaticano, el Prosecretario de Estado, Mons. Domenico Tardini, y el prenipotenciario Rafael L. Trujillo firman el Concordato entre la Santa Sede y el Estado Dominicano.  
(10 julio). Una vez aprobado por el Senado y la Cámara de Diputados, el presidente Héctor B. Trujillo sanciona el Concordato.
- 1955 (9 agosto). En la capilla de la Nunciatura asiste al matrimonio canónico de R. L. Trujillo y María Martínez Alba, oficiando por Mons. Salvatore Siino.  
(20 diciembre). Se inaugura en la Capital la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre.
- 1956 (28 febrero). En la Catedral Primada preside la ceremonia de apertura oficial del Congreso de Cultura Católica por la Paz del Mundo, y entona el “Veni Creator”.
- 1957 (13 enero). Se inaugura en la Capital la Escuela de Artes y Oficios, anexa a la Parroquia M<sup>a</sup> Auxiliadora.  
(29 diciembre). Celebra la eucaristía en la inauguración de la Parroquia Santo Domingo Savio (La Vega), a la que asiste R.L. Trujillo.
- 1958 (7 diciembre). En un extraño incidente, el arzobispo Pittini resulta seriamente herido en su propia habitación.
- 1959 (1<sup>o</sup> abril). Mediante la Bula “Solemne est nobis”, Juan XXIII crea la nueva diócesis de La Altagracia (Higüey).  
(15 mayo). En la Catedral preside los funerales en memoria de Mons. Felipe Gallego, S.J., fallecido en Madrid el 18 de abril.  
(14 junio). En tres puntos del país (Constanza, Maimón y Estero Hondo), se produce un nuevo levantamiento armado contra el régimen de Trujillo.



(8 septiembre). Acompañado del P. Pagani y su enfermera, viaja a Patterson (New Jersey), para someterse a nuevos exámenes de la vista. Regresa al país el 4 de noviembre.

1960 (1<sup>o</sup> enero). Asiste a la recepción oficial en Palacio. (25 enero). En compañía de los demás obispos, firma la 1<sup>a</sup> Carta Pastoral Colectiva contra el régimen de Trujillo, que sería leída en todas las iglesias el domingo 31 de ese mes. Solicita al Papa que le exonere de sus deberes episcopales.

(29 enero). Atendiendo a su petición, el Papa Juan XXIII nombra Administrador Apostólico a su Coadjutor Octavio A. Beras.

(5 marzo). Los Superiores Salesianos le ofrecen retirarse a cualquier casa de la congregación en EE.UU. o Italia.

(14 abril). A la puerta de su apartamento, agentes del régimen matan a tiros al colombiano Jairo Alberto Calderón Forero.

(24 junio). Usando a un clérigo, el régimen trata de sacar a Pittini de su apartamento a la fuerza.

(12 octubre). Acompañado de dos salesianos, viaja a La Vega y se instala en la Escuela Taller “Laura Vicuña”.

(8 diciembre). Sin acto oficial alguno, celebra en la intimidad los veinticinco años de episcopado.

1961 (26 noviembre). Recibe un telegrama del Secretario de Estado con la bendición del Papa Juan XXIII.

(2 diciembre). En la capilla doméstica de las salesianas, asiste a la boda de su enfermera Hilda Schott y Carlos Padovan.

(4 diciembre). A solicitud suya, llega de Puerto Rico el P. Sixto Pagani, S.D.B.

(10 diciembre). Muere en la Escuela Taller “Laura Vicuña” de La Vega.

(11 diciembre). Se celebran solemnes funerales en la Catedral de Santo Domingo. Sus restos reciben sepultura ese mismo día en la Iglesia parroquial de San Juan Bosco.







# Segunda Parte

## SELECCIÓN DE DOCUMENTOS

### 1934-1961



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



# Índice de documentos

1. Crónica periodística de la llegada al país del P. Ricardo Pittini, S.D.B. (Santo Domingo, 6 febrero 1934).
2. Carta del P. Ricardo Pittini al director del vespertino “La Opinión”, agradeciéndole la crónica anterior (Santo Domingo, 6 febrero 1934).
3. Bula *Hodie Nos* de Pío XI, notificando al Cabildo, clero y fieles de la Arquidiócesis de Santo Domingo el nombramiento del P. Ricardo Pittini, S.D.B. como Arzobispo de Santo Domingo (Roma, 11 octubre 1935).
4. Artículo del P. Ricardo Pittini sobre la Escuela Salesiana de Artes y Oficios y su significación (Santo Domingo, 21 octubre 1935).
5. Carta del arzobispo electo al señor Arturo Pellerano Sardá, Director del Listín Diario agradeciendo por su medio al pueblo las felicitaciones recibidas (Santo Domingo, 27 octubre 1935).
6. Circular N<sup>o</sup> 34 del Can. Eliseo Pérez Sánchez al clero y fieles de la Arquidiócesis notificando el nombramiento del nuevo Arzobispo de Santo Domingo (Santo Domingo, 29 octubre 1935).
7. Primera circular del arzobispo electo Pittini al clero y fieles presentando su programa como Arzobispo de Santo Domingo (Santo Domingo, 1<sup>o</sup> noviembre 1935).



8. Decreto del arzobispo Pittini designando Vicario General al Can. Eliseo Pérez Sánchez (Santo Domingo, 8 diciembre 1935).
9. Circular del arzobispo Pittini al clero y comunidades religiosas sobre el Sacerdocio, a propósito de las Bodas de Oro sacerdotes de Mons. Nouel (Santo Domingo, 28 diciembre 1935).
10. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el Bautismo, el precepto pascual y otros temas a propósito de la cercana Cuaresma (C. Trujillo, 28 enero 1936).
11. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la Acción Católica y la fiesta de Cristo Rey (C. Trujillo, 10 octubre 1936).
12. Carta del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis las cercanas fiestas del Descubrimiento de América y el proyecto del Faro de Colón (C. Trujillo, 11 octubre 1936).
13. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis anunciando su viaje como promotor del Faro de Colón (C. Trujillo, 28 febrero 1937).
14. Carta del arzobispo Pittini al Can. Eliseo Pérez Sánchez y los lectores del semanario "La Verdad Católica" (Río de Janeiro, 8 marzo 1937).
15. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el recién celebrado Congreso Eucarístico de La Vega (Santo Domingo 10 junio 1937).
16. Carta del arzobispo Pittini al Nuncio Maurilio Silvani sobre el proyectado traspaso del Seminario Mayor a los Jesuitas (C. Trujillo, 8 octubre 1937).
17. Circular del Arzobispo Pittini al clero secular y regular de la Arquidiócesis con motivo de la fiesta de la Altagracia, y a propósito de unas declaraciones de Trujillo (C. Trujillo, 18 enero 1938).
18. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la escasez de clero, a propósito de la cercana Cuaresma (C. Trujillo, 28 febrero 1938).



19. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la renovación del culto en la Catedral de Santo Domingo (C. Trujillo, 28 febrero 1938).
20. Decreto de apertura del X Sínodo Diocesano de Santo Domingo (C. Trujillo, 3 abril 1938).
21. Decreto de clausura del Sínodo Diocesano y orden de promulgar las conclusiones del mismo (C. Trujillo, 22 abril 1938).
22. Carta de Mons. Pittini al presidente Rafael L. Trujillo invitándole a visitar la Escuela de Artes y Oficios, y sobre la instalación de un Observatorio Meteorológico (C. Trujillo, 7 julio 1938).
23. Decreto del arzobispo Pittini erigiendo en la ciudad Capital la Parroquia de San Juan Bosco (C. Trujillo, 13 octubre 1938).
24. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el cercano Día de las Misiones (C. Trujillo, 14 noviembre 1938).
25. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis a propósito del cercano tercer aniversario de su consagración como Arzobispo de Santo Domingo (C. Trujillo, 4 diciembre 1938).
26. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el próximo Congreso Eucarístico del Cibao (C. Trujillo, 16 enero 1939).
27. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y los fieles de la Arquidiócesis a propósito de la próxima Cuaresma (C. Trujillo, 19 febrero 1939).
28. Carta de Mons. Ricardo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la renovación del clero dominicano y la creación del Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo, 11 septiembre 1939).
29. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la llegada al país, cuatro días antes, de 288 refugiados políticos españoles (C. Trujillo, 11 noviembre 1939).
30. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero, religiosos y fieles de la Arquidiócesis a propósito de cumplir



su cuarto año de episcopado (C. Trujillo, 25 noviembre 1939).

31. Carta de Mons. Pittini a Rafael L. Trujillo sobre sus planes futuros para el Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo, 27 noviembre 1939).
32. Circular del arzobispo Pittini al clero, religiosos, colegios católicos, asociaciones piadosas y fieles de la Arquidiócesis sobre el fondo de sostenimiento del Seminario (C. Trujillo, 23 diciembre 1939).
33. Carta del arzobispo Pittini a Mons. Maurilio Silvani, Nuncio Apostólico, sobre los problemas del Seminario, dirigido por los PP. Claretianos (C. Trujillo, 7 noviembre 1940).
34. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la Catequesis, con motivo de la venidera Cuaresma (C. Trujillo, 29 enero 1941).
35. Preámbulo del arzobispo Pittini al Reglamento del Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo 13 abril 1941).
36. Contrato Privado entre el Arzobispo Pittini y la Compañía de Jesús de Cuba sobre el Seminario Menor Diocesano del Santo Cerro (Habana, 24 junio 1941).
37. Circular del arzobispo Pittini a todos los párrocos de la Arquidiócesis sobre la cercana fiesta de Cristo Rey (C. Trujillo, 14 octubre 1941).
38. Mensaje de Navidad del arzobispo Pittini al clero, comunidades religiosas y fieles de la Arquidiócesis (C. Trujillo, 17 diciembre 1941).
39. Carta del arzobispo Pittini al P. Demetrio Vicente, S.J., rector del Seminario “Padre Fantino”, sobre el proyecto de abrir una residencia de Jesuitas en Santiago de los Caballeros (C. Trujillo, 13 agosto 1942).
40. Relación del arzobispo Pittini del traslado de los restos del trinitario Félix María Ruiz desde Mérida (Venezuela), a la Catedral de Santo Domingo (C. Trujillo, 8 junio 1943).



41. Carta del arzobispo Pittini al presidente Rafael L. Trujillo solicitando su ayuda para combatir la expansión protestante norteamericana en el país (C. Trujillo, 23 noviembre 1943).
42. Decreto del Poder Ejecutivo que concede la naturalización privilegiada a Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo (C. Trujillo, 8 diciembre 1943).
43. Carta Pastoral de Mons. Pittini al clero, religiosos y fieles de la Arquidiócesis en ocasión de la consagración de un Obispo Auxiliar y un Coadjutor con derecho a sucesión (Tampa, 9 mayo 1945).
44. Carta de Mons. Pittini a su clero y feligreses para ser leída durante la consagración de los nuevos obispos (New York, 27 junio 1945).
45. Circular de Mons. Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis acerca del resultado final de su operación de la vista (New York, 27 agosto 1945).
46. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles sobre la próxima visita pastoral a la Arquidiócesis del arzobispo coadjutor y el obispo auxiliar (C. Trujillo, 21 noviembre 1945).
47. Carta a Mons. Giuseppe Fietta, Nuncio Apostólico en Argentina, poniéndole al corriente de las mejoras en la Iglesia Dominicana (C. Trujillo, 10 abril 1946).
48. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre las misiones populares y la I Semana Social del Caribe (C. Trujillo, 1<sup>o</sup> octubre 1946).
49. Carta del arzobispo Pittini al P. Cipriano Rodríguez, S.J., Rector del Seminario del Santo Cerro sobre los problemas económicos de aquel Seminario Menor (C. Trujillo, 4 diciembre 1946).
50. Carta del arzobispo Pittini a Osvaldo Báez Soler, Presidente de la Comisión Conservadora de Monumentos Nacionales sobre el traslado del púlpito del Ex-Convento Dominicano, propuesto por los Jesuitas (C. Trujillo, 16 diciembre 1946).



51. Carta del arzobispo Pittini al P. Cipriano Rodríguez, S.J., rector del Seminario Menor sobre los problemas económicas de aquel seminario (C. Trujillo, 4 marzo 1947).
52. Carta del arzobispo Pittini a Pedro Schwartz Flores, Ministro de España en el país, sobre el envío de un cuadro de la Virgen de Altagracia a la Srta. Carmen Franco Polo (C. Trujillo, 19 mayo 1947).
53. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la formación sacerdotal y la Acción Católica, con ocasión de la inauguración del nuevo seminario central (C. Trujillo, 24 noviembre 1947).
54. Memorandum de Mons. Pittini al presidente Trujillo insistiendo en el problema de la infiltración protestante (C. Trujillo, 23 marzo 1948).
55. Carta de Mons. Pittini al P. Juan Bautista Janssens, General de la Compañía de Jesús, solicitando el envío de un jesuita de habla inglesa para atender al personal extranjero de la Grenada Co. (C. Trujillo, 6 abril 1948).
56. Memorandum de Mons. Pittini sobre la conversión de la futura Parroquia del Santo Cerro en centro de entrenamiento pastoral de los sacerdotes recién ordenados (C. Trujillo, 23 junio 1948).
57. Decreto del Arzobispo Pittini determinando los usos que los jesuitas podrán hacer de los antiguos locales del Seminario Mayor y Menor (C. Trujillo, 21 julio 1948).
58. Mensaje del Papa Pío XII al arzobispo Pittini con motivo de cumplir sus Bodas de Oro de sacerdocio (Roma, 26 diciembre 1948).
59. Circular de Mons. Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la verdadera devoción a Nuestra Señora de Altagracia (C. Trujillo, 30 enero 1954).
60. Circular del arzobispo Pittini al clero secular y regular y fieles de la Arquidiócesis sobre las Hijas de María, a propósito de la cercana Cuaresma (C. Trujillo, 2 marzo 1954).
61. Circular del arzobispo Pittini al clero secular y regular de la Arquidiócesis sobre el Mes Altagraciano, dentro del marco del Año Mariano (C. Trujillo, 8 junio 1954).





62. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre un aniversario más de la coronación del Papa Pío XII (C. Trujillo, 4 marzo 1955).
63. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre las nuevas normas del matrimonio, a propósito de la Pascua de Resurrección (C. Trujillo, 1o abril 1955).
64. Palabras de apertura del Congreso de Cultura Católica por la Paz del Mundo celebrado en el Palacio del Congreso Nacional (C. Trujillo, 28 febrero 1956).
65. Circular N<sup>o</sup> 16 del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el Vicariato Castrense (C. Trujillo, 30 julio 1958).
66. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la cercana fiesta de Cristo Rey (C. Trujillo, 8 octubre 1958).
67. Circular del arzobispo Pittini a los sacerdotes de ambos cleros, comunidades religiosas y directores de colegios católicos de la Arquidiócesis acerca del Año Mundial del Refugiado (C. Trujillo, 3 septiembre 1959).
68. Decreto N<sup>o</sup> 7401 del Poder Ejecutivo estableciendo tres días de duelo oficial por la muerte del arzobispo Pittini (Santo Domingo, 11 diciembre 1961).
69. Reseña periodística de la muerte, funerales y entierro del arzobispo Pittini (Santo Domingo, 10 diciembre 1961).
70. Palabras del P. José González del Pino, S.D.B., Provincial Salesiano de las Antillas, en el acto del sepelio de los restos del arzobispo Pittini en el templo de San Juan Bosco (Santo Domingo, 11 diciembre 1961).
71. Carta del R. P. Renato Zigglioti, Rector Mayor de los Salesianos, con motivo de la muerte del arzobispo Pittini (Turín, 6 enero 1962).
72. Palabras del R. P. José González del Pino, S.D.B., Provincial de las Antillas, al final de la misa con que se inauguraba el busto del arzobispo Pittini en el templo de San Juan Bosco (Santo Domingo, 30 enero 1963).





# Antología de Documentos 1934-1961



## 1. Crónica periodística de la llegada al país del P. Ricardo Pittini, S.D.B. (Santo Domingo, 6 febrero 1934)

*La Opinión* VII:2183 (Santo Domingo, 6 febrero 1934).

Llegó esta mañana un sacerdote italiano de la orden salesiana. La llegada tiene relación con un plan que se tiene con la Escuela de Artes y Oficios.

Esta mañana, a bordo del “Coamo”, llegó a esta Capital el sacerdote italiano Ricardo Pittini, miembro de la Orden Salesiana, quien se encuentra hospedado en la residencia arzobispal. Según nos hemos informado, la llegada de este sacerdote salesiano tiene relación con un proyecto que se tiene de confiar a los padres salesianos la enseñanza de Artes y Oficios en esta Capital dirigiendo ellos la escuela correspondiente.

Según nuestras noticias, los padres salesianos tienen escuelas de Artes y Oficios en todas partes del mundo, por haberse especializado en esta clase de enseñanza. Nuestro saludo al Padre Pittini.

### **Una entrevista con el Superintendente**

El Revdo. Padre Pittini se entrevistó esta mañana con el Superintendente General de Enseñanza, señor Ramón Emilio Jiménez, en relación con el proyecto de

escuela de Artes y Oficios en que está empeñado el gobierno. La entrevista se efectuó en el Palacio Arzobispal.

### **El Nuncio con el Rev. Pittini en la Cancillería**

El Nuncio de Su Santidad, Monseñor Fietta, Decano del Cuerpo Diplomático, visitó en Palacio al Secretario de Estado, Licdo. Logroño, con quien conversó cordialmente, haciendo la presentación del Padre Salesiano Rev. Pittini.

## **2. Carta del P. Ricardo Pittini al director del vespertino "La Opinión", agradeciéndole la crónica anterior (Santo Domingo, 6 febrero 1934)**

*La Opinión* VII:2184 (Santo Domingo, 8 febrero 1934), 8.

Estimado Señor Director:

Yo no merezco personalmente la distinción del saludo ofrecido esta mañana en LA OPINIÓN.

No tengo más mérito hacia este país que el grande amor que le profesé, en tierras extrañas, desde los albores de mi niñez.

Vengo en la tarde de mi vida a ponerme totalmente al servicio de un proyecto de "Escuela de Artes y Oficios" que responde a una sentida necesidad de la República y que se identifica, por eso mismo, con un vivo anhelo del Señor Presidente. He de hacer cuanto esté en mí para corresponder a ese anhelo.

Presiento y pregusto el goce de ver salir de la futura Escuela el desfile de pequeños "Caballeros del Trabajo", entonando el himno de la labor honrada y fecunda.

Respetuosamente suyo,

(fdo.) P. Ricardo Pittini  
Salesiano



3. Bula *Hodie Nos* de Pío XI, notificando al Cabildo, clero y fieles de la Arquidiócesis de Santo Domingo el nombramiento del P. Ricardo Pittini, S.D.B. como Arzobispo de Santo Domingo (Roma, 11 octubre 1935)

o. ASD. *Bulas, Breves y documentos episcopales*, est. C., cajón 32, leg. 13, N<sup>o</sup> 70; repr. BE 3<sup>a</sup> época, I:4 (Octubre-Diciembre 1935), 2-3.

PIO OBISPO

Siervo de los siervos de Dios

A los queridos Hijos del Cabildo de la Iglesia Arquiepiscopal, al Clero y Pueblo de la Ciudad y de la Arquidiócesis de Santo Domingo, salud y Bendición Apostólica.

Hoy Nos, consultados nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana y por nuestra autoridad apostólica, elegimos a nuestro Venerable Hermano RICARDO PITTINI, de la Sociedad de San Francisco de Sales, para que ocupe la sede de vuestra Iglesia Archiepiscopal de Santo Domingo, actualmente vacante, y lo constituimos su arzobispo y Pastor.

De todo lo cual os notificamos por medio de estas Nuestras Letras y os mandamos en el Señor que a vuestro Arzobispo electo RICARDO lo recibáis devotamente y con los debidos honores, como padre y pastor de vuestras almas, y que a sus saludables enseñanzas y mandatos prestéis obediencia y mostréis reverencia, de tal modo que él se regocije de tener en vosotros respetuosos hijos, y vosotros os alegréis de haber hallado en él un benévolo padre.

Para que todos sepan quién es el que ahora ejerce en vuestra Arquidiócesis el cargo y oficio de Ordinario, queremos que después de recibidas sean públicamente leídas estas Nuestras Letras tanto en la primera reunión capitular que se tenga, como en la misma Iglesia Archiepiscopal, desde el púlpito, el primer día que acuda al culto el pueblo por ser día de precepto.



Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 11 de octubre del año del Señor 1935, decimocuarto de Nuestro Pontificado.

(fdo.) +Fr. Tomás Pío, O.P. Card. Boggiani  
Canciller de la Sagrada Congregación Consistorial

Joseph Wilpert  
Decano de los Protonotarios Apostólicos

Alfredo Marini  
Timbrador

Can. Alfredo Serverati  
Canciller Apostólico. Ayudante de Estudios

4. Artículo del P. Ricardo Pittini  
sobre la Escuela Salesiana  
de Artes y Oficios y su significación  
(Santo Domingo, 21 octubre 1935)

*Listín Diario* XLVII:14.965 (Santo Domingo, 21 octubre 1935), 1ª, cols. 2-3; 7, cols. 1-3.

**La Escuela Salesiana de Artes y Oficios.**

**Su significación**

Cuando hace algo más de un año propuse al Honorable Señor Presidente de la República la bendición de la primera piedra de la Escuela, me contestó: “Mi querido Padre: me han bendecido muchas veces primeras piedras de edificios que han quedado luego a medio hacer. Tengo por norma que se bendiga más bien la última en las obras que emprendo”.

Es la norma de los hombres privilegiados con clara visión para planear y voluntad firme de realizar.

Se cumplirá, pues, esta norma una vez más al bendecirse, ya del todo completa, la parte programada por ahora de la Escuela de Artes y Oficios. Y el Honorable Señor Presidente presidirá en persona la ceremonia.

Se había pensado en la fecha 24 del corriente para efectuarla; y hubiera sido doblemente oportuno, pues nos



recuerda al arcángel San Rafael, guardián ideal de la juventud, y se hubiera sellado con el onomástico del Honorable Señor Presidente una nueva realidad en la ascensión gloriosa de la Patria.



Mientras la nueva fecha llegue, destaquemos la significación de la Escuela en el desfile de realizaciones que a diario nos regocijan y asombran.

La Escuela de Artes y Oficios constituye ella misma un camino más, un puente más, un nuevo puerto. En ella se encaminarán los niños dominicanos sin rumbo; y de una orilla de su edad sin esperanzas, pasarán a otra promisoriosa y fecunda: y una sólida formación técnica y moral será para ellos el puerto definitivo de una vida honrada y dichosa.

Obra de beneficencia exquisita en bien de niños desheredados, la Escuela responde al mismo tiempo a una medida de política sana y práctica.

Orientar hacia el surco del campo y las actividades fecundas del taller la juventud de hoy, poseída por la fiebre de posiciones profesionales y de presupuesto público, es corregir un desequilibrio que puede resultar peligroso.

El trabajo manual, guiado e iluminado por la técnica moderna, es siempre la fuente más copiosa de bienestar público, material y moral. Una mirada al mundo nos dice que la grandeza de los pueblos emana especialmente del arado y de la chimenea de las fábricas.



La Sociedad Salesiana por su parte ha correspondido y corresponderá a estos propósitos hasta los límites de lo posible.

Un cuerpo de ONCE PROFESORES, formados en los Institutos de la Sociedad, con pleno desinterés y sin un centavo de salario, afrontará la tarea con todo el vigor y el entusiasmo de la juventud que a casi todos ellos sonríe.



Su labor, lejos de limitarse a la formación práctica de los aprendices de oficios, se extenderá a la enseñanza elemental de los niños del vecindario y sobre todo a la elevación moral de la niñez callejera en esa genial institución de Don Bosco llamada “Oratorio Festivo”.

- Los vecinos de San Carlos ya han notado con júbilo la procesión juvenil que desde los barrios circunvecinos confluye a diario y sobre todo los domingos hacia los campos deportivos de la Escuela Salesiana.

No creo que el Hon. Señor Presidente podría consagrar con su presencia una inauguración más patriótica y significativa que la de esta Escuela, fruto genuino de su corazón. Tan cerca de su corazón ella está, que acaba de proveer a la manutención de la mayoría de los futuros aprendices con becas mensuales de \$10 y, para dar a la obra un carácter nacional, dispuso que los candidatos fueran distribuidos proporcionalmente en todas las Provincias del País.



Ahora el pueblo dominicano rodeará esta obra de una cooperación proporcional a la simpatía con que la ha visto nacer.

Debe ser una Obra para el pueblo y por el pueblo. Si sus beneficios han de refluir exclusivamente sobre los hijos desvalidos del pueblo, del mismo pueblo debe brotar su apoyo moral y material.

Quedarse al margen aplaudiendo no basta. Obras de este género no viven de aplausos: viven de amor y de cooperación. Sostenerlas no es simplemente un acto de caridad, sino de justicia social.

La indiferencia frente a una obra de este género, destinada a preservar la “flor de la niñez” podrá mancillar otras razas; no lo nuestra plasmada de catolicismo y de hidalguía española.

Cierro estas líneas con una afirmación personal.

Dios ha querido que en años pasados yo pusiera mi vida al servicio de otras Obras en distintas partes del mun-





do. Puedo decir que en ninguna de ellas he puesto tanto amor como en ésta.

Mas hoy, en la vigilia de su inauguración, estoy tan convencido de que ella marcará un gran paso en la marcha del país, y de que será para nuestra patria un timbre de gloria que he de considerar la fecha próxima de la inauguración como la mejor recompensa de casi dos años de trabajo personal consagrados a su realización.

Santo Domingo, D.N.  
21 de Octubre de 1935

5. Carta del arzobispo electo  
al señor Arturo Pellerano Sardá,  
Director del *Listín Diario*  
agradeciendo por su medio al pueblo  
las felicitaciones recibidas  
(Santo Domingo, 27 octubre 1935)

LD XLVII:14.972 (28 octubre 1935), 1<sup>a</sup>, cols. 2-3; 7, cols. 7-8.

Apreciable Señor Director:

Le ruego exprese por medio de estas líneas al pueblo dominicano mi gratitud por la corriente de mensajes que me han llegado y siguen llegándome con ocasión de mi elección a una dignidad a la que jamás aspiré y que tan sólo acepté por deber de obediencia y por el afecto a esta patria ya definitivamente mía.

Son mensajes que han bajado de las personalidades sobresalientes del país y han subido desde sus más humildes esferas; desde los niños de la calle y de los mismos presos de la cárcel a quienes acabo de hacer mi visita dominical.

Imposible reproducir todos estos mensajes. Me limito a dejar constancia del que recibí entre los primeros del Honorable Señor Presidente de la República, que todos los reúne:

*“Mi querido Padre Pittini: Sinceramente comparto con Ud. el regocijo su elección como Arzobispo de Santo Do-*



*mingo, que la considero como un éxito de nuestra Santa Religión Católica, Apostólica y Romana. Le abraza devotamente. Pdte. Trujillo.”*

No podría expresar con palabras la impresión del abrazo íntimo y de la paternal bendición recibida de nuestro venerable Arzobispo Mons. Nouel. Sentí en ese abrazo y en esa bendición descender sobre mí la tradición de fidelidad a la Iglesia que por cuatro siglos palpita en esta Primada de América.

Ahora emprendo mi camino bajo el doble estímulo del deber impuesto por el Santo Padre y del amor del pueblo dominicano.

Les daré todo lo que tengo de energías físicas y morales, hasta el último respiro. Y espero llevar a todos la convicción de que, si no puedo decirme dominicano por no haber el sol de esta tierra sonreído sobre mi cuna, me conquistaré el derecho a serlo, consagrando totalmente a ella lo que queda de vida.

Y presiento el goce de que nuestro sol dominicano iluminará la cruz de mi tumba.

Suyo todo,

Padre Pittini

**6. Circular N<sup>o</sup> 34 del Can. Eliseo Pérez Sánchez al clero y fieles de la Arquidiócesis notificando el nombramiento del nuevo Arzobispo de Santo Domingo (Santo Domingo, 29 octubre 1935)**

*BE I:4* (Octubre-Diciembre 1935), 8; repr. *LD XLVII:14.975* (31 octubre 1935), 2. col. 2.

Señores:

Cumplo el sagrado deber de comunicar que el Santo Padre ha designado al Rdo. P. Ricardo Pittini, sacerdote salesiano, Arzobispo Metropolitano de esta Arquidiócesis, vacante desde la dimisión de nuestro venerable Prelado Excmo. y Rvdmo. Mons. Adolfo Alejandro Nouel, y que reunido el Consejo de Consultores Diocesanos en la ciu-



dad de La Vega ha conocido de sus Credenciales y rendídale los homenajes de respeto y obediencia que tan elevada dignidad requiere.

Según las normas del Nuevo Código de Derecho Canónico, el nuevo Prelado debía entrar en el ejercicio de su alto cargo desde el momento de la presentación de sus Credenciales a mí y al Consejo Diocesano, pero en uso de las facultades concedídale por la Sagrada Congregación Consistorial, y a causa de particulares circunstancias, resolvió prorrogar mis facultades hasta su Consagración episcopal, para cuya celebración de antemano me apresuro a invitaros, exhortándoos, a la vez, a que expreséis al nuevo Pastor vuestras congratulaciones y le déis pruebas de afecto, obediencia y adhesión.

En la paz de Cristo os saludo,

Can. Eliseo Pérez Sánchez  
Administrador de la Arquidiócesis

## 7. Primera circular del arzobispo electo Pittini al clero y fieles presentando su programa como Arzobispo de Santo Domingo (Santo Domingo, 1<sup>o</sup> noviembre 1935)

*BE* 3<sup>a</sup> época I:4 (1935), 7-8; repr. *LD XLVII*:14.976 (1<sup>o</sup> noviembre 1935), 2, cols. 6-7.

NOS, DON RICARDO PITTINI, S. S.<sup>1</sup>

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica  
Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis  
de Santo Domingo

Al Venerable Clero Secular y Regular, Comunidades Religiosas y Fieles de la Arquidiócesis.

Venerables Hermanos y amados Hijos:

Recibid el primer saludo y la primera bendición de vuestro Arzobispo, es decir del Padre de vuestras almas:

---

<sup>1</sup>Las siglas S.S. corresponden a la Sociedad Salesiana o de San Francisco de Sales, que más tarde cambiaría por S.D.B. o Sociedad de Don Bosco.



porque el Sumo Pontífice, al enviarme entre vosotros, ha querido daros un Padre.

¿Para qué me ha enviado? Para hacer en Santo Domingo lo que él hace en todo el mundo: extender y consolidar el reinado de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué medios? Por estos tres: enseñando la Doctrina de Cristo, que es la Verdad; inculcando la moral de Cristo, que es el Camino; y llevándoos a los Santos Sacramentos instituidos por Cristo, que es la Vida. Mi programa es “acercaos más y más a Jesucristo, nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección”. Es el programa y la razón de ser de todo Sacerdote, desde el Papa hasta el más humilde misionero.

¿Conseguiré realizar este programa? Sí; porque, además del auxilio de Dios y de la Santísima Virgen de la Altagracia, tendré la plena cooperación de un Clero, escaso en número, pero celoso y activo, y la plena correspondencia de un pueblo bueno y bien dispuesto hacia las cosas de Dios.

El primer acto de mi jurisdicción es delegar en las buenas manos del Ilmo. y Rvdmo. Mons. Eliseo Pérez Sánchez, el Gobierno de la Arquidiócesis mientras yo me preparo para el día cercano de mi consagración episcopal.

Leed, Venerables Hermanos, públicamente a los fieles estas mis letras en vuestras iglesias y capillas el primer día festivo después de recibidas, y exhortarles vivamente a que eleven al Cielo fervorosas preces por el nuevo Pastor de sus almas.

Termino asegurándoos, Venerables Hermanos y amados Hijos, que, desde el momento en que el Santo Padre me nombró, sentí dilatarse mi corazón hasta los más remotos confines del país; en él cabéis todos, grandes y pequeños: los pequeños especialmente, que son los pobres y los niños. Desde el centro de ese mismo corazón vaya hasta cada uno de vosotros la primera bendición de Vuestro afectísimo en Cristo,

+Ricardo Pittini, S.S.  
Arzobispo de Santo Domingo



8. Decreto del arzobispo Pittini  
designando Vicario General  
al Can. Eliseo Pérez Sánchez  
(Santo Domingo, 8 diciembre 1935)

c. ASD. *Libro II de Títulos* N<sup>o</sup> 669, f. 111; repr. LD XLVII:15.014 (9 diciembre 1935), 1<sup>a</sup>, col. 4; 5, cols. 3-4.

NOS, RICARDO PITTINI, S.S.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica  
Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis  
de Santo Domingo

POR CUANTO en vos, Ilmo. Señor Canónigo Eliseo Pérez Sánchez, concurren las cualidades de prudencia, celo y pericia en la Sagrada Teología y Derecho Canónico, y penetrados de que bien y fielmente haréis lo que por Nos os fuere encomendado y encargado, en descargo de nuestra conciencia y la buena administración en todo lo espiritual y temporal de esta Arquidiócesis, en uso de nuestras facultades os nombramos y constituimos nuestro PROVISOR Y VICARIO GENERAL por el tiempo que fuere nuestra voluntad, y os damos nuestro poder y comisión en forma para que podáis ejercer este oficio en cuanto os corresponde de derecho, uso y costumbre; y durante nuestra ausencia administraréis la Arquidiócesis en nuestro nombre y representación.

Y mandamos seáis habido y tenido por tal nuestro PROVISOR Y VICARIO GENERAL y se os guarden los honores y preeminencias que se os deben guardar y se han guardado a los de vuestro carácter en igual ministerio.

Antes de comenzar a ejercer el dicho vuestro oficio prestaréis ante Nos el juramento ordenado al efecto.

En testimonio de lo que llevamos dispuesto, os mandamos expedir el presente nombramiento, bajo nuestro sello, firmado por Nos y refrendado por el Secretario General del Arzobispado, hoy 8 de diciembre, –festividad de la Inmaculada Concepción y fecha de nuestra Consagración Episcopal–, del año del Señor 1935.

(fdo.) + RICARDO PITTINI  
Arzobispo de Santo Domingo



Por mandato del Excmo. y Revdmo. Señor Arzobispo  
Metropolitano

(fdo.) Pbro. Eduardo Ross  
Secretario General del Arzobispado

9. Circular del arzobispo Pittini al clero  
y comunidades religiosas sobre el Sacerdocio,  
a propósito de las Bodas de Oro  
sacerdotes de Mons. Nouel  
(Santo Domingo, 28 diciembre 1935)

*BE* I:4 (Octubre-Diciembre 1935), 23-27; repr. *LD XLVII*:  
15.033 (28 diciembre 1935), 1ª, cols. 3-4; 8, cols. 6-8.

Venerables Hermanos e Hijos en el Señor:

Sobre la blanca cabeza del Excmo. Sr. Arzobispo Mons.  
Adolfo A. Nouel, se perfila hoy la corona de oro de 50  
años de vida sacerdotal.

Este hecho jubiloso me sugiere unas breves conside-  
raciones sobre el Sacerdocio Católico. Por ir dirigidas al  
pueblo, las mantendré a su pleno alcance, tanto en la for-  
ma como en el fondo.

### **Doble aspecto**

Puede considerarse el Sacerdocio Católico desde un  
doble punto de vista, histórico y doctrinal; como organiza-  
ción concreta de personas, nacida y crecida en la corriente  
de los acontecimientos humanos, o como “forma ideal”  
planeada y aplicada a dicha organización por el Fundador.

En otras palabras: del Sacerdocio Católico puede con-  
siderarse o el cuerpo de personas que lo componen, o el  
alma que lo vivifica dándole razón de ser.

El primero, el Cuerpo Sacerdotal, pertenece a la His-  
toria. Hoy está al alcance de nuestra vista como lo estuvo  
ayer al de nuestros padres y abuelos; por sus obras lo po-  
demos juzgar, como lo juzgaron ellos.

### **El Sacerdocio de hoy**

En cuanto al presente, no creo que exista, con base  
puramente moral, otra organización tan numerosa, disci-



plinada, unificada, como la del Sacerdocio Católico. Sus miembros se cuentan por cientos de millares, diseminados hasta los extremos límites del mundo; su jerarquía, simple y perfecta, asciende desde el más modesto sacerdote Cooperador, al través de la Parroquia y la Diócesis, hasta el Pontífice Sumo, cabeza y centro de toda la organización. Se mueve al unísono bajo la luz de la misma doctrina, bajo el impulso de la misma moral, bajo la orientación de la misma ley canónica. Sus actividades se identifican de tal manera con el actividades del mundo civilizado que, si por un absurdo el Sacerdocio Católico desapareciese repentinamente, luego se detendría la marcha del progreso que constituye la vida y el orgullo de nuestra raza.

Las mismas manchas y debilidades morales, que sombrean la vida de algunos de sus miembros, arrojan por contraste una luz más clara sobre esta magnífica institución, que no nos deslumbra tan sólo porque estamos acostumbrados a su resplandor, como a la luz del sol.

### **En el pasado**

En cuanto al pasado, su historia se nos presenta límpida en una multitud y variedad de documentos y monumentos, como no los posee ninguna otra organización.

Su antigüedad es única: cuenta diecinueve siglos. Otras organizaciones de todo género nacidas con ésta, una vez cumplido el ciclo vital, han desaparecido y son hoy un simple recuerdo. El ciclo del Sacerdocio Católico es ascendente. El ala del tiempo siembre en él gérmenes de una vida que se renueva y rejuvenece perpetuamente. Nunca quizás gozó de una juventud tan recia y pujante como en sus mil novecientos años de edad.

Si los cándidos Reformadores del siglo dieciséis, que en los ataques vulgares de Martín Lutero y en las sutiles elucubraciones de Juan Calvino dieron al Sacerdocio Católico por muerto en su misma podredumbre, se levantan hoy de la tumba, quedarían pasmados ante el espectáculo de este Cuerpo maravillosamente armonioso y fuer-



te, en contraste con la disolución de las mil y una sectas brotadas de su reforma.

Lejos de mí la pretensión de negar o encubrir las manchas que afearon a algunos miembros del Cuerpo Sacerdotal Católico, aun en sus más elevados representantes.

Los Papas, desde León XIII en adelante, abrieron de par en par los archivos secretos del Vaticano para que la crítica histórica escudriñara la vida de aquellos en sus mínimos particulares. Y la Historia, vuelvo a repetir, despidió y despidió hoy sobre el Sacerdocio Católico una luz más viva en contraste con la penumbra de ciertas personalidades y hasta de ciertos grupos eclesiásticos.

No de otra manera, la hermosura y vitalidad de una planta se destaca más frente a la fealdad de la corteza que el mismo árbol arroja de sí resquebrajada y muerta.

Con más cautela y con un innegable caudal de erudición, los recientes sucesores de Lutero y Calvino, encabezados por [Adolfo de] Harnack y [Ernesto] Renán, llevaron el asalto de su crítica racionalista contra los orígenes mismos del Sacerdocio.

Empero, de la controversia por ellos provocada y del estudio sistemático y más diligente de los documentos históricos, no muy numerosos en el segundo y tercer siglo del cristianismo, salió más robustecida la doctrina tradicional que hace remontar el origen del Sacerdocio Católico a Jesús.

### **Su fundador**

Jesús mismo es, pues, su divino Fundador. De las páginas de los cuatro Evangelios, de los escritos de los Apóstoles, de San Pablo sobre todo, irradian las razones en que esta afirmación se funda.

Jesús seleccionó y pacientemente preparó un grupo de hombres, a quienes confió la misión de perpetuar su doctrina, de gobernar a los miembros de su Iglesia, de infundir en ellos, por la administración de los Sacramentos, los raudales de la vida sobrenatural.

Este triple poder de enseñar, gobernar, santificar, constituye la esencia y el alma del Cuerpo Sacerdotal Católi-





co. Y Jesús añadió la promesa de su asistencia perenne, dado con ello la razón de su juventud que con los siglos se renueva.

Jesús otorgó a sus Apóstoles y sucesores los sacerdotes el **poder** y el **deber** de enseñar su doctrina. No les fijó límites de tiempo ni de espacio para el cumplimiento de este deber. Dentro de ciertas condiciones, les prometió también el privilegio de la infalibilidad.

He ahí la explicación de un hecho histórico humanamente inexplicable: es decir, la difusión por todo el mundo y la elaboración al través del tiempo de la doctrina de Jesús, tan pura hoy como salió de sus labios hace casi dos mil años.

### **Platón y Kant**

La historia del pensamiento humano, del filosófico especialmente, destaca en cada página las variaciones y aun deformaciones de las doctrinas de los grandes maestros al través de las escuelas por ellos fundadas.

En la filosofía griega típico es el caso de Platón, quien no se hubiera reconocido a sí mismo en las doctrinas de las Academias brotadas de la suya y, aún menos, en el sistema de emanaciones de Plotino y de las Escuela Neoplatónica de Alejandría.

Y en tiempo más cercanos a nosotros, el pensador alemán Manuel Kant no hubiera jamás soñado que su “Crítica de la razón pura”, al través de la famosa trilogía hegeliana (tesis, antítesis, síntesis) había de informar la teoría determinista económica de Carlos Marx y el sistema político-social de la Rusia de hoy; ni que de su “Crítica de la razón práctica” habría de germinar el vaporoso panteísmo inmanente de los modernistas que Pío X fulminó.

Tal es la suerte de las doctrinas humanas, en que el error se oculta tras el brillo del genio. Por este motivo no nos sorprenden las evoluciones extremas de la metafísica de Kant, conociendo, como conocemos, el error fundamental de sus “Críticas” geniales.



## Perennidad

Por el contrario, el magisterio del Sacerdocio Católico conservó intacto el patrimonio doctrinal del Maestro, aun al través de la intensa controversia que ese patrimonio suscitó. Hoy día se murmura por todo el mundo el mismo Padrenuestro que Él enseñó, y el eco del “Sermón de la Montaña” repercute como una dulce nota perenne en el código incomparable de las Bienaventuranzas.

Prueba es ésta indiscutible de que, si divina ha sido la fuente de verdad, Jesús, no menos divino, es el canal que transmite su caudal a las inteligencias humanas: el magisterio del Sacerdocio Católico.

Consideraciones análogas podrían hacerse respecto de la perennidad de su gobierno constitutivo, cuyas leyes fueron recientemente unificadas en el Derecho Canónico, y de su ministerio litúrgico, que siempre gira en torno de los mismos Sacramentos; cuyo centro es el Sacramento de la Eucaristía.

Las omito por razón de brevedad.

## Concluyendo

Me concreto a repetir de paso que el Sacerdocio Católico, lejos de limitar sus actividades a la misión puramente espiritual recibida del Fundador, las extendió y extiende a todas las demás formas del humano progreso, culturales y económicas.

La cuna misma de la independencia de los pueblos civilizados fue arrullada por la voz sacerdotal y sus desarrollo promovido por su cooperación con el Estado.

Nuestra isla bien lo experimentó desde los albores del Descubrimiento hasta el ocaso que arroja hoy un resplandor de oro sobre la frente de Monseñor Adolfo A. Nouel.

Tan convencido estuvo él mismo de la necesidad de esta cooperación en la vida espiritual y material de nuestro amado país, que puso sus mejores empeños en la reorganización del Seminario patrio. Y en sus paredes crece hoy, como una bella esperanza, bajo la dirección de los



Padres del Corazón de María, un núcleo pequeño pero selecto de jovencitos dominicanos.

Propóngome seguir su ejemplo con empeño no menos tenaz. Y no hallo mejor forma de terminar estas líneas que la de vincular las Bodas de Oro de Monseñor Nouel con un llamado ardiente al corazón de todos los dominicanos para que cooperen conmigo en dar cuanto antes a la Arquidiócesis un Clero numéricamente adecuado a las necesidades de los fieles, y cualitativamente digno sucesor de aquellos Misioneros que antes que en ninguna otra tierra de América, plantaron en ésta quisqueyana la redentora cruz y ejercieron el santo apostolado que Cristo impuso a la conciencia de sus Sacerdotes.

De todo corazón os bendigo,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

10. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el Bautismo, el precepto pascual y otros temas a propósito de la cercana Cuaresma (C. Trujillo, 28 enero 1936)

*BE* I:6 (Febrero 1936), 3-8.

NOS, DON RICARDO PITTINI, S.S.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica  
Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis  
de Santo Domingo

Venerables Hermanos e Hijos en el Señor:

CHRISTUM FERRO: Os traigo a Cristo. Por dos razones elegí este lema para mi escudo episcopal: porque coincide con el nombre latino del Descubridor, "CHRISTOPHORUS", portador de Cristo, y porque sintetiza admirablemente la misión de un Obispo: llevar a Cristo a las almas y a la sociedad.

Pues bien: a medida que voy conociendo más las condiciones de mi amada Arquidiócesis, más claramente veo



la urgente necesidad de que Cristo venga y triunfe en ella.

Este ideal me estimula como un aguijón desde el momento en que fui consagrado en nuestra Basílica y me acompaña día y noche.

Ahora, al llegar la Santa Cuaresma, imploro con estas líneas el concurso eficaz de mis hermanos en el sacerdocio y la cooperación no menos eficaz de los fieles, especialmente de los afiliados a las variadas asociaciones católicas, para un programa mínimo de acción que desemboque en el triunfo de Cristo.

Vamos a concentrar nuestros esfuerzos sobre tres puntos que considero de importancia vital: a) llevar a Cristo a las almas no regeneradas aún por el santo bautismo; b) llevarlo eucarísticamente a los fieles con un cumplimiento más escrupuloso este año del precepto pascual; c) llevarlo por nuestras calles el día de la fiesta de Corpus Christi en una procesión preparada de antemano y que revista este año una devoción y solemnidad extraordinarias.

Permitid una breve consideración acerca de este punto.

**REGENERACIÓN POR EL BAUTISMO.** El corazón de vuestro Arzobispo está hondamente amargado por el hecho de miles de dominicanos sin bautismo. Afirmar que ellos alcanzan a una vigésima parte de la población sería quedarnos probablemente por debajo de la verdad.

Habrà, pues, unas trescientas mil almas de dominicanos, jovencitos en su mayoría, no tocadas aún por la gracia santificante: almas paganas.

Para comprender la magnitud de este mal, deberíamos comprender lo que este sacramento es y su necesidad absoluta.

El Bautismo es el sacramento fundamental, instituido por Cristo para que el alma se regenere y se haga capaz de recibir los otros sacramentos.

“Sin la regeneración, dijo nuestro Señor, no se puede ir al cielo”. Por eso Él ordenó a sus apóstoles que fueran por el mundo bautizando a todos. “Tan sólo los que creyeren y se bautizaren se salvarán”.



La vida sobrenatural de la gracia se inicia con el bautismo. Cuando se injerta una rama en una planta, la rama revive: al bautizarse una persona queda injertada en Cristo y vive de su misma vida sobrenatural y divina. Tan sólo los bautizados podemos repetir con San Pablo: “No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí”.

Además el Bautismo imprime en el alma el carácter de cristiano. En la generación natural recibimos de nuestros padres su fisonomía; la fisonomía de la familia. En la regeneración espiritual del bautismo recibimos la fisonomía de Cristo: la fisonomía de la Iglesia.

Morir sin bautismo es hallar las puertas del cielo enteramente cerradas y probablemente, después del uso de razón, abiertas las del infierno. Por eso el Derecho Canónico ordena en el canon 770: “Los niños infantes serán bautizados lo antes posible. Párrocos y predicadores deberán recordar a menudo a los fieles esta grave obligación”.

A pesar de lo dicho, repetimos que más de trescientos mil dominicanos están privados del santo bautismo: son paganos.

Me limito a considerar el hecho sin determinar las causas. Si fuese la ignorancia, nos incumbe a todos el grave deber de enseñar la doctrina cristiana en este punto; si fuese el descuido culpable de los padres, habría que recordarles la tremenda responsabilidad de ser ellos mismos los que cierran a sus hijos las puertas del cielo.

**PRECEPTO PASCUAL.** El canon 759 del Derecho dice en parte: “Todo católico, al llegar al uso de razón, está obligado a recibir la santa comunión por lo menos una vez al año en el tiempo pascual”.

En otras palabras lo había dicho Jesús: “Si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendréis en vosotros la vida. Mi carne es en verdad manjar y mi sangre es en verdad bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”.

A pesar de estas dulces palabras, hubo la Iglesia de imponer la comunión como un precepto anual.



Hermanos e Hijos míos: puedo deciros con regocijo de mi alma que en todo el mundo se ha producido en estos últimos años un despertar eucarístico, especialmente entre la juventud masculina. En todas partes las comuniones se multiplican; los días eucarísticos adquieren más brillo; los Congresos Eucarísticos nacionales e internacionales alcanzan proporciones jamás vistas en la Historia.

¡Cuántas veces presencié yo mismo comuniones de cientos y miles de hombres y jóvenes! Es una primavera de eucaristía que anuncia días gloriosos y fecundos para el catolicismo.

No sé si manifestaros aquí un temor.

Sabido es que la Eucaristía constituye el centro de la vida cristiana: que la piedra de toque para juzgar el catolicismo de un pueblo, son sus relaciones más o menos íntimas con Jesús en la Eucaristía.

Si predominasen otras devociones, y la de Jesús Sacramentado quedase en línea secundaria, sería un catolicismo de mala ley.

Los tríduos, novenas y procesiones, por solemnes y ruidosos que sean, en honor de los Santos y de la misma Santísima Virgen, deben estar subordinados al culto de Jesús Sacramentado y ser como medio para promoverlo y consolidarlo. Separadas de él, tales devociones podrían hasta engendrar la ilusión peligrosa de que para ser católico basta practicar alguna de ellas, asistiendo a una que otra fiesta o procesión. Cuando llegamos a tales extremos, la religión verdadera ha muerto.

Las exterioridades del culto deben conservar su carácter de elemento secundario y subordinado en la vida católica, so pena de que el pueblo sencillo confunda y tome la corteza por la médula, y la religión se convierta en un sentimiento supersticioso, superficial y estéril.

De tales exterioridades debemos servirnos tan sólo como de aliciente para lo que es esencial e íntimo: es decir, la aceptación firme e iluminada de todas las verdades de la fe; práctica de todos los mandamientos; la



comunicación plena de la gracia por medio de los Santos Sacramentos, especialmente de la confesión y comunión.

¿Estaré yo en lo cierto, Hermanos e Hijos míos, si os manifiesto mi temor de que quizás nos hemos desviado algo en esta materia? Y si no, ¿por qué nuestro país de tradición tan católica, cuna del catolicismo de América, no está por lo menos a la par, si no al frente, de los otros en este fervor eucarístico?

Reaccionemos de inmediato. Que la Santa Cuaresma sea el tiempo de preparación para un fiel cumplimiento del precepto pascual. No sólo cada asociación católica acuda en masa, sino cada una de ellas inicie con su párroco una cruzada eucarística entre los indiferentes y descuidados.

Deseo recibir de cada parroquia y transmitir al Santo Padre al término del tiempo pascual datos halagüeños que lleven a su corazón la certeza de que un grande despertar eucarístico se ha iniciado en nuestra Arquidiócesis, y con él una certidumbre de que Santo Domingo volverá a ocupar el puesto que le corresponde por derecho en las Américas católicas.

**PROCESIÓN DE CORPUS.** Con este objeto os invito desde ahora a convertir este año la procesión de Corpus en un homenaje triunfal a Cristo Sacramentado en todas las ciudades y pueblos de la República.

Dice en parte al respecto el canon 1291: “A no ser que tradiciones inmemoriales requieran otra cosa, habrá una sola procesión pública y solemne por las calles de la ciudad o población en la fiesta del Corpus Christi, la cual saldrá de la iglesia principal”.

Comencemos este año a cumplir esta ley con un empeño excepcional. Que ninguna parroquia deje de conducir triunfalmente por sus calles a Cristo su Rey.

A su tiempo volveré sobre este asunto de un modo más particularizado. Por ahora limitémonos al propósito general. Que entre parroquia y parroquia haya una santa porfía en rendir un homenaje más solemne, concurrido y



devoto a Jesús en el Santísimo Sacramento. Y que sean los hombres y los jóvenes los que ocupen en el desfile puesto de honor.

¿Cuándo llegaremos a imitar al gran pueblo argentino, que durante el último Congreso Eucarístico vió a doscientos treinta mil hombres y a ciento siete mil niños acercarse a la Santa Comunión, y en el último día formó una guardia de Honor de dos millones de personas a Cristo Sacramentado? Está en nuestras manos el preparar días tan gloriosos.

Si es cierto que María es el camino real para ir a Jesús, tenemos una garantía de éxito en la devoción íntima y universal del pueblo dominicano a la Santísima Virgen.

Yo mismo me referí a ella al vincular en mi escudo el nombre del Descubridor con el de su carabela almirante, “Santa María”. La luz de la estrella que brilla en lo alto del escudo parece que irradió desde un principio en el alma dominicana una devoción filial a la Madre de Dios.

Pues que ella nos ayude a ir todos a Jesús AD IESUM PER MARIAM! A Jesús por María! Con este grito quiero cerrar esta primera Carta Pastoral, no sin antes renovar, como es costumbre, las siguientes

### **Resoluciones**

1ª Exhortaros encarecidamente a todos a que, según el espíritu de la Iglesia, os recojáis durante el santo tiempo de cuaresma, con sentimientos de verdadero espíritu de mortificación y de sincera penitencia.

2ª Conceder a todos los sacerdotes aprobados actualmente en la Arquidiócesis para oír confesiones, la facultad de absolver de los reservados sinodales durante la Cuaresma.

3ª Advertir a los fieles, que en virtud de las facultades concedidas por la Santa Sede en el año 1910 y renovadas por la Sagrada Congregación del Concilio, en fecha 7 de junio de 1934, según oficio N° 10609/34.





a) Los fieles de esta Arquidiócesis tan sólo están obligados al ayuno y abstinencia: el Miércoles de Ceniza, los Viernes de Cuaresma, y Jueves y Viernes Santos.

b) Se puede cambiar la colación por la comida y comer carne y pescado (promiscuación) en una misma comida (Can. 1251).

c) La Ley de abstinencia prohíbe comer carne o caldo de carne (Can. 1250), y permite comer huevos, lácteos y cualesquiera otros alimentos de grasa animal.

d) La abstinencia obliga desde los siete años cumplidos; el ayuno desde los 21 cumplidos hasta los sesenta (Can. 1258).

e) El tiempo prescrito para satisfacer el precepto de la comunión pascual es el comprendido, en virtud del privilegio concedido por nuestro Santo Padre Pío XI a la América Latina, desde la Dominica de Septuagésima hasta el día de San Pedro y San Pablo.

f) Se cumple con el precepto pascual comulgando en cualquiera iglesia, aunque es mejor preferir la propia parroquia.

g) El precepto pascual obliga a los fieles que han llegado al uso de razón.

h) Se peca mortalmente cuando, sin estar impedido legítimamente, se deja pasar el tiempo pascual sin haber satisfecho el precepto de comulgar; éste no termina sino que continúa obligando lo restante del año.

4ª Encarecer a los Señores Párrocos intensifiquen durante al Santa Cuaresma la predicación sobre las verdades eternas y el cumplimiento pascual y la celebración del Triduo de desagravio a Jesús Sacramentado, los tres días de Carnaval, el ejercicio de la Hora Santa, la práctica de la devoción del Viacrucis y el rezo diario del Santo Rosario.

En la caridad de Cristo, os saludo y efusivamente a todos os bendigo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



## 11. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la Acción Católica y la fiesta de Cristo Rey (C. Trujillo, 10 octubre 1936)

BE I:14 (Octubre 1936), 6-7.

Muy amados hijos en el Señor:

Después de unos meses de trabajo intenso, el “ideal de Apostolado seglar” propuesto por Pío XI es una dichosa realidad en nuestra amada Arquidiócesis.

La rama de Caballeros de la “Acción Católica” cuanta ya con TREINTA Centros Parroquiales; con OCHO la de Damas.

El esfuerzo físico y económico que implicó la fundación personal de tantos Centros para vuestro Prelado, ha sido compensado con creces por la satisfacción de la correspondencia de parte del clero y de los fieles, que han ido a porfía en aceptar con entusiasmo y en prestar su pleno apoyo a la iniciativa salida del corazón del Sumo Pontífice.

Esta santa porfía debe persistir ahora más que nunca, hasta que Centros recién fundados alcancen la plenitud de la eficacia y de la vida.

No sé si pedir con más insistencia a los buenos Párrocos que sean puntuales en promover y fomentar las reuniones periódicas, o a los asociados que correspondan plenamente al celo paternal de sus Párrocos. A los unos y a los otros lo pido por amor de Dios y de las almas.

Si en todas partes la “Acción Católica” es oportuna, en nuestro país, tan escaso de clero y con tantas necesidades religiosas, es de todo punto necesaria.

Para un sacerdote en una vasta parroquia es moralmente imposible afrontar solo tantos problemas. Los puede resolver con la cooperación de los Caballeros y Damas de la Acción Católica.

Mas, debe instruirlos bien; prepararlos bien; interesarlos en la multiplicación de los bautismos, en la educación catequística, en el cuidado de los pobres, en la preservación de los hogares, en la guerra a los juegos de azar,



y en atraer con el ejemplo y la palabra a los hombres hacia la práctica de la Confesión y Comunión.

Con el ejemplo sobre todo: porque, como el mal ejemplo de un sacerdote sería la perdición del pueblo, así lo sería el mal ejemplo de los que deben cooperar con él en el apostolado católico.

La fiesta de “Cristo Rey” es el día oficial de la “Acción Católica”. Este año lo será también como Acto reparatorio de los sacrilegios cometidos en España. Pongamos, pues, un doble empeño en celebrarla bien.

Ojalá que Cristo Rey pueda ver el próximo domingo a sus pies al pueblo dominicano, encabezado por su clero y por la joven organización de la “Acción Católica”, resuelto a renovarse en la profesión y en la práctica plena del catolicismo que Él fundó.

Vuestro Prelado os acompañará espiritualmente el próximo domingo, y desde ahora imparte sobre todo vosotros y en particular sobre los socios de la Acción Católica su mejor bendición.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

## 12. Carta del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis las cercanas fiestas del Descubrimiento de América y el proyecto del Faro de Colón (C. Trujillo, 11 octubre 1936)

BE I:14 (Octubre 1936), 5-6.

El Divino Hacedor de América trazó con estrellas en el cielo la Cruz del Sur, para que todas las miradas americanas tuvieran un punto común de atracción.

Para que todos los corazones de América tengan un punto de concentración común, otra cruz debe plasmarse en el candor eterno del mármol y se plasmará en la tierra identificada con el corazón del Descubridor de América.



Así, a la par que los restos mortales de Colón tendrán en Santo Domingo una tumba digna en forma de Cruz, su espíritu inmortal desde esa misma Cruz hecha fulgor de Faro, irradiará sobre todo el cielo de América un perpétuo mensaje de fraternidad y de paz.

Nos enaltece y nos honra la sola perspectiva de que nuestro país que fue la “cuna”, haya de ser pronto por este medio también el “centro de unión” de las distintas familias soberanas diseminadas por el continente que él arrancó al misterio de los mares.

Mas, si el serlo constituye una grande honra, constituye al mismo tiempo una responsabilidad grande, puesto que los ojos de América fijos en nuestro país, buscarán en él no sólo la historia gloriosa del origen común, sino también la inspiración divina encarnada en la Cruz del Faro, que debe reflejarse íntegra ante todo y sobre todo en nuestra vida nacional.

En esa Cruz Santa que el Almirante plantara sobre las alturas del Cerro, desde entonces “Santo”, hallarán individuos y pueblos la orientación que en vano buscan las sociedades divorciadas de la cruz. El pueblo dominicano, que la grabó en el escudo como un signo, seguirá grabándola en su vida como realidad luminosa de doctrina y firme norma de moral.

Este pensamiento ilumina el mensaje que mañana, 12 de octubre, el Honorable Señor Presidente, en nombre de la Patria, transmitirá por el órgano de la Prensa y las vibraciones de la radio a todos los pueblos de las distintas Américas.

En consonancia con ese mensaje yo invito, en nombre de la Iglesia, al clero y a los fieles a adherirse con entusiasmo a todos los actos que en estos días se celebrarán para reavivar la magna iniciativa del “Faro de Colón”.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

(fdo.) Pbro. Octavio A. Beras  
Secretario del Arzobispado



13. Circular del arzobispo Pittini  
al clero y fieles de la Arquidiócesis  
anunciando su viaje como promotor  
del Faro de Colón  
(C. Trujillo, 28 febrero 1937)

BE I:19 (Marzo 1937), 5-6.

Amados Hermanos e hijos en el Señor:

“La Verdad Católica” os lleva hoy la noticia de que vuestro Arzobispo emprende hoy mismo viaje, con la misión oficial de patrocinar la pronta realización del “Faro de Colón”.

Visitaré los principales países de la América del Sur, es decir, Brasil, Uruguay y Argentina sobre el Atlántico, y, pasando por el Paraguay, Chile, Perú, Ecuador y Panamá sobre el Pacífico. He combinado el itinerario de tal modo, que espero estar de vuelta a fines de Abril.

Preveo el esfuerzo físico y moral de recorrer en tan breve tiempo tantos miles de kilómetros con un programa de intensa labor en cada país. Lo afronto, sin embargo, con la bendición del Santo Padre y por el amor que tengo a esta Patria ya definitivamente mía, que llevaré conmigo para hacerla conocer y amar a mi paso.

No puedo ocultar la pena que me causa el tener que desprenderme por dos meses de lugares y personas ya identificadas conmigo en la obra de reconstrucción espiritual de nuestra tierra.

Empero me voy tranquilo, confiando en el celo de mi clero y en la correspondencia y cooperación de los fieles. Hablaré con orgullo en todas partes de nuestra “Acción Católica”, tan fecunda en sus mismos principios y promisoras de un luminoso porvenir.

Los asuntos eclesiásticos quedan en las buenas manos del Vicario General. Por una feliz coincidencia también permanecerá aquí hasta pasadas las fiestas Pascuales el Excmo. Señor Nuncio Apostólico.

Conservadme en vuestro corazón con el afecto con que a todos os llevo en el mío. Y pedid a Dios por el éxito de



mi misión y para que me libre de los riesgos que un largo viaje ofrece.

Os bendice de corazón vuestro Arzobispo

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

14. Carta del arzobispo Pittini  
al Can. Eliseo Pérez Sánchez y los lectores  
del semanario "La Verdad Católica"  
(Río de Janeiro, 8 marzo 1937)

*La Verdad Católica* II:96 (28 marzo 1937), 1ª, cols. 2-3.

Le escribo desde la capital de Brasil. Llegué aquí el jueves pasado, después de un feliz viaje aéreo de algo más de cuatro días.

Pasé las noches en San Juan (P. Rico), Port of Spain (Trinidad), Belén (Amazonas) y Recife (Pernambuco), recibiendo en todas parte fraterna hospitalidad.

En todas partes dejé, acerca de Santo Domingo y del Monumento a Cristóbal Colón, las impresiones e informes que el corazón me dictaba. Y en todas partes las recibieron con el más vivo interés.

De un modo particular lo hice en esta bella y grande Capital. Para el cumplimiento de mi misión me fue de válido apoyo la cooperación de nuestro Ministro Plenipotenciario Sr. Osvaldo Bazil y de los Padres Salesianos. Si no soy demasiado optimista, la iniciativa del Faro de Colón hallará en Brasil una entusiasta ayuda.

A pesar de tanta agitación y de un calor excesivo, me hallo bien. Esta noche saldré para Sao Paulo, donde tomaré el avión que me dejará en Corumbá (Matto Grosso). Allí me espera el barco que me conducirá aguas arriba por el río Paraguay hasta Asunción.

Llevo a Santo Domingo hondamente esculpido en el alma, y siento que me acompañan el afecto y las plegarias de tantos amigos e hijos espirituales de esa tierra querida.

Su affmo. en Xto.

+RICARDO, Arzobispo



15. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el recién celebrado Congreso Eucarístico de La Vega (Santo Domingo 10 junio 1937)

BE 1:22 (Junio 1937), 2-3.

Amados hermanos e Hijos:

EL HECHO. El corazón de todo católico dominicano debe vibrar de gozo al recuerdo del triunfo Eucarístico de La Vega durante la primera semana de junio.

Diez y ocho mil (18.000) fieles desfilaron en esos días por el vasto templo parroquial para recibir la Santa Comunión, sin contar unos miles más que la recibieron en las dos Capillas de la ciudad.

A pesar de haberse retirado los bancos, la iglesia fue insuficiente para contener la muchedumbre en las misas pontificales y en las funciones vespertinas.

Cientos de damas y caballeros escucharon con interés vivísimo las lecciones eucarísticas dictadas por varios oradores y oradoras de la Acción Católica. Y una masa humana de veinte a treinta mil personas vitoreó a Cristo Sacramentado en la procesión de clausura.

Las ceremonias y el canto se ajustaron estrictamente a las normas litúrgicas, imprimiendo a todos los actos religiosos ese timbre de solemnidad jubilosa e imponente tan característica del culto católico.

Nota bella del Congreso fue la parte preponderante que en él tuvo la juventud de la Acción Católica, en particular los estudiantes de ambos sexos de la ciudad vegana, cuya presencia derramaba un aliento de vida nueva y una promesa de días mejores.

Ningún hecho desagradable o discordante se produjo en esos días; ningún asomo de diversiones profanas. Las almas y el ambiente estaban henchidas de esa dulce serenidad que emana de las grandes festividades católicas, cuando son católicas de verdad.

LA EXPLICACIÓN. ¿Cómo se explica un acontecimiento tan grande? Su explicación próxima nos la dá el intenso trabajo de preparación en estos últimos meses que ab-



sorbieron las energías de la Acción Católica local de Damas y Caballeros, de los sacerdotes y en particular del Vicario Foráneo, quien llegó a agotarse durante los días del Congreso.

Pero esta preparación hubiera sido estéril sin la preparación remota; sin el trabajo iluminado y perseverante de organización parroquial que coloca a La Vega en la vanguardia del movimiento católico en el país.

La obra catequística iniciada y desarrollada con fervor apostólico por el P. Fantino recibió del actual Vicario Foráneo de La Vega una organización que se extiende como una red de oro por todas las secciones y por las ermitas erigidas en los puntos estratégicos y visitadas periódicamente con fines de puro apostolado. Yo que tuve hace un año la ocasión de visitarlas una por una, he podido constatar que cada Ermita es un foco de piedad cristiana y de instrucción religiosa, y todas juntas forman un cuadro de vida intensa parroquial, en vivo contraste con la frialdad de las zonas del país en que el pueblo tuvo pastores indiferentes o, pero aún, falsos pastores.

**ENSEÑANZAS.** El éxito de La Vega pide a gritos que la organización de esa parroquia sea imitada y reproducida hasta los límites de lo posible en toda la Arquidiócesis.

Es ésta la obligación primordial del párroco, quien debe buscar la cooperación eficaz de núcleos bien formados de caballeros y damas de la Acción Católica. Un cuidado de preferencia debe dispensarse a la juventud de ambos sexos, mejor dispuestos por su misma edad a instruirse y a plasmarse en la vida cristiana.

De esos núcleos de Acción Católica pueden entresacarse Catequistas capaces y dispuestos al apostolado de la Doctrina Cristiana.

Otra enseñanza del Congreso es que el catolicismo que debemos promover ha de ser un catolicismo de convicción de las Verdades de la Fe y de práctica de los Santos Mandamientos.

Ahora bien: no es posible practicarlos sin la Confesión que purifica y la Comunión que fortifica.





En vez de distraernos, pues, en prácticas de un sentimiento religioso superficial y a veces morboso, reconcentrémonos en derredor del Sagrario en donde se halla la Luz, la Verdad y la Vida.

Vuestro affmo. en Xto.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

16. Carta del arzobispo Pittini al Nuncio Maurilio Silvani sobre el proyectado traspaso del Seminario Mayor a los Jesuitas (C. Trujillo, 8 octubre 1937)

c. ital. ASD. *Correspondencia Oficial* (1937), N° 5621; J.L. Sáez, *Monumenta Dominicana I* (1904-1939), ff. 215-216.

Excelencia Reverendísima:

La carta del Secretario de la Sagrada Congregación de Seminarios etc., de la que V. E. se ha dignado mandarme una copia adjunta a la de V. E., me ha traído un sentido de profundo alivio.

De ambas cartas surge no sólo la probabilidad, sino la certeza moral de un cambio radical en la dirección de nuestro Seminario, con la consiguiente renovación de vida y de fecundidad sacerdotal en esta pobre Arquidiócesis.

Los Padres del Beato Claret, que actualmente lo dirigen, no tienen, como V. E. puede constatar aun de vista y a través de mi informe oral, ni el método ni el personal apto para una misión tan delicada. No tienen sino buena voluntad. La presencia de los Padres de la Compañía de Jesús, aparte de resolver triunfalmente este problema específico, podrían además irradiar su influjo benéfico en otros sentidos en esta Capital.

Creo que resulta innecesaria la presencia de un Visitador extraordinario frente a una evidente situación de deficiencia y de la necesidad de un cambio radical.

Si V. E. pudiese conseguir la venida de los PP. Jesuitas, que para mí era algo futurible, hará sin duda un



servicio de incalculable valor al porvenir de esta Arquidiócesis.

Una vez obtenido eso, estudiaríamos la forma más conveniente para el cambio.

Puedo informar a V. E. que yo había ofrecido ya a los Padres del Beato Claret, y lo habían aceptado con alegría, la Parroquia de Puerto Plata.

De V. E. devotísimo y afectísimo en el Señor,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

### 17. Circular del Arzobispo Pittini al clero secular y regular de la Arquidiócesis con motivo de la fiesta de la Altagracia, y a propósito de unas declaraciones de Trujillo (C. Trujillo, 18 enero 1938)

BE I:29 (Enero-Marzo 1938), 5.

Reverendo Padre:

Estamos por celebrar la festividad Nacional de Nuestra Señora de la Altagracia, madre de los Dominicanos.

Acudir a ella en las necesidades que afectan la vida misma de la Patria es tan natural para nosotros, como para el niño acudir a los brazos de su madre.

Creo que es éste el momento más oportuno para que en todas las iglesias de la República se pida a la Virgen de la Altagracia que ilumine al Hon. Señor Presidente de la República en el sentido de reconsiderar su decisión expresada en el histórico documento que acaba de conmover al país.<sup>2</sup>

Vuestra Reverencia exhorte a los fieles que eleven una ferviente plegaria colectiva con el fin indicado.

Suyo que le bendice,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

<sup>2</sup>Parece referirse al anuncio hecho por Rafael L. Trujillo el 8 de enero de no aceptar la reelección para el período 1938-1942, y postular al Dr. Jacinto B. Peynado y Manuel de J. Troncoso de la Concha como Presidente y Vicepresidente respectivamente.



18. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la escasez de clero, a propósito de la cercana Cuaresma (C. Trujillo, 28 febrero 1938)

BE I:29 (Enero-Marzo 1938), 5-6.

Venerables Hermanos y Hijos en Cristo:

Otras veces os hemos señalado un mal que hoy afecta hondamente la vida espiritual y la organización de nuestra Arquidiócesis y que tomará mañana proporciones mucho más graves, que debemos absolutamente prevenir. Me refiero a la desproporción numérica de nuestro clero, con relación a las necesidades crecientes de la Arquidiócesis.

Hay en ella varias parroquias, algunas de muchos miles de almas, sin Párroco desde hace años; otras con un solo sacerdote, a veces anciano, del todo insuficiente para atender a las necesidades de su vasta parroquia.

Llegan a menudo hasta Nos pedidos insistentes de los fieles, clamando por un Ministro de Dios, y duele en el alma tener que contestar que no disponemos de ninguno.

La Santa Cuaresma nos ha sugerido dirigirnos a todos vosotros, Venerables Hermanos e Hijos queridos, en busca de vuestra cooperación para un problema que a todos nos afecta.

Necesitamos aumentar las vocaciones sacerdotales dominicanas. El primer medio para ello es orar. Dios sólo es quien envía obreros para cosechar almas en su viña. La vocación sacerdotal viene de Él directamente. Y Él solo es quien la conserva con la "gracia del estado". Oremos, pues, todos y con insistencia por la multiplicación y conservación de nuestras vocaciones.

El segundo medio es cuidar las vocaciones, cuando se presentan. Los padres deben ser los primeros en descubrirla y fomentarla en sus hijos. Un hijo sacerdote es un orgullo y bendición. Al Párroco le toca fortificarla. Su celo le inspirará los medios para ello. Quien prepara un buen sacerdote tiene un mérito indecible ante Dios.



A los Centros Parroquiales de Acción Católica les incumbre también cooperar con los padres y el Párroco en esta grande misión.

El tercer medio, del todo indispensable, es la cooperación económica. La carrera sacerdotal dura por lo menos diez años y es muy costosa. No baja de dos mil dólares la suma requerida para cada sacerdote, sin tener en cuenta los gastos de los que no llegan al término. Además, la capacidad de nuestro Seminario no va más allá de 25 estudiantes y habría que cuadruplicarla, con relación a las necesidades mínimas del país.

Suma tan grande puede tan solo venir de muchas pequeñas contribuciones. Sin éstas, el país quedará sin sacerdotes dominicanos.

Yo sé que no ha de quedar por falta de vuestra generosidad. Amáis demasiado las almas de vuestros hijos y de los hijos de vuestros hijos, para dejarlas huérfanas de sacerdotes.

No queremos añadir más palabras para un asunto que habla de por sí. Consideradlo durante estos días santos cuaresmales, tan propicios para todos los asuntos del espíritu. Con la ayuda de Dios y el empeño común, amanecerán días más halagüeños para el Clero de nuestra querida Patria.

Os bendice de corazón vuestro affmo.,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**19. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la renovación del culto en la Catedral de Santo Domingo (C. Trujillo, 28 febrero 1938)**

*BE* I:29 (Enero-Marzo 1938), 8-9.

Venerables Hermanos e Hijos en el Señor:

Desde que fui consagrado Arzobispo, tuve el propósito de restaurar en nuestra Catedral, apenas me fue-



ra posible, un esplendor de culto y una corriente diaria de vida religiosa en armonía con la magnificencia artística y el tesoro de recuerdos que le imprimen un carácter singular entre las catedrales del Nuevo Mundo.

Participaba como el que más en la pena de ver las funciones religiosas reducidas a una expresión mínima, no por descuido de hombres, sino por ineludible exigencia de circunstancias.

Más aún; era mi deseo vivísimo confiar la resurrección litúrgico-religiosa de nuestra Iglesia Madre a manos dominicanas, que pusieran en ella, con el fervor del clero sacerdotal, el interés vivo y natural que identifica las almas con el terruño.

Ese deseo se hacía más intenso ante la proximidad del Cuarto Centenario de su consagración, cuya fecha, según el parecer de nuestros historiadores, y la compulsión de documentos que yo mismo encargué en Sevilla, coincide con el 1940. Era preciso que esa fecha encontrase en la Catedral, íntimamente asociados y vivificándose recíprocamente, los primores del arte y la eflorescencia plena de la vida católica.

Ha llegado la hora de realizar mi aspiración.

Desde el próximo domingo, todas las actividades parroquiales, ejercidas hasta la fecha con laudable celo en el templo del ex Convento por los sacerdotes del Seminario, serán reintegradas a la Catedral, juntamente con las de la iglesia del Carmen. Ésta, aun conservando sus devociones tradicionales, volverá a adquirir su carácter de iglesia filial.

Al frente de la Parroquia de la Catedral actuarán, como Párroco y Vice Párroco respectivamente, el Pbro. Octavio A. Beras y el Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano, cuyas prendas morales y de cultura son demasiado conocidas para ser ponderadas.

No dudo que este cambio ha de ser bien recibido por la población católica capitalense, tan justamente orgullosa y amante de su histórica Catedral.



Y ésta, renovada en su vida religiosa, se preparará a celebrar dignamente ante propios y extraños su existencia cuatro veces centenaria.

Los bendice de corazón,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

## 20. Decreto de apertura del X Sínodo Diocesano de Santo Domingo (C. Trujillo, 3 abril 1938)

*BE* I:30 (1938), 37-38; *Décimo Sínodo Diocesano* (C. Trujillo, 1938), 9-12.

### DECRETO DE INDICCIÓN DEL SÍNODO

Venerables Hermanos:

Hace sesenta años exactamente se celebró el último Sínodo en nuestra Arquidiócesis. Según el Código, debería celebrarse por lo menos cada diez años. Dilatarlo más hubiera sido violar uno de Nuestros más sagrados deberes. Además, el impulso firme que vuestro celo ha impreso al movimiento religioso del país, pedía a gritos una mejor adaptación jurídica de nuestras actividades, conforme a la reciente codificación del Derecho y a las exigencias nuevas de la vida católica.

Esta adaptación surgirá del próximo Sínodo que se reunirá en Nuestra Santa Basílica Catedral los días 20, 21 y 22 del corriente abril.

Hemos elegido esta fecha inmediata a la Pascua para que la Resurrección de Jesús se reproduzca en las actividades del Sínodo y, al través de ellas, en una exhuberancia de vida religiosa en nuestra amada Arquidiócesis.

Para este fin, requerimos bajo las penas de los sagrados cánones u otras a nuestro arbitrio, y mandamos en virtud de santa obediencia a nuestro Vicario General, a nuestro Venerable Cuerpo de Consultores Diocesanos, al Rector de nuestro Seminario, a los Vicarios Foráneos, a los Párrocos de la Capital, al Párroco que, de cada Vicaría



Foránea, ha sido elegido por todos los que en ella ejercen la cura de almas, y al Superior de cada Instituto Clerical Religioso establecido en nuestra Arquidiócesis, que no estando legítimamente impedidos, concurren a nuestra Santa Basílica Catedral a las siete y media de la mañana del día 20 de abril del presente año, para dar principio a la celebración de nuestro Sínodo.

Además, en virtud del privilegio que Nos confiere el Derecho, invitamos: a S. E. Rvdma. Mons. Luis A. de Mena, Arzobispo Titular de Parios, a los M. Ilustres Canónigos Honorarios de Nuestra Basílica Catedral y al Clero Secular y Regular residente en esta Capital, a quienes concedemos el derecho de votar en las elecciones que deban hacerse en el Sínodo.

Cada uno debe intervenir personalmente y no por delegados; y los imposibilitados deben explicarnos las causas de su inasistencia.

Y para obtener del Padre de las Luces la que los sinodales van a necesitar:

ORDENAMOS:

1. Que los sacerdotes recen en la Misa la oración del Espíritu Santo *pro re gravi* desde el lunes 18 de abril hasta el 22 inclusive.

2. Que las Comunidades Religiosas de uno y otro sexo recen o canten en común el *Veni Creator*.

3. Que los Aspirantes y socios de la Acción Católica se alternen en esos días con este fin en la Santa Comunión y en otras prácticas de piedad.

Y para que no se alegue ignorancia de este Nuestro Precepto y convocatoria, disponemos que el presente EDICTO se fije *ad valvas ecclesiae*, en Nuestra Santa Basílica Catedral, y que se remita un ejemplar a cada uno de los eclesiásticos de la Arquidiócesis, conjuntamente con la nómina de los que han de asistir.

N. B. Los fieles pueden beneficiarse de la Indulgencia Plenaria si durante el tiempo del Sínodo Diocesano, visitasen el templo en que éste se celebra. S. P. A. 22 septiembre 1924.



Dado en Nuestro Palacio Arzobispal, en la Domínica de Pasión, a los 3 días de mes de abril de 1938, firmado por Nos, sellado con el escudo de Nuestras armas, y reafrendado de Nuestro Canciller.

(fdo.) +Ricardo  
Arzobispo de Santo Domingo

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano  
Pbro. Octavio A. Beras, Secretario General

## 21. Decreto de clausura del Sínodo Diocesano y orden de promulgar las conclusiones del mismo

(C. Trujillo, 22 abril 1938)

lat. *Décimo Sínodo Diocesano de la Arquidiócesis de Santo Domingo* (1938), 17.

Por privilegio muy especial de Dios, Nos ha tocado en suerte convocar, celebrar y llevar a feliz término este Sínodo Diocesano, en el cual, con la ayuda y consejo de ambos cleros, decretamos las nuevas leyes para la disciplina que nuestra Arquidiócesis esperaba en el Señor.

Como esas leyes requieren para su vigencia de Nuestra confirmación, por el presente decreto quedan promulgadas, e inmediatamente entran en vigencia y todos están obligados a obedecerlas.

Al tiempo que damos gracias a Dios Omnipotente por tantos beneficios que cada uno de nosotros ha recibido de su mano durante la celebración de este Sínodo, decidimos que este mismo día veintidós de abril se cerrasen sus deliberaciones, como lo hacemos por este decreto.

Dado en Ciudad Trujillo, el día veintidós de abril de 1938.

+ RICARDO, Arzobispo.

Por mandato del Excmo. y Revmo. Señor  
Pbro. Octavio A. Beras, Canciller





22. Carta de Mons. Pittini  
al presidente Rafael L. Trujillo invitándole  
a visitar la Escuela de Artes y Oficios,  
y sobre la instalación  
de un Observatorio Meteorológico  
(C. Trujillo, 7 julio 1938)

c. ASD. *Correspondencia*. Gobierno (1938), s/n; repr. J. L. Sáez (ed.). *Monumenta Dominicana I* (1904-1939), f. 294.

Honorable y querido Sr. Presidente:

1. Los alumnos mecánicos de nuestra Escuela de Artes y Oficios han trabajado mucho en la confección de dos grandes y espléndidas arañas en hierro batido para salón. La Escuela desea obsequiárselas a V. E., y para eso le pedimos una breve visita a la misma el sábado próximo, 9 del corriente, a ser posible, antes de mediodía, para ofrecérselas.

De paso podrá V. E. ver la exposición de los trabajos de los alumnos en sus distintos oficios y comprobar con sus ojos si las promesas de éste su amigo respecto de la seriedad de la Escuela se cumplen.

Si no le fuere posible ir personalmente, le ruego envíe una persona que le represente y le refiera lo que vea. Pero mucho desearía que fuera V.E. en persona y estar presente yo también; para lo cual le agradecería me hiciera indicar la hora más cómoda.

2. Respecto de la posible fundación de un Observatorio Meteorológico contra ciclones en esta Capital, he conseguido que nos visite el célebre director del Observatorio de Belén (Habana), P. [Mariano Gutiérrez] Lanza, S.J. Vendrá dentro de un par de semanas y confeccionará sobre el lugar un proyecto práctico de Observatorio que luego presentaré a V. E. Dada la importancia de su persona, parece conveniente alguna conferencia pública de este gran científico sobre "Ciclones en las Antillas".

3. Todos los detalles relacionados con la Escuela Agropecuaria han sido entregados por el Dr. [Paolo] Peruzzo (Salesiano) al Secretario de Agricultura. Espero lograr de



V. E. el visto bueno para proceder enseguida a la organización.

Con el respeto afectuoso de siempre, suyo

(fdo.) + RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**23. Decreto del arzobispo Pittini  
erigiendo en la ciudad Capital  
la Parroquia de San Juan Bosco  
(C. Trujillo, 13 octubre 1938)**

ASD. *Libro II de Res.*, N° 366, f. 174; *BE* I:32 (Octubre-Diciembre 1938), 99-100.

NOS, DON RICARDO PITTINI, S.S.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica  
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, etc.

CONSIDERANDO que uno de nuestros más grandes deberes pastorales es el de cuidar que los fieles que se Nos han confiado sean debidamente atendidos en sus necesidades espirituales;

CONSIDERANDO que la feligresía de la Parroquia de San Carlos Borromeo de esta ciudad se ha extendido de tal suerte que no resulta fácil su acceso a la actual Iglesia ni es posible a los PP. Capuchinos, a pesar de su probado celo por las almas, acudir a socorrer al crecido número de fieles en razón de su escasez de personal;

CONSIDERANDO que los PP. Salesianos tienen personal disponible, poseen una amplia Capilla provisional, y están construyendo una iglesia precisamente en el paraje más necesitado de la dicha Parroquia.

Usando del derecho que Nos otorga el canon 1427, 1,  
DECRETAMOS:

Dividir la susodicha Parroquia de San Carlos Borromeo y crear una nueva Parroquia que se denominará PARROQUIA DE SAN JUAN BOSCO y cuyo límites serán los siguientes:

Por el Sur: Calle Manuel Rodríguez Objío hasta la Avenida Máximo Gómez (bajando por ésta hasta la Avenida



Bolívar y prolongándose en una línea recta hasta encontrar el Río Haina, excluyendo las secciones de Matahambre, Engombe, Café y Haina.

Por el Oeste: Los límites de la Parroquia de Los Alcarrizos, incluyendo las secciones de Herrera y Arroyo Hondo.

Por el Norte: El río Isabela hasta el punto llamado “Barquita de Santa Cruz”.

Por el Este: Desde la Barquita de Santa Cruz en línea recta hasta encontrar la Avenida José Trujillo Valdéz hasta su unión con la Avenida Braulio Alvarez, siguiendo por las calles Pimentel, Benigno del Castillo, Doctor Alfonseca, Avenida México, Doctor Delgado, hasta encontrar la calle Manuel Rodríguez Objío.

MANDAMOS que este Nuestro decreto sea leído en todas las iglesias de la Ciudad el domingo 23 del corriente mes de octubre.

Dado en Nuestro Palacio Arzobispal, firmado de Nuestra mano, sellado con Nuestro sello y refrendado por Nuestro Canciller, en Ciudad Trujillo el 13 de octubre de 1938.

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano

(fdo.) Can. Octavio A. Beras

Canciller-Secretario General

#### **24. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el cercano Día de las Misiones (C. Trujillo, 14 noviembre 1938)**

*BE I:32 (Octubre-Diciembre 1938), 101-102.*

Venerables hermanos y amados Hijos en el Señor:

El último Domingo de Noviembre, 27 del corriente, se hará en todas las Parroquias de la Arquidiócesis una Colecta destinada a las Misiones católicas en tierras de infieles. Esta colecta se efectúa en todas las parroquias del mundo católico.



¿Será necesario que os pondere la importancia, la necesidad de cooperar, conforme a la posibilidad de cada uno, a la Obra Divina que millares de misioneros de uno y otro sexo realizan, con sacrificios que llegan al heroísmo, en las partes más remotas del mundo?

Cuando pensamos en que más de mil millones de almas, es decir, más de dos tercios de la humanidad, no gozan del privilegio de la Fe y están hundidos en la noche del paganismo, comprendemos la hermosura de la cooperación misionera y estamos dispuestos a hacer algo de parte nuestra para extender más el Reinado de Cristo.

Con ese fin, todo el clero de nuestra Arquidiócesis se ha inscrito espontáneamente en la “Unión Misional del Clero” y vuestro Párroco se encargará de explicaros ampliamente esta materia, estimulándoos todos a contribuir siempre con vuestras plegarias, y el Día de las Misiones también con vuestra limosna al éxito apostólico de los que a ellas se entregan.

De mi parte os agradezco desde ahora, en nombre de la Iglesia, vuestra generosidad fraternal, añadiendo a mi gratitud la bendición cordial de

Vuestro afmo. en Xto.,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano  
(fdo.) Can. Octavio A. Beras  
Canciller-Secretario General

**25. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis a propósito del cercano tercer aniversario de su consagración como Arzobispo de Santo Domingo (C. Trujillo, 4 diciembre 1938)**

*BE* I:32 (Octubre-Diciembre 1938), 103-106.

El próximo jueves, día de la Inmaculada, hará tres años que, al ser consagrado en nuestra Santa Basílica, recibí el



Anillo, signo de unión con la Iglesia Dominicana, y la Cruz, signo de responsabilidad.

Fueron instantes angustiosos para mí aquellos en que el Obispo consagrante hacía resonar una por una en mis oídos las obligaciones del cargo, al comparar su peso con mi fragilidad moral y física. No sólo el acto de la consagración desviaba el curso de mi vida hacia un rumbo que nunca había previsto y que hice lo posible por eludir, sino que ponía sobre mis hombros una carga superior a mis fuerzas.

Hoy, después de haberla llevado por tres años con la cooperación filial y constante de mi clero y la correspondencia no menos filial de mi pueblo, debo repetir la frase evangélica: “el yugo se me ha ido suavizando y se alivió mi carga”. Hasta llego a preguntarme si Dios hubiera podido deparar a las postrimerías de mi vida otra tierra más dulce que la tierra de Santo Domingo.



Sea Dios ante todo bendecido y enseguida vosotros, amados Hermanos e Hijos, por vuestra eficaz cooperación en la divina empresa de llevar a Cristo a las almas y a la Sociedad, conforme al lema de mi escudo episcopal: “Christum fero” (Llevo a Cristo).

El sentido profundo de esta frase va difundándose y penetrando más y más en la mente y en la vida de nuestro pueblo.

Vamos comprendiendo cada día mejor que el catolicismo verdadero no es el aparato exterior y superficial de la “fiesta”, asociado a menudo con el ruido mundano de danzas y juegos, ni la simple administración de Sacramentos o de actos religiosos favorecida y estimulada por compensaciones materiales, sino es fundamentalmente la “vida sobrenatural de la Gracia”, renovada en el Sacramento de la Penitencia y fortificada en la Santa Comunión.

Para que “las almas tuviesen vida y la tuviesen abundantemente”, Jesús vino al mundo. No para el tumulto y



el mercantilismo del atrio del templo, que Él, látigo en mano, dispersó y maldijo.

Nadie puede negar que esta divina marea de la Gracia durante estos tres años ha ido subiendo y envolviendo un número cada vez mayor de almas, y va dejando en los individuos y en los hogares un sello más hondo de vida moralmente ordenada y cristiana. Está a la vista de todos el incesante crecer de confesiones y comuniones, y en ellas el reflejo eucarístico tan ponderado por Pío XI como el signo más elocuente de catolicismo genuino.

¿A quién se debe este magnífico despertar? Ante todo y sobre todo al Clero. Reducidos en número, agobiados varios por el peso de la edad, nuestros sacerdotes han multiplicado sus energías en esta nueva dirección. Han sentido el estímulo del ejemplo de otros países, han comprendido el ansia eucarística de sus feligreses, tanto más fuerte cuanto más alejados habían estado anteriormente de este divino manjar, y ha surgido como una santa porfía entre parroquia y parroquia, en el apostolado de la Eucaristía.

A las Escuelas Católicas les corresponde una buena parte del mérito. Alcanzan a veintiuna, diseminadas por todo el país, y cada una es un foco eucarístico, pues cada alumno se convierte en apóstol de la Eucaristía en los respectivos hogares.

Finalmente la “Acción Católica Dominicana” ha sido y es la gran fuerza propulsora del movimiento. A pesar de la escasez de los elementos dirigentes, de las deficiencias iniciales de organización, de la inconstancia inherente a todas las actividades humanas, la “Acción Católica” es una fuerza viva, real y bendecida por Dios, que ha penetrado hasta los últimos rincones del país, y en todas partes germina como una simiente de cielo.

Debo añadir una palabra agradecida a las autoridades públicas y en particular al que fue hasta ayer nuestro Presidente, por su eficaz cooperación, no sólo negativa, en el sentido de la amplia libertad dispensada a las actividades católicas, sino positiva y eficaz, con la asistencia de los poderes públicos a los actos religiosos de mayor solemnidad.



dad, con la bendición religiosa impartida a cada una de las obras, cuyo conjunto forma una espléndida epopeya de progreso, y con la contribución material que favoreció la construcción y renovación de templos y escuelas católicas en el país.



Pero estos tres años representan apenas el primer paso. Hemos puesto la mano al arado y encontramos la tierra buena y bien dispuesta. No sé si hay otro pueblo más ansioso que el nuestro de Luz y de Vida católica. La tierra es fértil, pero ¡cuánta maleza de ignorancia, de superstición, de prácticas y costumbres malsanas, dificultan e impiden la obra de Dios!

No debemos desalentarnos. Era mil veces peor el mundo que Jesús encontró a su venida.

Con paciencia y constancia divinas, Él formó a su lado el grupo apostólico, y con su cooperación cambió la faz de la tierra. Es nuestro supremo deber y es la única solución la de formar a nuestro lado en cada parroquia, en cada ermita, en cada colegio, el grupo de “Acción Católica”. Es la palabra de orden que nos baja del Vaticano.

A medida que el tiempo y la muerte reducen las filas del clero, debemos llenar sus vacíos con apóstoles seculares de todo sexo y edad.

Por otra parte, debemos agotar los medios para reconstruir el clero dominicano en número y calidad, llevando nuestro Seminario a la altura de las necesidades.

Y así, con plena confianza en Dios, seguiremos labrando la renovación católica de esta primogénita de América. No sé hasta cuándo y hasta dónde yo podré acompañaros en este ocaso de mi vida. Mas os prometo que mi corazón dejará de trabajar cuando deje de latir.

Será la forma más práctica de mostraros el afecto agradecido de este amigo vuestro que os bendice en Xto.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



26. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el próximo Congreso Eucarístico del Cibao (C. Trujillo, 16 enero 1939)

BE I:33 (Enero-Marzo 1939), 135-137.

Amados Hermanos e Hijos en el Señor:

En casi todos los países católicos y particularmente en los de nuestro Continente, se han rendido ya a Jesucristo, con pompa y solemnidad extraordinarias, públicos homenajes llamados "CONGRESOS EUCARÍSTICOS".

Parece que aún se entrecruzan en el aire, sobre nuestra isla, los ecos de los dos recientes celebrados, uno en el Uruguay, y otro en Estados Unidos, que congregó a cientos de miles de almas en la ciudad de Nueva Orleans.

Siendo nuestra Arquidiócesis la Primada de América, y correspondiendo al suelo dominicano el privilegio del primer Sacrificio Eucarístico en la playa de la Isabela en la Epifanía de 1496, ¿sería posible, Hermanos e Hijos muy amados, permitir que la ceniza de la indiferencia cubriese nuestro fuego, cuando las hogueras eucarísticas iluminan todos los horizontes de América?

No: una llamarada se elevó ya hace dos años desde La Vega católica, y fue una revelación.

Una revelación local, si queréis, pero que anunciaba algo más amplio y más grande para una próxima fecha. Ese algo más amplio y más grande será el Congreso Eucarístico regional del Cibao, que celebraremos en Santiago de los Caballeros los días 21, 22 y 23 del próximo Abril.

—●—

¿Qué es un Congreso Eucarístico? Son tres días que el pueblo pasa con su Rey, recibéndole en Comuniones extraordinarias, hablando de Él públicamente, rindiéndole adoración, llevándole en triunfo por calles y plazas, implorando al fin, como broche de oro, su Divina Bendición.

Actos como éstos, digámoslo enseguida, no se improvisan. Con una propaganda intensa de última hora se po-





drán, quizás, improvisar muchedumbres y con ellas el halago de la vanidad.

Pero comuniones improvisadas son, cuando menos, estériles: sacrílegas a menudo. Desfiles religiosos sin preparación, son desfiles de exhibicionismo; no serios y profundos Actos de Fe colectiva. Congresos Eucarísticos que no hayan tenido en cada Parroquia, en cada sección de la Parroquia, su ensayo práctico e inteligente, organizado y dirigido por el Párroco y los grupos locales de Acción Católica, podrán ser Congresos ruidosos, pero su resultado consiste y termina en el ruido.

Congreso Eucarístico significa en cambio un vasto, hondo, perdurable movimiento espiritual: una difusión más intensa y organizada de la Doctrina Cristiana; una regularización más metódica de hogares mal formados; un asalto a las conciencias frías de las poblaciones urbanas por medio de tríduos y misiones; un llamado alto y sentido a todos para que nadie falte el día del “Gran Banquete” y para que nadie se presente al banquete sin el vestido nupcial.

Así lo han entendido varios Párrocos del Cibao que ya han formulado su programa de preparación, y silenciosa y firmemente lo van llevando a cabo. Antes que llegue la fecha del Congreso, estos Pastores celosos y vigilantes habrán recogido una gran cosecha espiritual en sus parroquias.



¿Por qué el Congreso Eucarístico se efectuará en el CIBAO?

Una vez que debíamos limitarnos por ahora a un Congreso “regional”, en preparación al próximo “nacional”, el Cibao era la región naturalmente destinada a este honor.

Allí todo promete un éxito fecundo y resonante. El ambiente está henchido de recuerdos y tradiciones religiosas sobre las que parece proyectarse desde las playas de La Isabela, la blancura de la primera Hostia consagrada en el Nuevo Mundo. A los tesoros de riqueza naturales,



corresponden los tesoros de bondad de una población laboriosa, honrada y orgullosa de su catolicismo tradicional. La Acción Católica se afirmó no sólo en la mayoría de las Parroquias, sino en muchas de sus secciones rurales con una vitalidad sorprendente. Y el recuerdo fresco del Congreso Eucarístico Vegano sirve de norma y de estímulos.

Y si el Cibao es una promesa de éxito para el Congreso, la ciudad de Santiago, que será su sede, es la mejor garantía de esa promesa.

Lo es no sólo por su posición geográfica central, sino también y sobre todo, por su generosa hospitalidad, por su dominicanismo en el que tradición y progreso se equilibran admirablemente y, más aún, por su hondo, arraigado, sincero sentir católico que en el próximo Congreso tendrá una ocasión magnífica de ostentarse ante las miradas del país.

Las miradas y el corazón de todo el país van a estar puestos en estos meses en el Cibao, en la plena seguridad de que el Cibao sabrá afrontar toda la responsabilidad que acompaña la honra de un Congreso Eucarístico.

Y el primero en participar de esta seguridad es este vuestro amigo que de corazón os bendice,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano  
(fdo.) Can. Octavio A. Beras  
Canciller-Secretario General

## 27. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y los fieles de la Arquidiócesis a propósito de la próxima Cuaresma (C. Trujillo, 19 febrero 1939)

*ibid.*, 138-142.

Venerables Hermanos y amados Hijos:

Le bendecía el de la derecha; el de la izquierda le maldecía. El primero proclamábale Dios; el segundo impostor.



El contraste de esta escena del calvario pocas veces se proyectó en el mundo, como en nuestros días. Individuos y pueblos se orientan a su derecha o a su izquierda; con Él o en contra de Él y en contra de la Iglesia Católica que Él fundó y se identificará con Él hasta el término de los siglos.

Por suerte, el pueblo dominicano y la casi totalidad de sus componentes están a su derecha, porque están con su Madre, la Virgen de la Altagracia, cuyo manto a todos los cubre, desde los Gobernantes supremos hasta el humilde poblador de las lomas.

Mas no basta estar a su derecha; es preciso estar junto a Él. No basta ser miembro de la Iglesia Católica por el bautismo; es preciso serlo en las convicciones y en la vida.

Pasa, a veces, a nuestro lado una voz extraña y nos dice: “Ven por esta otra senda; iníciate en esta otra organización; sigue esta otra norma de conducta”.

Una duda sube de la conciencia: “¿Comprometeré con ésto mi catolicismo?” “No, replica la voz insinuante: puedes a la vez ser católico y ser esto otro”. E incautamente nos vamos, creídos de que lo podemos ser.

Si hubiéramos sondeado bien lo que significa ser buen católico y lo que lo otro significa, hubiéramos cerrado el oído a la voz seductora y nos hubiésemos quedado en la Casa paterna, junto a Él.



En esta Pastoral de Cuaresma deseo considerar y ponderar con mis hermanos en la Fe, el privilegio y la consiguiente responsabilidad de ser católicos, miembros vivos de esta Sociedad singular, llamada “Iglesia Católica”.

La existencia de la Iglesia es un hecho tan grande y luminoso como el sol. Trescientos cincuenta millones de personas, dispersas por el mundo y unidas estrechamente por los mismos ideales y bajo la misma autoridad (local en sus parroquias y diócesis, universal en Roma), es algo asombroso y único. Más asombroso aún si se piensa que esta asociación esencialmente religiosa y moral, ejer-



ce una influencia inmensa en la marcha de la humanidad, aunque no cuente con los recursos de orden material, en que se basan los poderíos humanos.

En estos mismos días tan henchidos de tormentas y dudas, fué de Roma, de la Ciudad Vaticana de donde brotó la palabra segura y clarísima que fijó la naturaleza y las funciones del Estado, de la raza, de la propiedad entre los extremos de la dictadura tiránica y de la anarquía, del nacionalismo y del internacionalismo exagerados, del capitalismo burgués y del supercapitalismo comunista.

Era la voz frágil de un Papa octogenario la que pronunciaba esa palabra. Mas vibra en ella el eco eterno y profundo de la verdad y es respaldada por una autoridad que va mucho más allá y está muy por encima de la autoridad personal del hombre que habla.

Y el asombro aumenta al pensar que esta nuestra Iglesia Católica no es de ayer; que retrocede por diez y nueve siglos, más allá del origen de todas las Sociedades existentes, si se exceptúan las nebulosas sectas religiosas orientales que desde las orillas del Ganges hundieron en un miserable estado de inercia letárgica secular a esos pueblos que apenas ahora parecen despertar.

¿Qué contraste tan hondo entre su somnolencia nirvánica y la inquietud joven y despierta de los pueblos de Europa que, iluminados por la Iglesia Católica, elaboraron sin cesar, como el gusano elabora su capullo de oro, la única civilización de la que el mundo puede hoy enorgullecerse, la civilización cristiana!

Que se hayan proyectado y que aún se proyecten sombras sobre esta civilización y sobre el mismo organismo de la Iglesia Católica, no lo hemos de negar.

Son sombras y manchas del elemento humano que lo compone. Pero en las manos de los mismos elementos eclesiásticos infieles a su misión jamás ha palidecido la lámpara de la doctrina y nunca se desvió la dirección de la aguja que marca el rumbo de la Moral y del Derecho.

¿Qué fermento misterioso mantiene en este organismo casi dos veces milenario un ritmo de vida siempre jo-



ven y progresiva? ¿Qué misteriosa inspiración aleja de su magisterio doctrinal la sombra del error y del desvío?

La respuesta brotó de labios del Fundador: “Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos”.



Contra la divina Persona de Jesús ha ensayado todas sus armas una crítica tan orgullosa como impía, pretendiendo unos arrancar de su frente la aureola de la divinidad, otros sustituir su existencia histórica por un mito vaporoso, germinado de la cálida imaginación oriental.

Todo este pretencioso aparato científico se ha vuelto espuma como se tornan espuma las olas que embisten la roca para dejarla más limpia y brillante bajo los rayos del sol.

Y en espuma se tomará la rabiosa campaña contra Él desatada en Rusia y en Alemania, como se ha tornado en España, donde los “Vivas a Cristo Rey” de las armas restauradoras, se confunden con el eco del mismo grito lanzado por miles de mártires que han envuelto la Madre Patria en un manto glorioso de sangre.

Sin la presencia viva y perenne de Jesús en su Iglesia, no podría explicarse la vida perpetuamente joven y fecunda de ésta al través de casi veinte siglos, desde el día en que saliendo del Cenáculo inflamada por el Espíritu Santo, se enfrentó con el paganismo de Roma.

Jesús sigue siendo el “Maestro” que preserva de errores en materias de Fe y de Moral a su Vicario el Papa, sucesor de Pedro, y al cuerpo de los Obispos, sucesores de los Apóstoles. Aceptar las enseñanzas de éste es, pues, un estricto deber de todo buen católico.

Jesús es el “Sacerdote Supremo” que sigue ofreciéndose víctima a Dios y vierte sobre nosotros por el ministerio de los sacerdotes, la corriente de la Gracia que nos santifica y eleva al estado sobrenatural de hijos adoptivos de Dios. Acercarnos con frecuencia a los Santos Sacramentos que nos traen esta divina corriente, es estricto deber de todo buen católico.



Jesús es la “Cabeza” del cuerpo místico, del cual cada uno de los bautizados es miembro. Es deber estricto de todo buen católico mantenerse unido a esta Cabeza divina, evitando culpas graves o borrándolas con una buena Confesión.

Jesús es finalmente el “Rey” espiritual de la Iglesia por él fundada. De Él emana directamente la autoridad de la Jerarquía. Obedecer sin reserva a nuestros superiores eclesiásticos es un deber estricto de todo buen católico.

Por esta intervención invisible pero real, Jesús perpetúa en nosotros, al través del visible ministerio de la Iglesia, su obra de Redención, iluminándonos con su Doctrina, santificándonos con la Gracia, fruto de sus méritos, guiándonos con su poder soberano hacia una vida dichosa e inmortal.

Cuando reflexionamos que la Iglesia es en sus manos el instrumento vivo de esta maravillosa Obra Redentora, ¡cómo se aclara en nosotros el concepto y cómo se agiganta el aprecio de esta Madre que nos cuenta entre sus hijos!

Ser y sentirnos católicos sin reservas, plenamente adheridos al Papa, al Obispo, al Párroco, debe constituir para nosotros un timbre de gloria y de orgullo.

Se nos encoje el alma de pena al ver a tantas personas, caballeros sobre todo, que limitan su catolicismo a una que otra práctica exterior y se entregan sin escrúpulos a una vida habitualmente desordenada o se enredan en doctrinas y asociaciones radicalmente opuestas al cristianismo.

Contra esta deplorable confusión de ideas, fruto de ignorancia, que no de malicia, debemos luchar unidos Clero y Acción Católica, para que el beneficio de la Redención alcance también a estos nuestros hermanos.

Es el único camino para llevar a las intimidades de las conciencias, de los hogares, de toda la sociedad dominicana, los gérmenes de vida sobrenatural que por un lado engendran la salvación de las almas y por el otro florecen en los múltiples aspectos de la civilización que caracteriza a los pueblos honda y sinceramente católicos.



Para esta obra de apostolado católico es muy oportuna la época Cuaresmal que nos prepara a conmemorar dignamente los grandes hechos que consumaron la Obra Redentora de Jesús.

Adelantándome en desearos la plenitud de las alegrías pascuales, os bendice de corazón,

Vuestro afmo. en Xto,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

28. Carta de Mons. Ricardo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la renovación del clero dominicano y la creación del Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo, 11 septiembre 1939)

BE I:35 (Julio-Septiembre 1939), 218-222; repr. J. Sáez, *Los Jesuitas en la República Dominicana I* (1988), 304-306.

Hermanos e Hijos muy queridos en el Señor:

La falta de un Seminario adecuado a las exigencias de la Arquidiócesis ha sido siempre y es la causa de la escasez dolorosa de clero dominicano.

Una simple mirada a los registros del pasado demuestra que casi nunca el número del seminaristas alcanzó al actual, que es de apenas veinticinco.

Limitándonos a los últimos años, Mons. Castellanos fijó su número en una docena, por falta de recursos. Luego fue elevándose gradualmente.

De veinticinco niños que inicien la carrera sacerdotal, aunque ésta sea de sólo diez años, período mínimo consentido por el Derecho Canónico, tan sólo dos o tres llegan ordinariamente al sacerdocio.

Si pensamos en que debería haber un sacerdote para cada mil almas, se ve que jamás el Seminario actual pudo darnos 1,500 sacerdotes dominicanos. Por consiguiente, debemos ir de inmediato a su ensanchamiento.

Para ello se requiere un lugar idóneo, un cuerpo de educadores de gran capacidad intelectual y moral, un



número de candidatos que vaya en continuo aumento para favorecer una selección más esmerada.

El lugar elegido es el Colegio del Padre Fantino, reconstruido y transformado en Seminario Menor: un núcleo selecto de Padres Jesuitas asumirá la responsabilidad con la competencia que todo el mundo les reconoce; los candidatos vendrán de todos los puntos del país, en particular del Cibao, tan fecundo en vocaciones sacerdotales.

El Seminario actual seguirá funcionando como Seminario Mayor, al que han de pasar los candidatos escrupulosamente seleccionados a través de los cursos clásicos. He aquí la solución, la única posible, a la que se ha puesto ya la mano. Permitidme ahora unas sugerencias que han de facilitar su realización.

1. Ante todo, debemos levantar lo más alto posible el prestigio del estado sacerdotal para hacerlo atrayente, y estimular vocaciones. Esto nos toca a nosotros los eclesiásticos, desde el Arzobispo hasta el último de los sacerdotes.

Hay dos virtudes que nos hacen resplandecer de un modo particular a los ojos del mundo: la pureza de costumbres y el desprendimiento del dinero. Un clero licencioso y codicioso está condenado a la esterilidad y a la extinción. Es repudiado de Dios y de los hombres. El pueblo, hablo del buen pueblo dominicano, exige de sus sacerdotes el título de la virtud antes que el de la nacionalidad. Si los dos coinciden, tanto mejor; si no, prefiere el primero al segundo.

Un buen número de parroquias y, dicho sea de paso, las más pobres, las más distantes y menos cómodas, ha sido confiadas a sacerdotes extranjeros, para que no quedasen abandonadas. El pueblo, lejos de estar descontento de ellos por su nacionalidad, les prodiga un afecto y una correspondencia que honran por igual a los fieles y al sacerdote.

Deberían ir a comprobarlo ciertas cabezas ligeras, cuya lengua y pluma reflejan un espíritu estrecho y sectario, que no el noble sentir del pueblo dominicano.

2. La manutención de un Seminario numeroso exige un presupuesto muy alto. Aunque la remuneración de los





profesores sea excesivamente modesta, el Seminario actual con sus veinticinco alumnos absorbe más de \$400.00 mensuales.

Para suplir las pocas entradas de la Curia Eclesiástica, el Arzobispo, el Canciller y el Vicario General han reducido espontáneamente sus sueldos casi a la mitad. Sumados los tres están lejos de alcanzar el sueldo de un Diputado de la Nación. Si ha de reconstruirse el Seminario, y el número de alumnos ha de duplicarse o triplicarse, se aumentarán los gastos.

Es cierto que al Gobierno Nacional debemos agradecer una cooperación constante para el Seminario. La misma Curia, una vez que haya podido extinguir la deuda heredada del pasado, que aún llega a unos CINCO MIL DOLARES, podrá aumentar en algo su contribución; pero siempre muy inferior a las necesidades de los dos Seminarios.

Yo confío sinceramente, Hermanos e hijos queridos, que el pueblo católico dominicano ha de ayudarme en esta empresa tan urgente. Si pueden sostenerse y prosperar las empresas teatrales y cinematográficas; si los mismos juegos de azar encuentran un apoyo desgraciadamente excesivo, ¿no lo encontrarán los niños dominicanos a quienes Dios invita hacia el altar?

A su tiempo os anunciaré la forma de esta cooperación popular que tendrá por órgano la “Acción Católica Dominicana”, dirigida por los Párrocos. Por ahora me limito a rogaros que recibáis con simpatía este llamado que surge del centro mismo del corazón de vuestro Prelado.

Y finalmente unamos todas nuestras plegarias a Dios para que envíe muchos y buenos operarios a la viña tan amplia y necesitada de nuestra Arquidiócesis. En esta unión de esfuerzos y plegarias para la renovación del Clero Dominicano, me es muy grato impartiros la mejor bendición de

Vuestro afmo en Xto.,

+Ricardo,  
Arzobispo de Santo Domingo.



P.S. Se recomienda a los Sres. Párrocos y a las Comunidades Religiosas que organicen en sus respectivas jurisdicciones oraciones públicas para la vuelta de la paz al mundo; una paz hermanada con la justicia, conforme a la recomendación del Santo Padre.

**29. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la llegada al país, cuatro días antes, de 288 refugiados políticos españoles (C. Trujillo, 11 noviembre 1939)**

*La Opinión* XVII:3974 (C. Trujillo, viernes 13 noviembre 1939), 1<sup>a</sup>, cols. 3-4.

Venerables Hermanos e Hijos en el Señor:

Han llegado y seguirán llegando a nuestra tierra, en busca de paz y trabajo, personas y familias que el torbellino de los acontecimientos arrastró lejos de su patria.

Los debemos acoger con brazos abiertos y corazón fraternal.

El sentirse entre hermanos les traerá el alivio que la bonanza del puerto trae al navegante en pos de las angustias de la tempestad.

Demostremosles una fraternidad de hechos más que de palabras.

Comprendo que la situación económica de nuestro país se resiente del malestar general. Pero el amor inspirado y basado en el espíritu cristiano es inagotable en sus recursos.

No entro en particulares que el tiempo y las circunstancias determinarán.

Me limito por ahora a este simple llamamiento que hallará, no lo dudo, eco inmediato en el corazón de este país honda y totalmente católico.

Os bendice vuestro affmo.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



30. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero,  
religiosos y fieles de la Arquidiócesis  
a propósito de cumplir  
su cuarto año de episcopado  
(C. Trujillo, 25 noviembre 1939)

BE I:36 (Octubre-Diciembre 1939), 236-238.

Amados Hermanos e Hijos en Cristo:

Durante mi Pontifical del próximo viernes en nuestra Santa Basílica, frente al altar testigo –hace cuatro años– de mi consagración, he de responder a la siguiente pregunta de Dios y de mi conciencia: “¿Qué hiciste durante este tiempo y cómo lo hiciste, en bien del pueblo que se te confió?”

Me adelanto, Hermanos e Hijos muy amados, a solicitar vuestro perdón por si no he cumplido o si no he satisfecho bien alguno de los muchos y graves deberes simbolizados por el anillo que llevo y la cruz que me cuelga sobre el pecho.

Cada aniversario que llega en alas del tiempo, alejándome de la fecha en que ante Dios y vosotros contraí un sagrado compromiso, y acercándome a la fecha de la cuenta final, es un nuevo anillo que más me identifica con el pueblo dominicano y una amonestación nueva de que a él exclusivamente me debo.

No es necesario revisar con vosotros el progreso católico del país durante este cuatrienio, porque, siendo obra vuestra, lo conocéis como yo, y conmigo lo agradecéis al Señor.

Permitidme en cambio que, después de dar gracias a Dios, os exprese mi gratitud por vuestra cooperación y correspondencia, cuya intensidad y sinceridad han sellado estos cuatro años con un sello de dicha que los distingue entre los mejores de mi vida. Mi gratitud debe llegar también al Gobierno Nacional y en particular al hombre que lo guía e impulsa, por su apoyo válido, generoso y nunca interrumpido a toda iniciativa católica y al Arzobispo en particular.

—●—



Y ahora, a la vigilia del cuarto aniversario, deseo expresar una aspiración vivísima de mi alma, cuya realización, después de Dios, depende de vosotros.

Aspiro a enviaros, dentro de un año, la circular de mi quinto aniversario episcopal desde el Santo Cerro y, para ser más exacto, desde el Seminario “Padre Fantino”, rodeado de sesenta seminaristas que, unidos a los del Seminario Mayor, acerquen al centenario las esperanzas de resurrección del clero dominicano.

Frente a la multiplicación vigorosa de nuestra población, debemos impedir a costa de cualquier sacrificio la extinción gradual del clero nativo. No debemos sacrificarnos en crear vocaciones sacerdotales, Dios se encarga de ello. Debemos sacrificarnos en mantenerlas por ser vocaciones brotadas en su casi totalidad de familias ricas únicamente en virtud. Es un sacrificio de bolsillo el que se impone. Sacrificio que Dios recompensa ampliamente en todo sentido.

Os lo aseguro por experiencia personal. Una de las grandes satisfacciones de Vuestro Prelado en su cuarto aniversario es el haber invertido hasta la fecha unos \$3.500 de su sueldo en la manutención de seminaristas necesitados. No lo digo por exhibicionismo tonto, sino para estímulo vuestro, Hermanos e Hijos muy queridos.

Y podrían repetirlo conmigo con más razón otros que silenciosamente buscan en las manos seguras de Dios el interés centuplicado de sus ofrendas, que no se consigue jamás en los Bancos de los hombres.

Este sacrificio de bolsillo nos lo piden a la par la Religión y la Patria.

La tierra dominicana no es tierra de infieles, ni su pueblo un pueblo primitivo, clasificable entre los “pueblos de misión”.

Podemos y debemos formar un clero nuestro, una jerarquía nuestra, con más disposición que los extraños para sentir y promover el tesoro de sanas tradiciones y costumbres buenas que dan fisonomía al pueblo



dominicano y constituyen su más sagrado patrimonio nacional.

“Es a la luz de estos principios –acaba de escribir Pío XII en su primera carta Encíclica– que la Iglesia dedica sus cuidados a la formación de un culto clero nativo y al aumento gradual de Obispos del lugar”.

Vamos, pues, a iniciar cuanto antes la formación de un “Fondo de las Vocaciones Sacerdotales Dominicanas”, con el procedimiento que a su tiempo os señalaré. Me limito a adelantar que el Clero y la Acción Católica deben ser y serán en primer término los naturales encargados de organizarlo y formarlo en cada localidad.

Sea ésta la “Obra central” del año próximo que muestre a los nuestros y a los extraños que la Fe del pueblo Dominicano vive en las obras.

Os bendice a todos de corazón Vuestro Arzobispo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

### 31. Carta de Mons. Pittini a Rafael L. Trujillo sobre sus planes futuros para el Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo, 27 noviembre 1939)

BE I:36 (Octubre-Diciembre 1939), 248-249.

Excelentísimo Señor y amigo:

Someto a la consideración de V. E. un hecho de extrema gravedad para el presente y el porvenir de la Religión y del País.

El Clero dominicano se va extinguiendo rápidamente. Hay actualmente para una población que va hacia dos millones, tan sólo 31 sacerdotes dominicanos. De éstos, diez han pasado ya los 70 años, y seis han pasado los 63 años de edad. Por consiguiente, al cabo de diez años no llegarán a 20 los sacerdotes dominicanos: un sacerdote para más de cien mil almas!



Desde mi asunción al Arzobispado puse todo mi empeño en elevar el número de Seminaristas hasta el límite máximo de capacidad del Seminario actual, que es de treinta estudiantes.

Muy poco puede esperarse de un número tan reducido. Si no queremos despoblar de sacerdotes dominicanos el país, urge la creación de un Seminario menor en el Santo Cerro.

Como dije en New York a V. E., después de interesar al Vaticano y al mismo Santo Padre, he obtenido en Roma el envío, desde el próximo octubre, de un cuerpo selecto de Profesores Jesuitas, que se harán cargo de sesenta seminaristas más en el Colegio del finado P. Fantino (Santo Cerro), reconstruido y adaptado para Seminario. Allí, los futuros sacerdotes aprenderán a serlo de veras, con amplia cultura y sólido carácter. El país ha adelantado demasiado para tener sacerdotes del tipo antiguo, en contraste con el ritmo progresivo del pueblo dominicano.

Me permito anexarle los planos del futuro Seminario que llamaremos “Padre Fantino”, para que los seminaristas sigan las huellas de aquel varón santo y sabio.

En su reconstrucción se invertirá una suma no mayor de \$8.000.00.

Estoy haciendo continuos y persistentes llamados al Clero y al pueblo para que contribuyan, y lo harán: pero temo que no será mucho.

Tratándose de una obra de tanta necesidad religioso-patriótica, me he atrevido a pedir también su concurso. Temo que sea éste el último pedido mío, porque mis energías después de cuatro años de Arzobispado comienzan a declinar; aunque las emplearé hasta que se agoten en bien del país.

Aguardo la decisión de V. E., que sin duda interpretará el bien de la Patria.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



32. Circular del arzobispo Pittini al clero, religiosos, colegios católicos, asociaciones piadosas y fieles de la Arquidiócesis sobre el fondo de sostenimiento del Seminario (C. Trujillo, 23 diciembre 1939).

BE I:36 (Octubre-Diciembre 1939), 339-240.

Mis amados Hermanos e Hijos en Cristo:

En Enero se comenzará la construcción del Seminario Menor en el Santo Cerro. Hay un Fondo para ello, debido a la generosidad del Generalísimo Trujillo.

Es preciso ahora iniciar el “Fondo” para la manutención de los dos Seminarios Mayor y Menor, cuyo costo se va a triplicar desde el próximo octubre.

Este “Fondo” lo debemos formar de inmediato nosotros, Clero y fieles. Digo debemos, porque es un estricto deber de hijos hacia la madre común que es la Iglesia de Santo Domingo.

Estas líneas llaman pues al corazón de los hijos, siempre abierto de par en par hacia la madre.

Después de mucho reflexionar y consultar, he llegado a las decisiones siguientes:

1. En cada Iglesia, pública o semipública, debe colocarse en lugar prominente un “cepillo” con la inscripción: “Para el Seminario”, llamando periódicamente la atención de los fieles sobre su importancia. Ruego a todos los Colegios Católicos que coloquen uno en el locutorio, recomendándolo a los alumnos y a sus padres. Cada mes se enviará a la Curia la colecta especificada para darle publicidad.

2. Como el Seminario Menor será la “Casa de Ejercicios del Clero”, donde los Sacerdotes encontrarán comodidades especiales, ruego a mis Hermanos Sacerdotes que hagan una contribución personal, posiblemente mensual, o por lo menos anual, a dicho Fondo. Lo encabezará este vuestro amigo con \$100 mensuales, de sus entradas personales. Dios nos retribuirá, aun materialmente, por este acto de caridad.

3. El Derecho Canónico autoriza al Obispo a imponer en caso de necesidad, un impuesto, dentro de ciertos límites, a las Parroquias, iglesias, Comunidades, Asociacio-



nes parroquiales, etc. para el Fondo del Seminario. No voy a usar de este derecho para imponer una obligación que, por ser impuesta, parecería más pesada.

Apelo, en cambio, a vuestra buena voluntad para que, de acuerdo con la Acción Católica y las otras Asociaciones parroquiales, fijéis vosotros mismos la suma mensual de la contribución canónica a la que me estoy refiriendo. Una vez fijada, debe mantenerse como si fuese una obligación sagrada.

Costará al principio acostumbrar a los fieles, particularmente en tiempos tan duros como los presentes. Pero si se les explica bien la necesidad y la obligación de crear el clero nuestro, y si se les demuestra que cada centavo dado para eso será en eso invertido, el pueblo hará milagros de generosidad. Lo mismo pido a los Colegios, Comunidades, etc. Espero que antes de la Epifanía me enviaréis una respuesta precisa a estos tres puntos.

Hemos abierto en el Banco una Cuenta Especial del Seminario. Os comunicaremos periódicamente y especificadas las entradas y las salidas correspondientes.

Estas líneas os llegarán durante las fiestas Natalicias, que predisponen el espíritu a la Virtud de la Caridad, brotada junto a la Cuna del Niño Dios.

Que Él os recompense y os bendiga como lo hace Vuestro affmo.,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

**33. Carta del arzobispo Pittini  
a Mons. Maurilio Silvani, Nuncio Apostólico,  
sobre los problemas del Seminario,  
dirigido por los PP. Claretianos  
(C. Trujillo, 7 noviembre 1940)**

c. ASD. *Correspondencia. Vicaría General* (1940), N° 245; J.L. Sáez, S.J. *Apéndices Documentales* (1936-1961), ff. 511-523.

Excelencia Reverendísima:

Incluyo las “Bases” para la renovación del actual Convenio del Seminario, que expira al término de este año





escolar, presentadas por el Rmo. P. Nicolás García, Superior General de los PP. Claretianos, en su paso reciente por aquí. No las tomaré en cuenta sin el consejo y la cooperación de V. E. Rvma., que tanto interés ha demostrado en la solución de este problema central de la Arquidiócesis.

Me permito, sin embargo, someter al claro criterio de V. E. Rvma. alguna observación mía al respecto.

La primera es que el persistir del Seminario Santo Tomás de Aquino como “Seminario Pleno”, en la forma actual y en la estrechez del local actual que no consiente mayores amplificaciones, es perpetuar la esterilidad productiva, cuantitativa y cualitativa, del clero dominicano, a pesar de sumas desproporcionadas erogadas en su formación.

Para limitarme a los 18 años de Dirección de los PP. Claretianos, durante este largo período se han ordenado seis sacerdotes dominicanos (uno cada tres años); teniendo en cuenta que de éstos, dos se formaron en parte en el Colegio Pío Latino Americano. Podría referirme también a la calidad de estos seis ordenados. Pero no es éste el lugar.

En la formación de estos seis sacerdotes se ha invertido la suma de \$90.000. Cada uno ha costado, pues, a la Diócesis unos \$15.000.

¿Cuáles son las causas de una esterilidad tan costosa? A mi parecer son las siguientes:

1. Dada la estrechez del local, no ha habido nunca más de unos treinta seminaristas, con excepción de este año que subieron a cuarenta por no sé qué milagro de saturación especial. Pero este año mismo son diez tan sólo los alumnos del primer año de latín.

Cuando son tan pocos los candidatos de los primeros cursos, cuesta hacer una buena selección. Con el deseo de conservar los pocos que hay, se siguen probando también los “dudosos”, hasta que al fin, después de una prueba har- to costosa, se van. Y de los que no se van, llegan a ordenarse quienes era mejor que nunca fueran ordenados.



2. A pesar de la escasez numérica de alumnos, es preciso sostener un número de Profesores correspondiente a los Cursos. Hay este año un personal de siete sacerdotes y un Hermano para cuarenta Seminaristas. Esto, agregado a lo dicho anteriormente, explica la enorme erogación de dinero, con resultados tan reducidos.

3. Lo reducido del número por un lado y por el otro la convivencia antipedagógica y antihigiénica en un local tan estrecho de niños, adolescentes y jóvenes hechos, son circunstancias muy desfavorables a la formación intelectual y moral de los mismos.

Para suprimir estas causas hemos propuesto en Roma la creación de un SEMINARIO MENOR en el Santo Cerro. La propuesta fue recibida con aplausos por Mons. [Ernesto] Ruffini y el Card. J. Pizzardo y aprobada por el Santo Padre.

Así surgió providencialmente el edificio del Seminario del Santo Cerro, que está terminado, con capacidad para sesenta alumnos. La Compañía de Jesús aceptó, a pesar de la escasez de personal, regentearlo.

Reducir ahora este Seminario a los dos primeros cursos sería: a) inutilizar la mitad del edificio hecho para cuatro Cursos con el correspondiente personal; b) quitar al Seminario la eficiencia y la seriedad de un Seminario Menor con la formación literaria integral que el Derecho Canónico le atribuye; c) restarle prestigio a la Compañía, que en dos años no podría imprimir a los alumnos el sello de una formación seria. Los hechos lo demuestran.

El Rmo. P. [Nicolás] García se apoya en el Decreto de Pío XI, dado cuando ni había la más remota posibilidad de un Seminario Menor, distinto del de la Capital. Me asegura que V. E. Rvdma., cuando se encontró con él aquí, le dijo que el Seminario del Santo Cerro podía reducirse a dos Cursos. Y no valió que yo le explicase que V. E. Rvdma. entendía decir que bastaría en un principio trasladar de la Capital al Santo Cerro los dos primeros cursos de Latinidad.

Como el Vice Provincial de los PP. Jesuitas vendrá pronto de la Habana para la Visita y para esbozar conmigo las



bases del Contrato con la Compañía, ruego a V. E. Rvdma. que me aconseje a qué debo atenerme.

Con gracias anticipadas, ruego a V. E. Rvdma. acepte el testimonio de aprecio fraternal de este  
Suyo en Xto.,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**34. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la Catequesis, con motivo de la venidera Cuaresma (C. Trujillo, 29 enero 1941)**

*BE I:38 (Año 1941), 365-367.*

Venerados Hermanos en el sacerdocio e Hijos muy amados en el Señor:

Ha sido tan frecuente, tan amplio y tan íntimo mi contacto con vosotros en los cinco años y algo más de ministerio episcopal, que mi corazón late con el vuestro, mi alma está identificada con la vuestra y casi me atrevo a parafrasear una expresión de San Pablo: “No soy yo quien vivo, es el pueblo dominicano quien vive en mí”.

En consecuencia, sus alegrías son mis alegrías y sus penas mis penas. Y ya que de penas hablo, la más honda es la que causa su necesidad grande de instrucción religiosa; tan grande como su deseo de adquirirla.

Efectivamente, de los muchos pueblos con los que el vaivén de la vida me puso en contacto, el nuestro es uno de los más necesitados de enseñanza religiosa y, sin duda, el más predispuesto a recibirla, el más ansioso y hambriento de ella.

Gracias a Dios, no han faltado y no faltan sacerdotes celosos y entre ellos verdaderos apóstoles del Catecismo, que han extremado sus fuerzas en la divina misión de enseñarlo.

Ni han faltado en cooperar con ellos personas seglares de ambos sexos, convencidas de que es ésta la forma más alta y más urgente de Acción Católica Dominicana.



Particularmente en estos últimos años no hay Párroco que no haya organizado Centros Catequísticos en su Parroquia, hasta formar con ellos en algunos casos, una verdadera red de oro que la envuelve de uno a otro extremo.



El “movimiento catequístico” existe pues en la Arquidiócesis. Lo que falta es encauzarlo, orientarlo, estimularlo por medio de la organización parroquial y nacional.

Las líneas generales de esta organización están límpidamente trazadas por las Leyes canónicas y una serie de Decretos de la Sagrada Congregación del Concilio, el más reciente entre ellos el del 12 de enero de 1935.

Ni a la mente iluminada de nuestro venerado predecesor Mons. Adolfo A. Nouel, ni al celo de Mons. Eliseo Pérez Sánchez pudieron pasar inadvertidas las disposiciones de Roma. Ambos pusieron el mayor empeño en adaptar esas leyes a las necesidades de la Diócesis.

De mi parte, sin descuidar un punto el movimiento catequístico, he creído dar preferencia a la organización de la “Acción Católica Dominicana”, con el fin de injertar más tarde en ella, como en su planta natural, una organizada actividad catequística.

Efectivamente, la “Acción Católica Dominicana” debe ser la matriz fecunda de nuestras distintas formas de apostolado y como un canal maestro que divide y distribuye en varias direcciones las aguas vivificadoras de la Fe, de la Moral y de la Vida Cristiana.

Así interpretamos el querer de la misma Sagrada Congregación del Concilio que en el Derecho arriba indicado pone expresamente la enseñanza de la Doctrina Cristiana entre las más nobles y urgentes actividades de la Acción Católica.



Todo organismo depende de una cabeza y es movido por ella. Pío XI, de venerada memoria, creó en Roma para el mundo católico la “Comisión Central Catequística” incorporada en la Sagrada Congregación del Concilio, y or-



denó que del mismo modo “Comisiones Diocesanas y Parroquiales” presidiesen el movimiento de la Enseñanza de la Doctrina Cristiana en cada Diócesis y Parroquia.

Ha llegado la hora de llevar a efecto esta orden pontificia.

En cuanto a la Comisión Diocesana, quedará constituida en estos mismos días, con sede en el Seminario, para que su primera influencia se refleje en los futuros sacerdotes dominicanos.

El Decreto antedicho fija claramente sus finalidades, que son: a) dirigir y estimular las actividades catequísticas parroquiales; b) convocar periódicamente asambleas y congresitos catequísticos de carácter regional o nacional; y c) promover “Cursos Catequísticos” para una mejor formación de los Catequistas.

Respecto de las Comisiones parroquiales, el Párroco elegirá sus componentes entre los miembros de la Acción Católica que funciona o debería funcionar en su parroquia.

Más tarde se le enviará la reglamentación respectiva en sus líneas más sencillas, dentro de las que el Párroco, con el menor trabajo podrá alcanzar el mayor resultado.

Ya en marzo de 1935, el entonces Administrador Apostólico Mons. Eliseo Pérez Sánchez había dictado al respecto disposiciones bien definidas. Estas serán tenidas en cuenta en lo que nos proponemos hacer a lo largo de este año.

Dos razones me han inducido a tocar esta materia en la presente Circular de Cuaresma.

Ante todo, vamos a entrar en este tiempo clásico para la instrucción religiosa del pueblo y en particular de la niñez, y en segundo lugar este año es el primer centenario de la fundación de esos focos de Catecismos dominicales que San Juan Bosco llamó “Oratorios Festivos”.

¡Ojalá que el ejemplo y el espíritu de este grande amigo de los niños nos estimule y aliente en la obra divina de llevar la palabra de Jesús al pueblo y a la niñez dominicana!

Os bendice de corazón vuestro afmo. en Cristo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



### 35. Preámbulo del arzobispo Pittini al Reglamento del Seminario Menor del Santo Cerro (C. Trujillo 13 abril 1941)

#### ¿Qué es un seminario?

Es el semillero en que se cultivan, crecen y se aclimatan las vocaciones de los jóvenes llamados por Dios al Sacerdocio.

#### ¿Otro Cristo?

Sí, otro Cristo, es el Sacerdote católico, puesto que hace sus veces. Según la magnífica definición del apóstol San Pablo, el Sacerdote es un hombre “tomado de entre los hombres”, pero constituido por encima de los hombres, para las cosas que pertenecen a Dios.

Es ministro de Cristo y como instrumento del divino Redentor para la continuación de su obra redentora en todo el mundo.

Altísima es su dignidad y por eso exige la Iglesia excelentes dotes de alma en los ya aspirantes a él y recomienda encarecidamente su formación en los Seminarios.

#### Los llamados

“Todo esfuerzo que se hiciera por la educación de los seminaristas, serviría de poco, dice el Papa Pío XI en su carta sobre el Sacerdocio, si no fuere esmerada la elección de los candidatos mismos para los cuales se crean los Seminarios.

A tal elección debe colaborar con todas sus fuerzas cuantos dirigen la formación del Clero; cada uno en la manera y en los límites propios de su oficio, y así como deben con todo empeño cultivar la vocación divina y corroborarla, del mismo modo con no menos celo deben apartar de una vida que no es la suya a aquellos jóvenes que no estén provistos de la necesaria idoneidad y no parezcan aptos para desempeñar dignamente el ministerio sacerdotal.



## Indicios del verdadero llamamiento

No será difícil a los ojos vigilantes y expertos darse cuenta y averiguar quién tiene o no una verdadera vocación sacerdotal.

La inclinación para abrazar el sacerdocio, más que en un llamamiento íntimo de la conciencia o en un sensible movimiento, que a veces puede faltar; se revela en la recta orientación y atractivo del espíritu de quien aspira al sacerdocio, unida a aquel conjunto de dotes físicas y morales que le hacen idóneo para tal estado.

“Quien se dirige al sacerdocio únicamente por el noble motivo de consagrarse al servicio de Dios y la salvación de las almas y juntamente, o a lo menos con el fin de alcanzar seriamente una sólida piedad, una pureza de vida a toda prueba, una ciencia suficiente, éste tal muestra claramente que ha sido llamado por Dios al ministerio sacerdotal.

## Caracteres de la falsa vocación

Quien, por el contrario, inclinado tal vez por padres mal aconsejados, quisiese abrazar este estado ante la perspectiva de ventajas temporales y terrenas, entrevistas o esperadas en el sacerdocio, como pudo ocurrir muy frecuentemente en los tiempos pasados;

quien es habitualmente rebelde a la sumisión y a la disciplina, poco inclinado a la piedad, poco amante del trabajo y poco celoso de la salvación de las almas;

quien especialmente está inclinado a los atractivos de la sensualidad y a través de una larga experiencia no ha demostrado saberla vencer;

quien no tiene aptitudes para el estudio, de modo que se pueda ver de antemano la imposibilidad de seguir satisfactoriamente, a los ojos de sus superiores, los cursos;

todos éstos no han nacido ni son aptos para el sacerdocio”.

## Nuestro reglamento

Teniendo, pues, presentes los Cánones del Derecho de la Iglesia, las sapientísimas normas que Pío XI nos da, y



atendiendo al estado del pueblo dominicano y de la Arquidiócesis, deseosos de una completa renovación de nuestro Clero, reglamentamos de la siguiente manera la admisión y formación de nuestros seminaristas en el seminario Menor “Padre Fantino” en el Santo Cerro, y recomendamos encarecidamente a los sacerdotes, que son los llamados a presentar los candidatos, que las tengan presentes y se ajusten a ellas.

Y a los padres de familia, a quienes Dios haya bendecido con la flor de la vocación en uno o varios de sus hijos, les pedimos hagan el mayor esfuerzo posible por cooperar a la vocación de sus hijos, de la cual tendrán que responder algún día ante el tribunal de Dios.

Dado en nuestro Palacio Arzobispal de Ciudad Trujillo a 13 de Abril, fiesta de la Resurrección del Señor, de 1941.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

### **36. Contrato Privado entre el Arzobispo Pittini y la Compañía de Jesús de Cuba sobre el Seminario Menor Diocesano del Santo Cerro (Habana, 24 junio 1941)**

o. AHPA. *Proyectos Fundación S.J.* (1906-1946), s/n; repr. J.L. Sáez, *op. cit.* II (1940-1946), 94-95.

1. La Viceprovincia Cubana de la Compañía de Jesús se hace cargo de la dirección y administración del Seminario Menor en el Santo Cerro, que gobernará conforme a su Instituto y plan de estudios, de acuerdo con el Sr. Arzobispo de la Arquidiócesis.

2. La Compañía de Jesús proporcionará los sujetos, regularmente siete PP. profesores y tres HH. coadjutores, necesarios para el buen funcionamiento del Seminario.





3. La Curia contribuirá con \$30 mensuales por cada profesor, y \$15 mensuales por cada coadjutor. De no haber HH. coadjutores sino sirvientes, los sueldos de éstos serán de cuenta de la Curia.

4. Los gastos de conservación o mejora del edificio en muebles, biblioteca, etc., que excedan los \$10, serán de cuenta de la Curia.

5. Para la sustentación de los seminaristas becarios, el Arzobispado pasará mensualmente al P. Rector la cantidad estipulada al principio de cada curso.

6. Las condiciones de admisión, expulsión, contribución, etc. de los seminaristas serán determinadas en reglamento aparte.

7. Si la Compañía dejare el Seminario, al salir podrá disponer de todos los muebles y cosas adquiridas por ella o donadas a ella intuitu Societatis.

8. Un padre de la Compañía, de los del Seminario, designado por los Superiores de acuerdo con el Sr. Arzobispo, servirá como Capellán al Santuario de Ntra. Sra. de las Mercedes del Santo Cerro.

9. La sustentación del Capellán y la de un colaborador que podrá tener, el cual puede tener alguna clase en el Seminario, se sufragará con los ingresos del Santuario.

10. Este contrato será válido por cuatro años, al cabo de los cuales se debe renovar. Si alguna de las partes determinara reincidirlo, deberá avisar a la otra con 6 (seis) meses de anticipación.

Habana 24 de junio de 1941

(fdo.) Demetrio Vicente, S.J.  
El Viceprovincial

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo  
Primado de las Indias

Ciudad Trujillo, 8-VII-41



37. Circular del arzobispo Pittini  
a todos los párrocos de la Arquidiócesis  
sobre la cercana fiesta de Cristo Rey  
(C. Trujillo, 14 octubre 1941)

BE I:38 (Año 1941), 374-375.

Reverendo Padre:

1. El último domingo, 26 del corriente, celebraremos la Fiesta de “Cristo Rey”, la fiesta oficial de la Acción Católica.

Llega, pues, la ocasión de poner en movimiento a nuestras “Juntas de Acción Católica” si están algo inertes, o de resucitarlas si han fallecido.

Pero le ruego cuanto sé y puedo que no deje pasar la fiesta de “Cristo Rey”, sin organizar o reorganizar en su parroquia un grupo, aunque sea reducido de “apóstoles” que le ayuden en su ministerio.

Conviene ir a la “Juventud”. La juventud responde. Lo vemos aquí en la Capital y en varias parroquias, en donde el movimiento juvenil es una gran promesa.

En sus visitas a las secciones rurales, deje funcionando en ellas un grupito de personas de buena voluntad de Acción Católica, que vigilen los intereses católicos y le ayuden a Ud. en promoverlos.

Los Párrocos que lo están haciendo se encuentran con eso aliviados en su responsabilidad.

2. En la grande asamblea de la Acción Católica Cibaëña en el Seminario “Padre Fantino”, fue recibida con unánimes aplausos la proposición de recolectar durante las principales cosechas de la zona en que funciona la Parroquia, una especie de “diezmos” a favor del Seminario.

Se dijo con razón que el pueblo está más dispuesto a contribuir con su producto que con dinero.

Varios Párrocos van ya organizando la colecta para la próxima cosecha de café.

Vea, querido Padre, lo que Ud. puede hacer en la suya. Sírvasse de la Acción Católica y promueva esta forma de caridad que, además de la contribución material a los gastos de los dos Seminarios que va acercándose a los \$1.000.00 mensuales, levantará el espíritu religioso de la Parroquia.



Veo que cada circular mía añade más trabajo al mucho que ya tiene. No nos desanimemos. Trabajemos por “Él” que es nuestro “Rey”. Lo podremos todo en El que nos fortalece. Créame suyo todo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

### 38. Mensaje de Navidad del arzobispo Pittini al clero, comunidades religiosas y fieles de la Arquidiócesis (C. Trujillo, 17 diciembre 1941)

*BE* I:38 (Año 1941), 379-380.

Amados Hermanos e Hijos en el Señor:

Debería ser el mensaje de la paz anunciada por los ángeles y de los goces que emanan de la cuna del recién Nacido. En cambio, la guerra acaba de golpear a nuestras mismas puertas, con un trajín de destrucción y agonías.

Es esta la hora en que todos los dominicanos, por obligación religiosa y cívica a la vez, debemos unirnos a nuestros gobernantes en la comunión de una disciplina compacta y perseverante. Es la hora en que todas las fuerzas del Estado y de la Iglesia deben colaborar, no sólo frente a la tormenta que pasa, sino en la elaboración de un porvenir de paz tanto más duradera, cuanto más cimentada en justicia y caridad.

Aún vibra el eco de las palabras con que Pío XII, al recibir hace un mes al nuevo Ministro Argentino Don José Manuel Llobet, volvía ponderar las ventajas de una colaboración leal y recíproca entre la autoridad eclesiástica y civil. Si ésto es siempre verdad, tanto más lo es cuando hechos graves y extraordinarios, como el presente, reclaman la fuerza de una más estrecha unión.



Recorren los horizontes del mundo sistemas políticos de última hora, empeñados en sacrificar los más sagrados derechos en el altar de una llamada forma “totalitaria” de gobierno.



Contra esta usurpación monstruosa de autoridad en su doble forma de socialismo nacional (nazismo) e internacional (comunismo), levanta hoy su voz la Iglesia, como ayer la levantó contra los sistemas liberales empeñados en reducir la autoridad del Estado a la de un simple “guardia civil”.

Los jóvenes pueblos de América, entre los primeros el nuestro, que compraron a precio de sangre su libertad, parecen destinados por la Providencia a preservar en el porvenir el sagrado tesoro del derecho y de la libertad contra la tiranía del “totalitarismo” actual y la anarquía libertaria de antaño.

Por esa senda interminable deben ir en perfecta armonía las fuerzas de la Iglesia y del Estado. Es la senda de Belén.

Sobre Su cuna en aquella Noche, anunciaron cantando los ángeles “paz a los hombres de buena voluntad”. Donde no hay voluntad buena, capaz de reclamar el derecho propio y de respetar el ajeno, no hay paz.

En el orden individual habrá riñas, en el internacional guerras. En todas partes egoísmo y odio. Belén es la única fuente de la paz y del amor.

Es lo que os desea en abundancia Vuestro afmo. en Xto.,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**39. Carta del arzobispo Pittini  
al P. Demetrio Vicente, S.J.,  
rector del Seminario “Padre Fantino”,  
sobre el proyecto de abrir una residencia  
de Jesuitas en Santiago de los Caballeros  
(C. Trujillo, 13 agosto 1942)**

c. ASD. *Correspondencia. Sacerdotes Extranjeros* (1942),  
Nº 256; J. L. Saéz, *op. cit.* II (1940-1946), ff. 124-125.

Mi querido Padre:

Secundando los deseos vivos del R. P. Viceprovincial,  
P. [Rafael] Garrido, respecto a una residencia de la Com-



pañía en Santiago, me permito hacerle la siguiente proposición:

Teniendo en cuenta:

A) Lo que él me expresó de viva voz y me confirmó en carta desde Puerto Príncipe, en la cual pide “que tengamos allí un punto donde poder hacer el bien a las muchas almas que allí se quedan sin recibirlo por la falta de sacerdotes, piense V. E. el asunto delante de Dios Nuestro Señor y vea lo que más conviene para la mayor gloria del mismo señor, de la salvación de las almas redimidas con la preciosísima sangre de Jesucristo. Bajo estos puntos de vista, como ya indiqué a V. E., también convendría que tuviéramos allí una residencia. Ayudaría mucho para el mayor bien de los Padres de la Misión Fronteriza y los del Santo Cerro”;

B) Que en el cuerpo de la ciudad de Santiago hay tres iglesias parroquiales y cinco capillas atendidas por Padres seculares, por religiosos capuchinos y misioneros del Sagrado Corazón;

C) Que al otro lado del río Yaque, la ciudad se extiende comprendiendo una numerosa población, casi sin cuidado espiritual;

D) Que funciona allí un colegio con capilla de las HH. Mercedarias con amplio terreno y una casa fácilmente adaptable a la residencia decente de tres sacerdotes;

E) Que éstos podrían contar allí con las HH. para su comida, lavado, etc.

F) Que el lugar se presta para la erección de una parroquia futura con irradiaciones rurales.

G) Que desde allí los Padres podrían atender, además de la capellanía de las HH. Mercedarias, la próxima del Asilo Santa Ana.

Teniendo en cuenta todo ésto, me permito sugerir que la residencia se establezca de inmediato en carácter provisional en la casa arriba indicada, aguardando que la Provincia [de León] y el tiempo aconsejen los desarrollos sucesivos.



Envío copia de ésta al R. P. Garrido, quien naturalmente, deberá ser asesorado por V. R.<sup>3</sup>  
Suyo todo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

40. Relación del arzobispo Pittini  
del traslado de los restos del trinitario  
Félix María Ruiz desde Mérida (Venezuela),  
a la Catedral de Santo Domingo  
(C. Trujillo, 8 junio 1943)

BE I:41 (Abril-Junio 1943), 503-505.

Apenas llegado a Caracas, el 17 de mayo de 1943, traté de conseguir el permiso de exhumación de los restos, encontrando excelente acogida en los varios Ministerios y en particular en el de Sanidad y Asistencia Pública que me lo extendió de inmediato.

Salí para Mérida, distante unos 800 kilómetros de la Capital, el viernes 22 del mes, recorriendo el trayecto parte en avión, desde Maiquetía a Valera, y parte en carro por el camino que se remonta hasta unos 4.160 metros.

En el Arzobispado de Mérida no sólo se me dispensó generosa hospitalidad, sino que el Illmo. Mons. [José] Humberto Quintero, Vicario General (el Excmo. Sr. Arzobispo Mons. Chacón se hallaba ausente), dió enseguida todos los pasos conducentes a la exhumación y entrega de los restos.

Confieso sinceramente que, cuando en la mañana del sábado entré a la Iglesia de Ntra. Señora del Espejo, al lado del Cementerio, y me detuve ante la modesta lápida

<sup>3</sup>La propuesta del arzobispo fue aceptada por la Consulta de la Sección Dominicana de los jesuitas (Montecristi, 5 mayo 1939), y la "residencia" de Santiago se puso en marcha unos meses después, abandonándose poco después del nombramiento del P. Felipe Gallego, S.J. como Obispo Auxiliar. Cfr. J.L. Sáez, *Los Jesuitas en la República Dominicana I* (1988), 91-92.



colocada sobre los restos de Félix María Ruiz, experimenté una emoción honda, pensando en que ese varón, libertador de su Patria, hubo de vivir por 47 años lejos de ella y lejos de ella morir.

A las 4 p.m. del sábado procedimos a la exhumación. A medida que los restos iban apareciendo, mezclados con tierra, eran colocados a un lado con respeto.

Fueron lavados cuidadosamente en alcohol y formol y puestos en una urnita provisional, que las Hermanas Salesianas forraron cuidadosamente en el interior con paño oscuro.

Al día siguiente, domingo, se efectuó a la misma hora el solemne acto de entrega de los restos.

La ciudad de Mérida pareció sentir que eran los restos de un prócer; los que después de una hospitalidad casi centenaria, iban a regresar a la tierra natal querida, en la vigilia del Centenario de su Independencia.

Las ideas y las emociones se me agolparon a la garganta, al contestar a las elocuentes frases, con la que Monseñor Quintero hacía entrega de los restos en nombre de Mérida, a quien representaba en ese instante la Patria Dominicana.

Durante la tarde y el siguiente domingo, varias personas, que habían tratado en su primera juventud a Félix M<sup>a</sup> Ruiz, quisieron expresarme sus recuerdos.

Me limitaré a los del Señor Julio Contreras Salas, del Ilmo. Mons. José Clemente Mejía, Deán de la Iglesia Metropolitana, de las Señoritas Aracelis y Guillermina Castillo y del Excmo. Mons. Miguel A. Mejía, Obispo de Guayana, con quien conversé más tarde en Caracas.

### **Rasgos del Prócer**

Todos ellos concuerdan en los datos siguientes:

Félix María Ruiz era hombre de mediana estatura, complexión robusta, algo encorvado en sus últimos años, de pelo crespo y encanecido y de tez blanca. Vestía con decoro, y decorosos eran su porte, andar y trato.



De carácter suave, de fácil y amena conversación, cautivaba con el donaire de su decir y su no escasa cultura. Predominaba en la conversación el tema de la Patria lejana, siempre presente en su corazón.

No pocos personajes de la alta sociedad de Mérida habían sido alumnos suyos y le correspondían con una amistad deferente y agradecida. Entre ellos contábase el célebre historiador Tulio C. Cordero y el Ilmo. Mons. Manuel de Js. Carrero, Deán que fue de la Catedral de Mérida y Vicario Capitular.

Con la enseñanza y en su taller de encuadernación ganó honradamente la vida para sí, su segunda esposa (venezolana) y los hijos. Eran dos. El hijo murió en un accidente de cacería. La hija, Isabel, falleció hace poco, siendo maestra en la próxima población de Tobay.

Todos recuerdan y ponderan su religiosidad honda y práctica. Oía misa en la Catedral puntualmente los domingos.

Se preparó a morir como buen cristiano, recibiendo todos los auxilios religiosos del Dr. Rafael Antonio González, Canónigo de la Catedral.

Alguien, presente en esos actos, me aseguró haberle visto incorporarse con dificultad en su cama al llegar el Viático e inclinarse profundamente para recibir –con lágrimas– la Hostia Sagrada.

A pesar de habersele invitado en febrero de 1890, un año y medio antes de morir, a que regresase a su patria, no pudo aceptar, por los vínculos morales y de familia que le ligaban a Mérida, y sobre todo por la imposibilidad física de emprender él, cargado de años y de achaques, un viaje largo y peligroso.

Vuelven ahora sus restos a descansar en tierra dominicana, junto a los de quienes con él juraron libertarla. En ese contacto, al reunirse todos después de un siglo, corre por ellos el estremecimiento patriótico que vibró el 16 de julio de 1838 en esos nueve corazones identificados en el histórico juramento que nos dió libertad.





41. Carta del arzobispo Pittini  
al presidente Rafael L. Trujillo solicitando  
su ayuda para combatir la expansión  
protestante norteamericana en el país  
(C. Trujillo, 23 noviembre 1943)

o. APL. *Archivo Particular del Generalísimo*, N° 78; repr. Bernardo Vega, *La Vida cotidiana dominicana a través del Archivo Particular del Generalísimo* (Santo Domingo, 1986), 73-75.

Honorable y querido Señor Presidente:

La gravedad del asunto que voy a exponer a Vuestra Excelencia resulta de la misma exposición.

Desde mi llegada al Arzobispado, hace ocho años, he visto con alarma crecer e intensificarse la propaganda protestante, dirigida y financiada desde los Estados Unidos. Acabo de obtener de cada uno de mis párrocos un informe particularizado de dicha propaganda en su jurisdicción. No hay ninguna que no esté afectada e infectada desde el centro a las zonas rurales.

Ministros asalariados recorren el país, inundándolo de biblias, revistas, folletos, hojas volantes, que siempre destilan un veneno sutil y a menudo dirigen ataques vulgares contra nuestra Religión Católica y en particular contra la devoción “dominicana” de Nuestra Señora de la Altigracia.

Comenzando por la misma Capital, han tendido una red de “centros” al través del país, atrayendo a ellos adeptos con ventajas materiales, embaucándolos con misticismos hipócritas y desviándolos de la vida católica con insinuaciones malignas.

Vuelvo a repetir, Excelentísimo Señor, no se trata de una campaña de ataque parcial de guerrillas dispersas, sino de una campaña general, inteligentemente concebida, fuertemente financiada y hábilmente conducida contra la ciudadela del Catolicismo tradicional dominicano.

Ignoro dónde se oculte la fuerza dirigente de esta campaña y cuáles sean sus fines últimos. Pero la expresión corriente por Hispano-América es: “El imperialismo protestante se infiltra por tres etapas: la Biblia, el dólar, los marinos”.



Yo he hecho y seguiré haciendo todo lo que a mi alcance esté para contrarrestarla, con la cooperación de mi clero, por desgracia muy escaso, y de la “Acción Católica”, que tampoco es fuerte con un clero débil.

La Iglesia de Santo Domingo no puede sola detener el mal, y no podrá detenerlo por muchos años, hasta que tenga un clero numeroso, culto y ejemplar.

Si las cosas siguen al paso de hoy, dentro de muy poco la unidad nacional dominicana, fundada en la unidad de religión, lengua y cultura, se hallará fraccionada en tantos grupos como son las sectas empeñadas en infiltrarse.

Por tratarse de algo que afecta a la Patria en su patrimonio más caro, la preservación de la unidad nacional, me atrevo a pedir a Vuestra Excelencia, en nombre de la misma Patria, su cooperación al través de la Escuela, por lo menos en las zonas rurales, donde las familias están más expuestas a la insidia extranjera.

La forma de cooperación que le propongo es del todo sencilla y practicable. Vuestra Excelencia, con el prestigio de sus disposiciones, debería ordenar:

1. Que en cada Escuela Elemental, al lado del cuadro del “Benefactor de la Patria”, se coloque el cuadro de la “Madre de la Patria”, Nuestra Señora de la Altagracia. Los niños verán en ella el símbolo sagrado de “dominicanismo”.

2. Que las clases se inicien saludándola con el “Dios te salve, María!”.

3. Que cada maestro y maestra explique ampliamente a los escolares los siguientes bellos consejos de Vuestra Excelencia en su “Cartilla Cívica”: “Y si quieres vencer todas las debilidades y ser hombre superior, ama a Dios y cumple los preceptos de la religión. Cada pensamiento religioso te purificará el espíritu, y cada acto que realices para satisfacer tu fe, te hará más justo y más fuerte, con lo cual podrás servir más y mejor a tu Patria y a la humanidad”.

Los maestros deberían utilizar para ello las materias de carácter moral, como son la Historia Patria, la Educación cívica, etc.



4. Que el Señor Arzobispo y los Párrocos durante sus raras Visitas y recorridos por los campos sean autorizados por V. E. a visitar las Escuelas rudimentarias y de Emergencia, para inculcar a los niños la religión de sus padres, previéndolos prudentemente contra doctrinas exóticas. Será éste el único lugar y el único tiempo en que la niñez de los campos puede conocer y tratar a su Párroco.

Le ruego, Excelentísimo Señor, que tome este asunto directamente en sus manos. Otras manos no le imprimirían el vigor y el prestigio que emanan de las suyas.

Un simple “Mensaje”, a la vigilia del Centenario, evocando el hondo sentir católico de los que nos dieron independencia, llevaría a maestros y alumnos la sensación de su deber.

Termino asegurándole que no es el interés religioso el que me indujo a escribir, sino el amor a este país, “Cuna de América”, que debería conservar por los siglos, intacto e independiente, el patrimonio de religión, lengua, cultura y economía, cuya defensa y conservación han conferido a Vuestra Excelencia el noble título de “Benefactor de la Patria”.

Suyo todo,

(fdo.) + RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**42. Decreto del Poder Ejecutivo que concede la naturalización privilegiada a Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo (C. Trujillo, 8 diciembre 1943)**

*Gaceta Oficial* LXIV:6008 (C. Trujillo, 11 diciembre 1943), 17-18.

RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO MOLINA  
Presidente de la República Dominicana  
Nº 1588

CONSIDERANDO: Que el Ilustrísimo y Reverendísimo Mons. Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo, ha prestado servicios eminentes a la República en los años transcurridos desde su consagración episcopal, el 8 de diciembre de 1935, tanto por su obra en pro del afianza-



miento de los sentimientos religiosos del pueblo dominicano, como por su contribución a todos los empeños de bien del Gobierno de la República y por su solidaridad con la causa de justicia que defiende hoy el pueblo dominicano en el orden internacional;

En ejercicio de las atribuciones que me confieren el artículo 49 inciso 3º de la Constitución de la República y la Ley N° 158, del 6 de octubre de 1939, dicto el siguiente

DECRETO:

Art. 1. El Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo, queda investido de la nacionalidad dominicana, a título de naturalización privilegiada, sin necesidad de ningún requisito o formalidad ulteriores, para el cupo del año 1944.

Art. 2. El Secretario de Estado de lo Interior y Policía y el Secretario de Estado de Relaciones Exteriores tomarán constancia, de oficio, para los fines de registro, del presente Decreto.

DADO en Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, el ocho de diciembre del año mil novecientos cuarenta y tres, años 100º de la Independencia, 81º de la Restauración y 14º de la Era de Trujillo.

(fdo.) Rafael L. Trujillo

**43. Carta Pastoral de Mons. Pittini al clero,  
religiosos y fieles de la Arquidiócesis  
en ocasión de la consagración  
de un Obispo Auxiliar y un Coadjutor  
con derecho a sucesión  
(Tampa, 9 mayo 1945)**

*BE* II:45 (1945), 699-701.

Mis amados Hermanos e Hijos en el Señor:

Me palpita de gozo el corazón al escribir estas líneas.

El Santo Padre Pío XII, en su vivo interés por el adelanto religioso de nuestro país, acaba de nombrar Arzo-



bispo Coadjutor y Obispo Auxiliar, respectivamente, al Reverendo Canónigo Octavio A. Beras y al Reverendo Padre Felipe Gallego, de la Compañía de Jesús.

Por primera vez en la historia de la Iglesia de Santo Domingo, tres sucesores de los apóstoles ejercerán en ella su ministerio al mismo tiempo.

El Reverendo canónigo Beras pertenece a una distinguida familia del Seybo. Su hogar, modelo de hogares, fue para él una verdadera escuela de formación cristiana y ciudadana. En el ejemplo de su padre templó su carácter reservado, recto y laborioso. En el corazón de su madre bebió a raudales una piedad cristiana empapada en devoción eucarística. Los dos le infundieron un amor de patria hondo y desinteresado, sin las exageraciones de un nacionalismo hueco y morboso.

Toda la familia favoreció en todo sentido sus estudios sacerdotales en la Patria y en Roma, corazón del catolicismo.

Aunque, por razones de salud, no los pudo terminar en Roma, su contacto personal con ese ambiente eclesial y el haberse acercado varias veces al gran Papa Pío XI, formaron su criterio católico y pusieron en su alma un hondo sentido de amor al Papa, que serán la fuerza motriz de su episcopado.

Ordenado sacerdote en 1933 por el entonces Nuncio Mons. José Fietta, fue enviado como capellán al Hospicio San Vicente de Paúl en Santiago para robustecer su débil fibra. Esto no impidió que el joven sacerdote convirtiera el Hospicio en un foco de piedad cristiana, atrayendo damas y caballeros, caballeros sobre todo, de la alta sociedad. Al mismo tiempo se dedicó de lleno a enseñar la doctrina cristiana a los niños del vecindario, y puso los cimientos de la Acción Católica, que tanto ha hecho y sigue haciendo en Santiago.

De allí pasó al lado del Arzobispo como Canciller-Secretario General de la Superior Curia. Por más de 9 años fue el brazo derecho, firme, fiel, amante del Arzobispo.

El Reverendo Padre Felipe Gallego encontró en su hogar reciamente católico de Castilla la Vieja, el mejor terreno para el desarrollo de su vocación sacerdotal y religiosa. Como



estudiante en el Seminario que la Compañía de Jesús tiene allá en el histórico monasterio de Oña, España, el joven Jesuita reveló su instinto misionero, recorriendo los días festivos las parroquias vecinas en alas de un celo ardoroso.

Este celo encontró más tarde ancho campo en varias secciones urbanas y rurales de Cuba primero, y más tarde, hace 11 años, como Superior de la Misión Jesuita que nuestro gobierno hizo venir por medio de la Nunciatura, a la frontera noroeste de nuestro país.

El que conoció las condiciones miserables de aquella región entonces y las dificultades, al parecer invencibles, puede medir el esfuerzo apostólico del Padre Gallego. Los moradores de esos campos y lomas aún recuerdan su figura romántica, con rasgos divinamente “quijotescos”, moviéndose a caballo en todas direcciones, y aún resuenan por valles y laderas los ecos de un sonoro clarín con que el misionero anunciaba su llegada, a falta de campanas.

Al mismo tiempo, el Padre Gallego irradiaba su obra por el Cibao, donde encontró al Padre Fantino. Sus dos almas se identificaron en su ensueño de formar un clero dominicano a la altura de las exigencias de nuestro pueblo. Al Padre Gallego se debe en gran parte la construcción y organización del Seminario “Padre Fantino”, y él mismo fue recogiendo por las parroquias el primer grupo de niños seminaristas que hoy, en el cuarto curso, son una verdadera esperanza.

Todas las regiones del país sintieron la influencia misionera del Padre Gallego, desde Dajabón a La Romana, desde Sánchez a Azua. Tal es el hombre escogido por el Papa para continuar su doble misión a favor de las almas y del clero de Santo Domingo.

Ahora que yo os he presentado las personas, el mismo Jesús os presentará a los Obispos con las palabras dirigidas por Él a los primeros Obispos, los Apóstoles: “El que a vosotros os oye, a Mí me oye: el que a vosotros os desconsidera, a Mí me desconsidera”.

Recibidlos, pues, con reverencia, respeto, obediencia y amor filial. Cooperad con ellos en su misión, para que



su palabra sea más eficaz y su labor más fecunda. Corresponded a sus trabajos para que el fruto sea más abundante y más duradero.

Un capítulo nuevo se inicia en la historia de la Iglesia de Santo Domingo. Se darán la mano para escribirlo Mons. Beras y Mons. Gallego. Éste, hijo de la Madre España y expresión inagotable del espíritu misionero; hijo aquél de nuestra tierra y expresión del vigoroso despertar católico dominicano.

El Padre Gallego en la madurez de su virilidad; Monseñor Beras en el umbral de la misma; los dos sostenidos y respaldados por una gran promesa: “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos”.

Este vuestro amigo el Arzobispo envía a ellos de un modo particular, con sus más sinceras felicitaciones, su bendición más cordial, y la extiende a todos vosotros, Hermanos e Hijos muy amados.

Quisiera ir personalmente a presentárosla. Pero los médicos me lo prohíben, y no quisiera repetir la imprudencia de un regreso prematuro con la recaída del pasado Diciembre. Vosotros me lo perdonaréis sabiendo que estoy siempre con vosotros, a pesar de la distancia.

Vuestro afectísimo en el Señor,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

#### 44. Carta de Mons. Pittini a su clero y feligreses para ser leída durante la consagración de los nuevos obispos (New York, 27 junio 1945)

*ibid.*, 711.

Hermanos e hijos muy amados:

Estoy dictando estas líneas con honda emoción, no sé si por la pena de mi forzosa ausencia o por el gozo de estar presente con toda mi alma a la Consagración de nuestros dos Obispos.



Es un hecho nuevo y grande. Tan nuevo que las bóvedas de la Catedral no vieron otro semejante. Hecho tan grande que irradia un fulgor vivo de esperanza sobre el porvenir de la Iglesia y de la misma patria.

Para medir su grandeza sería preciso sondear el íntimo sentido de las fórmulas litúrgicas pronunciadas por el Obispo consagrante. Aún sale vivo de lo íntimo de mi conciencia el eco de esas fórmulas que oí hace diez años.

Con ellas y por ellas se infunde en los nuevos ungidos la plenitud del Sacerdocio, que desde el corazón mismo del Salvador corrió al través de los primeros doce Obispos y de la serie nunca interrumpida por dos mil años de sus sucesores, hasta los que hoy se consagran.

Estas fórmulas definen claramente los graves deberes y las grandes responsabilidades que incumben a los dos nuevos Obispos frente a la Iglesia y a la Patria. Yo que los conozco por la intimidad de una larga convivencia, puedo asegurar que tanto el uno como el otro cumplirán sus deberes y afrontarán con valor perseverante sus responsabilidades.

Agradezco sinceramente al Gobierno Nacional y en particular a nuestro querido Presidente, su eficaz cooperación al éxito de este suceso.

Agradezco con todo el corazón en nombre de la Iglesia primada a mis Venerables Hermanos, el Señor Arzobispo de la Habana, el Señor Obispo de Camagüey y el Sr. Obispo de Ponce su intervención que añade un nuevo anillo a la larga cadena de oro que nos une a sus Iglesias.

Envuelvo en un abrazo íntimo y fraternal a los nuevos ungidos, y pido a Dios que renueve mis energías para compartirlas con ellos, sin reserva y sin medida, en bien del país.

Alargo desde aquí mi abrazo para unirlo a los de los cinco Obispos en su solemne bendición final, y deseo que la mía llegue más allá de las paredes de la Catedral hasta los confines de la patria.

+RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo  
Primado de las Indias





45. Circular de Mons. Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis acerca del resultado final de su operación de la vista (New York, 27 agosto 1945)

BE II:45 (Año 1945), 758-759.

Hermanos e hijos muy amados:

Aguardé con ansia el momento de enviaros esta Circular, la última, si Dios quiere, desde el exterior.

En ella os hablaré de mí mismo. No vale la pena entrar en los particulares de las penalidades. Baste decir que fueron muchas y muy dolorosas. A tal punto llegó el dolor en un tratamiento a uno de los ojos que el corazón y el ojo mismo se rebelaron violentamente con un derrame fuerte de sangre que la vista quedó desmejorada.

No podré, pues, con el resto de mi vista que me queda distinguir el rostro de mis amigos sino con la mirada del corazón; ni podré ya más gozar de las bellezas de nuestra tierra, si bien las tengo todas impresas en mi espíritu; todas, desde lo empinado de sus cumbres, al suave perfil de sus lomas, a las claras corrientes que desde lo alto se apresuran hacia las vegas anchas y fértiles.

Varias veces en mi larga peregrinación de hospital en hospital me acordé del refrán popular: “Dios aprieta a veces, pero nunca ahoga”.

No puedo negar que el Señor me dió esta vez un fuerte apretón que recibo por venir de su divina Mano. Pero, lejos de ahogarme me conservó la claridad del cerebro para considerar y promover los intereses de nuestra Iglesia. Me dejó la plena facultad de explicar y defender la verdad con la palabra y el escrito, y me dejó un caudal de energía física que me permitirá trabajar, no sólo en la capital, sino trasladándome de vez en cuando al interior por los caminos para mí tan familiares hacia las poblaciones que tanto me conocen y a las que tanto quiero, para celebrar la Santa Misa, explicar la doctrina cristiana y administrar en lo que sea posible los Sacramentos. Se entiende que no podré hacer lo que



hice por nueve años. Pero Dios ha puesto a mi lado a Monseñor Beras y a Monseñor Gallego que harán con exceso lo que yo hacía.

Cuando fuí consagrado vuestro Obispo hace diez años, prometí solemnemente a Dios invertir en vuestro bien todas mis energías, hasta agotarlas. Esa promesa solemne aún está en pie. Si no me esforzara por regresar a vosotros yo violaría esa solemne promesa y os traicionaría a vosotros, Hermanos e Hijos muy amados, a los que me pertenezco totalmente, que no a mí mismo.

Al salir, pues, del Hospital San Vicente donde superé con éxito una última operación muy seria y delicada, trataré de reponerme en fuerzas para regresar dentro de algunas semanas.

Estoy pregonando la dicha de respirar aire dominicano y de sentir el beso de nuestro sol, y, sobre todo, de encontrarme de nuevo con vosotros, Hermanos e Hijos muy amados, a quienes siempre conservé en mi corazón. Recibid, como de costumbre, la mejor bendición de, Vuestro amigo en el Señor,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo  
Primado de las Indias

**46. Carta Pastoral del arzobispo Pittini al clero y fieles sobre la próxima visita pastoral a la Arquidiócesis del arzobispo coadjutor y el obispo auxiliar (C. Trujillo, 21 noviembre 1945)**

*BE* II:45 (1945), 761-767.

Venerables Hermanos e hijos en el Señor:

Ha llegado el momento de iniciar la Visita Pastoral a las Parroquias de la Arquidiócesis, que constituye nuestro primer deber.

Estando yo imposibilitado para hacerla personalmente por razón de mi vista, he encomendado este deber a S. E.



Revma. Mons. Octavio A. Beras, Arzobispo Coadjutor y a S. E. Mons. Felipe Gallego, Obispo Auxiliar.

Comenzará por la Parroquia y Santuario de Nuestra Señora de Altagracia, buscando en aquel Oriente de bendiciones las gracias necesarias para que sea de mucho provecho a esta Iglesia, cuyo Primado en el tiempo y en los honores la obliga a la primacía en el orden de la fe y de las costumbres.

En María de Altagracia, fuente de favores espirituales, encontraremos ciertamente aquellas luces y fortaleza necesarias para hacer grato a Dios nuestro sagrado ministerio.

Damos por segura la cooperación decidida, fiel, activa de nuestro Clero, de las Comunidades Religiosas, de la Acción Católica, de las Asociaciones Píadasas y de todos los fieles, a fin de que esta Visita Pastoral sea de abundantes frutos para la Iglesia nuestra Madre y de grande provecho para las almas confiadas a nuestro pastoral cuidado.

### **Fin de la visita**

El fin de la Visita expone ya cual sea la importancia de la misma y cómo deben anhelar el Clero y los fieles que ésta se realice con toda la solemnidad, solicitud y celo por su importancia requeridos.

El Código de Derecho Canónico, can. 343, párrafo 1º declara que el fin de la Visita Pastoral es “conservar la sana doctrina ortodoxa, fomentar las buenas costumbres, corregir los vicios, promover en el clero y en el pueblo la paz, la inocencia, piedad y disciplina y tomar todas aquellas medidas exigidas por las circunstancias para el bien de la religión...”

De donde se desprende cuán necesario sea que los Señores Párrocos, con la cooperación del Clero, de las Comunidades Religiosas, de la Acción Católica y Asociaciones Píadasas, preparen el ambiente y organicen oraciones con la intención de que la Visita Pastoral llene todo el fin deseado por la Iglesia.



Recordamos, a este propósito, lo que establece nuestro Sínodo Diocesano: “Si es posible, hágase preceder a la Visita un Tríduo. Durante el Tríduo se debe cantar o rezar el Veni Creator (art. 47 b, pág. 29). La oración común será, pues, la mejor preparación para asegurar su éxito.

### **Objeto de la visita**

El objeto lo constituyen las *personas* y las *cosas*. Las personas son los clérigos, sobre todo los que tienen cura de almas, los religiosos, las religiosas, los legos asociados a las cofradías, la Acción Católica y, hasta cierto punto, todo el pueblo fiel (Vide Cance y Arquer).

Las *cosas* son los altares, óleos y vasos sagrados, el mobiliario y ornamentos sagrados, el sagrario, las fuentes bautismales, imágenes religiosas, las reliquias, los confesonarios, píos legados, las escuelas católicas, los seminarios, los bienes todos de la Iglesia, los archivos, etc.

Recomendamos muy encarecidamente a los Señores Sacerdotes convocar al centro parroquial para los actos de la Visita al mayor número de fieles de la ciudad y de los campos.

Esto no obstante, para los que no puedan asistir a los actos de las poblaciones, se visitarán aquellas ermitas que, a juicio del Párroco, estén radicadas en sitios cómodos para reunir a los moradores de varios lugares.

### **Programa de la visita**

El programa general de la Visita será el siguiente:

1. Ceremonial de la Visita (Véase en el *Boletín Eclesiástico* Nos. 120-121, pág. 53 y siguientes Marzo y Abril de 1934).

2. Inspección, según el Cuestionario que anexamos para la información de los Señores Párrocos y que llenará el Secretario de la Visita en presencia del Prelado.

3. Predicaciones, administraciones de los Sacramentos, actos de piedad, Misa de Comunión General que celebrará el Prelado y administración del Sacramento de la Confirmación.



4. Catecismo para los niños y otros actos que organice el Párroco con la cooperación de las Asociaciones Religiosas.

Rogamos a los Señores Sacerdotes tener presente lo que en los artículos 47 y 48 dispone nuestro Sínodo Diocesano.

### **Distribución de la visita**

MES DE DICIEMBRE: Parroquia y Santuario de Nuestra Señora de Altigracia de Higüey y Vicaría de San Juan de la Maguana.

MES DE ENERO: Vicarías de Barahona y Azua.

MES DE FEBRERO: Parroquias dependientes directamente del Arzobispado en el Distrito de Santo Domingo y en las Provincias Trujillo y Trujillo Valdez.

MES DE MARZO: Vicaría de Samaná.

MES DE ABRIL: Vicarías de Moca y Puerto Plata.

MES DE MAYO: Vicaría del Seybo y Parroquias de San Pedro de Macorís, Los Llanos y Ramón Santana.

MES DE JUNIO: Vicaría de Santiago de los Caballeros.

MES DE JULIO: Vicaría de San Francisco de Macorís.

MES DE AGOSTO: Vicaría de La Vega.

MES DE SEPTIEMBRE: Vicaría de Monte Cristi.

En cuanto a las fechas dentro del mes dispuesto, los Vicarios Foráneos se encargarán de combinar con los Párrocos de su jurisdicción y avisar con toda diligencia al Señor Arzobispo Coadjutor:

Los Señores Párrocos, al acusar recibo de este documento, que debe ser cuanto antes, nos harán saber sus proyectos y cuáles ermitas o lugares convendría visitar, procurándose siempre dedicar, al menos un día íntegro, al Centro Parroquial.

La limosna de las Confirmaciones hemos resuelto ponerla en su taxa anterior de \$0.50 (cincuenta centavos).

No olviden los fieles que ésta es una contribución que se utiliza para el desenvolvimiento del Gobierno Eclesiástico que ha aumentado sus gastos con la creación de dos nuevos Prelados.



Esta Circular será leída en todas las Iglesias de la Arquidiócesis el domingo siguiente a su recepción.

En la paz de Cristo os saludamos y bendecimos,

+RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

Por orden del Excmo. Sr. Arzobispo  
(fdo.) Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano  
Canciller-Secretario General

47. Carta a Mons. Giuseppe Fietta,  
Nuncio Apostólico en Argentina,  
poniéndole al corriente de las mejoras  
en la Iglesia Dominicana  
(C. Trujillo, 10 abril 1946)

c. ASD. *Correspondencia. Dignidades Extranjeras* (1946),  
Nº 1509; repr. J. L. Sáez (ed.). *Monumenta Dominicana II*  
(1940-1946), ff. 337-338.

Mi querido Monseñor:

Dos líneas informativas. Después de un año de purgatorio, con siete operaciones en los hospitales de Nueva York, he vuelto a la gloria de mi puesto restablecido en salud, pero casi ciego. Puedo hacerlo todo, menos las visitas pastorales, a cargo ahora de Mons. Beras y de Mons. Gallego.

El movimiento ascendente que Vd. inició, sigue subiendo. Las escuelas católicas alcanzan a 30. (Dos bajo la dirección de los jesuitas en Dajabón, 4 nuevas de Salesianos y Salesianas, además de las 2 existentes; una de cursos superiores de las HH. Dominicanas americanas, junto a la Ciudad Universitaria, un grande Colegio de las Mercedarias en San Cristóbal, etc.).

Los Padres Jesuitas se harán cargo también del Seminario Mayor en octubre. Los Padres Claretianos titubean respecto de su permanencia en el país. Insistimos en que se queden. Contamos con 35 excelentes misioneros ca-



nadienses de Quebec y de Toronto, que regentean 25 parroquias.

Esperamos Hermanas Dominicanas españolas para el Sur; y Padres Redentoristas para las misiones. Los Hermanos de La Salle piensan construir un gran colegio en la Capital.

Nuestras relaciones con el Gobierno siguen excelentes. Monseñor Bertoli, encargado de negocios, va a construir con su apoyo una residencia para la Nunciatura en un paraje ideal.

Está por iniciarse el Monumento-Cruz a Cristóbal Colón.

Aquí, mucho y muchos le recuerdan. Y basta por hoy.

En compensación de estas noticias, le pido algún memento por éste que mucho le quiere y aprecia,

Suyo todo,

(fdo.) + RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

#### 48. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre las misiones populares y la I Semana Social del Caribe (C. Trujillo, 1º octubre 1946)

BE II:46 (Año 1946), 826-828.

Venerables Hermanos e Hijos muy amados en el Señor:

Ahora que con la estabilidad del subsuelo ha vuelto la calma y la normalidad, no sé a quién agradecer más, si a vosotros, amados sacerdotes, por haber sido padres y sostén de vuestra grey en la hora crítica, o al pueblo que tanto más se acercó al cielo cuanto más tembló la tierra, o a nuestro Honorable Señor Presidente por su noble solicitud en acudir a las necesidades presentes y por su previsión frente a las del porvenir.

¡Ojalá que la hora trágica que vivimos una más y más la familia dominicana al pie de los altares en el cumplimiento de lo que debemos a Dios y en torno de la bandera para un mejor cumplimiento de lo que debemos a la Patria!



De la práctica de este doble deber resulta el “dominicanismo” que nuestros mayores nos legaron y que debemos transmitir íntegro y enriquecido a los que vendrán.

Con el fin de robustecer la fe y la práctica religiosa de nuestro pueblo, por un lado, y de cimentar por el otro su estructura social en la justicia y en la libertad, estamos organizando dos grandes acontecimientos, sin precedentes entre nosotros.

Me refiero, ante todo, a una serie de “Misiones” dirigidas y predicadas en las principales iglesias de nuestro país por dos eminentes sacerdotes jesuitas que acaban de comover a España con el poder de su palabra y el ardor de su celo. Son los Rdos. PP. [Gregorio Sánchez] Céspedes y Rodríguez, que ya se hallan en viaje desde la Madre Patria.

Ruego encarecidamente a los Señores Párrocos que les presten su máxima cooperación, y al pueblo su máxima correspondencia.

El otro hecho, no menos nuevo e importante, es la celebración de una “Semana Social” de la zona del Caribe, que la Juta Nacional de la Acción Católica Dominicana está organizando para la primera semana del próximo Febrero.

A ella acudirán como delegados de quince países del Caribe, sus más ilustres sociólogos para estudiar, discutir e iluminar el “Derecho de Propiedad” en su naturaleza y en sus últimas derivaciones sociales.

Se ha elegido como tema central de la “Semana Social” el “derecho de propiedad” con el fin de marcar con estampa de fuego los grandes y multiformes abusos cometidos en el ejercicio del mismo derecho, desde las grandes corporaciones financieras que libran hoy fiera batalla con las uniones obreras en Estados Unidos, hasta el pequeño comerciante de la esquina con las pesas falseadas, hasta cada uno de los que a diario nos abusamos de quienes nos prestan sus servicios, mal retribuidos en el sueldo y en el trato personal.

Por otro lado queremos defender el derecho de propiedad contra el comunismo ateo y materialista, que lo niega y que, bajo pretexto de crear para los trabajadores un paraíso en la tierra, forja para ellos y la humanidad un verdadero





infierno social, y consagra la tiranía más feroz del Estado comunista, con sacrificio total de los derechos y libertades básicas del individuo, de la familia y de la sociedad.

Esta Semana Social reclama, por consiguiente, el más vivo interés de la opinión pública y la más intensa cooperación de los que amamos a Dios y queremos preservar nuestra milenaria civilización cristiana.

Por esto quisiera que la celebración de la fiesta de la Juventud Católica, fijada para el tercer domingo de octubre y la de la Acción Católica el cuarto domingo, solemnidad de Cristo Rey, además del fervor tradicional acostumbrado, adquiriesen el carácter de preludeo y preparación a nuestra grande "Semana Social" del próximo Febrero.

La civilización cristiana tiene por centro y foco el Vaticano que irradia su luz sobre el mundo desde hace veinte siglos. El Comunismo, en cambio, brotó como planta emponzoñada en el siglo pasado, de los sudores y de las lágrimas del pueblo trabajador, explotado y oprimido por la tiranía económica de la Escuela Liberal.

Recibid, Hermanos e Hijos muy amados, el afecto y la bendición de vuestro Arzobispo,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

49. Carta del arzobispo Pittini  
al P. Cipriano Rodríguez, S.J.,  
Rector del Seminario del Santo Cerro  
sobre los problemas económicos  
de aquel Seminario Menor  
(C. Trujillo, 4 diciembre 1946).

c. ASD. *Correspondencia: Vicaría de La Vega* (1946), s/n; J.L. Sáez (ed.). *Monumenta Dominicana II* (1940-1946), f. 394.

Mi querido Padre:

La suma de \$6,500.00 invertida en el mantenimiento de nuestro Seminario "Padre Fantino", junto con los gastos de este Seminario Mayor, y la erogación de otra fuerte suma



para la adquisición de la propiedad en la que se construirá el seminario definitivo, han casi agotado el pequeño fondo de reserva formado con mucho sacrificio en años pasados.

Si la colecta de frutos “Padre Fantino” no es iniciada de inmediato para reducir al mínimo la cuenta de su seminario antes de abril, tendremos que devolver a sus casas a un buen número de alumnos.

Por eso le ruego que, además de hacer la máxima economía razonable en los gastos, se dediquen a dicha colecta utilizando la cooperación de Mons. Gallego.

Sé que Vds. cuentan con muchos centros catequísticos. ¿No podrán éstos servir de base para la colecta mensual de muchas pequeñas contribuciones de frutos?

¿No se podría esta organización extender sobre la base catequística a toda la Parroquia de La Vega y a las parroquias de Moca y de Salcedo?

Comprendo que ésto implica trabajo. Pero es cuestión de vida o muerte.

Yo organicé la colecta de novillos en el Este, que dió el año pasado unos \$6.000. Hagan ahora Vds. lo mismo en el Cibao con frutos.

La buena gente será bien generosa en esta forma de contribución. Comience, pues, de inmediato.

Suyo todo que le bendice,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

**50. Carta del arzobispo Pittini a Osvaldo Báez Soler, Presidente de la Comisión Conservadora de Monumentos Nacionales sobre el traslado del púlpito del Ex-Convento Dominicó, propuesto por los Jesuitas (C. Trujillo, 16 diciembre 1946)**

c. APA. *ibid.*, N° 1965.

Mi estimado Señor Presidente:

No dejaré de tener en cuenta su oficio N° 15963, relacionado con los templos declarados Monumentos Nacio-



nales, y que revela el cuidado que esa Comisión despliega por la conservación artística de nuestros templos monumentales.

En cuanto al púlpito del ex Convento, las razones prácticas que invocan los Padres para la nueva posición del mismo, que ofrece más comodidad para la colocación y el paso de la muchedumbre de gente que se apiña en ese templo en los días festivos y mayor comodidad tanto para el predicador como para los feligreses, no obligados ya a volverse para ver al predicador que hablaba a sus espaldas, ruego a esa Honorable Comisión quiera reconsiderar su pedido en vista de las mismas razones. La utilización del equipo amplificador que los Padres Jesuitas acaban de adquirir es otro motivo práctico que aconseja la nueva posición del púlpito.

En la certeza de que esa Corporación tendrá en cuenta estos motivos, me es grato reafirmarme de Ud.

Suyo todo,

(fdo.) + RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

51. Carta del arzobispo Pittini  
al P. Cipriano Rodríguez, S.J.,  
rector del Seminario Menor sobre  
los problemas económicos de aquel seminario  
(C. Trujillo, 4 marzo 1947)

c. ASD. *Correspondencia: Vicaría de La Vega* (1947), N° 2147; repr. J. L. Sáez (ed.). *op. cit.* III (1947-1951), f. 21.

Mi querido Padre:

Siento que no pueda venir para discutir con Monseñor [Octavio A.] Beras y el Padre [Diego] Mateo el modo de reducir al mínimo los gastos mensuales de los dos Seminarios.

Al principio del año contábamos con un fondo de emergencia de unos \$8.000. Con los \$2.600 de su cuenta de enero, más \$1,100 de este Seminario y con las cuentas de febrero de ambos, casi queda agotado ese fondo.



La entrada mensual de contribuciones no alcanza a unos \$800.00 a pesar de todos mis pedidos. Por consiguiente, en marzo nos encontraremos con la necesidad de despedir un buen número de nuestros seminaristas si, por un lado reduciendo al mínimo los gastos, y por el otro, elevando, si es posible, algo, las contribuciones, no se llega a alguna forma de solución.

Yo he recomendado en todos los tonos la colecta de frutos en el Cibao, encargando de ello de Monseñor Gallego y a Uds. que están en ese lugar.

Ahora que tengo carro les podré ayudar, toda vez que necesiten mi intervención personal. La intervención por escrito la hice ya en todos los tonos.

Comience, pues, despidiendo a todos los alumnos dudosos para que queden por lo menos los buenos.

Siento tener que escribir así, pero con las matemáticas no se juega.

Hasta pronto.

Suyo todo que le bendice,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

52. Carta del arzobispo Pittini  
a Pedro Schwartz Flores,  
Ministro de España en el país,  
sobre el envío de un cuadro de la Virgen  
de Altagracia a la Srta. Carmen Franco Polo  
(C. Trujillo, 19 mayo 1947)

c. ASD. *Correspondencia. Vicaría General* (1947), N° 8245;  
J.L. Sáez, *Monumenta Dominicana III* (1947-1951), f. 33.

Estimado Señor Ministro:

Creo haberle ya apuntado la siguiente idea, acerca de cuya realización deseo su consejo y un poco de cooperación.

Se cumple en agosto el vigésimo quinto aniversario de la solemne Coronación de la Virgen de Altagracia, cuyo



cuadro venerado llegó a este país desde España a principios del siglo XVI.

Se halla, como Ud. sabe, en España desde los primeros meses nuestro Obispo Auxiliar, Mons. Felipe Gallego. Sería mi deseo mandar reproducir dicho cuadro por el joven pintor, hijo de españoles, Gilberto Fernández [Díez], que lo hace muy bien.

Transmitiríamos esta copia a Monseñor Gallego para que él, en nombre de la Federación de las Juventudes Católicas dominicanas la obsequiara a la hija del General Franco, exponente de las Juventudes Católicas españolas.

Así, la hija primogénita devolvería, después de cuatro siglos, a la Madre Patria la imagen que constituye la devoción máxima del pueblo dominicano.

Si Ud. aprueba la idea, le ruego coopere conmigo en el modo mejor de hacer llegar el cuadro a manos de Monseñor Gallego y por medio del Ministro de Relaciones Exteriores de España prevenir de la dádiva al Generalísimo Franco y concertar con él el día y el modo de la entrega a la hija. Sería un nuevo lazo corrido entre la hija y la Madre.

A la espera de su respuesta, le saluda con respeto este,  
Suyo todo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

53. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la formación sacerdotal y la Acción Católica, con ocasión de la inauguración del nuevo seminario central (C. Trujillo, 24 noviembre 1947)

BE II:47 (1947), 877-881.

**Primavera de un doble sacerdocio dominicano**

Hermanos e Hijos muy amados en el señor:

No valdría la pena recordar el próximo aniversario de la Consagración de vuestro Arzobispo, fecha ya rutinaria,



si no coincidiera este año con la fecha ya próxima también de la inauguración del nuevo, único Seminario central de la Primada. Es este un hecho tan grande y jubiloso que reclama algunas palabras de crónica y algún comentario.

### **Un poco de historia**

El año escolar 1935-1936, año de la Consagración, se iniciaron los cursos del Seminario de la Capital con unos 18 seminaristas. Era natural que comenzara de inmediato una intensa campaña escrita y oral, y una organización de vocaciones sacerdotales dominicanas en cada parroquia que aún sobrevive y fructifica en algunas de ellas, en las Juntas de Vocaciones, en el primer Domingo del Seminario y en las colectas anuales pro Seminario.

A esa campaña correspondieron ampliamente clero y fieles, elevándose gradualmente el número de seminaristas hasta casi 40, número excesivo para la estrecha capacidad del Seminario capitalaño.

Brotó entonces del corazón de ese modelo de sacerdote que fue el Padre Fantino la idea de transformar su colegio del Santo Cerro en Seminario Menor. El presentimiento de su última hora despertó en él este bello ideal.

Vuestro Arzobispo lo llevó en 1939 a la Congregación de Seminarios y al Santo Padre, quienes le dieron su plena aprobación, y también al General de la Compañía de Jesús, que prometió su inmediata cooperación de personal dirigente, aun con gran sacrificio.

El Seminario “Padre Fantino” fue financiado por el Honorable Señor Presidente y por el Reverendísimo Monseñor José McLaughlin, y fue construido con el sudor y el amor del Rdo. P. Felipe Gallego, S.J. y del Hermano Alvarez, cuya labor Dios sólo midió y recompensa.

Fue inaugurado solemnemente en 1940 con un magnífico discurso del Señor Nuncio Apostólico, Monseñor Maurilio Silvani.

En el modesto cementerio local del Santo Cerro descansan los restos del primer director, Reverendo Padre



Demetrio Vicente, S.J. cuyas últimas palabras, antes de morir, fueron: “-En el cielo seguiré orando por el porvenir del Seminario”.

Oración fecunda y expresiva de la actuación de sus Hermanos en la Compañía en la responsabilidad que afrontaron y seguirán afrontando en la formación de nuestro Clero.

El Seminario “Padre Fantino” se fue poblando de año en año con nuevos candidatos. Hace pocos días, bajo el histórico laurel del patio, yo me sentí rodeado allí de 72 jovencitos seminaristas distribuidos a lo largo de los 5 cursos de gramática y retórica. Ya les han precedido al Seminario Mayor 16 de sus compañeros, de los que 14 cursan filosofía en nuestra Capital y 2, con gran éxito, en la Universidad Pontificia de Comillas en España.

Empero el problema del espacio volvía a presentarse insoluble en ambos Seminarios. Fue entonces cuando la Divina Providencia, a fines del año pasado, inspiró al Honorable Señor Presidente la construcción del imponente edificio al que destinó la suma de CIENTO TREINTA Y TRES MIL DÓLARES (\$133.000.00), que sumados a los aproximadamente CINCUENTA MIL (\$50.000.00) invertidos por la Curia Eclesiástica en la compra del terreno y en el mobiliario, nos acercan a la suma respetable de DOSCIENTOS MIL DÓLARES.

Allí se congregarán dentro de poco un centenar de seminaristas dirigidos por un cuerpo completo de profesores de la Compañía, en los que uno no sabe si ponderar más la sabiduría o la virtud.

Tan solo los ciegos no ven en todo ésto el dedo de Dios y la protección maternal de la Madre de los dominicanos sobre la Iglesia Primada.

### **Ayuda providencial**

Empero debemos admitir que pasarán muchos años antes que nuestro Seminario produzca un número de sacerdotes dominicanos suficiente para las necesidades



mínimas de una población católica que pasa hoy en los dos millones, y que se halla en constante y rápido crecimiento. Por eso la Divina Providencia nos fue enviando desde el exterior un grupo cada vez más numeroso de misioneros llenos de celo y de espíritu sacerdotal, que administran hoy la gran mayoría de nuestra parroquias que, sin ellos, se hallarían todas vacantes.

Es verdad que no todos dominan nuestra lengua. Pero sustituyen la elocuencia del buen decir por la elocuencia del buen vivir sacerdotal. Al ejemplo de esta vida se refería Jesús cuando ordenó a sus sacerdotes que fueran “sal de la tierra y luz del mundo”.

Por eso las poblaciones les aprecian, les quieren y hasta les admiran por haber abandonado las comodidades de su patria para ocupar parroquias cuyos escasos recursos ofrecen bien pocas comodidades.

¡Benditos sean estos verdaderos “enviados de Dios”!

### **El otro sacerdocio**

Me refiero al sacerdocio seglar de la Acción Católica Dominicana.

Cuando hace 12 años, después de la Consagración, el buen Padre Leopoldo de Ubrique, su fundador, me presentó un pequeño núcleo de caballeros de Acción Católica, yo ví en ellos el gérmen del árbol que fue expandiendo sus ramas hasta los términos últimos del país.

No es, quizás, una organización técnicamente perfecta. Para ello se necesita un núcleo numeroso, culto y desinteresado que la encabece. Mas el espíritu de acción se difundió como un aliento divino, apoderándose de hombres y de mujeres, de mujeres sobre todo, que trabajaron sin cesar al lado de sus Párrocos y que tienen el mérito del resurgimiento católico que está a la vista.

En cuanto a las autoridades nacionales de la A. C., y refiriéndome tan sólo al año que corre, todos sabéis el éxito de la “Semana Social del Caribe”, que irradió de aquí sobre trece pueblos la doctrina social católica. Además la





Junta Nacional preparó los Estatutos y contribuye eficazmente a la formación de un Secretariado Central de Acción Social Católica de la zona del Caribe, con residencia en La Habana y bajo la responsabilidad del Rdo. P. Dr. Manuel Foyaca, S.J., quien acaba de recorrer el país en un fecundo apostolado social.

Al mismo tiempo, la Junta Nacional buscó y encontró firmes contactos con el movimiento obrero nacional, por medio de impresos, de conversaciones y preparando así la intervención de vuestro Arzobispo, en el Teatro Apolo de Santiago, donde expuso entre aplausos de la Asamblea inaugural del Congreso, los puntos básicos del programa social católico.

Finalmente, ha preparado los Estatutos de nuestras florecientes Hermandades del trabajadores del campo, injertando en la devoción del patrón San Isidro un programa de carácter sindical, que los preservará de doctrinas funestas.

En estos mismos días las Juventudes Católicas celebraron su segunda Concentración en el Seybo, corazón del Este, que tuvo los mismos frutos de la reciente del Sur en la ciudad de Azua.

¡Benditas sean también estas huestes del sacerdocio seglar, brazo derecho del clero en la árdua tarea de su sagrado ministerio!

Todos estos recuerdos, que os deben llenar de satisfacción, Hermanos e Hijos muy amados, por ser fruto de vuestro celo, llenan también de hondo regocijo a este amigo vuestro en el nuevo aniversario de su Consagración.

¡Adelante, pues, en nuestra divina campaña! Nadie podrá ya más detener el arado para un surco cada vez más ancho y profundo de bien en nuestra tierra. ¡Dios y la Virgen de Altagracia están con nosotros!

Entramos en el Adviento, que inicia el año litúrgico cristiano. Adviento nos anuncia la llegada del Salvador que se conmemora con la gran fiesta de Navidad. Es tiempo de preparación espiritual.



Se preparan los recibimientos de los grandes personajes: no hay ninguno tan grande como el Niño Dios.

Os bendice este vuestro arzobispo y amigo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo  
(fdo.) Pbro. Hugo E. Polanco  
Vice Canciller

54. Memorandum de Mons. Pittini  
al presidente Trujillo insistiendo  
en el problema de la infiltración protestante  
(C. Trujillo, 23 marzo 1948)

o. APN. *Archivo Particular del Generalísimo* (1948), s/n;  
repr. B. Vega, *op. cit.*, 76-77.

**Infiltración peligrosa**

Como en toda la América Latina, también en nuestro país la infiltración solapada, inteligente y pertinaz del protestantismo se hace cada día más intensa con resultados cada día más alarmantes.

Donde adquiere mayores proporciones en nuestro país es en el Este, en donde el predominio de las centrales americanas con la mayoría de sus altos empleados protestantes y un gran número de obreros importunos, protestantes también, favorece esa mala propaganda.

Ella procede con grandes sumas de dinero de los dirigentes de las varias sectas de Estados Unidos, y llega a nosotros vía Portorrico. Con el dinero fácilmente se compran dominicanos y dominicanas que, después de una breve instrucción, van penetrando en las secciones rurales más remotas del Este, esparciendo Biblias protestantes, hojas protestantes y cantos protestantes, engatusando fácilmente a personas sencillas e ignorantes con una táctica bien premeditada y bien practicada. Puede decirse



que no hay sección en donde la semilla no haya prendido más o menos.

El que se hace protestante no sólomente renuncia a su fe católica, sino que en ella va implícita una renuncia al dominicanismo que impregna la vida del país. Ya no miran hacia Roma: miran hacia Estados Unidos, de donde les ha venido “la luz”. Donde esos grupitos se forman, se produce una honda discordia religiosa con el ambiente católico que lo rodea. Se desintegra la unidad nacional, quizás más honda y peligrosamente que lo que sucedía en la frontera con la penetración del budismo (sic).

La Iglesia hace lo imposible para detener esta avalancha anticatólica y antidominicana. Pero no dispone de sacerdotes. Quizás los tenga dentro de veinte o treinta años, teniendo en cuenta que la carrera sacerdotal es de doce años, y que de los diez que comienzan apenas dos llegan al término. En las dos grandes parroquias de La Romana y de Higüey hay tan solo cuatro sacerdotes; los dos Párrocos con más de 70 años y dos jóvenes recientemente ordenados.

Por eso me permito sugerir algunos medios para detener, si no en todo, en parte, esta dolorosa desintegración de la patria:

1º Las autoridades civiles encargadas del Este deberían vigilar e intervenir de algún modo para neutralizar esa propaganda.

2º Convendría extender el Este el permiso otorgado a los Misioneros de la Frontera, para que los sacerdotes en sus recorridos puedan visitar las escuelas rurales y fortificar en el doble sentimiento católico y dominicano, el alma de los niños.

3º La Secretaría de Educación podría indicar a los maestros y maestras de esas escuelas la conveniencia de cooperar con los sacerdotes en la preservación del dominicanismo puro.

4º Cuando las visitas del Párroco se produzcan en días de asueto, podrían los maestros ser autorizados a llevar a



sus alumnos a la Santa Misa con el fin de que se formen en el conocimiento y en la práctica del catolicismo.

Ciudad Trujillo, marzo 23 de 1948.

(Ido.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

55. Carta de Mons. Pittini  
al P. Juan Bautista Janssens,  
General de la Compañía de Jesús,  
solicitando el envío de un jesuita  
de habla inglesa para atender  
al personal extranjero de la Grenada Co.  
(C. Trujillo, 6 abril 1948)

c. ASD. *Correspondencia: Sacerdotes Extranjeros* (1948),  
Nº 8842; J.L. Sáez (ed.), *op. cit.* III (1947-1951), f. 85.

Reverendísimo Padre:

Entre las varias obras de apostolado de sus Hijos de la Compañía en esta vasta Arquidiócesis, se halla la Parroquia de Monte Cristi, capital de Provincia, en cuya jurisdicción está enclavada una gran Compañía americana (Estados Unidos). Los Padres de esa Parroquia me han pedido con insistencia que rogase a Vuestra reverencia el envío de Estados Unidos a esa Parroquia de un sacerdote de habla inglesa para que sirva de puente de oro entre la Parroquia y los dirigentes de la Compañía, quienes lo han solicitado también.

Tendría así el sacerdote una buena ocasión de aprender la lengua castellana tan necesaria ahora en las provincias de la Compañía en Estados Unidos.<sup>4</sup>

Se trataría, no de un traslado definitivo, sino transitorio, pudiendo sustituirse por otro al regresar uno a su respectiva provincia.

<sup>4</sup>El P. General de la Compañía de Jesús envió al P. Francis B. Sarjeant de la Provincia de New England. Cfr. "Carta de J. B. Janssens a R. Pittini (Roma, 26 mayo 1948)", *ibid.* Nº 17; J.L. Sáez, *op. cit.*, 100.



El Vice Provincial de las Antillas, Rmo. P. [Ramón] Calvo, está también muy interesado en este favor que todos de antemano agradecemos a Vuestra Reverencia.

Al saludarle respetuosamente le bendice este suyo todo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

56. Memorandum de Mons. Pittini  
sobre la conversión de la futura Parroquia  
del Santo Cerro en centro de entrenamiento  
pastoral de los sacerdotes recién ordenados  
(C. Trujillo, 23 junio 1948)

c. ASD. *Correspondencia: Vicaría General* (1948), N° 2; APA. *Santo Cerro* (I), gaveta 30, s/n; repr. J.L. Sáez, op. cit. III, f. 110.

Es mi parecer que los nuevos ordenados, en la Parroquia del Santo Cerro se dediquen preferentemente a la vida práctica parroquial, sin descuidar la teórica. Deberían por consiguiente turnarse periódicamente unos, en el despacho parroquial, para atender las visitas, registro de bautismos, investigaciones matrimoniales bajo la dirección del Párroco, etc.; otros, en las visitas a las varias ermitas, acompañados del Capellán del Santuario (P. Jesuita); otros en la atención al Santuario mismo, etc. Además deberían recibir los estipendios de las misas. Y el Párroco, de las entradas parroquiales, podría reservar para ellos un prudente fondo que se les entregaría al término de su formación.

Esta vida activa, movida, variada y recompensada, los estimularía más durante este período. Si tuvieran que seguir casi el régimen del Seminario, con predominancia de estudios teológicos pastoral sin compensación, no creo que daría buenos resultados.

Es mi parecer que la Compañía de Jesús debería limitar para estos alumnos, como encargados de la Parroquia, sim-



plemente a un Párroco que podría también ser Director de la Comunidad y al Capellán del Santuario. No me refiero aquí al personal del pequeño Seminario preparatorio.

Ciudad Trujillo, junio 23 de 1948.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**57. Decreto del Arzobispo Pittini  
determinando los usos que los jesuitas  
podrán hacer de los antiguos locales  
del Seminario Mayor y Menor  
(C. Trujillo, 21 julio 1948)**

o. APA. Ex-Convento (1946-1954), gaveta 41, s/n.

NOS, DON RICARDO PITTINI, S.S.

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América.

A tenor del cánón 497, párrafos 1-4 del Código de Derecho Canónico, damos nuestro consentimiento para la instalación de sendas Comunidades Religiosas de la Compañía de Jesús.

1º En el edificio llamado Ex-Convento, antes Seminario Arquidiocesano, quede establecida la Residencia de la Comunidad que cuide del culto de la Iglesia y Parroquia de San Antonio en Ciudad Trujillo.

2º Que en el edificio denominado hasta ahora Seminario Menor “Padre Fantino”, quede establecida la Comunidad Religiosa encargada de la educación de los preseminaristas y neosacerdotes, de la Casa de Vacaciones de los Seminaristas y del culto del Santuario y de la nueva Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes.

Dado en Ciudad Trujillo, a los 21 días del mes de julio del año 1948.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

L.S.



58. Mensaje del Papa Pío XII al arzobispo Pittini  
con motivo de cumplir sus Bodas de Oro  
de sacerdocio

(Roma, 26 diciembre 1948)

repr. R. Pittini, S.D.B. *Memorias Salesianas de un arzobispo ciego* (Buenos Aires, 1949), 149-150.

AL VENERABLE HERMANO RICARDO PITTINI

Arzobispo de Santo Domingo

PIO PP. XII

Venerable Hermano:

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

Pronto brillará para tí el día en que, con la divina gracia, cumplas felizmente el quincuagésimo año de tu sacerdocio. Fausto acontecimiento, por demás alegre, así para el vigilante pastor como la fiel grey. Porque bien sabido es el amor a las almas con que tú, con ejemplo de egregia piedad e integridad de vida, siempre te ocupaste en provecho de los prójimos, y particularmente la solicitud pastoral con que riges la grey encomendada a tu cuidado.

Por tanto Nos, aprovechando la oportunidad de tan fausto suceso, de corazón te felicitamos por tan prolongado y diligente ministerio, y con instantes preces invocamos a Dios misericordiosísimo para que te conceda toda clase de satisfacciones y prosperidades, todavía por muchos años.

Y para que las próximas fiestas puedan traer abundancia de frutos a tu pueblo, gustosos te concedemos la facultad para que, en el día señalado, después de la Misa Pontifical solemnemente celebrada, bendigas en Nuestro nombre y con Nuestra autoridad a los fieles asistentes, concediendo a los mismos una indulgencia plenaria que se ha de ganar mediante las acostumbradas condiciones de la Iglesia. Entretanto, como prenda de futuros dones y de Nuestro particular amor a tí, Venerable Hermano, a tu Arzobispo Coadjutor, a tu Obispo Auxiliar, al Clero y pueblo encomendado a tu vigilancia, así como a tus hermanos religiosos, amantísimamente te concedemos la Bendición Apostólica.



En Roma, junto a San Pedro, día 26 de diciembre, año 1948, décimo de Nuestro Pontificado.

Pío Papa XII

59. Circular de Mons. Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre la verdadera devoción a Nuestra Señora de Altagracia (C. Trujillo, 30 enero 1954)

BE II:54 (Año 1954), 455-457.

Venerables Hermanos e Hijos muy amados en el Señor:

La coincidencia de la fiesta de Nuestra Señora de la Altagracia, 21 de enero, con el Año Mariano, en pleno avance, le imprimió un sello de solemnidad singular en todo el país y, en particular, en su Santuario de Higüey.

La devoción a Nuestra Señora de la Altagracia es tan antigua y tan honda en el pueblo dominicano que su influencia ha sido grande y, puede ser tanto mayor, cuanto más se comprenda y mejor se practique.

Por eso, Hermanos e Hijos muy queridos, me he propuesto dictar estas líneas que espero leeréis y escucharéis con el mayor interés.

Y ante todo, la doctrina de la Iglesia con relación al culto de las imágenes sagradas está límpidamente resumida en la oración que el sacerdote reza al bendecirlas. Por ejemplo, al bendecir un cuadro de la Altagracia, dice: "Oh Dios que permites las estatuas y los cuadros de los Santos para que, mirándoles, recordemos e imitemos mejor los ejemplos de su vida, dignate bendecir este cuadro que reproduce a Nuestra Señora de Altagracia, a fin de que todos los que se empeñan en rendir culto y honor a la Santísima Virgen, por su mérito e intercesión, obtengan gracias y favores en la vida presente y la gloria eterna en el porvenir".

Si los protestantes, enemigos acérrimos de las imágenes sagradas, y los antiguos iconoclastas del bajo Im-





perio de Constantinopla, hubiesen comprendido bien esta doctrina, no hubieran destruido y quemado tantas imágenes sagradas, y los actuales hijos de Lutero y de Calvino no envenenarían el alma de nuestros sencillos creyentes encendiendo en ellos un verdadero odio a la madre de los Dominicanos y a su venerable Santuario de Higüey.

Si ellos no quieren comprender la doctrina de la Iglesia, comprendámosla y practiquémosla nosotros. Cuando miramos con amor y devoción su imagen, especialmente en el venerando retablo de Higüey, venerando por su antigüedad y por la interminable corriente de peregrinos que se postraron ante ella desde que los hermanos Trejo la trajeron de España y la colocaron en la primitiva ermita, construida allí al principio de la segunda mitad del siglo XVI; y, sobre todo, veneranda, porque la Madre de los Dominicanos parece haber escogido ese Santuario para prodigar en él gracias y favores; cuando la miramos y besamos con veneración y amor, nuestro pensamiento y afecto tienen que remontarse a Ella en el cielo, como el corazón del hijo, al besar la imagen de su madre ausente, vuela en alas del amor.

Si alguna persona sencilla e ignorante no lo hiciese así, deteniéndose exclusivamente en el retablo, tendría una devoción falsa rayana en la superstición.

Empero, si nos fijamos bien en el cuadro de Higüey, de él parece desprenderse, de los labios de María, la siguiente enseñanza: “Vedme arrodillada, las manos juntas y los ojos fijos en el Verbo, encarnada en mi seno virginal; lo estoy adorando como a mi Dios, amándole como a Hijo mío y sirviéndole como a mi Rey. Imitadle, porque si soy lo que soy, si dispongo de tanto poder, si gozo de tantos privilegios, todo se lo debo a mi divina maternidad. Imitadle, pues, arrodillaos conmigo: adoradle, amadle y servidle. De este modo, vuestra devoción mariana os habrá llevado a su verdadero término: Cristo Redentor”.



Efectivamente, Hermanos e Hijos muy amados, si la devoción a María no nos lleva a Jesús, sería tan incompleta como reconcentrar nuestras alabanzas en la belleza de la luna, sin pensar en el sol que la ilumina; como reconcentrar nuestra mirada en la rama florida sin pensar en el tronco del árbol de donde sube la savia que la vivifica.

Todas las devociones deben reconcentrarse en El que dijo de Sí mismo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Él es el Maestro que ilumina nuestras mentes con verdades que nunca nuestra voluntad en el cumplimiento de la Ley natural, hecha positiva en la cumbre del Sinaí. Él es el padre que nos alimenta con la gracia, con todas las gracias, y de un modo particular, con la gracia santificante que, desde la triste condición del pecado original en que nacimos, nos eleva al estado sobrenatural de hijos adoptivos de Dios.

Jesucristo es la fuente que infunde en nosotros toda la vida católica. Él es la vida que infunde la savia en los sarmientos, que somos nosotros. Con razón la Iglesia es llamada “cuerpo místico de Cristo” con quien formamos una sola cosa aquí para perpetuar con El nuestra unión al terminarse la prueba de la vida.

Si la devoción a Nuestra Señora de la Altagracia realiza en cada uno de nosotros, en cada hogar dominicano y en nuestra sociedad entera estos divinos ideales, florecerán las virtudes personales y domésticas y una primavera de costumbres cristianas alejará de nuestro ambiente las morbosas influencias que desde afuera se empeñan en desviarnos de la santa tradición católica, heredada de nuestros padres y abuelos.

Termino con la firme esperanza de no haber dictado en vano estas líneas que pongo bajo la protección de Nuestra Madre.

Os bendice de corazón vuestro Arzobispo y amigo,

+RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



60. Circular del arzobispo Pittini  
al clero secular y regular y fieles  
de la Arquidiócesis sobre las Hijas de María,  
a propósito de la cercana Cuaresma  
(C. Trujillo, 2 marzo 1954)

BE II:54 (Año 1954), 457-458.

Hermanos e Hijos muy amados en el Señor:

A medida que el Año Mariano avanza, la figura de la Inmaculada parece destacarse más y más en nuestra conciencia, haciéndole de Corte de honor el ejército de las Hijas de María, vasto jardín de azucenas y lirios.

Son ellas las que reclaman nuestra atención en esta pastoral de Cuaresma. Las llamamos ejército porque tal vez fue la disposición de Pío XII que fijó para ellas un puesto de combate y de honor en la vanguardia de la Acción Católica Juvenil Femenina.

Nadie, mejor que ellas, puede y debe ocupar ese puesto, ya que ellas son guardianas de su hogar, levadura de su Parroquia y garantía de moralidad en el ambiente social, escenario de sus alegres años juveniles.

La influencia de una Hija de María se revela al punto en su vivienda, rica o pobre, por el aseo, la limpieza y el orden allí reinantes. Está bien convencida la Hija de María que la higiene en la cocina, laboratorio de salud familiar, y la limpieza en los dormitorios, refugio para un tranquilo descanso nocturno es garantía de salud y bienestar en la familia. No faltan, por otra parte, en derredor de la vivienda, la sonrisa de las flores que imprimen al hogar un aspecto de alegría y hermosura. Empero, más cuidado pone la Hija de María en la higiene moral de los suyos. Cooperar con su Madre en la educación cristiana de los hermanitos; no permite en el hogar acciones, palabras y figuras que puedan mancillar la inocencia y las buenas costumbres.

Su delicadeza llega hasta el punto de suavizar dulcemente las diferencias que puedan surgir en las relaciones conyugales de sus padres queridos.



Es mucho, por otra parte, lo que de las Hijas de María aguarda la vida parroquial. Esta no es hoy, como antaño, una vida resguardada por una tradición católica secular. Desde el exterior van infiltrándose, con insistencia y tenacidad, doctrinas y costumbres que perturban y ponen en peligro los tesoros de fe y de moral, heredados de nuestros padres.

Por grande que sea el celo y la actividad del Párroco, ésto no alcanza a neutralizar la obra de los falsos profetas y siniestros sembradores de cizaña. Le es absolutamente necesaria la cooperación de seglares incorporados en la Acción Católica. En ésta va respaldada por la juventud, la hermosura y la buena disposición de las Hijas de María, el Párroco puede contar con una verdadera fuerza de vanguardia.

Cuando el grupo de Hijas de María llega, en formación, al templo y ocupa su lugar alternando durante las funciones con cantos devotos y piadosas plegarias; cuando se dirigen a la mesa eucarística para recibir el Pan de la Vida, su ejemplo es levadura espiritual que eleva la masa de los fieles hacia Dios.

La enseñanza catequística halla en las Hijas de María los mejores apóstoles. Son ellas las que consiguen para el culto, para la adquisición de imágenes o de altares, contribuciones del pueblo, que no sabe ni puede resistir la insinuación de sus pedidos.

Es a ellas a quienes el Párroco acude para arreglar matrimonios anormales y para preparar los que ellas mismas o sus amigas van a contraer al llegar su hora. En una palabra, no hay manifestación de vida católica a la que ellas sean ajenas.

Finalmente, el ambiente social que ellas frecuentan, experimenta el influjo sano y moralizador de su presencia. ¡Quién se atreve ante ellas a decir o hacer algo que ofenda la moral cristiana!

Su misma hermosura, realzada por una manera de vestir y de obrar en plena armonía con la modestia cristiana, constituye un freno para los atrevidos y un estímulo de bien y de virtud para todos.



En sus mismas relaciones de noviazgo, ellas reclaman e imponen a los futuros compañeros de su vida una conducta sincera y hondamente cristiana que haga dichoso el hogar en que ellas van a ser reinas.

Bienvenido y bendito sea, pues, el ejército de vanguardia de las Hijas de María que forman, repetimos, la mejor cohorte a su Madre que surge entre ellas como una aurora, bella como la luna y resplandeciente como el sol.

En ellas tenemos puestos nuestros ojos y nuestras esperanza todos.

Estoy dictando estas líneas con un sentimiento de casi tristeza pensando en que es la última (i.e. Carta Pastoral) de carácter nacional que os envía este vuestro Arzobispo y amigo,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

**61. Circular del arzobispo Pittini  
al clero secular y regular de la Arquidiócesis  
sobre el Mes Altagraciano,  
dentro del marco del Año Mariano  
(C. Trujillo, 8 junio 1954)**

*ibid.*, 469-470.

Mi querido Padre:

El mes de Agosto, con su fiesta central altagraciana del 15, XXXII aniversario de la canónica coronación de Nuestra Señora de la Altagracia, reconcentra de nuevo los corazones de todos los dominicanos, al pie de la Madre.

Año tras año, se suceden las peregrinaciones, elocuente testimonio de devoción filial. Empero, las circunstancias de celebrarse el Año Mariano, nos estimula a declarar el mes de Agosto, MES ALTAGRACIANO.

En consecuencia, las peregrinaciones deberán multiplicarse, imprimiéndoseles el doble carácter de



marianas y eucarísticas. No podemos prescindir de acercarnos al Hijo, después de habernos acercado a la Madre.

No siendo fácil, en esta ocasión, atender a las confesiones de tantos peregrinos, deberán éstos acudir a Higüey en estado de gracia, para poder recibir la Santa Comunión. Los peregrinos que necesiten tomar algún alimento por razón de enfermedad o de salud antes de la Comunión, deben obtener la autorización del Confesor.

Si alguien ha hecho alguna promesa, es esa la mejor ocasión para cumplirla, aprovechándose también de las Indulgencias concedidas por motivo del Año Mariano, a los que visiten algún Santuario dedicado a la Madre de Dios.

Este año se celebra en Higüey con mayor solemnidad el Novenario a Ntra. Sra. de Altigracia y en él, como en los sábados y domingos de cada semana del mes, notables predicadores dejarán oír la palabra de Dios.

Me es grato comunicaros, también, el propósito de que, durante la segunda parte del Año Mariano, destacados misioneros prediquen en cada parroquia una Misión, con el fin de intensificar la vida católica, iluminando las inteligencias con la verdad, guiando las voluntades por los senderos del bien y santificando las almas con el Santo Sacramento.

Preparaos, pues, para la ocasión, que no volverá tan pronto, de renovar cristianamente las conciencias, los hogares y la misma sociedad.

Estas Misiones serán la mejor preparación para la solemne Jornada Mariana Interdiocesana que ha de clausurar, en la Capital, el Año Mariano.

En la seguridad de que acudiréis todos con amor a lo indicado en estas líneas, os bendice de corazón, este vuestro amigo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



62. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre un aniversario más de la coronación del Papa Pío XII (C. Trujillo, 4 marzo 1955)

BE III:55 (Año 1955), 16-17.

Venerables Sacerdotes e Hijos en el Señor:

Su Santidad el Papa llega el día 12 próximo al 16º aniversario de su glorioso Pontificado. La Iglesia Universal celebrará jubilosa un año más de su coronación. Con la Iglesia, nuestra Arquidiócesis Primada festejará, con alegría de los corazones, la fausta fecha. Ni puede ser de otra suerte, ya que Su Santidad Pío XII, además de ser el Padre de la Cristiandad y Jefe de la Iglesia, ha tenido para nosotros especiales demostraciones de su paternal predilección. Baste recordar el Concordato y la creación de las varias jurisdicciones eclesiásticas, sufragáneas de esta Metropolitana.

No hemos de ponderar la importancia del Concordato, pacto sagrado en el que Su Santidad Pío XII y el Benefactor de la Patria señalaron las normas para que la Iglesia realice en nuestra Nación su apostolado de bien a través de los medios necesarios a la plenitud de la misión que el Salvador le confió al crearla. El Concordato, por su ordenamiento al logro de mayor bien de las almas, vincula a Su Santidad Pío XII, de manera directa, al desarrollo espiritual de nuestro pueblo.

Las nuevas jurisdicciones eclesiásticas, creadas en su Pontificado, constituyen prueba de su paternal predilección.

El Pontificado de Pío XII está circundado de resplandores de gloria porque es fecundo el bien para la humanidad. Así lo reconocen todos los pueblos de la tierra, aun aquellos que están apartados de su Grey. Sus encíclicas y discursos son fuente de eficaz orientación hacia la paz en los individuos y en los Estados. Su actitud vigilante le ha permitido prevenir los males y señalar las rutas necesarias para que los hombres disfruten de los bienes que proceden de Dios. Trabajador infatigable, lucha constantemente y contra toda doctrina materialista y atea que deja vacío el corazón del hombre de los tesoros invaluables de la fe, de la esperanza y de la caridad.



Sus obras de caridad han corrido toda la tierra, realizadas por medio de organismos pontificios creados a este fin.

Sería imposible enumerar las personas a las que favoreció la caridad del Pontífice en sus diversas formas de consuelo, alegría, consejo, sustento, vestido... Dondequiera que el dolor, en cualquiera de sus manifestaciones, hizo víctimas, allí estuvo presente la caridad de Pío XII.

Muchos artículos y libros, publicados por autores católicos y no católicos ponderan la labor de caridad de Pío XII, presentándolo como “otro Cristo” que pasa en medio de los hombres haciendo el bien. Es el “Dulce Cristo en la tierra”, según la clásica expresión de Santa Catalina de Siena. Consuela mucho al corazón contemplar la caridad, la misericordia, el amor, la justicia del que en la tierra representa al Salvador de los hombres.

Con el fin de cumplir con un sagrado deber, os invitamos, venerables Sacerdotes e hijos muy amados, a celebrar el 16º aniversario del Pontificado de Pío XII, con la liturgia sagrada y con actos culturales. La oración elevará vuestra súplicas a Dios N.S. para que conserve la salud de Su Vicario para bien de la Iglesia, y los actos culturales aumentarán en el pueblo cristiano el conocimiento y la devoción al Sucesor de San Pedro.

Os saludamos y bendecimos,

(fdo.) +RICARDO

Arzobispo de Santo Domingo

**63. Circular del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre las nuevas normas del matrimonio, a propósito de la Pascua de Resurrección (C. Trujillo, 1º abril 1955)**

*BE* III:55 (Año 1955), 19-20.

Amados Hermanos e Hijos en el Señor:

La proximidad de la Pascua me induce a repetiros el saludo de Cristo Resucitado a sus apóstoles: “La Paz sea con vosotros”; y las otras con que se despidió de ellos: “Os dejo la paz, os doy mi paz, yo no doy la paz que da el mundo”.





La paz de Cristo en la conciencia y en el hogar consiste en esa tranquilidad bendita que es hermana del cumplimiento de las santas leyes de Dios y de la Iglesia. Es paz que se funda en el deber, al paso que la del mundo se funda en el goce de los placeres prohibidos que remuerden la conciencia y amargan la vida del hogar.

Nos hallamos en el tiempo Pascual que terminará el 29 de junio, fiesta de San Pedro y San Pablo. Cumplamos todos con la grave obligación de recibir en este tiempo los Santos sacramentos de la penitencia y de la Comunión y con ellos una nueva medida de Paz cristiana.

Y ya que hablamos de Sacramentos, permitidme recordaros una vez más el Santo Sacramento del Matrimonio al que el reciente Concordato confiere todo valor Sacramental y Civil. Quienes lo contraen no deben ya más presentarse al Oficial Civil. Sería perder el tiempo y dinero. El mismo Párroco se encarga de enviar el Acta Matrimonial al Oficial Civil para que la transcriba en el Registro Civil.

Espero tengan presente los que se preparan al matrimonio católico que es paso es decisivo, sin posibilidad legal de divorcio porque el vínculo conyugal les une a ellos y a ellas solos para toda la vida. Por consiguiente la preparación al matrimonio debe ser tan seria como serio es el paso definitivo en la vida de ambos.

Con el efecto de siempre os bendice vuestro amigo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

#### 64. Palabras de apertura del Congreso de Cultura Católica por la Paz del Mundo celebrado en el Palacio del Congreso Nacional (C. Trujillo, 28 febrero 1956)

*Memoria del Congreso de Cultura Católica por la Paz del Mundo* (C. Trujillo: Editora del Caribe, 1957), 23.

Señores Delegados a esta Asamblea Mundial de Cultura Católica; bienvenidos seáis a esta Ciudad Cuna de



América. De un modo particular, bienvenidos seáis los que desde toda la América Latina venís a ésta para vosotros casa paterna a reforzar y consolidar los lazos que a ella os une.

Pero, bienvenidos sean también todos los señores Delegados que realizan en el mundo el mandato de Cristo: “Id y enseñad a todas las gentes”.

Es mi deber puntualizar aquí la presencia del Juez de la Suprema Corte, quien desde la tierra donde nace el sol nos trae el eco del mensaje llevado hace cuatro siglos a ese pueblo predestinado a grandes cosas.<sup>5</sup> Venís aquí todos a afirmar y robustecer los principios y las derivaciones de la doctrina de Jesús, que comprende y fecunda todos los aspectos de la vida individual, doméstica y colectiva.

Venís a afirmar esta doctrina frente a otras divergentes y contradictorias a la doctrina de Jesús; doctrinas propagadas por quienes pretenden sentar en el trono de Cristo “Camino, Verdad y Vida” a un peligroso aventurero de última hora llamado Carlos Marx.

Este saludo de bienvenida que brota del corazón y de los labios del Arzobispo de Santo Domingo lo escucharéis ahora de labios del más alto exponente de la nación, a quien transmito la palabra.

### **65. Circular N<sup>o</sup> 16 del arzobispo Pittini al clero y fieles de la Arquidiócesis sobre el Vicariato Castrense (C. Trujillo, 30 julio 1958)**

*BE* III:61 (1958, 2<sup>o</sup> Semestre), 231-232.

Hermanos e Hijos muy amados en el Señor:

El Santo Padre, interesado en la formación moral y cultural de las Fuerzas Armadas, ha dispuesto que en cada Diócesis funcione el llamado Vicariato Castrense para que

---

<sup>5</sup>Parece referirse al Dr. Kotaro Tanaka, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de Japón, delegado de ese país al Congreso.



realice esas finalidades. El Obispo es el Superior nato del mismo, coadyuvado por un Pro-Vicario de su elección, y ellos cuentan con la cooperación del número de Capellanes Militares reclamado por las circunstancias.

Los Capellanes son de dos categorías, correspondientes al grado de Capitanes y Tenientes.

Nuestro Gobierno acogió con agrado la iniciativa, y firmó con la Iglesia un convenio que facilita su realización, dotándolo generosamente.

Las actividades del Vicario están dirigidas por un Reglamento que reclama de sus competentes cualidades morales y culturales que los habiliten a su delicada misión.

El Vicario cuenta no sólo con locales propios, anexos al Arzobispado, sino también con el equipo exigido por sus varias actividades. Convendría que las personas interesadas visitaran todo ésto.

Es evidente que lo dicho resguarda a la par los intereses de la Iglesia y los intereses de la Patria. Como también lo que el éxito de la obra es proporcional al sentido de responsabilidad de cada uno de sus componentes.

Las esperanzas que Vuestro Arzobispo cifra en esta obra no serán defraudadas si cada uno cumple de acuerdo con lo que de vosotros espera.

Vuestro amigo,

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

**66. Circular del arzobispo Pittini  
al clero y fieles de la Arquidiócesis  
sobre la cercana fiesta de Cristo Rey  
(C. Trujillo, 8 octubre 1958)**

*BE* III:61 (1958, 2º Semestre), 236-237.

Hermanos e Hijos muy amados:

Se acerca la fiesta de Cristo Rey, el único Rey de verdad, cuya realeza es de origen divino, como la proclamó



el Príncipe de los Apóstoles: “Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo, que viniste a este mundo”.

Su realeza no descansa en el poderío militar o económico; ni siquiera en el esplendor cultural. Su poder es el poder del amor. El mismo lo afirmó cuando dijo: “Me colgaron en una cruz, pero desde ella yo atraeré a Mí todas las cosas”.

Han pasado casi veinte siglos, y con ellos se han desvanecido como sombra los grandes potentados de las almas y del dinero. Luis XIV, exponente del absolutismo de los Monarcas Borbones, solía firmar sus documentos con esta frase: “Yo el Rey”. Murió solo y abandonado en su Regia de Versalles.

Napoleón se puso a sí mismo la corona imperial gritando con voz estentórea que llenó el templo de Nuestra Señora de París: “¡Yo me la pongo; Ay de quien la toque!” Al ser excomulgado por sus atentados contra la Iglesia dijo con voz burlona: “Las excomuniones no hacen caer las armas de las manos de mis soldados”. Fueron cayendo de sus manos heladas en la trágica retirada de Rusia durante aquel invierno fatal para su poder.

Nada de eso aconteció a Cristo Rey. Se le quiso destruir en vano por sus eternos enemigos. Sus secuaces siguieron cantando a lo largo de los siglos: “Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera”.

Lo cantaremos también nosotros, Hermanos e Hijos muy amados, el próximo día de Cristo Rey, formando en la caravana de sus fieles con quienes Él prometió estar hasta la consumación de los siglos.

Él dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Sigámosle sin desviarnos.

Escuchémosle sin temor a errar. Bebamos en su fuente que sacia nuestras ansias de felicidad, felicidad que aquí comienza y se consume en los siglos eternos.

Os bendice vuestro amigo

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo



67. Circular del arzobispo Pittini  
a los sacerdotes de ambos cleros,  
comunidades religiosas y directores  
de colegios católicos de la Arquidiócesis  
acerca del Año Mundial del Refugiado  
(C. Trujillo, 3 septiembre 1959)

BE III:62 (1959, 2º Semestre), 273-274.

Reverencias:

El mes de junio pasado, se inició el “Año Mundial del Refugiado”, que durará hasta el mismo mes del próximo año 1960. Sus organizadores y más directamente el alto Comisariato de la ONU, manifestaron en varias ocasiones el deseo de contar con el apoyo moral de la Santa Sede en esta importante empresa.

Me es grato informar a Vuestras Reverencias que la Santa Sede, juzgando la invitación plenamente conforme con los sentimientos de la caridad cristiana y de la fraternidad universal, la ha acogido muy gustosamente y ha realizado su propia participación con un programa que el mismo Santo Padre se ha dignado ratificar con su personal Mensaje que anexamos.

La divulgación del Mensaje Pontificio será el mejor medio para despertar en todos los católicos en anhelo de colaborar, con el auxilio de la piedad y con la generosidad posible, al éxito del Año Mundial del Refugiado.

A este propósito, Su Santidad, en el Mensaje citado, exhorta “singularmente a los Pastores de almas para que induzcan a sus fieles a seguir la voz de la Providencia que les invita a manifestar sus sentimientos de caridad cristiana”. Por ésto, recomendamos a todos que, con la palabra directa y por medio de la prensa y de la radio, procuren despertar el anhelo entre los fieles de colaborar en los fines del Año Mundial del Refugiado, que como afirma el Augusto Pontífice, se inspira “en ideas tan nobles y desinteresadas, dignas de toda alabanza”.

A fin de coordinar nuestras oraciones, he decidido señalar el próximo domingo 27 de septiembre como día es-



pecial para orar en todas las iglesias y capillas de la Arquidiócesis por el éxito del Año Mundial del Refugiado.

Dicho día los sacerdotes agregarán a las oraciones de la Misa, la oración Misal “Pro quacumque necessitate”. Autorizo, además, para que en las Iglesias y Capillas, servatis servandis, se haga la Exposición Mayor del Santísimo Sacramento.

Ruego a los pastores de almas que se interesen para que, especialmente ese día, la prensa y la radio divulguen el Mensaje Pontificio en favor del Año Mundial del Refugiado.

(fdo.) +RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo

68. Decreto N° 7401 del Poder Ejecutivo  
estableciendo tres días de duelo oficial  
por la muerte del arzobispo Pittini  
(Santo Domingo, 11 diciembre 1961)

GO LXXXII:8630 (Santo Domingo, 29 diciembre 1961),  
17-18.

JOAQUÍN BALAGUER

Presidente de la República Dominicana

CONSIDERANDO que el fallecimiento de Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo titular (sic) de la Arquidiócesis de Santo Domingo, ha enlutado la Iglesia Católica y producido hondo pesar en el pueblo dominicano, que admiraba sus virtudes de Pastor y su consagración y celo en el ejercicio de su apostolado;

VISTA la Ley n° 3933, de fecha 20 de septiembre de 1954, y sus modificaciones;

En ejercicio de las atribuciones que me confiere el art. 54 de la Constitución de la República, dicto el siguiente

DECRETO:

Art. 1° Se declaran de duelo oficial, con motivo del fallecimiento de Monseñor Ricardo Pittini, los días 11, 12 y 13 del presente mes de diciembre.



Art. 2º Las Secretarías de Estado de las Fuerzas Armadas, de Interior y Cultos y de Relaciones Exteriores, quedan encargadas de la ejecución del presente decreto.

DADO en Santo Domingo, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los once días del mes de diciembre de mil novecientos sesenta y uno, años 118º de la Independencia y 99º de la Restauración.

Joaquín Balaguer

69. Reseña periodística de la muerte,  
funerales y entierro del arzobispo Pittini  
(Santo Domingo, 10 diciembre 1961)

“Ha muerto Mons. Pittini”, *BE* V:66 (1961, 2º Semestre), 198-200.

El día 10 del presente, falleció en La Vega, S.E. Rvdma. Mons. Dr. Ricardo Pittini, Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo. Su estado precario de salud lo había llevado hasta la parroquia Santo Domingo Savio, de aquella localidad, en busca de mayor reposo.

**Datos biográficos**

El Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo Titular de la Arquidiócesis de Santo Domingo, nació en Tricesimo, provincia y Diócesis de Udine, Italia, el 25 de abril de 1876, habiendo sido sus padres Don Pablo Pittini y Doña Agustina Piussi.

Cursó sus estudios de latinidad en Udine, y recibió la sotana clerical de manos de Mons. Berengo, Obispo diocesano, el 8 de diciembre de 1886. Sintiendo llamado a la vida religiosa decidió entrar en la Pía Sociedad Salesiana en la Casa de Valsálce; al año siguiente hizo su profesión perpétua.

A fines de 1892 fue al Uruguay y allí recibió la Tonsura y las Ordenes Menores de manos de Mons. Lasagna, en Las Piedras, el 6 de junio de 1895, el Subdiaconado y Diaconado de manos de Mons. Cagliero, quien sería después



nombrado Cardenal de la Santa Iglesia, el 6 de enero de 1896, y el Presbiterado de manos de Mons. Soler, Arzobispo de Montevideo, el 22 de enero del mismo año.

Desde su llegada de Europa, hasta 1904 inclusive, trabajó en el Colegio de San Isidro de las Piedras en calidad de profesor. De 1905 a 1911 dirigió los talleres de Don Bosco en Montevideo; a fines de 1911 pasó como Director de la Casa de Formación de Manga, donde permaneció hasta principios de 1922, cuando se le confió la dirección del Colegio Pío. En 1933, los Superiores de Turín le confiaron la fundación de la Escuela de Artes y Oficios en Santo Domingo. Fue preconizado Arzobispo de Santo Domingo el 11 de octubre de 1935, y recibió la Consagración episcopal el 8 de diciembre del mismo año.

Durante los años de su Arzobispado, Monseñor Pittini fue guía fiel y padre espiritual de toda la grey dominicana, hasta que años más tarde, al perder fatalmente la vista, tuvo que abandonar toda actividad, y dedicarse a seguir rigiendo los destinos de la Iglesia en la República Dominicana mediante el arma poderosa de la oración.

En la mañana del día 11 fue expuesto el cadáver en capilla ardiente en la Catedral Metropolitana. Inmediatamente S. E. Rvdma. Mons. Dr. Octavio A. Beras, Arzobispo de Santo Domingo, y el Illmo. Mons. Antonio del Guidice, Encargado de Negocios a. i. de la Santa Sede, cantaron los primeros responsos.

S. E. Rvdma. Mons. Dr. Hugo E. Polanco Brito, celebró una misa de requiem con asistencia de público; otras misas fueron celebradas en el curso de la mañana. Por la tarde, S.E. Rvdma. Mons. Dr. Octavio A. Beras, Arzobispo de Santo Domingo, celebró las solemnes exequias con el canto de Maitines y la Misa Pontifical de Requiem. Asistieron a Su Excelencia el Illmo. Mons. Antonio Abréu, Vicario General de Higüey, M. I. Sr. Can. Sr. José Octavio Rodríguez Reyes, Canciller del Arzobispado, el Rvdmo. P. José González del Pino, S.D.B., Superior de los Salesianos, y los RR.PP. Luis R. Checo y Santiago Hirujo. La parte musical estuvo a cargo del coro del Pontificio Seminario Santo Tomás de Aquino.





Según la disposición litúrgica, ocuparon asiento en los ángulos del catafalco SS. EE. Rvdmas. Mons. Hugo E. Polanco Brito, Obispo de Santiago; Mons. Francisco Parnal, Obispo de La Vega; Mons. Juan F. Pepén, Obispo de Higüey e Iltmo. Mons. Eliseo Pérez Sánchez, Vicario General de la Arquidiócesis, en sustitución de S. E. Rvdma. Mons. Tomás Reilly, Prelado de San Juan de la Maguana, quien por dificultades de transporte llegó al final de los actos fúnebres.

El Señor Presidente de la República estuvo representado en los funerales por el Dr. Ambrosio Alvarez Aybar, Secretario de Relaciones Exteriores.

Así mismo se hallaba presente el Cuerpo Diplomático y consular, ocupando lugar especial el Iltmo. Mons. Antonio del Giudice, Encargado de Negocios a. i. de la Santa Sede.

Ocuparon asiento en el presbiterio el Iltmo. Mons. Carlos T. Bobadilla, Vicario General de Santiago, RR. Párrocos de la Arquidiócesis, de Santiago, La Vega, de Higüey. Los Superiores de los RR. PP. Dominicos, Capuchinos, Jesuitas, Claretianos, Salesianos, Misioneros de Scarborough.

Altos oficiales de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional hicieron guardia de honor junto al féretro.

Al final de la ceremonia S. E. Rvdma. Mons. Octavio A. Beras dirigió sentidas palabras resumiendo la vida de Mons. Pittini en la frase de San Pablo: "He luchado el buen combate; he terminado mi carrera; he guardado la fe; ya me está preparada la corona de la justicia...". Después de los responsos finales cantados por los Excmos. Prelados, el cadáver fue conducido para recibir sepultura a la Iglesia de San Juan Bosco, recibiendo a la salida de la Catedral honores militares.

Y en la Iglesia de San Juan Bosco, elegida por S. E. Mons. Pittini para guardar sus restos, el Superior Provincial de los Salesianos, R. P. José González del Pino, recibió con elocuentes palabras el cortejo fúnebre. Acto seguido se procedió a la inhumación de los restos mortales.



El Señor Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer, decretó tres días de duelo con motivo de la muerte del Excmo. y Revdmo. Mons. Ricardo Pittini.

**70. Palabras del P. José González del Pino,  
S.D.B., Provincial Salesiano de las Antillas,  
en el acto del sepelio  
de los restos del arzobispo Pittini  
en el templo de San Juan Bosco  
(Santo Domingo, 11 diciembre 1961)**

o. Archivo Inspectoría Salesiana (Santo Domingo), s/n.

Un humilde hijo de San Juan Bosco fue llamado por el Soberano Pontífice para ocupar la sede primada de América. Rigió sus destinos durante veintiséis años y hoy, tras resignar en las manos de la Divina Misericordia su mitra con su alma, regresan sus despojos a la casa solariega, para esperar el llamado de la eterna resurrección y para constituirse en prenda de celestial protección para sus aflijidos hermanos, de quienes nunca se distanciara.

Monseñor Ricardo Pittini llegó a este país para su silla metropolitana: traía sus armas bien templadas y no defraudó a quienes pusieron sus ojos en él.

Adolescente, casi niño, abandonó su Italia nativa. Conquistado por el ideal misionero, surcó los mares y aprodó en las risueñas márgenes del Plata. La tierra de Artigas lo vio durante siete lustros recorrer toda la escala del apostolado y de la superioridad, sembrando el bien, ganando almas y forjando una pléyade de abnegados obreros de la educación y del sacrificio, que prosiguen incansables laborando sus sementeras.

Maestro por vocación, sociólogo por intuición, conferencista por temperamento, misionero por impulso de su caridad, hoy vierten en su deceso las Repúblicas hermanas del Uruguay y del Paraguay aquellas lágrimas ardientes con que lloraron su partida.

La obediencia lo trasladó de un extremo al otro del continente. El Provincial de la joven república oriental



estaba maduro para asumir idénticas responsabilidades en las ilimitadas extensiones de los Estados Unidos, donde abre una huella tan honda y segura, que ni el tiempo ni los elementos conseguirán fácilmente borrar. Vocaciones y seminarios fueron su preocupación señera: y supo encontrar los medios de cultivar las unas y de fundar los otros, para cimentar las obras y multiplicar los hermanos de su Congregación.

Cerca estaba ya de nuestras playas acogedoras. Venía a plantar en ellas el estandarte de San Juan Bosco. Pero, apenas iniciada la empresa, el llamado de la Iglesia le señala más elevado cometido. Con el cayado del pastor y la mitra del prelado recibe la encomienda de regir los destinos espirituales de esta nación fervorosa y creyente. El doble motto de su escudo declara con elocuencia la amplitud de su programa: “Llevo a Cristo”, expresión de su faena sacerdotal y delicada alusión al cristiano Descubridor; y “A Jesús por María”, síntesis luminosa de su metodología salesiana.

Por esos senderos y con esas directivas de trabajo se consagró de lleno a la nueva Patria de adopción que el cielo le deparaba. Desde ese instante sintió con ella, vivió con ella, trabajó en sus vegas, vadeó sus ríos, escaló sus montes, tras las huellas de todas sus ovejas, alentando a todos sus pastores. Su palabra fue luz de atractiva catequesis; sus manos distribuyeron sin descanso con el pan ázimo que santifica las almas, el pan con levadura que acalla el hambre de los necesitados. Cruzó las fronteras y fue a anunciar por todos los continentes el poema inspirado de las glorias dominicanas.

La luz incandescente que lo consumía quemó sus pupilas, y la noche lo cubrió con su manto; pero no logró apagar los fulgores de sus espíritu. Quienes entonces se acercaron a él, pudieron comprobar que un sentido finísimo rasgaba las tinieblas y creaba imágenes maravillosas y llenas de luz y vida en sus retinas desprendidas. En la lóbreguez estalló la tormenta; pero sus manos no abandonaron el timón de su barca. Alguien podrá discutirle la



oportunidad de sus maniobras; pero nadie podrá poner en duda la rectitud y el desinterés de las mismas. El tiempo, que depura los juicios y alquitara las intenciones, le otorgará la cumplida justicia que la agitación trágica de esta hora pudiera escatimarle. Los hombres que pasaron a su lado nunca podrán olvidar que a la palabra bondadosa y alentadora supo agregar siempre el consejo prudente a la paterna reconvención.

Ya se ha despedido de su catedral primada. Ha escuchado los salmos y recibido las bendiciones con que tantas veces consoló la partida de sus hijos. Ha consignado los emblemas de su jerarquía, y se restituye al cariño y a los cuidados de su amada comunidad. Nunca se mantuvo alejado de ella: la acompañó vigilante, preocupado por su santificación; la llamó a colaborar en sus trabajos, acicateando sus energías; le proporcionó o le obtuvo los medios para cumplir su misión, partiendo con ella el pan de su pobreza; la defendió con su prestigio y la enaltecíó con sus merecimientos; la escogió por morada definitiva, construyendo en un ángulo de su iglesia la pequeña celda donde dormir el sueño prolongado de su último reposo.

Ven a ocuparla, Hermano predilecto, Padre bondadoso, Pastor esclarecido. Te recibimos con lágrimas en los ojos y atribulado el corazón. Nosotros velaremos tu descanso, defenderemos tu memoria, repetiremos tus lecciones, evangelizaremos a tu pueblo, continuaremos tus empresas.

No será tumba la tuya, sino cátedra; callará tu boca, pero no enmudecerán tus enseñanzas; depondrás el cayado, pero no quedarán abandonadas tus ovejas; dejarás la mitra, pero continuará coronada tu cabeza con el halo luminoso de tu inspiradora paternidad.

Entra en tu Iglesia predilecta, que se convertirá a tu llegada en cripta de tus despojos, altar de tu recuerdo, monumento de tus virtudes. Entra y descansa, que larga y dura ha sido la jornada. Y, mientras, confiados esperamos que el Señor Omnipotente te haya otorgado el galardón de sus siervos escogidos, nosotros cunaremos tus



despojos con la suavísima plegaria de la Iglesia: Concédate el Señor descanso imperecedero y brille eternamente en tus cuencas descarnadas la luz inextingible.

71. Carta del Rev. P. Renato Zigliotti,  
Rector Mayor de los Salesianos,  
con motivo de la muerte del arzobispo Pittini  
(Turín, 6 enero 1962)

*Opere di S. Giov. Bosco. Casa Capitolare* (Torino), 4 págs.

Queridos hermanos e hijos:

El día 10 de diciembre recién pasado, a las 6 p.m. regresaba al Señor; al ocaso de su larga jornada, el alma elegida del Salesiano

S. E. Mons. RICCARDO PITTINI

Arzobispo de Santo Domingo y Primado de las Indias

La noticia que me llegó hace algunos días, ha llenado mi ánimo de dolor, pronto mitigado por aquella frase que era habitual en nuestro Padre: “Cuando suceda que un alma digna de Salesiano deje esta tierra, pensad en el triunfo que en ese día habrá reportado nuestra Congregación”.

Había nacido en Tricésimo (Udine) en 1875, y a los 16 años, cuando frecuentaba el Seminario Diocesano, quedó deslumbrado por nuestro Boletín, que despertó en su corazón el deseo de marchar a las misiones. Este episodio tan culminante de su adolescencia lo reveló él mismo en su libro de memorias, que entregó a la imprenta diez años antes de su muerte, cuando ya era totalmente ciego, pero conservaba aún fresco el recuerdo de su juventud.

Fue tal el entusiasmo que lo arrebató, que enseguida fue a Turín sólo con el permiso de su padre; en el Oratorio encontró plena comprensión en el alma grande de Don Barberis, que le envió a Valsalice para terminar sus estudios de Filosofía. En ese ambiente, en el año 1893, el joven clérigo tuvo la oportunidad de ver y escuchar a Mons. Lasagna, cuya figura juvenil, espirante llena de energía, le encendió de tal forma el corazón que suspiraba con impaciencia la llegada del momento en que, después del



Noviciado y emitidos los votos del trienio, podría formar parte de la próxima expedición misionera. Y en esa, en efecto, viajó al lejano Uruguay, donde el clérigo Pittini fue destinado a la casa de formación de Las Piedras. Desde ese momento, las etapas de su vida misionera se suceden con el entusiasmo que abrevia los intervalos. El 22 de enero de 1899 recibe la Ordenación sacerdotal de manos del Arzobispo de Montevideo.

Durante treinta años Pittini se dedicó totalmente al trabajo salesiano en Uruguay, poniéndose en contacto con la clase más pobre en los Oratorios Festivos, organizando la juventud católica y obrera en lucha con las ideologías laicas y materialistas que iban infiltrándose en el pueblo. Pero sobre todo trabajó en aquella casa como Director de 1908 a 1914, como Director y Maestro de Novicios durante doce años en El Manga, y luego como Inspector del Uruguay-Paraguay sólo por cuatro años. El eco de su apostolado en esas dos repúblicas, yo mismo lo he podido recoger recientemente en mi última visita, porque los hermanos ancianos coincidían en el profundo agradecimiento por trabajo realizado por Él y por S. E. Mons. Piani: dos pioneros que sentaron las bases de las sanas tradiciones que aún conservan y disfrutan las dos Inspectorías.

Cuando en 1927, de improviso, fue nombrado Inspector en los Estados Unidos, se encontró frente a dos gravísimos problemas, además del de la lengua. El problema de las vocaciones, que no contaban con un lugar propio, y el problema económico, que exigía una pronta solución.

Para construir una casa para las vocaciones se necesitaba dinero, y para lograrlo, pidió e insistió ante todos aquellos que podían ayudarlo. Por eso, se dedicó con un valor inaudito a dar conferencias de propaganda sobre Don Bosco y nuestras obras en el mundo, aun siendo aún novicio en el idioma inglés, y a tender la mano para la casa de formación que quería preparar. No le fue posible resolver del todo el problema financiero, mas tuvo el consuelo de ver cumplido su sueño de aquella casa de formación que surgió en Newton. Un poco más adelante, tuvo



también la satisfacción de ver nacer la Obra Salesiana con la Escuela de Artes y Oficios de Tampa, y de dar comienzo a los campamentos veraniegos y dominicales, que ahora florecen como Oratorios Festivos en casi todos nuestros Institutos en los Estados Unidos.

Apenas terminado su sexenio en el cargo, los Superiores pensaron en él, cuando el Presidente de la República Dominicana propuso la fundación de un Instituto Profesional en la Capital. Dos años fueron suficientes al celoso hermano para dar a conocer a Don Bosco también a aquella población, y fundar la Escuela Salesiana en la parte más ventilada y panorámica de la Capital. Llegó en breve a ser tan popular y estimado que no maravilló a nadie, cuando un buen día toda la ciudad saludó con entusiasmo el nombramiento del dinámico salesiano como Arzobispo de la sede Primada de las Indias Occidentales.

Tal nombramiento, empero, había sido preparado desde lejos y con mucha prudencia por el Nuncio Apostólico Mons. Fietta, ya difunto. La larga vacante de esa sede primada preocupaba a la Santa Sede, y el Nuncio, valiéndose de la benevolencia demostrada por el presidente gen. Trujillo en pedir a los Superiores una Obra Salesiana, les había rogado destinar a la nueva fundación a un Salesiano que pudiese también eventualmente ser preconizado para ocupar aquella sede episcopal. La habilidad diplomática del Nuncio tuvo éxito, y cuando nuestro P. Pittini terminó la fundación de la escuela profesional, fue invitado, aun siendo extranjero, a asumir el nuevo delicadísimo encargo, con la plena satisfacción de las autoridades eclesiásticas y civiles. Así, nuestro Hermano recibió la consagración episcopal el día 8 de diciembre de 1935.

Su programa lo sintetizaba su escudo episcopal, inspirándose en Cristóbal Colón, cuyos restos mortales, por voluntad del gran descubridor, descansan en la Catedral de Santo Domingo. Sobre aquel escudo, el motto “Christum fero”, que alude al nombre de Cristóforo=Cristóbal, y el motto “Ad Jesum per Mariam”, dibujado sobre el fondo de la carabela Santa María, debía resumir la actividad del



nuevo Arzobispo, polarizada en el doble programa de acción apostólica: llevar a Cristo a un pueblo particularmente necesitado, y alcanzar tal finalidad por obra de la Madre Virgen.

Los veintiséis años de su episcopado atestiguan la feliz realización del programa que se había propuesto, y que le costó grandes sufrimientos morales, no inferiores a los que extenuaron el cuerpo y le quitaron el don de la vista. Podemos muy bien decir que todo el florecimiento de obras de la República Dominicana se debe al celo emprendedor y a la habilidad conquistadora de E. E. Mons. Pittini. Desde 1945 se quedó ciego, y fue entonces cuando dictó los recuerdos de su vida en sus Memorias Salesianas de un Arzobispo ciego, en las cuales confiesa simplemente:

“No he de negar que esa sombra perpetua tendida ante mis ojos refleja un velo de tristeza en el fondo de mi ser. No puedo ya percibir la belleza resultante de las formas, las líneas y los colores. No puedo gozar de los espectáculos de la naturaleza y del arte; de las cosas bellas que, según la definición de Santo Tomás, vistas agradan.”

“De un modo particular lamento no poder ver en los ojos del amigo el reflejo de la amistad, en los ojos del niño el reflejo de la inocencia y en el centelleo de las estrellas el reflejo de Dios. “Todo ello me entristece, pero no me hace infeliz”.

Pero el Señor le concedió –cuando aún tenía el uso de los ojos–, el consuelo de realizar un viaje por las tierras que él había labrado, hallándolas todas en magnífico y prometedor florecimiento. Llegado a Turín para la solemnidad del 24 de mayo de 1939, pudo relatar desde el púlpito de María Auxiliadora los triunfos por él comprobados de la obra de la Virgen en las tierras de América, y al Santo Padre Pío XII, –en ocasión de la Visita ad limina–, el bien realizado en la diócesis que él administraba.

Diez años después, en 1949, sabiendo los festejos que Santo Domingo preparaba para las bodas de oro sacerdotales de su Arzobispo, el Papa le envió su felicitación ofi-





cial, y el Rector Mayor Don Ricaldone le expresó los sentimientos de toda la Familia Salesiana, unida en aquella circunstancia alrededor de su ilustre hijo, que continuaba viviendo la vida salesiana con la misma sencillez y regularidad del más observante hermano.

Aliviado ya en el ministerio apostólico por su Obispo Coadjutor, se encaminaba con la serena presteza que había caracterizado su trabajo a la última jornada del mismo, que sonó para él dos días después de haber celebrado el aniversario de su consagración episcopal, el 10 de diciembre.

Se había retirado a La Vega a raíz de los últimos acontecimientos políticos de la República Dominicana, y las Hijas de María Auxiliadora le tributaron la más exquisita asistencia. Luego, fue el momento del tributo popular al Arzobispo que muchos veneraban como un santo. Hacía tiempo que él había dispuesto que sus funerales fueran sencillos, y su entierro tuviese lugar en la iglesia dedicada a San Juan Bosco en la ciudad de Santo Domingo, a la entrada, en el rincón –así dice en su ameno libro de recuerdos–, destinado a los publicanos. Había acudido a su lado el salesiano P. Pagani, su compueblano, que recogió su último aliento, juntamente con otros salesianos presentes en su rápido desenlace.

Quisiera concluir con algunas de las vibrantes palabras que pronunció en las exequias el querido Inspector P. González del Pino: “Maestro por vocación, sociólogo por intuición, conferencista por temperamento, misionero por impulso de su celo, se consagró de lleno a la nueva Patria de adopción que el cielo le había deparado. Desde ese instante sintió con ella, vivió por ella, trabajó en sus vegas, vadeó sus ríos, escaló sus montes, tras las huellas de todas sus ovejas, alentando a todos sus pastores. Su palabra fue luz de atractiva catequesis; sus manos distribuyeron sin descanso, con el pan ázimo que santifica las almas, el pan con levadura que acalla el hambre de los necesitados... La luz incandescente que lo consumía quemó sus pupilas, y la noche lo cubrió con su manto; pero



no logró apagar los fulgores de su espíritu...; No será tumba la tuya, sino cátedra; callará tu boca, pero no enmudecerán tus enseñanzas; depondrás el callado, pero no quedará abandonado el rebaño; dejarás la mitra, pero continuará coronada tu cabeza con el halo luminoso de tu inspiradora paternidad...!”

Queridos hermanos, recordémosle en nuestros sufragos, y pidamos al Dueño de la Mies que nos envíe otros apóstoles, ardientes como nuestro querido difunto, para recoger y difundir el mensaje salesiano: *Da mihi animas! Per crucem ad lucem.*

Orad también por mí, vuestro afmo. en el Señor

Sac. Renato Ziggiotti

### **Datos para la Necrología**

Mons. Ricardo Pittini, fallecido en Santo Domingo (República Dominicana), el 10 de diciembre de 1961, a los 85 años, fue Inspector durante 10 años y durante 26 Arzobispo de Santo Domingo.

**72. Palabras del R. P. José González del Pino, S.D.B., Provincial de las Antillas, al final de la misa con que se inauguraba el busto del arzobispo Pittini en el templo de San Juan Bosco (Santo Domingo, 30 enero 1963)**

*ibid.*, s/n.

Hace poco más de un año, volaba al cielo el insigne Prelado, cuya memoria evocamos hoy, con esta ceremonia litúrgica y con el descubrimiento del busto levantado junto a su venerable tumba.

Surge el mármol en el sitio escogido por el difunto, cuando escribía en las *Memorias Salesianas de un Arzobispo ciego*: “Es mi vivo deseo sobrevivir en vuestra compañía, aun después que mi cuerpo descansa en el hoyo, ya preparado, a mano izquierda, entrando en la Iglesia de



San Juan Bosco de esta Capital: rincón destinado a los publicanos”.

Y aquí continúa viviendo... No sólomente reposarán en este sitio sus despojos; su inconfundible figura paterna, a las puertas del templo que él levantara, proseguirá acogiendo a sus hijos; los introducirá en la Casa del Padre; consolará sus penas; disipará sus cuitas y los protegerá desde el cielo como lo hizo en la tierra durante los veinticinco años de su fecundo episcopado. Y su pueblo, bueno y fiel, se detendrá a su vera, no sé si para ofrendarle sufragios o para impetrar su amparo.

Cuando voló al cielo, hacía ya tiempo que, ciego, enfermo y recluso en una acogedora Betania del Cibao, parecía haber abandonado prematuramente la tierra, ocultando o diluyendo su memoria. La misma agitación y zozobra que por entonces convulsionaba al país, pudieron haber salpicado su figura o perturbado su sepelio. Mientras su cuerpo yacente se velaba en la Primada de América, hubieron de cerrarse las anchas puertas del templo, porque la confusión y el alboroto pululaban en los parajes aledaños... Sin embargo, pocas ceremonias fúnebres contaron con un marco de mayor respeto y veneración, de más profundo sentimiento, de más reprimido dolor, de más espontánea participación de las autoridades eclesásticas, civiles y militares, de los religiosos, de los fieles, del pueblo todo.

Era el tributo plebiscitario que refrendaba el cumplimiento de un compromiso solemne.

Cuando Monseñor Pittini, en trance de asumir su Sede, quiso concretar en los cuarteles de su escudo el programa de su gobierno, resumía en estas palabras sus aspiraciones episcopales: “Como en todas partes, había aquí gran necesidad de clero: era fuerza multiplicarlo. Se notaba la consiguiente ausencia de los sacramentos, en particular de la Penitencia y de la Comunión: menester era despertar la llama eucarística. Había que corroborar el apostolado de la Jerarquía flanqueándolo y respaldándolo con Acción Católica y colegios religiosos”.



Por eso, cuando en mitad de su carrera, ciego ya, pero con el alma bien iluminada, tornaba hacia atrás los ojos sin vida para contemplar el rendimiento de su cosecha, pudo dictar estas palabras tan veraces como alentadoras y sencillas: “Doy gracias a Dios por haberme concedido una colaboración del pueblo, del clero y de las autoridades que despertó una primavera católica, promisoras de un luminoso porvenir”.

Mucha fue, sin duda, la colaboración que el Prelado supo granjearse, pero no fueron menores su dedicación y su trabajo. Amó con entrañas de padre a su Clero: al que encontró en la era regándola con sus sudores; al que fue formando con amorosa solicitud y supo infundirle sus afanes apostólicos; al que atrajo de las más diversas latitudes para encomendarle el cultivo de una parcela de estas tierras feraces y acogedoras.

Y con él salió a reunir y apacentar sus dispersas ovejas; la fatiga era abrumadora, el descanso reducido; no pocas veces amaneció en la faena y estiró las horas hasta empalmar las jornadas, pues para los infatigables y tenaces como él, no existe pared entre los días y las noches.

Predicó sin desmayo la palabra divina, con esa sencillez cautivadora asequible a todas las capacidades, que ilumina las inteligencias y conquista las voluntades; administró el sacramento del perdón reconduciendo a muchos pródigos a la casa paterna, y los nutrió con el pan reconfortante de la sagrada Eucaristía; ungió a sus hijos para el combate con el crisma de la salud, y no abandonó su ministerio cuando la noche perpétua se aposentó en sus pupilas.

Cuando toda la Isla constituía la vasta sede que le estaba encomendada, empuñó el cayado pastoral y, apoyándose en él, recorrió sus pueblos, cultivó sus vegas, vadeó sus ríos, escaló sus montes, alcanzó sus confines apartados, golpeó a los palacios, pernoctó en las chozas, compartiendo las vigilias de su clero, ayudándolo en la siembra y en la siega, repitiendo el Sermón de la Montaña y convocando a todos sus hijos al disfrute de las celestiales bienaventuranzas.



¡Cómo le eran familiares ciudadanos y campesinos; burgueses y braceros, la urbe y el campo, la geografía entera de su nueva patria! ¡Cómo se fue vinculando a la intimidad de su ambiente, al cariño de las cosas genuinas, a su sol esplendoroso, a sus cielos rútilos, a sus tierras ocres, a sus llanuras y a sus vegas, a sus montañas y a sus bosques, a sus fértiles sementeras pobladas de ganado, henchidas de frutos y de mieses!

¡Qué poco saben de Mons. Pittini quienes sólo lo trataron en sus últimos años de reclusión y de ceguera o los que prefirieron alejarse, juzgándolo arbitrariamente imposibilitado y caduco! En cambio, quienes continuaron frecuentándolo o alcanzaron entonces la dicha de conocerlo, comprobaron que un sentido finísimo disipaba sus tinieblas y creaba imágenes maravillosas, llenas de luz y de encanto, en sus retinas desprendidas. Alguien podrá discutir la oportunidad de alguna disposición suya, pero no poner en tela de juicio su rectitud y su desinterés. El tiempo que depura los criterios y alquitara las intenciones, le va otorgando justicia cumplida, aunque la agitación trágica de la hora llegara a escatimársela. Cuantos pasaron a su lado, no olvidarán nunca que a la palabra bondadosa y alentadora supo agregar el consejo sesudo o la paterna reconvención.

Han concluido los oficios litúrgicos, filial tributo de corazones agradecidos. Con los postreros acordes del órgano enmudecieron los sollozos y se van restañando las lágrimas. En el cielo, donde confiamos disfrute ya Monseñor la beatitud eterna, ofrendará esos sufragios a la divina justicia implorando piedad para las ovejas que aguardan todavía la hora de la remisión.

Entre tanto, nos acercamos nosotros a su tumba para contemplar en el mármol las facciones venerandas del Pastor inolvidable: reflejan el encanto de su persona y la ternura de su corazón. Desde la piedra inerte, su voz inconfundible resuena todavía: expone su lección, nos señala la ruta, nos distribuye el viático, nos conduce al paraíso. Canto de redención y de esperanza que invita a to-



dos sus hijos a la morada del Padre. Por eso, nuestra respuesta es oración y es compromiso: que nos siga sosteniendo su mano; que continúe guiándonos su báculo, que nos infunda fortaleza su paterna bendición. Nosotros le seguiremos con intrepidez, sin extravíos ni desmayos, rumbo a la mansión de la gloria donde a todos nos aguarda.

Ya nuestra voz no es de requiem, sino de juramento: No estamos de rodillas; marchamos decididos, como los israelitas en pos de Moisés, hacia la tierra prometida.



Tercera Parte  
MEMORIAS SALESIANAS  
DE UN ARZOBISPO CIEGO.  
1949



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia





# Palabras del Rector Mayor de los Salesianos, Rmo. D. Pedro Ricaldone

Turín, 11 de noviembre 1948.

Querido Monseñor:

He leído tus páginas evocadoras de tan suaves recuerdos.

Están destinadas a realizar un gran bien, especialmente porque demarcan una ruta a las inteligencias juveniles, llenas de ardimiento en las empresas que miran a la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Se leen de un tirón, y uno queda profundamente conmovido, al par que estimulado al bien.

Calurosas felicitaciones, y votos de completo éxito.

Te abrazo fraternalmente; te mando y te pido una bendición.

Rezo todos los días por ti, seguro de ser ampliamente correspondido.

Tu siempre afmo. En J. Y M.

D. Pedro RICALDONE.





# Dedicatoria

*A mis hermanos en Don Bosco*

El joven avanza, de espaldas al pasado, frente a un porvenir que la ilusión y la esperanza pintan de color de rosa.

El anciano, sin ilusiones ya, en la proximidad del fin busca refugio en los recuerdos, como lo buscan en las raíces el viejo tronco, al aproximarse el último vendaval.

En particular después de haber perdido la vista, las memorias rebullen y zumban en mi interior, como colmena en plena actividad.

Escogí entre ellas algunas de sabor muy salesiano en estas páginas que os dedico, Hermanos queridos, sazonadas con afecto fraternal.

Doy gracias a Dios por haber prolongado los años de mi vida, poniendo en ella un toque de romance por la variedad y el contraste de sus vicisitudes: romance esencialmente salesiano, bien se comprende.

Acaricio la esperanza de que su lectura os sea algo agradable y provechosa. Por lo menos veréis en ellas un pálido reflejo del desarrollo prodigioso de nuestra Familia durante el medio siglo y algo más, en que yo la pude seguir personalmente.

Éramos pocos y dispersos cuando llegué a tierra americana a fines del siglo pasado: “Rari nantes in gurgite vasto”, dijera Virgilio.



Hoy nos contamos por millares en cientos de Institutos Educativos para ambos sexos desde un cabo al otro del Nuevo Mundo.

Signo claro de que Don Bosco está en nosotros y con nosotros.

Es mi vivo deseo sobrevivir al través de estas páginas en vuestra compañía aun después que mi cuerpo descansa en el hoyo ya preparado a mano izquierda entrando en la Iglesia de San Juan Bosco en esta capital: rincón destinado a los... “publicanos”.

Os bendice de corazón vuestro Hermano en Don Bosco,

RICARDO

Arzobispo de Santo domingo

Primado de Indias.

Santo Domingo, (Antillas).

8 de diciembre de 1948.



## CAPÍTULO I

# Hacia Don Bosco

El año escolar 1891-92 fue año de crisis aguda para mi vocación sacerdotal.

Contaba 16 años y cursaba filosofía en el Seminario.

Influencias nocivas de algún compañero y de lecturas de clásicos no expurgados, y ensueños de carreras más brillantes despertados por uno que otro éxito literario en los cursos de retórica, atenuando la voz de Dios, hacían palidecer en mí, el ideal del sacerdocio concebido desde mi primera niñez al lado de una santa madre.

Pero ella había muerto tres años antes.

Durante mi última visita a ella en la primavera de ese año, me había parecido que iba recobrando su salud con el despertar de la naturaleza.

Empero cuando un mes más tarde mis hermanitos, Pedro y Carolina, llegaron al Seminario para la visita quincenal y les pregunté con ansia: “¿Cómo está ella?” Me miraron con sorpresa y se echaron a llorar.

El Párroco se había olvidado diez días antes de comunicarme su muerte.

Salí por los corredores gritando, enloquecido de dolor.

Cuando por la tarde mis compañeros fueron al paseo de regla, quedándome solo, el corazón me llevó a la Capilla solitaria en aquella hora. Arrodillado a los pies del altar de la Virgen, le dije con toda mi alma: “¡Ampara mi orfandad!”



Mi petición fue escuchada. Ella me amparó en la larga trayectoria de mi vida y en particular en los momentos de crisis.

Ella me inspiró que declarase mis dudas al Confesor, Mons. Egiciano Pugnetti, al Profesor de Historia, Mons. Scizzo y a un excelente compañero, Della Pietra, más tarde Jesuita y Arzobispo Delegado Apostólico en Albania.

Los tres insistieron en que mis dudas no tenían base y que eran de inspiración diabólica.

Su consejo me detuvo al borde del abismo. Pero seguía vacilante.

### **La voz del desierto**

Durante las vacaciones de 1892 cae en mis manos un Boletín Salesiano. El nombre de Don Bosco había llegado ya a mis oídos.

Leí con avidez las cartas de los Misioneros Salesianos desde las Pampas Argentinas y el desierto de la Patagonia.

Mis deseos misioneros, despertados años antes por la lectura de los anales de la “Santa Infancia” y del libro del historiador Antonio Muratori: “El Cristianismo feliz”, se reavivaron, como una llamarada con aquella lectura.

Sin consultar a nadie, escribí al Director Espiritual de la Sociedad Salesiana, Padre Julio Barberis, solicitando mi admisión. Con sorpresa recibí a vuelta de correo la respuesta que decía en resumen: “No admitimos por regla ex-seminaristas. Pero tú ven. Trae contigo, además del ajuar, las cartas testimoniales de tu Obispo, una suma prudencial y las notas de los exámenes de fin de año”.

A mi buen padre le dolió el darme permiso; pero me lo concedió. En cambio se negó a la suma. El Arzobispo, Mons. Juan María Barengo, que no simpatizaba con Don Bosco, me negó a su vez las cartas testimoniales.

Emprendí viaje con las solas notas de fin de año que por suerte eran excelentes.

Al presentarme al Padre Barberis en su cuartito tan humilde del edificio Primitivo en el Oratorio de Turín, hube de decirle que ni traía la suma, porque mi padre no



me la había dado, ni tampoco las cartas testimoniales del Sr. Obispo, quien no había querido entregármelas.

Un gran punto interrogativo se dibujó en la frente de Don Barberis quien, mirándome de arriba abajo, dijo, marcando las palabras de una manera característica suya: “¡Sería mejor que te volviesses a tu casa!”

Un sollozo me anudó la garganta y los ojos se me arrastraron de lágrimas, más elocuentes que toda palabra.

Él, comprendiéndome, me pidió las notas de los exámenes, cuya lectura le serenó. Me hizo acompañar a Valsalice, al Seminario de las Misiones, donde se hallaba entonces la tumba de Don Bosco. Allí seguiría mi curso filosófico.

Pocas horas después, arrodillado ante la tumba del Padre, le dije con toda mi alma: “Don Bosco quiero ser tu hijo para siempre”.

Hace 55 años que lo dije y nunca me arrepentí de haberlo dicho.

Ojalá que todos los candidatos a la vida sacerdotal o religiosa encuentren, en la hora de la duda, el amparo de María y el consejo salvador de los que guían su conciencia.







## CAPÍTULO II

### Un ensueño se realiza

#### Llega un apóstol

A principios del año 1893 el señor director, don Luis Piscetta nos anuncia la visita de Mons. Luis Lasagna, recién consagrado en Roma por el Santo Padre León XIII.

Aparecer él en los patios el día siguiente, apiñarnos nosotros en su derredor y sentirnos dominados por su personalidad fue la misma cosa.

Su figura esbelta y erguida, el rostro abierto, coronado por cabellos rubios, la mirada llena de luz, su franca sonrisa y, sobre todo, su palabra ardiente nos conquistaron inmediatamente.

Nos habló con entusiasmo de sus viajes, del Uruguay y de Villa Colón. “¡El Uruguay, tierra encantada; Villa Colón y el Colegio Pío por él fundados, allí, un pequeño paraíso terrenal con sus avenidas de eucaliptus, con sus viñedos cuyos racimos sobrepasan los de la tierra prometida en cuya fruta no se sabe si admirar más el tamaño o el sabor!”

La hipérbole era evidente: pero él hablaba con tanta sinceridad y efusión que nosotros no la notábamos.

¡Quién diría que aquella vida sería tronchada dos años y medio más tarde en un choque ferroviario y que yo mismo 20 años después pronunciaría su panegírico en nombre del Uruguay Salesiano frente al pequeño monumento elevado sobre su tumba en Juiz de Fora (Estado de Minas Geraes-Brasil)!



Al terminar nos dijo: “Los superiores me permitieron escoger y entresacar de entre vosotros a siete para ir conmigo a las Misiones. Los que quieran seguirme pídanlo por escrito al Padre Director”.

Al día siguiente el escritorio del Padre Director estaba cubierto por más de cien peticiones; entre ellas, naturalmente, la mía. Pero yo recién llegado y sin testimoniales de mi Arzobispo alentaba pocas esperanzas, aunque le pedí a Dios fervientemente el poderle acompañar.

Cuando al día siguiente, después de las oraciones de la noche, el Padre Director fue leyendo los nombres de los siete escogidos y entre ellos el mío, casi se me escapó un grito de alegría incontenible.

La Divina Providencia me conducía hacia la realidad de un ensueño misionero...

### **En los cuartitos de Don Bosco**

Año escolar de Valsalice, primavera de mi vida salesiana, ¡cómo te recuerdo! Surgen de mi alma las figuras veneradas de los superiores que enseñaron a conocer y a amar a Don Bosco y su Obra. Nombres inolvidables de Don Piscetta, Don Garino, Don Nassó, Don Vota (hermanos), etc.; Dios os ha pagado ya el gran bien que me hicisteis.

Durante las vacaciones fui a despedirme de los míos. Al regresar no pude hacer mi profesión religiosa con los demás compañeros, debiendo terminar mi año de Noviciado.

Fue una circunstancia feliz, porque pude hacerla a su debido tiempo en manos del Venerable Sucesor de Don Bosco, Don Miguel Rúa, en los cuartitos que el Santo ocupó hasta el fin.

¡Cómo recuerdo ese acto decisivo para mi vida; cómo resuena en mi alma el eco de las palabras de Don Rúa! Al fin me arrodillé junto a la cama en la que el santo murió y creo que de ella brotó para mí un propósito y un aliento de vida salesiana que ni el tiempo ni las vicisitudes han hecho jamás vacilar. A fines de noviembre se efectuó en el



Santuario de María Auxiliadora la ceremonia de despedida, la entrega del Crucifijo misionero y el beso dado en la frente por el Venerable Sucesor de Don Bosco, Don Rúa.

Al día siguiente el “Savoia” levaba anclas en Génova llevándome hacia el Uruguay.

A fines de diciembre celebré mis primeras Navidades en el Colegio Pío, al lado de Mons. Lasagna, quien me destinó a la Casa de Formación en Las Piedras, pocos kilómetros más allá.

Allí discurrieron, en un lugar pobre y sin comodidades, pero lleno de trabajo y de alegría, mis años de adolescencia y de la primera juventud, amargados tan sólo por la muerte trágica de Mons. Lasagna e iluminados por el resplandor del Sacerdocio, que me fue conferido por el Eminente Arzobispo de Montevideo, Mons. Mariano Soler, el 22 de enero de 1899.

Pocos meses antes había sido ordenado un compañero queridísimo y salesiano modelo, Don Guillermo Piani.

Hoy las Bodas de Oro sacerdotales de él se confunden casi con las mías, siendo él el benemérito Arzobispo y Delegado Apostólico de la Santa Sede en las Islas Filipinas.

¡Designios de la Divina Providencia!





## CAPÍTULO III

# Eflorescencia salesiana

### Los cooperadores

Yo no tuve la suerte, que pude tener, de convivir algún tiempo con Don Bosco. En cambio tuve la de verme rodeado entonces y guiado por Salesianos y Superiores formados por Él, cuya vida y actividad eran un espejo de la vida y de la actividad del Santo Fundador.

Para ellos Don Bosco era algo viviente y su ejemplo y el programa fijado por él al despedirlos en su dispersión por el mundo, constituían un verdadero Evangelio.

En este programa se destacaban dos puntos: la formación de vocaciones locales y la organización de los Cooperadores Salesianos.

El cumplimiento de estos dos puntos explica en gran parte la casi milagrosa eflorescencia salesiana al través de las Américas desde el Canadá a la Tierra del Fuego.

Yo mismo pude ver más tarde con mis ojos este sorprendente desarrollo en mis viajes de un cabo al otro del Nuevo Mundo.

Refiriéndome a los Cooperadores Salesianos tengo presente, como si fuera de ayer, el recuerdo de los Congresos Internacionales de Cooperadores Salesianos, en los que intervine personalmente en Buenos Aires, en Santiago de Chile y en San Pablo (Brasil).

La Unión de Cooperadores Salesianos es uno de los tres elementos constitutivos de la obra genial de Don



Bosco, al lado de la Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora.

Descuidarla sería herir casi mortalmente la Obra de Don Bosco. Cuando Don Bosco la fundó, o mejor dicho, cuando ella nació con la Obra misma, pues Mamá Margarita fue la primera cooperadora, se puso en movimiento la vanguardia de lo que sería más tarde el gran ejército de la Acción Católica organizada y reglamentada por el grande amigo de Don Bosco, el Papa Pío XI.

Voy a resumir esos recuerdos:

## **En Buenos Aires**

### **1900**

¡Con cuánto entusiasmo preparamos nuestros coros en el Colegio de San Isidro de Las Piedras para incorporarlos en la masa coral del Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos, celebrado en la capital de la Argentina el año 1900, con ocasión de las Bodas de Plata de la Obra Salesiana en aquel gran país!

¡Qué influencia tan honda ejercida sobre nuestros jóvenes corazones por el entusiasmo de las asambleas, por la personalidad de los varones ilustres allí presentes, por la eficiencia de la elocuencia de los más grandes oradores eclesiásticos y seglares!

Todavía resuena en mis oídos el eco de la palabra de Mons. Cagliariero y del Obispo argentino Mons. Benavente desde el púlpito de la Catedral.

Todavía siento vibrar en mí la elocuencia del grande tribuno argentino el Dr. Emilio Lamarca, de Mons. Mariano Soler, Arz. de Montevideo y, sobre todo, la del gran vate uruguayo, de fama universal, Don Juan Zorilla de San Martín.

Se notaba y se sentía allí la falta de Mons. Lasagna. Pero su grande figura revivió en las frases de los oradores uruguayos y en particular de uno que había sido preferido alumno suyo en el Colegio Pío, quien terminó diciendo. “¡El gran corazón de Mons. Lasagna dejó de trabajar cuando dejó de latir!” Había venido de Turín el que debía ser el segundo sucesor de Don Bosco, Don Pablo Albera,



en representación de Don Rúa acompañado por el Maestro Dogliani para dirigir la masa coral.

Destacábanse entre los presentes los heroicos Misioneros de la Patagonia, Mons. Fagnano, Don Milanieso y Don Beauvoir y con ellos Don José Vespignani, el forjador de las primeras generaciones salesianas argentinas.

Nosotros, jóvenes, mirábamos y admirábamos estas grandes figuras con el propósito de imitarlas, si no de igualarlas en nuestro porvenir salesiano.

El Congreso terminó en el gran Santuario de Luján al pie de la Madre Celestial, que había echo brotar, como una flor del Congreso, el Colegio de Artes y Oficios León XIII en el barrio Belgrano, hoy uno de los más florecientes en Buenos Aires.

Era el regalo de los Cooperadores Salesianos.

### **En Santiago de Chile**

Una tarde de fines del año 1909 mi Inspector, Padre José Gamba, el buen Padre Gamba, me dice: “Vete a representar el Uruguay Salesiano en el Congreso Internacional de Cooperadores en Chile. De paso acompañarás a Mons. Santiago Costamagna desde Buenos Aires”.

Acepté la orden con alegría. Representar a mis Hermanos, cruzar los Andes por donde un siglo antes había ido el ejército Libertador del General Don José de San Martín y seguir al través de las Pampas la ruta seguida en los años 1830-35 por Mons. Mastai-Ferretti, más tarde Papa Pío IX, era algo que me halagaba en extremo.

El único punto algo oscuro era la compañía de Mons. Costamagna, cuya rigidez de carácter exagerada por las malas lenguas me tenía algo alarmado.

A la verdad él, hablando conmigo un día había dicho: “Ego sum canis latrans”, yo soy un perro que ladra: el perro fiel, se entiende que ladra contra los lobos, que eran para él todo aquello que podía afectar la disciplina, las buenas costumbres, las faltas de liturgia, etc., etc.

¡Querido Mons. Costamagna! ¡Cuán diferente yo lo encontré en la intimidad de aquel largo viaje. Era hombre



de piedad sólida, de amor ardiente a todo lo eclesiástico, hijo fidelísimo de Don Bosco, apóstol de un celo ardiente, y en la intimidad tan efusivo y sincero que parecía un niño.

¡Con cuánto interés oía yo sus relatos de cómo Don Bosco lo escogió y recogió en su pueblo natal para hacer de él un hijo predilecto y una lumbrera de la Sociedad Salesiana! Me iba relatando con una confianza que me sorprendía, su inmensa labor en la Argentina, en Chile, en las Misiones del Ecuador y en sus visitas al Perú, Bolivia, Estados Unidos, etc.

Profesaba una devoción filial a María Santísima. Recuerdo que, mientras la locomotora jadeante nos llevaba hacia la cumbre de Los Andes, al pasar por cierto paraje me refirió lo siguiente: “Al llegar aquí a lomo de mula en uno de mis viajes anteriores, nos sentamos mi secretario y yo al pie de aquellos árboles. Un poco más abajo, sentados en la pradera, unos pasajeros hablaban en voz alta y uno de ellos soltó una blasfemia tan horrible que no pude contenerme y lo increpé”.

Debió de haber sido muy fuerte “el ladrido” de Mons. Cuando el aludido se levantó y, desenvainando un cuchillo, vino hacia él en ademán amenazador.

Monseñor le aguardó, si bien el secretario había tomado las de Villadiego. “Instintivamente, siguió diciendo Mons., metí la mano en el bolsillo buscando el rosario, lo que le hizo pensar al agresor en un arma de fuego que lo impulsó a retroceder. La Virgen me había salvado”.

El Congreso de Santiago de Chile fue también un triunfo por el número y calidad de los asistentes en el Aula Magna de la Universidad Católica, por la elocuencia de los oradores entre los que se destacó el célebre Obispo de Ancud, Mons. Jara y por la resonancia en la prensa y la sociedad chilena.

Al éxito del Congreso contribuyó eficazmente un grupo de ex-alumnos salesianos dirigidos por el sacerdote oriental Luis Héctor Salaberry S.D.B.

Nuestros ex-alumnos son nuestros mejores cooperadores. Descuidarlos sería descuidar el fruto de nuestros





sudores y de nuestro amor. Don Bosco nos dio ejemplo de interés paternal para con la juventud formada en nuestros colegios.

Un último recuerdo significativo de la piedad honda de Mons. Costamagna. En la cumbre de Los Andes, que debíamos cruzar en mula, nos sorprendió una verdadera tormenta de nieve. Ibamos todos embozados contra el viento helado.

El único que se detuvo ante el Cristo de Los Andes, apeándose de la mula y arrodillándose en la nieve ante la imagen del Salvador, fue Mons. Santiago Costamagna.

### **En San Pablo, Brasil**

Por iniciativa del Inspector Salesiano, Padre Pedro Rota, S.D.B., se celebró en 1915 el vigésimo aniversario de la catástrofe ferroviaria que tronchó en flor la vida de Mons. Lasagna, de su secretario, Padre Villaarmil y de cuatro hermanas salesianas con un doble acto: el Congreso Internacional de Cooperadores en San Pablo y la inauguración de un modesto monumento sobre la tumba de las víctimas en el lugar del desastre (Juiz de Fora).

De nuevo mi Inspector, el buen Padre Gamba, me dijo: "Vete a representar en ambos actos al Uruguay Salesiano". Puede suponerse con cuánto placer acepté.

Llegué a Río de Janeiro desde Montevideo la vigilia de las Fiestas Jubilares del Cardenal Arcoverde, en las que intervinieron, como era natural, los 300 alumnos de nuestro Colegio de Santa Rosa vistosamente uniformados.

Se comportaron tan bien que el Director les premió por la tarde con un paseo por la bahía en la "Barca Séptima" de triste memoria.

Por un descuido del piloto la Barca con los 300 alumnos a bordo fue a chocar contra un escollo a flor de agua que abrió en la quilla un rumbo tan grande que en pocos minutos la barca se hundió. A pesar de la obra de salvamento, 27 alumnos con un heroico hermano salesiano perdieron la vida. Este hecho arrojó una sombra sobre los actos salesianos que se iban a celebrar.



Cuando dos días después yo fui a San Pablo a recibir al Padre Rota en la estación, vi que traía reflejado en el rostro todo el dolor por tan grande catástrofe.

Cumplo con el deber de dedicar aquí un recuerdo lleno de gratitud y admiración a esta gran figura de Salesiano. Me ligan a él lazos de un afecto que el tiempo nunca borraré.

Había sido mi Director en los primeros pasos de mi vida salesiana en el Uruguay. Le había acompañado en un viaje a Italia para la coronación de María Auxiliadora en el Santuario de Turín. Había mantenido una constante correspondencia con él.

Pocas veces me topé en la vida con hombres de su temple, dotados de tan eminentes cualidades intelectuales, morales y artísticas. Mente robusta, penetrante y de vasta cultura; varón de una prudencia y don de gentes singular, dominaba enseguida con su personalidad el ambiente. En la música sus producciones rayaban en lo genial. Su obra maestra fue la Misa Fúnebre compuesta con ocasión de la muerte de Mons. Lasagna. Se desbordó en ella su amor al finado y su talento musical que él mismo había cultivado casi sin maestros.

Su fecunda actividad salesiana se reveló en el Uruguay como Director, en el Brasil, en Piamonte y en Portugal como Inspector Salesiano. Coincidió su misión con una de las épocas más revolucionarias y anticlericales de este último país. A pesar de ello su tacto mantuvo a flote la obra de Don Bosco, junto a cuyo corazón se había formado el suyo. Pero su fibra se quebró.

En una cartita que desde allí me envió a Nueva York, la última, me decía: "¡Mira a qué estado me ha reducido esta dolencia tan cruel y molesta!"

Cuando llegó la última ahora reunió a los Hermanos en derredor de la cama y, siendo él un modelo de vida salesiana, les pidió perdón por las faltas que hubieren notado en ella. Sus restos descansan a orillas del Tajo lejos de su hogar en Lu (Piamonte) convertido hoy en Colegio de las Hermanas Salesianas.



Como los anteriores, el Congreso de San Pablo constituyó un triunfo. No podía ser de otro modo en aquel gran país fecundado por la sangre de las víctimas de Juiz de Fora. Entre los varios oradores sobresalía la figura juvenil del Arzobispo de Cuyabá, Mons. Aquino Correa, S.D.B., miembro de la Academia Literaria Nacional y uno de los más conspicuos hombres de letras en Brasil. En su magnífica oratoria vibraba su corazón salesiano.

El Congreso se efectuó en el Liceo del Sagrado Corazón, uno de los más grandes de la Sociedad. Constituía la mejor sede de aquel Congreso inolvidable.

Unos días más tarde en Juiz de Fora, mientras yo dirigía la palabra a la muchedumbre de Cooperadores y amigos congregados allí, cruzaba lenta y silenciosa en la vía férrea, a pocos pasos de distancia, una locomotora seguida de un tren de mercancías. Al verla pasar surgió más vívido en la mente de todos el recuerdo de lo que había pasado allí 20 años antes...





## CAPÍTULO IV

# Por el mar de las ballenas

### Hacia el Sur

De regreso de Italia a fines de 1910, Mons. José Fagnano S.D.B., Prefecto Apostólico del Territorio de Magallanes, se detuvo en Montevideo para solicitar del buen Padre Gamba, Inspector, un predicador para los Ejercicios Salesianos de fin de año.

A mí me tocó en suerte el ser elegido y unos días más tarde un trasatlántico inglés nos llevaba por las aguas agitados de los mares del Sur.

Durante aquel viaje pude conocer a Mons. Fagnano íntimamente.

Era el prototipo del apóstol “piamontés”. Fornido y robusto, como los de su raza; dotado de voluntad de acero; más elocuente en hechos que en palabras; hombre de negocios que él sabía dirigir y subordinar al negocio supremo de las almas, en el que se había ejercitado junto a Don Bosco. Mons. Fagnano fue una de las figuras más características con las que tropecé en mi vida.

Me relató su historia íntima de seminarista en un Seminario Diocesano de Piamonte. Estuvo allí en un tris de ser arrastrado por la corriente de la guerra de la Independencia Nacional. Por suerte la Providencia le llevó a Don Bosco que templó su fuerte carácter en la fragua del Apostolado Misionero. Veremos enseguida cómo lo ejerció.



Después de una breve parada en Port Stanley (Islas Malvinas) donde el Padre Migone S.D.B., uruguayo, con una Comunidad de Hijas de María Auxiliadora, evangelizaba la escasa población de aquel Archipiélago, el barco nos llevó a la entrada del estrecho de Magallanes, iluminada por dos grandes faros, argentino uno, y chileno el otro, que afirman y vigilan la línea divisoria entre esos dos países.

Por aquí había cruzado en la primera mitad del siglo XVI el descubridor Magallanes y por aquí Carlos Darwin, a mitad del siglo pasado, había cruzado también, dando el nombre de Tierra del Fuego a la gran isla sureña iluminada por las hogueras de las tribus.

Unas horas más tarde desembarcábamos en Punta Arenas, centro de operaciones de Monseñor.

Simple colonia penal chilena, al llegar allí el Padre Fagnano veintidós años antes, había evolucionado en floreciente ciudad con la riqueza de oro de sus ríos, de madera de sus vastas florestas, de lana y de pesca de ballenas abundantes en sus mares.

Pude en aquellos días visitar la Comunidad Salesiana de Porvenir en la Tierra del Fuego y la próxima “laguna de los Cisnes” que surcan por millares sus aguas en candidas bandadas.

Mons. Fagnano dispuso que todos los Salesianos se encontrasen para los Ejercicios en la isla Dowson, punto de concentración de los indios onas y alacalufes.

### **Entre los indios**

La embarcación que nos llevaba con provisiones echó anclas en aquella hermosa mañana de primavera, (diciembre), en la bahía de Punta San Valentín, al norte de la isla.

Tengo fresca en el alma la impresión de aquellos momentos. Sobre el espejo tranquilo de las aguas rizadas apenas por la tenue brisa, reflejábanse los tintes de la aurora. El ladrido de los perros de la Misión nos saludaban desde la barranca donde se perfilaban las siluetas de los Hermanos e indios despertados por el toque de la sirena del barco. Más



allá los blancos edificios de la Misión coronados de cerros cubiertos de florestas vírgenes. Un espectáculo de tanta belleza y romanticismo que nunca olvidaré.

¡Con cuánto amor fuimos recibimos y cuán espléndidamente tratados por aquellos buenos Hijos de Don Bosco aislados y casi perdidos en aquella remota parte del mundo!

Por la tarde Monseñor con la mayoría de los Hermanos siguió en barco hacia San Rafael, centro de la Misión. Yo preferí ir con otros a caballo por un sendero que serpenteaba a veces a orillas del mar, a veces en el espesor de la floresta virgen. Un grupo de indios “alacalufes” nos seguía a lo lejos en canoas, pescando moluscos, su manjar preferido, con largas cañas puntiagudas.

Me habían ponderado mucho la Misión Central de San Rafael. Pero la realidad que se me presentó excedía en mucho las ponderaciones.

La estoy viendo. A mis espaldas la amplia bahía “Darris”, base naval de la Misión. Frente a mí la entrada central que llevaba a la plazoleta dominada por la Capilla de madera con su esbelta torrecita; a su derecha la Casa de las Hermanas con escuela y talleres para las indias y a la izquierda la Casa de los Salesianos con Escuela para los indios. Más allá talleres de carpintería, herrería y aserradero en los que los Hermanos adiestran en el trabajo a los indios. Para ellos se habían construido varias casitas bien alineadas a lo largo de la entrada. Una verdadera población ideada por la mente práctica de Mons. Fagnano y realizada por el esfuerzo de los Salesianos. Es difícil medir este esfuerzo para los que no tienen idea de las distancias y de las dificultades de transporte. ¡¡Recuerdos inolvidables!! Se me había confiado la asistencia durante el día de un grupo de indiecitos con los que hacía excursiones por los cerros adyacentes o paseaba en canoa por las aguas de la bahía. Cómo admiré la obra de las Hijas de María Auxiliadora elevando a las indias de su estado pagano y salvaje a las alturas de la civilización cristiana. Tendré que evocar más tarde los recuerdos personales de estas admirables religiosas a las que encontré compitiendo



con los Salesianos en celo y actividad en otras partes del mundo.

“Pedro, prepara los caballos”, ordenó una tarde Mons. al indio, invitándome a acompañarle a la cumbre del cercano cerro de San José, de unos 700 metros de altura. Una vez allí nos sentamos los dos sobre la verde grama teniendo enfrente hacia el Este la vasta isla de la Tierra del Fuego, a la izquierda hacia el Norte, la blanca mancha de Punta Arenas, apenas visible, hacia el sur, la importante cadena de las montañas Darwin, coronadas de nieve y a nuestras espaldas el sol que bajaba sobre las aguas del Pacífico.

A nuestros pies, cruzándose y entrecruzándose, la red de lazos azules de los canales que entrecortan las Islas e Islotes del Archipiélago de Magallanes. Este amplio y magnífico panorama era el escenario de las actividades de un cuarto de siglo del apóstol que tenía a mi lado.

“Cuénteme su historia”, le dije, y me la contó.

La visión de la escena, la tranquilidad del lugar y de la hora despertó los recuerdos que subieron en bandadas de su memoria. Mientras hablaba señalaba con la punta del dedo el lugar de los sucesos.

“Fue allá, señalando el Norte de la Tierra del Fuego, adonde llegué por primera vez en compañía de una Expedición Militar Argentina”. También el Padre Costamagna un poco antes había acompañado al Gral. Julio Roca en su célebre Expedición Militar a la Patagonia.

“Yo, como él, siguió diciendo, hube de oponerme al uso de la fuerza contra los indios, lo que me valió el ser arrestado por el Capitán de la Expedición, de la que me separé para conquistar los indios por los caminos del amor”.

A medida que seguía la narración su rostro se encendía; su palabra se enfervorizaba y en sus ojos parecía reflejarse la sucesión de los recuerdos. Yo me sentía como hechizado por algo que se irradiaba de su grande personalidad apostólica.

Bajamos del cerro cuando el sol se ponía. De repente se detiene frente a las casitas de los indios desde las que





un grupo reducido de niños y niñas le saludaba. Me toma firmemente de un brazo para decirme: “Mira hijo: hace doce o quince años centenares de ellos me rodeaban al llegar yo aquí. Hoy su número se ha reducido, como lo ves. Ellos constituían mi esperanza de preservación de la raza”.

Su voz comenzó a temblar y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando apuntando a las muchas crucecitas del cementerio de la Misión agregó: “Casi todos duermen allí tronchados en flor por enfermedades pulmonares heredadas y transmitidas a sus padres por la llamada civilización laica”.

¡Pobres razas indias! Contaminadas por enfermedades infecciosas y más que diezmadadas por las armas de fuego de la civilización.

“¿Dónde naciste, Bracito?”, le pregunté un día a un indio alacalufe, bajo y fornido, avezado a bogar por los canales con los de su estirpe.

“Allá” contestóme señalando la Tierra del Fuego con un toque de nostalgia.

“¿Y tu papá y tu mamá?” Una mueca siniestra, expresiva de dolor, rabia y venganza cruzó su rostro y una luz no menos siniestra brilló en sus ojos.

Como quien apunta con un arma de fuego, le salió de la garganta un “Buum”, entre bramido y aullido.

Efectivamente se había llevado a cabo por los criadores de ovejas una verdadera “caza de indios”, pagándose una esterlina por cada par de orejas. Se les quería exterminar porque robaban una que otra oveja de sus rebaños.

¿Las robaban? Habían sido expulsados por la fuerza de los vastos territorios, su morada secular, que les ofrecía caza abundante de “guanacos” con el alimento de sus carnes y la protección de las pieles. Necesitaban comer y allí estaban por millares las ovejas de los invasores.

¡Pobres razas indias! En todas partes fueron pereciendo al contacto de la “civilización”, cuando entre ellas y la civilización no se levantaba el signo de la cruz.





## CAPÍTULO V

# Bodas de oro

### En Buenos Aires

¡Qué honda satisfacción la del campesino frente a los trigales dorados que se mecen con la brisa, fruto de su sudor!

¡Fue la satisfacción que nuestros hermanos argentinos, y yo con ellos, experimentamos en 1925, durante la Reconcentración Escolar Salesiana en la histórica Plaza de Mayo, conmemorando las Bodas de oro de los Salesianos llegados a Buenos Aires medio siglo antes!

Desde los balcones de la Casa Rosada (El Palacio Nacional), las altas autoridades civiles y eclesiásticas contemplábamos en una clara mañana de primavera un espectáculo único.

Desde la Plaza del Congreso, por la amplia Avenida de Mayo en largas columnas de cuatro y ocho en fondo venían desembocando en la Plaza de Mayo, para formar allí un mar de cabezas juveniles, millares y millares de alumnos y ex-alumnos de ambos sexos.

Se habían dado cita allí desde los numerosos colegios de la capital y de la provincia juntamente con representaciones de Rosario de Santa Fe, Bahía Blanca, etc.

Dijo un día Lamartine frente a las masas del pueblo en marcha por las calles de París: “Son mis ideas que pasan”.

Tenían pleno derecho los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora argentinos de afirmar en aquellos



momentos: “Son el fruto de nuestra labor y de nuestro amor, estas largas filas juveniles en marcha”.

Venían alternando sus cantos con las marchas de varias Bandas Salesianas. Desfilaban alegres y erguidos a la sombra de las banderas colegiales flotantes al sol. Hasta las Hermanas habían perdido su actitud habitual modesta y recogida para asumir una actitud valiente y marcial al frente de sus alumnas.

Con razón se le dio en el programa de las fiestas Jubilares una preponderancia al tema de los Oratorios Festivos.

Me había tocado a mí en una Asamblea del Teatro Colón, si mal no recuerdo, el desarrollo de este tema. Lo sentía hondamente al través de mi misma experiencia en las largas horas de vida salesiana en los Oratorios Festivos.

Fue el doctor Magnasco, Ministro de Educación, quien presidía la asamblea, el que demostró un interés vivísimo por esta Institución, matriz de la Obra Salesiana.

¡El nivel del éxito de ésta, sube y baja con el subir y bajar del interés que los Salesianos y las Hermanas se tomen en los Oratorios Festivos!

## En Montevideo

Uruguay y Argentina se codean también en lo Salesiano.

El Padre Cagliero había desembarcado con la primera expedición en Buenos Aires en 1875. Al año siguiente el Padre Lasagna en Montevideo. Así el árbol salesiano creció en ambos márgenes del Plata con el mismo ritmo, con relación a la importancia de ambos países.

Celebramos las Bodas de Oro en Montevideo en 1926. Contaba 50 años yo también, siendo Inspector en el Uruguay-Paraguay.

Me olvidé de esa edad al marchar juvenilmente por la Avenida 18 de Julio al frente de los 3.000 alumnos y alumnas salesianos de los doce colegios de la capital y alrededores.

El pueblo se apiñaba en las aceras admirando y aplaudiendo. Desde un balcón de su residencia el mismo Presidente de la República Don José Batlle y Ordóñez, el



anticlerical que había dado tanto que hacer a la misma Sociedad Salesiana miraba y admiraba el desfile. Lo que pasaría en su alma Dios sólo lo vio.

Yo sé que en adelante cambió su actitud hacia la Obra de Don Bosco. Hay en ella tanto de genial, popular y adaptado a las necesidades del ambiente contemporáneo que conquista el amor de todos y la admiración de los mismos enemigos de la causa católica.

¡Días gloriosos los de las Bodas de Oro Salesianas que se reflejaron desde ambas capitales sobre las aguas del Río de la Plata que las une!





## CAPÍTULO VI

### De la poesía a la prosa

#### En la ruta de San Ignacio

En la carta de obediencia que me nombraba Inspector de los Salesianos en el Uruguay y Paraguay, recibida en marzo de 1922, se destacaba para mí la frase siguiente del venerado Rector Mayor Don Felipe Rinaldi: “Al visitar el Paraguay estudia la posibilidad de una Misión entre los indios cuya suerte la Santa Sede acaba de confiarme”.

Esa frase despertó en mi imaginación toda la poesía del libro de Antonio Muratori: “El Cristianismo Feliz”, que yo había devorado en mi niñez. Había envidiado entonces el apostolado de los hijos de San Ignacio remontando los grandes ríos y penetrando en las espesas florestas del Paraguay, hasta fundar las célebres “reducciones de indios”, destruidas por el inicuo Decreto, forjado en las Logias y afirmado por el Rey de España Carlos III, que aniquilaba de una plumada esta obra magnífica de civilización.

Ahora me tocaba a mí remontar aquellos ríos y penetrar en aquellas florestas para reanudar la obra de los gloriosos hijos de San Ignacio.

Algunos meses más tarde me encontraba en el alto Paraguay. Quería ver con mis ojos y palpar con mis manos las dificultades y los riesgos de la empresa, antes de embarcar en ella a mis Hermanos.

Funcionan a lo largo de la orilla derecha del gran río, empresas industriales de elaboración de tanino, de corte



de maderas y de cría de ganado: Entre éstas últimas, una administrada por cierta familia piamontesa en un punto llamado “Puerto Voluntad”. Me habían hablado de una numerosa concentración de indios “Chamacocos” a unos 50 ó 60 kms. Al Oeste, en el interior del Chaco.

Don Nicolás, no sólo me ofreció amplia hospitalidad, sino un guía seguro para conducirme hasta el lugar probable de los indios.

Hicimos el largo viaje parte en canoa por las aguas del río desbordadas por muchos kilómetros, y parte a caballo. Era la estación de la sequía, y la toldería chamacoca había fijado su morada a orillas de una gran laguna que le proporcionaba agua y pesca.

Columnas de humo que se desprendían de la floresta nos revelaron el lugar de los indios y a él nos condujo un estrecho y tortuoso sendero. Fuimos recibidos con una sorpresa llena de frialdad y sospecha. Nadie salió a recibirnos más que una jauría de perros tan demacrados que podían contárseles las costillas.

Tan sólo cuando yo fui sacando de unas alforjas los regalos destinados a ellos, se fueron acercando los niños y niñas primero y todos después, apiñándose en mi derredor. Casi me desmayé, con el calor sofocante y el perfume que los indios despedían.

Fui visitando la “toldería” al aire libre, pues cada familia vivía al pie de un tronco de árbol cuyas ramas eran la percha de sus escasos enseres.

Al contemplar tanta miseria, tanta desnudez, tanta suciedad, tanta ignorancia y al sentirme atacado por una verdadera invasión de insectos, progenie de la convivencia humana y perruna, la poesía de Muratori comenzó a volverse realidad prosaica.

Después de haber cenado algo mi compañero y yo a orillas de la laguna, en un minúsculo campamento improvisado, volvimos de noche a estar con ellos. ¡Qué cena, Dios mío! Los fuegos encendidos al pie de cada árbol iluminaban con luz incierta la escena y las siluetas humanas que allí se movían. El cantor, un indiazco semidesnudo,





alto y fornido, me brindó con sus melodías harto imitativas del rugido de la tormenta y de la gritería que acompaña la caza del tigre. Mis pobres tímpanos eran la víctima de tales gritos y aullidos.

En seguida yo les brindé con algunos de nuestros cantos y precisamente con la canción clásica del Mes de María.

Por primera vez el eco de este nombre dulce vibró en la floresta y penetró en las almas de los indios que me escuchaban sorprendidos y satisfechos.

### **Frente a la realidad**

Aquella noche casi no pegué los ojos por lo incómodo y extraño del lecho en el suelo, por los ruidos misteriosos de la noche y el graznar de aves nocturnas y, sobre todo, por la preocupación del formidable problema que se me planteaba de elevar el nivel de estas pobres criaturas a la altura de la civilización cristiana. Iban pasando por mi mente las dificultades económicas, lo difícil de la evolución de sus hábitos, tradición, creencia y psicología hacia lo nuestro y recordaba los esfuerzos frustrados de los Hijos de San Ignacio un siglo y medio antes; frustrados por la inestabilidad de las tribus forzadas a cambiar de morada con el alternarse de las estaciones de lluvia y de sequía.

Veía al través del tupido velo del mosquitero la luna cruzar por el cielo. Esa dulce imagen de María, “hermosa como la luna” me hizo pensar en la Madre invocándola. Pensando en ella pude entregarme a un corto sueño.

Con sorpresa vimos al amanecer al indiecito que había participado de nuestra cena la noche anterior, profundamente dormido sobre las cenizas aún calientes. Era un pequeño esclavo arrebatado por sus amos a otra tribu y tratado por ellos con extrema crueldad. Sentí una honda piedad para con aquella pobre criatura. Cuando se despertó, señalándole mi caballo, le pregunté con ademanes si quería ir conmigo. Contestó afirmativamente.

Cuando mi guía fue a proponer la compra a su ama, una procesión de indias salió corriendo hacia nosotros de la floresta. El indiecito, temblando de terror se prende de



mí. Trato de convencer, todavía con señales, a las mujeres que lo arrancan de mi lado. Para halagarlas más meto la mano en el bolsillo con intención de mostrarles dinero. Ante este ademán “mal interpretado” huyen las mujeres despavoridas arrastrando al pequeñuelo.

Supe más tarde que si hubiera vuelto a la toldearía, donde había corrido la voz de que yo era un secuestrador de niños, mi vida hubiera prosaicamente terminado a manos de los mismos indios que me habían brindado con sus canciones la noche anterior.

### **Frente al dilema**

Al regresar por la tarde entre columnas de polvo desprendidas de las patas de los caballos, una duda flotaba en mi espíritu.

La voz de la prudencia humana, haciendo desfilan uno por uno los obstáculos de la empresa, me aconsejaba la negativa. En cambio la voz de la obediencia, los deseos de la Santa Sede y, por encima de todo el mandato de Jesús: “Id y enseñad...”, en una palabra, la voz de Dios me decía: “Pon manos a la empresa”.

Fue la voz que yo seguí.



## CAPÍTULO VII

# Venid y vamos todos

### Contaba con un hombre

El Sacerdote Salesiano paraguayo, Reverendo Padre Emilio Sosa Gaona S.D.B. Le conocía íntimamente por haber sido mi alumno antes y mi colaborador después en la Casa Inspectorial. Joven, virtuoso, celoso, prudente y de una voluntad de acero puesta al servicio de Dios.

Le propuse el cambio de Director de un importante colegio por el de “Empresario” de la dura empresa entre los indios del Chaco. Me contestó como Samuel: “Heme aquí; envíame”.

Unos meses más tarde habíamos iniciado la obra en el islote Napegue del río Paraguay. Concentramos un centenar de indios “angaytés”. Allí se reveló el Padre Sosa y pude comprobar pronto con grande satisfacción, el éxito inicial. Los indios habían sido cautivados por el sistema preventivo de Don Bosco. Pero era un comienzo provisional. Pronto la creciente del río nos obligó a la compra de un vasto y fértil terreno frente al islote en la orilla izquierda.

En ella el Padre Sosa con dos compañeros Salesianos inició definitivamente la Misión de “María Auxiliadora”. No acierto a describir las dificultades, los sufrimientos y las privaciones de aquel comienzo.

Organizar una pequeña población con capilla, Casa para los Salesianos, Escuela para los indiecitos, morada para los indios y más tarde Casa para las Hermanas a



aquellas distancias donde dominaba antes el bosque virgen, es algo indescriptible.

La transformación gradual de los indios era evidente. Se fueron acostumbrando al idioma castellano, a la vida sentaría, a una agricultura rudimental y, lo que más importa, a la práctica de la vida cristiana. Cada visita periódica mía era premiada con el goce de nuevos progresos.

Había llegado de Italia otro apóstol: el Rev. Padre Livio Farina, S.D.B. Joven también, entusiasta en extremo, enamorado de los indios, dispuesto a los mayores sacrificios, mereció que le confiara el cuidado de la parte más norteña del Chaco, desde Puerto Sastre a Bahía Negra. En mis excursiones con él a las tribus me convencí que los Superiores habían enviado un tesoro.

Los indios le amaban como a un padre. Le habían bautizado con el nombre de “Hijo del Sol”, a causa de su cabello rubio. Durante un viaje a Italia recogió un mundo de regalos para sus indios, entre ellos una lanchita de vapor, la “María Auxiliadora”.

¡Pobre y amado Don Farina! Sorprendido por una fiebre mortal durante una visita a sus indios, apenas pudo llegar a orillas del río Paraguay para morir y recibir el premio de su labor.

### **Un baile en su honor**

En honor de las Hermanas.

Ellas eran en la Misión lo que en una familia la Madre. Endulzaban la vida de los indios con su ternura y bondad.

El Director de la Misión debe ejercer a menudo la autoridad para con ellos. El indio por naturaleza y por hábito es indolente, goloso, taimado, ladronzuelo e inconstante y susceptible. Para acostumbrarle a vencerse se necesita la autoridad, píldora que ellos no tragarían si las buenas Hermanas no se la dorasen.

Por esto les profesaban un amor filial y un día quisieron demostrárselo.



“Padre, me dicen, queremos ofrecer un baile a las Hermanitas”.

“¡Un baile!” ¿Cuándo? Y ¿en dónde?

“Esta noche en el bosque”. Efectivamente cada grupo de indios prepara a una cierta distancia de la toldería en el secreto de la floresta un espacio que es su “salón de baile al aire libre”.

Me costó mucho convencer a las Hermanas para un asunto tan extraordinario.

Guiados por la claridad de la luna y la luz de un farol seguimos por el sendero que desemboca en el lugar. Un gran fuego lo ilumina. Los indios están listos. Divididos en tres grupos los hombres, los jóvenes de ambos sexos y los niños y niñas forman tres círculos; el de los hombres con el simple poner la mano derecha sobre el hombro izquierdo del vecino y los otros en círculo cerrado entrelazando las manos detrás de las espaldas del vecino.

Las mujeres, no sé por qué, no intervienen. Sentadas junto al fuego con aire de indiferencia dan cuenta de sus largos cigarros. A una señal comienza el baile. Los hombres se pasan en voz baja palabras y frases misteriosas de uno a otro sin moverse, los jóvenes y niños inician el canto de una frase rítmica repetida y comienza a moverse en derredor hacia la izquierda con un movimiento lento al principio, alegre después, luego rápido y finalmente vertiginoso hasta detenerse poseídos por el cansancio y por el vértigo que los obliga a tenderse sobre el suelo.

Después de un razonable descanso vuelven a repetir la operación.

Sus voces alegres cunden por el silencio y la serenidad dejando en mí y, más aún en las Hermanas, una honda impresión. Les agradecí en nombre de ellas y regresamos dejándoles prolongar su diversión casi hasta la madrugada.

### **Tomasito**

Me prestó grandes servicios. Era un ex-cacique de la tribu de los Chamacocos de Bahía Negra. Lo encontré



en Fuerte Olimpo en el extremo Norte del Chaco paraguayo.

Necesitó un año para aprender los rudimentos necesarios para recibir el bautismo, pues nunca acertaba con lo de la Unidad y Trinidad de Dios, siendo a veces una persona y tres Dioses, y viceversa. Venciendo mil dificultades, pude por fin bautizarlo. Un día le dije: “Tomasito, ¿me acompañas en un largo viaje a Asunción, Buenos Aires y Montevideo?” Un no instintivo le cruzó la cara y los ojos, sin manifestarlo. Tan sólo después de muchos halagos, el no se volvió sí.

Su convivencia por varios meses me fue en extremo útil. Pude enriquecer el vocabulario y hasta preparar un rudimento gramatical suficiente para que el célebre lingüista, Prof. Trombetti de la Universidad de Bologna, me estimulase a un estudio más hondo de una lengua que ofrecía para él características muy interesantes.

Pude también arrancarle verdaderos secretos respecto de la vida y hábitos de su tribu, que dejé consignados en un opúsculo impreso en Turín. Además la presencia del indio, particularmente en salones públicos y teatros, contribuyó a excitar el interés por la Misión y la ayuda económica tan necesaria para afrontar sus gastos.

Cuando lo presentamos a Humberto, el Príncipe heredero de Saboya en su visita a la Casa Inspectorial del Uruguay él, sintiéndose cacique, le dio la mano diciéndole solemnemente: “¿Cómo te va?”. Fue todo su discurso.

No faltaron contratiempos en su compañía y en su proceder. Podían sobrellevarse en vista de las ventajas.

Cuando se desprendió de mí en la estación de Concordia (ciudad argentina sobre el río Uruguay) para regresar con el salesiano Padre Benito Contegrand a sus florestas, me echó los brazos al cuello, se le humedecieron los ojos y con voz temblorosa me dijo: “Adiós, paí (padrecito)”.

Yo también me emocioné ante aquella expansión, excepcional en la frialdad del indio.

En una de las leyendas que me refirió y que publiqué se halla quizás la explicación histórica de la muerte trágica



de uno de los dos descubridores del Paraguay, Irala, muerto probablemente a manos de los “chamacocos” en la región de Bahía Negra.

### **¡Colgamos nuestras liras...!**

En junio de 1927 experimenté el más grande placer durante mis actividades en el Chaco, al bautizar a 27 indios “guanás”, preparados por el Padre Farina y el Hermano Acosta en la región de Puerto Sastre (Alto Paraguay).

Al llegar a la capital, Asunción, unos días después tuve la agradable sorpresa de visitar a dos Padres y a un Hermano Jesuitas, recién llegados de Buenos Aires e instalados modestamente en una casa de alquiler.

Muchas veces había insistido yo con sus Superiores uruguayos y argentinos para que volviesen al Paraguay, reclamados allí por los recuerdos inmortales de su obra misionera y por la sangre de sus mártires, primero entre ellos San Roque González.

Les decía que al pasar junto a las ruinas del Templo de San Ignacio en el territorio de misiones junto al río Paraná parecíame que de aquellos restos gloriosos, cubiertos hoy de vegetación tropical salían voces pidiendo a gritos su retorno.

Se había producido allí el milagro de las “Reducciones Jesuíticas”, expresión triunfal del Cooperativismo Cristiano que había inspirado las páginas de Antonio Muratori en su obra “El Cristianismo Feliz”, lectura preferida de mi niñez en el Seminario.

Finalmente la Compañía de Jesús había vuelto.

Después de comer con ellos, visitamos la modesta Capilla y la minúscula biblioteca, dos elementos integrantes de toda Comunidad Jesuita. Al tropezar entre las obras con los tres volúmenes de una historia de las Misiones Jesuíticas en el Paraguay, escrita por un miembro de la Orden, me llevé el tomo que se refería de un modo particular a los indios “guanás”. Devoré por la noche aquellos capítulos. Describían una visita de dos religiosos a la tribu



de los “guanás” por los años de 1760. Era entonces, como hoy una tribu pacífica y amante de una agricultura por cierto rudimentaria.

Los Misioneros levantaron en su toldería una rústica cruz y con la mano puesta en ella les prometieron volver cuanto antes de un modo definitivo.

En Asunción recogieron muy pronto lo necesario, con lo que cargaron una canoa emprendiendo viaje hacia el Norte. Al amanecer un día frente al lugar que hoy ocupa la Ciudad de Concepción, a unos 70 kms. al Sur de nuestra Misión de María Auxiliadora, pidieron a los remadores que los aguardasen hasta su vuelta, de un corto paseo por los alrededores.

Al regresar notaron con inmensa pena que la canoa había desaparecido. Los remadores no habían resistido la tentación de fugarse con tan precioso botín.

¡Pobres Misioneros! emplearon largos días para volver a pie, cruzando bosques poblados de jaguares y pantanos infestados por serpientes y víboras, hasta llegar extenuados a Asunción, pensando en los indios y en su promesa no cumplida.

Cuando iban a emprender un nuevo viaje, el Gobernador de la ciudad les mostró el decreto recién llegado de Carlos III, suprimiendo la Compañía de Jesús y ordenándoles la inmediata salida del Paraguay.

Termina el capítulo con la frase doliente de los judíos en el destierro: “Hubimos de colgar nuestras liras de los árboles”.

Debo confesar que se me llenaron los ojos de lágrimas pensando en ellos y en que, después de un siglo y medio, los Hijos de Don Bosco habían descolgado aquellas liras y que me había a mí cabido en suerte el bautizar, como dije, a 27 descendientes de aquella tribu.

Poco antes me había llegado la orden de trasladarme a Nueva York.

Cuando fui a despedirme definitivamente de los Hermanos, las Hermanas y los indios de la Misión de María Auxiliadora, todos me acompañaron al caer de la noche a





la barranca del riacho Napegue. Mientras la canoa se deslizaba por las aguas tranquilas, los indios entonaron el canto del mes de María: “Venid y vamos todos”. El eco de sus voces me recordaba el mismo canto entonado por mí cinco años antes en aquella noche entre los indios chamacocos de Puerto Voluntad.





## CAPÍTULO VIII

# De los bosques a los rascacielos

### Salto casi mortal

Efectivamente casi lo es el paso repentino de los bosques chaqueños a los rascacielos de Nueva York; de la primavera florida del Uruguay en noviembre al preludio frío y húmedo del invierno de aquella metrópoli; de la vida pausada y alegre del ambiente latino al vértigo de la vida febril y aguijoneada por el “negocio” en aquella tierra; del melodioso decir romántico-hispano al gutural y áspero anglo sajón; de la red de oro de relaciones y de amistades efecto de una convivencia de 34 años en el Uruguay a lo social enteramente desconocido de Estados Unidos.

Salto casi mortal, es verdad; pero no para la obediencia religiosa con alas que no conocen distancia. La obediencia es base y cúspide de la vida religiosa y obedecer es siempre reinar y triunfar.

Por cierto en lo humano sentí el duro contraste entre el desembarque en lugares desconocidos y entre gentes extrañas y la despedida afectuosa y entusiasta de centenares de alumnos, ex-alumnos, cooperadores y amigos alineados en el muelle de Montevideo agitando blancos pañuelos mientras el barco se alejaba conmigo y se seguían las notas tan familiares de la Banda de Música de los Talleres de Don Bosco.

Una sola cosa no me fue extraña al desembarcar, los brazos y la sonrisa fraternales de mis Hermanos que en



el nombre y el amor de Don Bosco habían venido a recibirme.

Pocas veces aprecié tanto la fraternidad salesiana como en aquellos momentos.

### **En lo nuevo**

Enseguida comprendí que mi deber era el de adaptarme al ambiente, a las costumbres y a la lengua del país cuyos intereses salesianos se me habían confiado. Tenía presente en mi espíritu el conocido proverbio: “Si estás en Roma, acostúmbrate a lo romano”.

Para los órganos vocales a los 52 años no es fácil masticar el inglés. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Ni podía yo cumplir con mis deberes, ni podía propagar el nombre y la obra de Don Bosco, ni podía atraer la simpatía de la gente sino hablándoles en su idioma, ya que el idioma es el mejor lazo entre las almas.

No había aún Casa de Formación en la Inspectoría. Un pequeño grupo de novicios se hospedaba en un rincón del colegio nuestro en la ciudad de Goshen, N.Y. Había que crear una.

No se había escrito en Estados Unidos una biografía popular de Don Bosco para la Juventud. Había que hacerlo.

No se conocía bastante la obra de Don Bosco en los grandes Seminarios de Estados Unidos, cuya juventud la llevaría en el corazón y la propagaría en su futuro apostolado sacerdotal.

Una hermosa propiedad próxima a la ciudad de Newton en las alturas del Estado de New Jersey fue el lugar escogido para la Casa de Formación que dos años después bendecía solemnemente el Delegado Apostólico Mons. Fumasoni Biondi, hoy Cardenal. Al Rev. Padre Neil Boyton, S.J., le cupo la satisfacción de escribir para la juventud una espléndida biografía de Don Bosco con un premio del célebre hombre de Estado Al Smith, publicada en varias ediciones.

Yo mismo, con mis rudimentos de inglés, fui recorriendo los principales Seminarios, es decir los de Nueva York,



Newarth, N.J., Rochester, N.Y., Toronto (Canadá), Milwaukee, Wis., Chicago, Ill., Baltimore, Md. Era sorprendente el interés prestado a mi pobre palabra, tratándose de Don Bosco.

Me lastimaba una cosa: la imposibilidad moral de iniciar oratorios Festivos en nuestros Colegios, por la rigidez de la Jurisdicción Parroquial, que no permitía a los niños de las Parroquias vecinas acudir al Oratorio. Don Bosco nos sugirió un sustituto: los “Campos de Verano”. Son estos puntos de concentración de multitudes de niños en las montañas y a orillas de lagos para unas vacaciones alegres y saludables. Instituímos con grande éxito el “Campo de Verano” inspirado en el sistema preventivo de Don Bosco.

Mientras dicto estas líneas son cuatro los que funcionan en los alrededores de Nueva York y son miles los jovencitos que los pueblan divirtiéndose y mejorándose en el nombre de Don Bosco.

### **La glorificación**

Esta propaganda salesiana, añadida a la ya existente cuando yo llegué al país, desembocó en una triunfal glorificación de Don Bosco en la fiesta de su Beatificación celebrada bajo los auspicios del Cardenal Hayes, Arzobispo de Nueva York, en la Catedral de San Patricio.

Desde el púlpito, frente a un auditorio apiñado en la Catedral, el sabio Obispo de Buffalo, Nueva York, Mons. W. Turner, pronunció el panegírico de Don Bosco, deteniéndose en su “Sistema Preventivo”.

“Expresión, no impresión”, fue la síntesis de su decir. Las buenas cualidades del educando deben germinar espontánea y naturalmente, como una flor, fecundadas por la religión y el amor vigilante y paternal del educador; no deben ser impuestas desde afuera, como algo ficticio y artificial, por el temor del castigo y el rigor de la autoridad. Lo primero permanece en la vida, lo segundo puede tener reacciones peligrosas en el educando cuando cese el influjo de la autoridad.



Durante el ágape fraternal en uno de los grandes hoteles de la Metrópoli voces autorizadas y amigas completaron las alabanzas de Don Bosco y de su obra.

¡Cuánta satisfacción en el corazón de los Salesianos y de quien dicta estas líneas al escuchar aquellas voces!



## CAPÍTULO IX

# Bajo las cúpulas

### “Bella Italia...”

El llamado del Superior, la Beatificación de Don Bosco y la dulce voz de la Patria que nunca muere, nos llevaron a Italia después de veinticinco años de ausencia.

Cuando el vapor “Roma” entraba lentamente una luminosa mañana de mayo en la bahía de Nápoles, saturada de belleza, de historia y de leyenda, yo sentí vibrar en mi alma la estrofa de Metastasio:

“Bella Italia, amate sponde,  
pur vi torno a riveder;  
trema in peto e si confonde  
l’alma opresa dal piacer”.

Al vernos pasar en coche por las calles de Nápoles con vestido seglar, los muchachos nos señalaban con el dedo y con una mueca decían en voz alta: “¡los protestantes!”

Es la verdad que “el hábito no hace al monje”, pero la sotana es la divisa y el escudo del sacerdocio.

Se me ocurre aquí el recuerdo de un hecho sencillo y elocuente acaecido en una población de Sicilia durante la invasión militar de los aliados.

Una niña se detiene a mirar con cierto interés al Capellán militar canadiense sentado en su “jeep”, fumando un cigarrillo. Tenía cuello romano.



Le dice la niña: “Tú no eres sacerdote, porque no vi-tes sotana”.

“Sí” le contestó el Capellán; “me la pongo cuando voy a celebrar”.

“Tú no eres sacerdote católico, porque los Padres no fuman” insiste la niña, acercándose un poco.

“Fumo ahora por razón de la guerra”, explicó el Capellán.

“¿Tú tienes mujer?”

“No, niñita; yo soy sacerdote”. La niña se llega al Capellán y le besa respetuosamente la mano.

La sotana, la mortificación y el celibato son tres signos que el pueblo reclama en el Sacerdote.

### **Bajo la cúpula de San Pedro**

¿Qué corazón salesiano no se estremeció de gozo y qué ojos no se llenaron de lágrimas contemplando al Padre en la gloria de Bernini durante la Misa Papal bajo la cúpula de San Pedro el 12 de junio de 1929?

Nunca sentí tan hondo el orgullo y el privilegio de ser su hijo como durante aquellos instantes.

Me hospedaba en aquellos días con otros salesianos en la vieja Casa Generalicia de la Compañía de Jesús, en la calle “Sancti Spiritus”, a un paso de San Pedro.

En la nueva y moderna Casa Generalicia me encontré con el General de la Compañía, Rmo. P. Ledóchowski, el “Papa Negro” de la leyenda liberal-masónica.

¡Cuán bondadoso y sencillo era su trato!

Le pregunté: “Padre, ¿por qué no nos honra con su presencia en uno de estos días para nosotros tan gloriosos a la mesa en el Colegio del Sagrado Corazón, en el Castro Pretorio?”

“Con el mayor placer, si el Superior General de Uds. me invita”.

Don Rinaldi me confió la honrosa misión de acompañarle y fue recibido y tratado con los honores de los Príncipes de la Iglesia.

Más tarde diré cuán útil me ha sido este feliz contacto con el Padre General de la Compañía.





## ¡Por la santa pobreza!

El miércoles siguiente celebré Misa sobre la tumba de San Francisco de Asís en su Santuario de Asís.

¡Qué impresión tan honda y saludable se experimenta al celebrar sobre la tumba de los santos!

La había experimentado años antes sobre la tumba de San Benito en Montecasino. La experimenté más tarde, sobre la tumba de los Papas mártires en las Catacumbas de San Calixto, y, sobre todo, la experimenté hasta llorar junto al cuerpo de nuestro Padre canonizado, en su altar de la Basílica de María Auxiliadora.

Después de misa, olvidando el desayuno, eché a andar por las calles de Asís, que aún conservan, con las memorias del Santo, el aspecto medieval de la primera mitad del siglo XIII.

Parecíame que iba a mi lado el San Francisco de los “Fioretti”, en el sermón del buen ejemplo.

En el magnífico templo de Santa Clara, casi vacío en aquellos momentos, dirigí una pregunta a un sacerdote que pasaba de prisa a mi lado.

“Perdone, me contestó; estoy de paso yo también”.

“¿Religioso?”

“Sí; salesiano de pies a cabeza. ¿Y Ud.? Y yo le repliqué con énfasis: Salesiano también “viceversa” desde la coronilla a la punta de los pies”.

Volvimos a encontrarnos al pie del monte en el Convento de San Damián lleno de memorias del Santo.

Juntos subimos a la ciudad. El sol, la sed y la muestra de una posada nos llevaron a pedir un refresco.

“Tengo algo mejor para ustedes” nos dijo el posadero; un hombrón de cara abierta y sonriente. “Uds. Son salesianos”, agregó afirmativamente.

“¿Por qué?”, le preguntamos. “Porque mis hijos se educan en el Colegio Salesiano de Frascati, cerca de Roma”, fue la explicación.

Efectivamente cada familia religiosa tiene su fisonomía, como cada familia natural. El salesiano la tiene distinta del Jesuita, del Capuchino, del Redentorista, etc. Los



mismos fundadores tienen fisonomía distinta dentro de la genérica común de la Santidad. ¿Quién confunde a Don Bosco con San Ignacio, San Alfonso, etc.?

El posadero instintivamente nos reconoció. Puso delante de nosotros sobre la mesa, una botella y algo más, diciendo con énfasis: “¡Es del bueno de Frascati!”

A la verdad es un vino que se desliza suave y delicioso por la garganta; pero, como todos los vinos de aquella zona romana, su efecto se bifurca en el estómago, bajando uno para poner alas en los pies y subiendo el otro al cerebro para llenarlo de hilaridad.

Nos íbamos a levantar cuando me alarmó al ver llegar al hombre trayendo con ambas manos una gran tortilla preparada por su mujer para los “Salesianos” y otra botella bajo el brazo.

Como los efectos del “Frascati” ya obraban en mí, iba escatimando el de la botella para no pasar el límite.

Quería dejarla por la mitad. Pero mi compañero, buen salesiano y buen piemontés (Piamonte es el reino del buen vino), me objetó: “Vea Ud. estamos en la patria de San Francisco, el santo de la pobreza. Somos religiosos y el voto de la Santa Pobreza nos prohíbe cualquier desperdicio”. Hablaba con la mirada fija en la botella y eran tan fuertes las premisas de su silogismo que la conclusión fluía tan natural que también la segunda botella se evaporó en nombre de la santa pobreza!

Íbamos los dos livianos y alegres por las calles de Asís hacia la estación para emprender de nuevo el viaje hacia Turín donde nos aguardaba la segunda Glorificación del Padre el domingo siguiente.

### **Bajo la cúpula de María Auxiliadora**

Al morir Don Bosco la intolerancia “liberal”, no permitió que su cuerpo quedara en su Oratorio y en su Valdocco (El Valle de los Mártires). Hubo que trasladarlo fuera de la ciudad, al Seminario Salesiano de las Misiones en Valsalice (El Valle de los Sauces).



Allí me habló también a mí por primera vez en octubre de 1892.

Cuando llegué a Valsalice ahora, la bondad de mi compañero don Giraudi, del Capítulo Superior, me hizo el favor de abrir la urna ya cerrada permitiéndome poner los labios sobre el rostro bendito del Padre.

La muerte y el tiempo habían dejado en él sus huellas. Pero, con sorpresa de todos, se había conservado el cerebro, del que habían brotado tantas ideas y tantas iniciativas de amor de Dios y del prójimo.

Al darnos las “Buenas noches”, Don Rinaldi nos dijo: “No se conservó el corazón, órgano del sentimiento a menudo ciego y fluctuante como las olas del mar. Dios permitió que se conservara su cerebro, instrumento de la razón que, iluminada por la fe nos marca una ruta cierta en la vida”.

Imposible describir la vuelta triunfal de Don Bosco al Santuario de María Auxiliadora, donde le aguardaba un altar, que no una tumba. Iba la interminable procesión precediendo y siguiendo el cuerpo santo de Don Bosco entre dos barreras humanas, asociando rezos, cantos y aclamaciones.

En aquellos momentos parecíamos que un gran arco iris enlazaba la Cúpula de San Pedro con la de María Auxiliadora y el nombre de Don Bosco trazado en él con letras de grande tamaño.

Era su Glorificación total: en Roma la de sus virtudes y de su Obra y en Turín la de su cuerpo santo consagrado, hasta consumirse, en la práctica heroica de sus virtudes y en la realización de su Obra genial.

Ojalá que nunca se apague en el alma de todo Salesiano el eco de la palabra de Pío XI en el patio de San Dámaso. “Don Bosco vive y debe siempre seguir viviendo entre sus Hijos” y el eco del himno “Don Bosco Ritorna”, coreado por mil ochocientos alumnos y ex-alumnos salesianos que formaban la cabeza de la procesión.





## CAPÍTULO X

### “Crough Patrick”

#### –El Monte de San Patricio–

#### **Por el Canal de la Mancha**

Volví en julio a mi Inspectoría del Este de Estados Unidos, pasando por Inglaterra e Irlanda. En la estación central de Londres nos aguardaban al Inspector de Inglaterra, Padre Eneas Tosí, S.D.B. y a mí que le acompañaba, un grupo de Salesianos, alumnos y amigos. Con Don Eneas, modelo de hijo de Don Bosco, yo había cursado mis estudios en Valsalice.

Nos trasladamos a la Casa Inspectorial de Battersea, el barrio más popular de Londres. Es siempre allí, en los suburbios, entre las clases humildes, donde la semilla salesiana germina y expande sus ramas. En la aristocrática “city” de aquella capital, la planta salesiana se hubiera marchitado.

¡Cuánto placer me causó el ver que el espíritu de Don Bosco había penetrado allí también en la Obra Salesiana a pesar de las distancias y de las diferencias raciales. ¡Signo evidente de la catolicidad del espíritu de nuestro Padre!

El motivo principal que me llevaba allí era el de pasar a Irlanda, tierra fecunda de vocaciones, para llevarme algunas a nuestra Casa de Formación de Newton, Nueva Jersey.

Crucé pues el Canal de San Jorge, en compañía del Padre Patricio O’Leary a mi Inspectoría. En Dublín nos



separamos, él para el Sur de la isla en visita a su familia, y yo para la ciudad de Limeryck en el Oeste, para visitar allí a los colegios de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora.

### En la Isla Verde

Recorriendo en el tren los verdes y hermosos campos de Irlanda, comprendí el por qué de este nombre que se le da. El clima suave, efecto de la corriente del Golfo que la baña al Oeste mantiene en ella un perpetuo verdor.

Para quien conoce la historia de esta isla es preferible el otro nombre de “Isla Mártir”. Desde mis primeros estudios había aprendido a conocer y admirar esta raza que, convertida por San Patricio a mediados del siglo V, recibió de él el maravilloso espíritu misionero que irradió sobre Inglaterra primero y el Continente después la luz del Evangelio y más tarde en su dispersión por el mundo, a causa de la persecución protestante, iluminó el mundo con la luz de la fe.

En Limeryck visité la Casa Municipal para llevar a uno de los empleados el saludo de un hijo salesiano de mi Inspectoría. Quedó tan contento el buen hombre que me retribuyó la atención con una recompensa singular. Llevóme al salón de sesiones diciéndome: “¡Le voy a hacer Síndico de uno de los más antiguos Municipios de Irlanda!”

Diciendo esto sacó de sendos estuches la cadena y el bastón, signos de la autoridad sindical. Después de ceñirme al cuello la primera y de empuñar el segundo me hizo sentar solemnemente en el sillón de la primera autoridad.

A mi derecha colgaba de la pared una magnífica pintura de un joven en traje nacional.

“¿Quién es?”, le pregunté.

Un golpe de emoción se apodera del buen hombre al relatarme que aquel joven, síndico de la ciudad, había sido asesinado brutalmente durante la noche en su mismo hogar, delante de su esposa e hijos, durante la feroz lucha civil entre los perseguidores y la valiente juventud irlandesa.



Último episodio de la persecución secular iniciada por los reyes Enriques, llevada a los extremos por Oliverio Cromwell y la reina Isabel y terminada felizmente con las leyes de emancipación de principios del siglo pasado.

¡Cuántas veces en aquellos días recordé con admiración el heroísmo católico de aquella raza y de su Clero en los tiempos en que el Sacerdote era perseguido a muerte y la Misa considerada como una ceremonia diabólica!

Para Irlanda también había llegado la aurora de la libertad religiosa y civil.

### **Bendita tía**

El ambiente escolar de la pequeña católica Irlanda está tan saturado de escuelas que difícilmente pueden infiltrarse congregaciones nuevas. A pesar de lo cual funcionaban ya allí dos Escuelas Agrícolas Salesianas, una cerca de Dublín, cerca de Limeryck la otra y en un suburbio de esta ciudad un Oratorio Festivo y una Escuela Elemental de las Hermanas Salesianas, solamente hasta el sexto curso.

“¿Por qué solamente hasta el sexto curso?”, le pregunté a la buena Hermana Directora. “Por orden superior”... fue la respuesta.

Estando con el señor obispo al día siguiente le insinué prudentemente mi sorpresa ante aquella limitación. Contestóme con una gran risotada y con una razón que me confirmó en la idea de la saturación escolar católica de Irlanda.

El “¡veto de mi tía!” siguió con otra risotada. Y luego en voz queda, como si la sombra “hamletiana” de la tía hubiera surgido a sus espaldas, agregó: “pero es un veto que no durará”.

En resumen la tía, una veneranda Hermana al frente del colegio más prestigioso de Limeryck se había alarmado ante la popularidad y la creciente simpatía conquistadas por las recién venidas Hermanas Salesianas. Las niñas acudían a ellas como las moscas a la miel. ¡Podían llegar a ser peligrosas rivales!



“¡Bendita tía!” dije yo para mis adentros y enseguida: “Bendito sea el espíritu de Don Bosco y el sistema preventivo de educación que habían convertido a las Hijas de María Auxiliadora en rivales peligrosas de un colegio en el que predominaba probablemente la autoridad”.

Y no sólo en el señor Obispo sino también en una numerosa asamblea de Cooperadores Salesianos celebrada en Limeryck con ocasión de mi presencia, pude ver el grande amor de los irlandeses a Don Bosco y a su Obra. Varios de los presentes habían asistido a la Beatificación del Padre y relataron sus impresiones con la más honda emoción. Yo que conozco íntimamente al irlandés por mis largos e íntimos contactos con él, puedo asegurar que con los irlandeses Don Bosco y su Obra avanzarán mucho en el mundo.

### **Hacia Crough Patrick**

Ante la proximidad de la peregrinación nacional de Irlanda el último domingo de julio al Santo Monte de San Patricio cerca de West Port, en la costa del Atlántico, la devoción y la curiosidad me llevaron allá.

Iniciamos la subida por la empinada cuesta y por un sendero pedregoso hacia la cumbre a unos 600 metros de altura, bajo una lluvia persistente y un viento frío que desde el Atlántico la hacía penetrar hasta la médula.

Iban hombres, mujeres y jovencitos, descalzos no pocos de ellos, sobre las piedras agudas, hasta sangrar.

Cuando más tarde me atreví a criticar esta dolorosa penitencia, se me contestó en son de reproche: “Usted, extranjero, no conoce al irlandés. ¡Cuándo queremos hacer penitencia, vamos a una peregrinación y cuando queremos divertirnos, cantamos, bailamos y echamos un trago!”

Celebré misa con la mayor devoción a la 1 p.m. en el pequeño Santuario edificado donde el gran Santo solía hacer su cuaresma de penitencia. Mientras celebraba sentía en el ambiente el fervor ardoroso de los peregrinos apiñados en el Templo y el recuerdo de las peregrinaciones





seculares de las gentes de Irlanda a Crough Patrick encendía más y más mi devoción.

Bajamos del Santo Monte bajo la misma lluvia y con el mismo viento frío. Pero hallamos una recompensa en la grande hospitalidad del Vicario Foráneo quien ofreció un verdadero banquete a todos los Sacerdotes peregrinos.

Al regresar a Limeryck al caer de la noche, cruzando los campos del Condado de Connaught, sonaba en mis oídos el eco del diabólico dilema de Cromwell, desalojando a los irlandeses de las fértiles campiñas del Este destinadas a sus esbirros, hacia las estériles del Oeste: “¡Al Connaught o al infierno!”

La voz del tirano se hundió en la condenación de la historia y sobre la raza oprimida de San Patricio alboreaba al fin con Eamond de Valera la aurora de la reparación y de la libertad.

Desde Oxford, la Ciudad Universitaria, en la que pasé unas horas en los colegios de nuestros Hermanos y Hermanas me dirigí unos días más tarde a Southampton, para embarcarme en el Aquitania que levó anclas a la media hora rumbo a Nueva York.





# CAPÍTULO XI

## A elegir Rector mayor

### Con el Padre Wynehoven

“¿Es Ud. El Inspector Salesiano?”

“Para servirle”.

“Pues la Divina Providencia me lo hizo encontrar”.

Hablaba así un sacerdote que había guardado silencio durante la cena, mientras el trasatlántico inglés soltaba amarras para iniciar su lenta marcha por las aguas del río Hudson, en el Puerto de Nueva York un anochecer de mayo de 1931.

Subimos al puente del barco, cuando de repente un inmenso resplandor irradiado por todos los cielos brotó, como por arte mágica, de la gran Metrópoli convertida en un mar de luces. Sobre ella destacábanse como gigantescas antorchas los rascacielos. En su comparación la antorcha de la gran estatua de la Libertad que pasamos casi rozando, parecía la luz de una luciérnaga.

Mientras el barco ya en franca marcha avanzaba por el estuario del río percibíanse en ambas orillas y en particular en la oriental las irradiaciones luminosas de las ciudades industriales y en la izquierda las más tenues y remotas de los centros veraniegos de Long Island.

Entre tanto el Padre Wynehoven me había propuesto y expuesto su problema.

Me sentí enseguida frente a una personalidad sacerdotal. Nacido en Holanda, hijo único de padres sólidamente



católicos, como todos los de aquel gran país, se había educado en un Seminario de Texas (EE.UU.), para ejercer más tarde un fecundo apostolado en la Arquidiócesis de Nueva Orleans, en el Delta del Misisipí.

Con la cooperación generosa de sus amigos había invertido cerca de un millón de dólares en la construcción del gran Asilo para huérfanos de ambos sexos “Hope Haven” (Puerto de Esperanza), en un suburbio de aquella Ciudad. Pero no había dado con hombres capaces de educar y de “domar” a los doscientos huérfanos provenientes de los bajos fondos de la capital.

Era un desastre educacional que amargaba la vida del buen Padre Pedro Wynehoven.

“He pensado en Don Bosco, y Ud. es el hombre que yo buscaba”. Le di el libro de la Santa Regla para que se formara un concepto claro del espíritu, programa y métodos educativos salesianos. Al día siguiente me agregó: “Es esto lo ideal”. Al separarnos en el Puerto de Cherburgo (Francia), le volví a prometer que recomendaría su obra a los Superiores en Turín.

Y yo iba dirigido allí para asistir al Capítulo General y a la elección del nuevo Rector Mayor.

Pocos meses antes habían encontrado muerto, sentado en su escritorio y la cabeza descansando sobre un libro, al Padre Rinaldi, el Rector Mayor de la Beatificación y de la “Paternidad”.

Estoy viendo su rostro iluminado por una sonrisa paternal y conservo en el alma sus palabras henchidas de paternidad, virtud suprema del Superior Salesiano.

Su antecesor, Don Albera, fue el Rector de la “Piedad”, y Don Rúa el primer sucesor y el “Alter Ego” de Don Bosco fue el Rector Mayor de la “Santidad” honda y algo austera.

Solía llamarme “il mio poeta”, a causa de unos versos que le había declamado en su día onomástico en Valsalice y me recompensó algo más tarde con una bendición de María Auxiliadora que sanó una dolencia en mis ojos, perdidos por un descuido en esta postrimería de la vida.



Iba conmigo el Padre Salesiano Herman Koch, a quien yo dejaría en su ciudad natal. Múnaco de Baviera, donde encontró la muerte, en vez de la salud. Tuve así que cruzar Francia, Alemania y Austria para desembocar en Italia al través de lugares históricos que evocaban mis lecciones de Historia Universal en la Casa de la Formación del Uruguay. ¡Cómo me convencí en ese viaje de que la Geografía es el ojo derecho de la Historia!

### **En pleno capítulo general**

Era la segunda vez que yo asistía a esta suprema asamblea representativa del organismo salesiano, magnífica expresión de libertad de palabras y de sorprendente transfiguración de los intereses nacionales y particulares en lo católico y universal de la Familia Salesiana saturada de la tradición y del espíritu del Fundador. Allí hablan todos los países y todas las razas por boca de hombres que provienen desde los extremos confines del mundo: pero siempre la variedad se armoniza en la unidad.

Un episodio, al parecer insignificante, del anterior Capítulo General lo confirma.

Discutíanse los medios preventivos y los remedios contra la “influenza” en nuestro colegio. No sé por qué se le suele llamar la “española”.

Un Inspector italiano propuso sus ideas al respecto de la “española”. Al instante saltó a sus espaldas un Inspector de España, quien con marcado acento navarro gritó: “¡Qué española ni qué ocho cuartos! ¿Dónde le encontró Ud. la fe de bautismo?”

Una carcajada general saludó la explosión del buen Padre Marcelino Olaechea, más tarde Obispo de Pamplona, hoy Arzobispo de Valencia y lumbrera del Episcopado Español.

“¡Calma, Marcelino, calma!” exclamó sonriente desde la Presidencia el Rector Mayor, Padre Rinaldi, que lo había tenido como alumno en Barcelona.

Pero el buen Padre Marcelino no sólo se había calmado sino que había asociado su risa a la de todos los demás.



El nacionalismo español había quedado absorbido por el sentir internacional de la Familia Salesiana.

Me tocó en el escrutinio leer los nombres de los elegidos, sacándolos de la urna. Pero no fueron los nombres, sino el casi único nombre del Padre Pedro Ricaldone el que fui repitiendo con íntima satisfacción de mi alma, por ver reconcentrado en el más perfecto representante de Don Bosco la voluntad colectiva del Capítulo General. Le había conocido por primera vez en Montevideo como Visitador de la América Latina en 1908. Podía enseguida pronosticarse desde entonces al futuro Rector Mayor; al Rector de la Canonización y de la multiforme acción educativa, catequística y misionera que lo llevó, en alas de un celo ardiente, desde la Patagonia al Japón y reflejó en su frente la gloria del Padre canonizado en la Pascua de 1934.

Un sencillo recuerdo personal. Estuve con él en Turín a fines de junio de 1939. Le pedí una audiencia.

“Ven mañana temprano a la Sala Capitular, donde me hallarás solo antes de la reunión del Capítulo Superior”.

Allí lo encontré escribiendo una carta.

Mientras la terminaba iba yo contemplando los cuadros de las paredes y en particular uno misterioso cubierto por una cortina. Cuando iba a levantarla, “No, me dijo, no toques eso todavía”. Retiré la mano con sorpresa y centuplicada curiosidad. Después de unos instantes me dice: “Oye hijo. Una noche no me dejaba dormir la idea insistente y persistente de crear en la colina “*Dei Becchi*”, cuna de Don Bosco, un conjunto de edificios y de obras que fueran el resumen del programa paterno. Lo concebí y lo expuse a un artista turinés que reprodujo mi ideal en la forma que vas a ver”; y corrió la cortinita.

Al ver el imponente conjunto de edificios que rodean la gran Basílica Central de Don Bosco, se me escapó la exclamación: “¡Utopía, utopía!” Hablaba por mi boca la estrechez de juicio humano. Pero Don Ricaldone, el hombre de Dios, me agregó: “La Providencia me envió los medios, y tú verás mañana el comienzo de la realidad de la utopía”.



Efectivamente al otro día, acompañando al Ecónomo General, el querido compañero mío, don Giraudi, S.D.B., vi en donde tantos años antes había visto la solitaria colina Dei Becchi, una enorme construcción destinada a Escuela de Artes Gráficas y otro a residencia de una comunidad de Hijas de María Auxiliadora, edificios que hubieran sido completados con los demás, si no hubiera estallado pocos meses después la segunda guerra mundial.

Tal es el actual Rector Mayor, el hombre que capeó impertérrito, bajo el estallido de las bombas, la tormenta de la guerra sin moverse de la Casa Madre y de la Basílica de María Auxiliadora.

Su mano casi octogenaria sigue aún firme en el timón de la Nave Salesiana.







## CAPÍTULO XII

### Con el “Padre de los ríos”

#### En su orilla

En mi niñez había leído con pasión la novela “Renato Atala y Talía” de Chateaubriand.

La relación tiene por escenario el amplio panorama que se extendía entonces en ambas orillas del Misisipí. Vastas florestas; llanuras sin fin, pobladas las primeras de indios y las segundas de bisontes hacia el Norte.

La pluma del grande escritor romántico vivifica el cuadro con un intenso colorido, llenándolo de contrastes de serenas mañanas y luminosas puestas de sol y de tormentas sombrías entrecruzadas por el centelleo de relámpagos y el estampido de truenos.

Pero siempre aparece y reaparece en el fondo de la novela, como protagonista geográfico, la franja azul del río Misisipí, el “Padre de los Ríos”.

En la ciudad de Memphis donde me detuve por unas horas bajé a la orilla del río y sentado por largo rato sobre la yerba, estuve contemplando las olas y escuchando en su murmullo el relato de las heroicas hazañas misioneras de los Jesuitas que ya había escuchado anteriormente a orillas de su hermano gemelo el río San Lorenzo y en la ribera de los Grandes Lagos, cuna de los dos.

¿Quién me hubiera dicho, cuando leía las páginas de Chateaubriand, que el mismo impulso misionero que cubrió de gloria la Compañía de Jesús me había de llevar a



fines del año siguiente al delta del Misisipí para establecer firmemente la obra de Don Bosco en la ciudad de Nueva Orleans?

### **Fiscal, juez y verdugo**

Hallándome en nuestra casa de Tampa (Florida) en diciembre de 1931 pregunté por carta al Padre Wynehoven, ya regresado de Holanda a Nueva Orleans, si persistía en la idea de la presencia de los Salesianos allí para evitar, en caso negativo, un viaje con pérdida de tiempo y dinero; su respuesta inmediata, en son de broma, fue: “¡O se viene enseguida o yo iré a Nueva York a pegarle un tiro!”; un tiro de amistad se comprende.

Dos días después me hospedaba en Hope Haven (Puerto de Esperanza), la gran obra del Padre Wynehoven.

La forma un imponente conjunto de edificios en ambos lados de una amplia carretera, destinados unos a las huérfanas, los otros al alumnado masculino.

Al frente de éste actuaban dos sacerdotes seculares: el uno era amigo de los alumnos, mientras el otro, seguía en la educación de los niños el sistema represivo, que desgraciadamente prevalecía aún en muchísimos institutos.

A este propósito relataré lo que, tratando de la actuación represiva, me contaban con cierto gracejo de un señor, que en su colegio ejercía al mismo tiempo el oficio de fiscal, juez y verdugo. Merece ser recordada su misma relación oficial:

“Aquí me traen el supuesto culpable. Sentado en ese banquillo de los acusados contesta a mi interrogatorio hasta comprobar su falta o inocencia. Hallado culpable él mismo me debe traer una de esas tres correas pendientes de la pared, de una longitud proporcional a la gravedad de la culpa. Si se trata de algo grave, como una evasión nocturna, un robo de primera clase, una riña o duelo a primera sangre, viene la correa larga. Si se trata de “Peccata minuta”, viene la más corta y, en casos dudosos, la del medio. El número de golpes es rigurosamente proporcional a la gravedad. ¡Es la mejor manera de domar estos potros!”



En Hope Haven, cuando en los momentos libres de recreo, siguiendo el ejemplo de Don Bosco me sentaba a la sombra de los árboles entreteniéndome familiarmente a la turba de niños con hechos interesantes y bromas alegres y cuando, más aún les dejé entrever la posibilidad de traer a Don Bosco entre ellos, se reflejaba en su rostro toda la esperanza mesiánica de un “Nuevo Testamento”.

Aproveché los pocos días de mi permanencia en la ciudad para iniciar un grupo de amigos y Cooperadores. No me arrepiento de ello, pues en estos mismos días, después de quince años; uno de ellos me envió un cheque de cinco mil dólares urgentemente necesitados para una próxima obra Salesiana.

Al despedirme de los niños me gritaban en coro: “Traiga a Don Bosco, tráiganos a Don Bosco”.

### **La metamorfosis**

Volví a principios de septiembre del mismo año 1932 con un grupo de Salesianos encabezados por el Padre Celestino Moskal, S.D.B., el hombre ideal para aquel puesto. Efectivamente lo ocupa aún después de tres lustros.

Me quedé con mis Hermanos durante un mes. En seguida se notó el cambio. Al terror sucedió la confianza y el amor. Al banquillo de los acusados, el cuarto del Padre, del Buen Padre Director. A las tres correas la asistencia preventiva y fraternal. A los latigazos la frecuencia cada vez más reciente de los Santos Sacramentos.

El Padre Wynhoven archicontento y con él todos los interesados en su gran obra.

La figura terrible de Bismarck, el gran Canciller, había sido sustituida por la amable y paternal de Don Bosco, el más grande pedagogo de los tiempos modernos.

Cuando me despedí de los niños, me lo agradecieron casi con lágrimas en los ojos. La metamorfosis se estaba cumpliendo.

La cárcel se había transformado en una Familia Salesiana.



## **Tumba y santuario**

Volví la última vez a Hope Haven, como Obispo, en 1941 para pronunciar el panegírico de Don Bosco en la inauguración del magnífico templo-santuario erigido en su honor, que domina toda la vasta obra educativa de Hope Haven.

Él es ahora allí el rey. Los alumnos de ambos sexos acuden todos los días a celebrar los cultos del Santo, su padre y amigo.

Bajo la dirección del Padre Moskal, S.D.B., el antiguo asilo evolucionó en una floreciente escuela de Artes y Oficios de la que salen diestros artesanos y no pocas buenas vocaciones salesianas.

Unos años más tarde el fundador de Hope Haven, ya Mons. Pedro Wynehoven, fue sorprendido por la muerte mientras dictaba una Misión en la ciudad de Boston. Sus restos descansan al pie de una gran estatua del Sagrado Corazón, frente al Santuario de San Juan Bosco.

Si he de volver a Hope Haven celebraré Misa por él en el Santuario y rezaré una plegaria sobre la tumba del inolvidable amigo, grande apóstol de la juventud abandonada en la capital de Luisiana.



## CAPÍTULO XIII

# Horizontes de vida nueva

### **Mi primer vuelo**

En julio de 1933 me escribe el Padre Mayor, Rmo. Don Ricaldone: “El señor Nuncio y el señor Presidente de la República de Santo Domingo (Antillas), desean fundar una Escuela Agrícola o una Escuela de Artes y Oficios Salesiana. Ve, observa e infórmanos”.

La obediencia no se discute: se cumple.

En la mañana del 15 de agosto despegaba en Miami (Florida), el avión que debía conducirme a Santo Domingo.

Era mi primer vuelo y fue histórico para mí y algo también para la Obra Salesiana en esta isla.

Pronto asomó en el horizonte la costa Norte de Cuba, recorrida en su primer viaje por Cristóbal Colón, que no desembarcó a causa de los muchos bajíos e islotes de la costa, siguiendo como yo, hacia el Este, para detenerse en la costa Norte de la que él bautizó con el nombre de “Española”.

Yo también me detuve por unas horas en Puerto Príncipe, capital de la República de Haití. Su población en la casi totalidad desciende directamente de los esclavos africanos de la colonia francesa de Haití. El viento de la Revolución Francesa a principios del siglo pasado, estremeció a los esclavos que dieron muerte a sus amos, proclamándose independientes. El General Leclerc, enviado allí



por Napoleón, fue vencido por el clima, la región montañosa y el valor de los habitantes.

A mi llegada a la Catedral terminaba el Pontifical de la fiesta Titular en el Templo atestado de gente de color, con el Presidente de la República y todo el Gobierno presente. ¡Cuánto me impresionó aquella Misa cantada por mi amigo el señor Arzobispo Mons. José Loguaze! Destacándose en derredor del altar las caritas negras de unas docenas de monaguillos en pleno contraste con sus sotanitas blancas.

El breve contacto con el lugar y las personas me fue muy útil más tarde.

Al levantar el vuelo al día siguiente pronto penetramos en tierra de Santo Domingo, que Cristóbal Colón había definido “una maravilla de la naturaleza”. Efectivamente es así.

En la Iglesia Parroquial de San Pedro de Macorís donde acuatizó el hidroplano se cantaba el Te-Deum de la fiesta patria al llegar yo allí, recibido fraternalmente por el Padre Juanito, Capuchino, pequeño de cuerpo pero de alma grande. Volví a encontrarlo seis años más tarde en la Casa Madre de Sevilla, donde al poco tiempo murió.

### **Corazón y bolsillo**

En la capital me aguardaba con los brazos abiertos el señor Nuncio, Mons. José Fietta, grande amigo y bienhechor de esta Iglesia de Santo Domingo. Con él dos días más tarde me dirigí a la ciudad de Santiago en la “Vega Real” de Cristóbal Colón, que los indios llamaban “el Cibao”, a unos 170 kms. de la capital. Es ésta una de las regiones más bellas y fértiles que yo he visto en mis largas correrías por el mundo.

Todos los productos tropicales, cacao, café, tabaco, maíz, caña de azúcar y toda clase de frutas se producen y reproducen en ese verdadero edén. Cruzamos la ciudad de La Vega donde Bartolomé de las Casas, el Padre de los indios, fue ordenado de sacerdote en los primeros años del siglo XVI. Así lo afirman los historiadores. Saludamos de



paso el Santo Cerro, nido de memorias históricas de Cristóbal Colón que dio allí la primera batalla a los indios capitaneados por el valiente Caonabo. Aguardábamos en Santiago el señor Presidente de la República, Dr. Rafael L. Trujillo Molina.

Al presentarle mis propuestas y condiciones para una Escuela de Artes y Oficios, consistente en la necesidad de un amplio terreno en la capital y de una suma de dinero para la primera construcción, me dijo: “Vaya y elija el terreno que más le agrade. En cuanto a la suma, ¿es mucho lo que necesita?”

Le contesté: “No se la fijo yo, señor Presidente. Ponga una mano sobre el corazón y otra en el bolsillo y escuche lo que ambos le digan”.

Una leve sonrisa; una fuerte suma ofrecida y una declaración de donación de terreno firmada por él a la Congregación Salesiana, habían decidido en cinco minutos su fundación.

Almorzamos aquel día con Mons. Fietta en el Santo Cerro, junto al Santuario de Nuestra Señora de las Mercedes. Uno goza allí de un panorama de belleza indescriptible. Se extiende a los pies del Cerro La Vega Real cubierto de sus multiformes productos.

Los grandes árboles de amapolas que expanden sus ramas protegiendo al café y al cacao se cubren de florecitas rosadas que tienden sobre la amplitud del valle como un manto de novia.

Nos atendía el Padre Fantino, sacerdote italiano, modelo de santidad y de celo, apóstol de toda la región y lumbrera del Clero de la Diócesis.

Tendré que recordarlo más tarde.

Unos días después desde la Ciudad de Miami envié mi informe favorable al Venerado Rector Mayor, ignorando que aquel informe abriría horizontes de una vida nueva para mí.

Efectivamente al poco tiempo recibí orden de volver a Santo Domingo para dar comienzo a la Obra.







## CAPÍTULO XIV

# ¿Salto en el vacío? No

### De vuelta

Después de despedirme en el muelle de Nueva York, del nuevo Inspector y demás Hermanos, el vapor “Coamo” enfiló rumbo a Santo Domingo con escala en Puerto Rico.

Era el primero de febrero de 1934.

Me recogí en el camarote para considerar mi porvenir.

Iba “solo”, a un país extraño, a un clima extraño, entre gente desconocida. Enseguida pensé que muchos otros Salesianos en particular los precursores, habían ido hacia lo desconocido.

Pero ellos habían ido en grupos; en Comunidad.

Yo iba “solo”, a los 58 años de edad, después de 40 años de dulce convivencia con mis Hermanos!

Una ola de nostalgia salesiana cruzó por mi ser.

Nunca me pareció tan bella y tan dichosa la vida en la “Familia” ideada y plasmada por Don Bosco sobre el modelo de la familia de Betania.

A la cabeza el Padre, el buen Pastor, el Director, imagen de Jesús. A su lado, Marta, el Prefecto afanándose por el orden y el bienestar material de la Familia. A sus pies María, el Catequista cuya actividad gira en derredor del Tabernáculo, centro de atracción para él y, por medio suyo, para toda la Casa. Los demás actuando en su misión particular bajo la suave dirección de esta “trilogía básica”.



Esta magnífica concepción familiar de Don Bosco, de la que yo había gozado por tantos años, quedaba ahora a mis espaldas! Mientras dicto estas líneas, después de catorce años, la tengo a mis espaldas todavía, pero con la firme esperanza de que he de regresar a ella en el ocaso, como las aguas que salen del mar para volver al mar y morir en él.

¿Un salto en el vacío? No. Un acto de obediencia para establecer y afirmar junto a la tumba que guarda los restos del más grande Descubridor, Cristóbal Colón, el altar del más grande Santo moderno, San Juan Bosco. Lejos de ser un vacío, era una gloriosa misión la que me aguardaba.

Después de una breve visita a la isla de Puerto Rico, centinela de las Antillas hacia el Atlántico, desembarqué en la capital de Santo Domingo en la que me aguardaban los brazos abiertos del Señor Nuncio Mons. José Fietta.

### **Los primeros pasos**

Mi primer deber era el de propagar el nombre, la vida y la Obra de Don Bosco en donde él era apenas conocido. Para ello me serví de la lengua y de la pluma, con conferencias públicas en todo el país, artículos de prensa y folletos de propaganda.

Dos meses después yo celebraba en el secreto de mi corazón la Canonización de Don Bosco en la Pascua de aquel año. ¡Cuántos recuerdos de la Beatificación a la que había asistido cinco años antes! ¡Cuán diferente para mí esta celebración intensa, pero solitaria! Toda la prensa se ocupó del acontecimiento.

Al poco tiempo se iniciaron las obras de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios en un suburbio, en la parte más alta, ventilada y panorámica de la ciudad y, lo que más importa, la más necesitada de cuidado espiritual.

La superficie de más de dos hectáreas tenía al otro lado de la calle otra media hectárea reservada en mis planes para las Hijas de María Auxiliadora.

Con el crecer de la construcción se hacía más amplia y más eficaz por todo el país la propaganda salesiana y, al correr de los meses, un rumor popular comenzó a circular;



que primero me pareció increíble, pero gradualmente se fue acercando a la realidad.

Una Mitra, lo increíble, asomaba en el horizonte...

A la verdad la Iglesia Primada de América, pues tal es el título histórico y jurídico de la Iglesia de Santo Domingo, había sido gobernada últimamente por administradores apostólicos. Era un período de transición que debía desembocar en el sucesor del último Arzobispo, el Ilustre Mons. Dr. Adolfo Alejandro Nouel.

¿Podía yo acaso imaginar que los rumores circulantes pudieran tener la más mínima base en mi pobre persona?

Es verdad que la Divina Providencia para realizar sus designios se sirvió en tiempos pasados de la burra de Balaán.

¿Quién puede escudriñar los secretos designios de la Divina Providencia?

A fines de 1935 se había terminado la primera parte de las obras de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios.

### **De nuevo en Haití**

Mientras se acercaba a su término la construcción de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios, fui invitado por el Presidente de Haití, M. Vincent, para planear una fundación similar de Artes y Oficios en aquella República.

En pocos días fue decidida la fundación, elegido un vasto terreno en la parte más pobre y necesitada de Puerto Príncipe, a orillas de la bahía y, además, fue resuelta la próxima llegada de un grupo de Hijas de María Auxiliadora para colaborar con los Salesianos en un Asilo y Oratorio Festivo para niñas.

Providencialmente llegó en aquellos días a Santo Domingo el Rvmo. Don Antonio Candela, S.D.B., miembro del Capítulo Superior, en visita extraordinaria. ¡Era la primera mano salesiana que yo estrechaba después de más de un año!

Su sabio consejo, robustecido con la autoridad de su posición, puso una base sólida a ambas fundaciones, la de la capital de Santo Domingo y la de la Capital de Haití.

Don Bosco afirmaba así más y más su dominio en la isla predilecta de Cristóbal Colón.





## CAPÍTULO XV

# Los secretos caminos de Dios

### En Kenscoff

Los rumores populares de mi candidatura para el Arzobispado interpretaron en este caso la “voz de Dios”.

Una llamada desde Puerto Príncipe del Señor Nuncio, Mons. José Fietta, a principios de octubre de 1935 me obligó a volar de nuevo a aquella capital. Ambos, él y el Sr. Arzobispo de Haití, Mons. José Loguaze, me invitaron a pasar unos días en la población de veraneo llamada Kenscoff a unos 1500 metros de altura en las montañas que coronan a Puerto Príncipe.

Pasamos allí tres días y fue tal y tan generoso el trato que se me dispensó que ahora lo comparo con el trato dispensado en los Estados Unidos a los condenados a la silla eléctrica en los tres días que preceden a la ejecución. La única diferencia era que a mí se me preparaba con aquel trato a la “Silla Arzobispal” de la Iglesia Primada de América.

En la víspera del tercer día el Señor Nuncio me comunicó la voluntad del Padre Santo. Mi única observación fue la de querer oír la palabra del Rector Mayor, de quien yo dependía.

Sonriéndose me mostró una cartita del Señor Don Pedro Ricaldone, dando su pleno consentimiento.

¿Podía yo acaso oponer la más mínima objeción a la voluntad del Padre Santo, confirmada por la de mi



Superior? Un sí espontáneo y sincerísimo brotó, como era natural, del corazón a los labios.

El Señor Arzobispo de Haití nos invitó a ambos a un paseo matutino al día siguiente con el fin de despertar más el apetito para el banquete con el que celebraríamos al mediodía el acontecimiento. Durante la noche pedí a Dios con toda el alma y a Don Bosco que me ayudaran a caminar bien por el nuevo camino que Él, en sus secretos, me trazaba en las postrimerías de mi vida.

### **Una peripecia**

Llovió copiosamente durante la noche. En la mañana era muy peligrosa la bajada por el sendero que descendía a la población de Kenscoff, por lo resbaladizo del suelo.

Provistos de un largo bastón, como el que usan los pastores en la montaña, descendíamos cautelosamente en fila indiana, los dos Arzobispos a la cabeza y yo en la cola.

Subían al mismo tiempo por el mismo estrecho sendero, en fila india también, casi codeándose con nosotros, las mujeres haitianas que regresan del mercado a sus hogares.

Al llegar a cierto punto se me fue de las manos el bastón y me quedo por un instante tambaleando con los ojos cerrados en busca de apoyo. Lo encontré muy firme y a él me aferré. Pero, cuál no sería mi sorpresa, al abrir los ojos, y ver frente a los míos, mirándome fijamente, casi fuera de sus órbitas, los dos ojos negros de una vieja negra haitiana.

La solté inmediatamente. Hubo un momento de silencio interrumpido por la carcajada espontánea y tan sonora de los dos Arzobispos, que al fin ella y yo y las demás mujeres acabamos también por reír.

A la verdad, desde un cierto punto de vista, no era ésta la mejor manera para el candidato a la Iglesia Primada de América de iniciar su cometido...

La impresión de la sorpresa y el aire puro y fresco de las montañas contribuyeron a la mayor alegría y a un mayor apetito en el banquete con el que nos obsequió el querido Mons. Loguaze.



## Con el Cardenal

Acababa de llegar de Colombia el Rvdo. Padre Pascual Richetta, S.D.B., mi querido compañero de Valsalice, para encargarse de la flamante Escuela Salesiana de Artes y Oficios. Yo me dirigí a Estados Unidos para recoger entre amigos y Cooperadores la suma necesaria para los primeros gastos episcopales.

La conseguí mucho mayor de lo que yo necesitaba. Es mi deber recordar aquí el nombre del Cardenal Patricio Hayes, Arzobispo de Nueva York, grande admirador de Don Bosco, que me había distinguido con su amistad durante los años de mi permanencia en Estados Unidos. Al llegar a su despacho me felicitó y luego tomándome de la mano, me lleva, con mi grande sorpresa, a su cuarto-dormitorio.

“Querido Monseñor, me dice: Como Obispo necesita Ud. un anillo. Tome el mío”. Y me lo puso en el dedo. “Necesita una cruz. Tome la mía”. Y me la colgó al cuello.

“Eminencia, le dije, con la emoción que me anudaba la garganta. ¿Por qué es Ud. tan bueno y tan generoso conmigo?”

Puso el índice en los labios como para invitarme al silencio. De nuevo me conduce a su escritorio y me extiende un cheque de 500 dólares diciendo. “Sé que Ud., como Salesiano es pobre y sé que Don Bosco me está mirando desde el cielo”.

No lo volví a ver ya más. Padecía del corazón, quizás por ser un corazón demasiado grande.

Una mañana el secretario le encontró en la cama recostado en las almohadas, el rostro lleno de serenidad y entre los dedos la corona del rosario que estaba rezando cuando Dios lo llamó.

Cuando pienso en él pienso en la divina inspiración de nuestro Santo Fundador al crear la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos.







## CAPÍTULO XVI

# Al frente de la Iglesia primada

### “Cum grano salis”

“El que desea el Episcopado desea una obra buena”. No se puede contradecir a San Pablo entendido “Cum grano salis”.

A la verdad la Mitra en perspectiva es un adorno atrayente; puesta en la cabeza es pesada y cansa. Quizás para aliviar su peso el buen Padre Ricaldone poco después de mi consagración me envió un precioso opusculito, escrito por él durante una breve convalecencia y dedicado al nuevo Arzobispo: una verdadera regla de oro para los Mitrados Salesianos, purísima en la forma latina y de oro de muchos quilates en su contenido. Se reimprime en estos días en la Casa Madre para alivio de todos los Obispos Salesianos del presente y del porvenir.

Aunque somos muchos los Mitrados Salesianos, no me atrevo a decir que somos demasiados. Se quejó un día el Padre Rotta, Inspector del Brasil, con el Señor Nuncio, Mons. Gasparri, en Río de Janeiro, por sustraerle sus mejores elementos, destinándolos al Obispado. Le contestó el Señor Nuncio: “No se queje de mí, sino del Espíritu Santo!”

En conclusión aconsejo a mis Hermanos que deseen, de acuerdo con San Pablo, el Episcopado, pero que no lo busquen.



## El 8 de diciembre

El 8 de diciembre, fecha sagrada salesiana, el Arzobispo de Puerto Príncipe, Mons. José Loguaze, me consagró en la Catedral Primada de América a pocos pasos de la urna que contiene los restos del gran Descubridor.

Aun vibra en mi conciencia el eco de las frases solemnes con que la Iglesia enumera las graves responsabilidades del oficio que yo debía asumir frente a un rebaño de casi dos millones de almas.

Más que la presencia de los dos Obispos asistentes yo sentía en aquel momento la presencia y la asistencia de Don Bosco y de María Auxiliadora que ejercen la paternidad y maternidad de todo lo Salesiano.

Me daba plena cuenta de mi nueva situación y comprendía que sin su protección no la podía afrontar.

Les pedía la gracia de ser un buen Obispo sin dejar de ser un buen Salesiano.

## El escudo

Resumí mi programa en el escudo episcopal vinculado con el nombre del Descubridor y el de su Carabela Capitana la “Santa María”.

Dice uno de los lemas: “CHRISTUM FERRO” “TRAIGO A CRISTO” y el otro “AD JESUM PER MARIAM” “A JESÚS POR MARÍA”, y figura en el fondo del escudo la carabela “Santa María”.

Efectivamente en este país, como en todos los de la América Latina, era urgente renovar y vivificar el cristianismo y atraer a este pueblo, sumamente devoto de María, hacia Jesús por medio de su devoción.

Como en todas partes, había aquí grande escasez de Clero. Había que multiplicarlo. Se notaba la consiguiente ausencia de los Sacramentos, en particular de la Penitencia y Eucaristía. Había que despertar la llama Eucarística. Y había que corroborar el apostolado de la Jerarquía, flanqueándolo y respaldándolo con Acción Católica y Colegios Católicos.



Es la obra que me propuse. A los trece años de Episcopado, mientras dicto estas líneas doy gracias a Dios por haber puesto a mi lado la cooperación del pueblo, del clero y de las Autoridades Civiles que despertó una primavera católica, promisoría de un luminoso porvenir.

## **Dos hechos históricos**

Creo oportuno terminar este capítulo con una breve referencia a la autenticidad de los restos de Cristóbal Colón y a la erección de mi Catedral Primada.

Como se sabe Colón murió en Valladolid (España) en 1506. En su testamento y a su primogénito Diego que le asistía pidió que sus restos descansaran definitivamente en su isla predilecta y en la futura Catedral. Diego no pudo cumplir la promesa por haber muerto en 1527, cuando la Catedral se estaba construyendo. La cumplió su hijo Luis Colón, quien, con permiso del Emperador Carlos V, depositó al lado derecho del altar mayor de la Catedral, en dos pequeñas tumbas, las urnas con los restos de su padre Diego y de su abuelo.

Por temor a profanaciones de los piratas, el Obispo ordenó se quitara todo signo de la presencia de los restos. Tan sólo la tradición recordaba la presencia de los de Cristóbal Colón a la derecha del altar mayor. Dos siglos y medio más tarde, después de la Revolución Francesa, Francia vencedora en una guerra con España exigió la entrega total de la Isla de Santo Domingo, enviando a ella a autoridades jacobinas. Se retiraron a La Habana las españolas tanto civiles como eclesiásticas. Antes de salir fueron buscando los restos del Descubridor y al llegar a la primera tumba, recogieron deprisa y sin documentos fehacientes los restos de Diego Colón en la convicción de haber dado con los de Cristóbal.

Casi un siglo más tarde, mientras se practicaban reparaciones en el piso del Presbiterio, se encontró, al lado de la tumba vacía, la que contenía los restos auténticos de Colón, documentados por las inscripciones de la urna que, el tiempo había respetado en parte. Las discusiones



posteriores confirmaron más y más el hallazgo y yo tuve el privilegio de tener en mis manos aquellos restos venerables en un cambio de la campana de cristal que cubre la urna.

En cuanto a la Catedral, conviene recordar que el Obispado de Santo Domingo fue creado por una Bula Pontificia del Papa Julio II en los primeros años del siglo XVI, siendo la primera diócesis de América. Se bendijo la piedra básica de la Catedral en febrero de 1514, siendo el primer Templo construido de fábrica y, naturalmente la primera Catedral del Nuevo Mundo. Fue entregado al culto por el año 1540.

La Primacía histórica fue confirmada jurídicamente más tarde por los Papas, último entre ellos Pío VII, confiando al Arzobispo de Santo Domingo el título de: “Primado de las Indias”, nombre oficial dado por España a las tierras descubiertas y sustituido más tarde por el de Américo Vespucio, el grande descubridor florentino.



## CAPÍTULO XVII

### La otra rama

#### “Ellas”

En 1936 funcionaba ya bien la Escuela Salesiana de Artes y Oficios en esta capital, tanto en los talleres como en el Oratorio Festivo, poblado de centenares de niños.

Un día le escribo al Señor Presidente de la República: “Cuando me acerco a la Escuela Salesiana goza el oído derecho con la algarabía de centenares de niños; se entristece el izquierdo por la ausencia y el silencio de las niñas. Ayúdeme a construir para ellas también un colegio”.

Al cabo de un año se encontraban ya cuatro de “ellas”, las Hijas de María Auxiliadora, al frente de su Colegio que lleva este nombre, al otro lado de la calle en un amplio terreno, rodeado de calles e independiente.

Así se integró y completó la Obra Salesiana que pronto debía tener Iglesia pública y Parroquia.

Me convencí más y más a lo largo de mi vida salesiana de la conveniencia, por no decir de la necesidad moral, de integrar y fecundar la obra de los Salesianos con su cooperación providencial.

La llamo providencial, porque en efecto lo es su Instituto, tanto en su origen como en su crecimiento.

“¿Podía acaso esperarse algo grande de esa pequeña población de Mórense, perdida entre las colinas de Monferrato (Piamonte)?” Es lo que uno se preguntaba,



como se hacía de Nazaret, perdida en las colinas de la Galilea.

Pues de allí brotó la obra milagrosa de las Hijas de María Auxiliadora.

El Párroco, Don Pestarino, sembró la semilla: Don Bosco le infundió la savia (el espíritu) y Dios le dio una expansión mundial en un breve período de tiempo. Y el secreto de la expansión está en las palabras de Don Bosco: “¡Vocaciones, vocaciones!”

En junio de 1929 tuve ocasión de comer en la Casa Generalicia de las Hermanas, en Nizza Monferrato, adonde se había trasladado desde Mórense.

Rodeaban la mesa, en amable conversación todas las Madres del Capítulo, entre ellas la Madre Eulalia Bosco, nieta de José, el hermano de Don Bosco. Pero faltaba la Superiora General, la Madre Vaschetti a la que había saludado poco antes.

“Se ha subido al Noviciado, niña de sus ojos, donde le aguarda con sus Novicias”, fue la explicación.

Allá la encontré, verdadera jardinera rodeada de un ramillete de flores que entrañaban el porvenir.

Diez años más tarde volví a saludarla, postrada en cama en Turín adonde había emigrado la Casa Generalicia, junto a los altares de la Beata María Mazzarello y de San Juan Bosco, célula de toda la Familia Salesiana.

### **Mi trato con “ellas”**

Las conocí por primera vez en la víspera de Navidad de 1893 en su Noviciado de Villa Colón (Uruguay). Pasando por el frente me llamó la atención la fecha 1878 en lo alto de la entrada, fecha en que se estableció allí el primer núcleo de Hijas de María Auxiliadora llegadas al Nuevo Mundo bajo la guía, si no me equivoco, de Mons. Costamagna.

Las fui conociendo mejor más tarde en las “expediciones langosticidas” al frente de un grupo de aspirantes. Preferíamos el viñado de las Hermanas para espantar y matar langostas, no sólo por el buen trato de ellas sino



también por lo exquisito de las meriendas que coronaban nuestras expediciones, fruto de su generosidad.

Recién ordenado de sacerdote en Las Piedras (Casa de Formación) les celebraba de vez en cuando la Santa Misa en su propio colegio y hasta se me encargaba de oírlas en confesión. Así pude apreciar más y más su buen espíritu.

Como Director después y aún más como Inspector cooperé con ellas en la fundación de nuevas Casas en Montevideo, Salto Oriental, Melo y, sobre todo en la Misión del Chaco en Paraguay. En Estados Unidos conseguí llevarlas a la Florida para tres florecientes Fundaciones en la ciudad de Tampa. Y ahora fue mi primer empeño el de traerlas a la capital de Santo Domingo.

No me arrepiento de ello, pues además del bien obrado en el colegio antes referido, se han extendido a una Escuela-Hogar y Oratorio Festivo en otro suburbio de la capital, a un colegio y Oratorio Festivo en la ciudad de Moca, corazón de la isla, y se preparan para construir su Postulantado y más tarde Noviciado en las alturas panorámicas de la población de Jarabacoa, a poca distancia de la Casa de Formación de los Salesianos.

### **Heroínas y mártires**

A pesar de haber visitado centenares de sus casas desde la región antártica a los Estados Unidos y desde Santiago de Chile a Limeryck (Irlanda), no tuve la satisfacción de presenciar la obra de las Hijas de María Auxiliadora entre los leprosos de Agua de Dios (Colombia) en la que compitieron con el fundador Don Unia y siguen compitiendo con los Salesianos en aquel Apostolado heroico.

En cambio, hallándome en Sarriá (Barcelona) en julio de 1939, dos meses después de la terminación triunfal de la guerra civil, al visitar el Colegio de las Hermanas próximo a las célebres Escuelas Profesionales de los Salesianos, me presentaron la fotografía de una Hermana que me llenó de horror y admiración.



Al estallar la tormenta marxista tres años antes, la Comunidad apenas tuvo tiempo de refugiarse en casas de cooperadores. Pero una pobre Hermana anciana y parálitica no se pudo trasladar. ¿Quedaría sola y abandonada?

Una Hermana joven quiso quedarse a su lado para acompañarla y defenderla. Llegó la jauría de las bestias rojas...

Lo que pasó allí nadie lo sabe sino Dios. La pobre enferma se habrá muerto de espanto y la joven ostenta en su cabello desgreñado y en su rostro en el que las fieras dejaron la huella de sus uñas y de sus puños la lucha heroica contra el empeño bestial para defender y proteger el tesoro divino de toda virgen. Virgen y mártir ahora, que se suma a los muchos mártires salesianos de aquellos días que recuerdan los de Nerón y de Diocleciano.

He creído mi deber referirme de un modo particular a “ellas” que integran, con los Salesianos y sus Cooperadores, el árbol maravilloso de la Familia que hunde sus raíces en el corazón de Don Bosco.





## CAPÍTULO XVIII

### El viaje del “faro”

#### **Monumento-cruz**

En varias asambleas interamericanas se había ventilado con aprobación unánime la iniciativa, nacida aquí, de un Monumento Panamericano a Cristóbal Colón, signo de gratitud de las veintiún naciones del Nuevo Mundo hacia el gran Descubridor.

En el concurso internacional de arquitectos triunfó el proyecto del joven inglés Mr. Gleave, que imaginó una cruz gigantesca yacente, formada por dos edificios. El que representa el brazo mayor de la cruz tiene una longitud de unos 350 metros y el otro de unos 120 metros. La altura máxima de los dos edificios que se elevan gradualmente del suelo alcanza a unos setenta metros.

En el punto de intersección dos faros potentes, uno rotatorio y horizontal y el otro fijo y vertical irradian, el primero su luz sobre el próximo Mar Caribe y el segundo, fijo, traza en los cielos una gran cruz luminosa.

Hallándose el Monumento sobre la línea real de los aviones de la “Pan American Airways”, todos los pasajeros del aire cruzarán entre la luz blanca del Monumento y la brillante en los cielos, llevando a todas partes impreso en el alma el signo de la redención, símbolo de gratitud histórica hacia el Descubridor y de fraternidad entre los pueblos de las Américas.



Por tratarse de esto yo debía poner en la iniciativa el más grande interés y, con el fin de propagarla en todos los países de América sugerí un viaje por todos ellos patrocinado por el gobierno de Santo Domingo.

Debo confesar que junto a este motivo público yo tenía el otro personal, pero muy poderoso, de poder visitar de nuevo, después de diez años las personas y lugares, escenario de lo mejor de mi vida salesiana.

## En ruta

Salí de Santo Domingo a fines de enero de 1937, para regresar a principios de abril siguiente recorriendo los países del Atlántico primero y los del Pacífico después. Durante el viaje, en cumplimiento de mi misión, pude entrevistarme con los Jefes de ocho Gobiernos y propagar la iniciativa en cada país por medio de la prensa y de la radio. En cuanto a los Salesianos, tuve la inmensa satisfacción de visitar durante el recorrido “sesenta y dos” Casas Salesianas y de las Hijas de María Auxiliadora.

Cuántas veces, cruzando por los aires, iba recordando la célebre visión de Don Bosco en 1883 y cuya descripción, salida de su pluma, figura en uno de los últimos tomos de su biografía grande.

Él también cruzó entonces, durante la visión, por los aires en compañía del joven Luis Colle, todo el Continente Sur de América, desde el Mar Caribe a Valparaíso (Chile), en donde el Santo jovencito le ordenó trazar una recta hasta la ciudad de Pekín (China), diciéndole: “En los países que hemos recorrido y en los enlazados por esta recta se multiplicarán en un próximo porvenir las obras de tus hijos”.

La única diferencia entre mi viaje y el suyo consiste en que el suyo era el viaje del “Profeta” y el mío el de un simple “testigo” de la realidad después de tan sólo 54 años...

¡Con cuánta satisfacción de mi alma pude comprobar de ciudad en ciudad el milagro de lo grande y multiforme de la expansión Salesiana en el Nuevo Mundo!



De un modo particular he gozado en el Uruguay y Paraguay, viendo en el primero el florecimiento de obras que yo había visto nacer y crecer y en el Chaco paraguayo el fruto del celo de mis Hermanos y de las Hijas de María Auxiliadora entre los indios.

Pasé con ellos y con ellas el Jueves Santo de aquel año. Al celebrar la Misa en la humilde Capilla llena de indios, al oír las respuestas claras y distintas de los monaguillos indios que me ayudaban, la Misa y el canto gregoriano del coro de indiecitas dirigidas por las Hermanas, se me llenaron los ojos de lágrimas.

En el modesto cuartito en el que dormí, un año antes el buen Director de la Misión, mi querido alumno Padre José Casanello, S.D.B., había sido picado durante la noche por una “Yararaca” víbora de las más venenosas y pudo salvarse de milagro con la aplicación de un antídoto encontrado por casualidad en casa de vecinos.

¡Qué oportuna es la Salve que rezamos todas las noches en las oraciones por nuestros Superiores y Misioneros!

### **Con los Jefes de Estado**

Me place referirme algo más a las audiencias con varios de los Jefes de Estado en los distintos países. Con excepción del Presidente de los Estados Unidos, para todos los demás la Obra Salesiana era objeto de aprecio y admiración, lo que no debe sorprender dada la grande influencia de esta Obra en bien de las clases modestas y menesterosas.

En Río de Janeiro por ejemplo, la conversación se tornó enseguida a las grandes Misiones de Matto Grosso y del Río Negro (Amazonas), como también a los establecimientos educativos tan numerosos e importantes.

El Coronel Franco, Presidente del Paraguay y héroe de la guerra del Chaco, se refirió luego a la participación heroica de los Salesianos en esa ruda campaña, a las muchedumbres de alumnos y ex-alumnos de nuestros colegios, en particular del “Mons. Lasagna” y de la Escuela



Agrícola de Ypacaraí, de la que yo le traía unas botellas de vino allí elaborado y en particular a la misión entre los indios del Chaco.

En Buenos Aires el nombre salesiano es tan familiar y corriente, que formó el tema principal de nuestra conversación, recorriendo en ella el bien obrado por los Salesianos desde el territorio de Misiones a la última extremidad de la Tierra del Fuego.

El Dr. José Espalter, Ministro de Relaciones Exteriores en el Uruguay y ex-alumno nuestro del Colegio Pío, me llevó a la residencia particular del Señor Presidente Dr. Gabriel Terra y ¡cuál fue mi sorpresa al encontrarle en conversación íntima con el Dr. Luis Alberto de Herrera, Jefes los dos de los dos Partidos irreconciliables que empaparon en sangre las “cuchillas” uruguayas desde la Independencia a la muerte del último grande caudillo blanco, el General Aparicio Saravia, muerto de bala en los campos de Masoller (1904). Felicité a ambos por su reconciliación y enseguida se trató de la obra Salesiana en los “Talleres Don Bosco”, en el Colegio Pío y en la Escuela Agrícola “Juan Jackson” que se destacan por sus frutos.

El Director del “Mercurio”, uno de los ex-alumnos salesianos que habían intervenido veintisiete años antes en la organización del Congreso de Cooperadores en Santiago de Chile, me llevó al Palacio de la Moneda, donde fui recibido por el Señor Presidente Dr. Alesandri, quien se extendió en grandes elogios de la Obra Salesiana en la Capital y en todo Chile desde el Norte hasta Magallanes.

El General Benavides, Presidente del Perú, verdadero Cooperador Salesiano, me colmó de atenciones por ser yo Salesiano y me ponderó la obra profesional de la escuela “Santa Rosa” y de la gran Escuela Agrícola en bien de los nativos a orillas del lago Titicaca, en la cumbre de los Andes.

No pude llegar a Quito desde Guayaquil, por haber interrumpido el agua las comunicaciones. Mientras me dirigía al aeropuerto en aquella clara mañana me detuve



por un instante mirando y admirando la majestad del Chimborazo proyectado contra el azul del cielo.

El Dr. Arosemena, Presidente de Panamá, me habló con verdadero cariño de la Obra de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora a favor de los obreros la primera, de las niñas de clases acomodadas la segunda.

Voy a extenderme algo más en la audiencia que me concedió el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Franklyn Delano Roosevelt, en la Casa Blanca, en presencia del Embajador de la República Dominicana y de Mr. Summer Welles, Sub-secretario de Estado. Recibiómeme Mr. Roosevelt con una cordialidad que se reflejaba en su rostro y en su franca sonrisa.

Me dijo: “Su visita, Señor Arzobispo, renueva el placer de la del Arzobispo de Chicago, Cardenal Mundeleim, quien vino ayer a despedirse antes de ir al Vaticano. Le pedí que llevase mi afectuoso y respetuoso saludo al Santo Padre Pío XI y añadí que de mi parte le rogaba preservase y conservase su vida tan preciosa y tan necesaria en esta hora crítica del mundo”.

La conversación giró a otros temas hasta llegar al Monumento a Cristóbal Colón.

Después de habérselo descrito y explicado su sentido histórico y simbólico de fraternidad, le dije textualmente: “Señor Presidente, ha sido un gran bien la sustitución hecha por Ud. de la política de “Buen Vecino” en lugar de la del “Big-Stick” (bastón grande) de sus antecesores. Con esto ha mejorado Ud. la atmósfera Interamericana. Empero las políticas, Señor Presidente, varían como varían las nubes y hasta se desvanecen como se desvanecen las nubes, si no tienen una base firme. ¿Cree Ud. Señor Presidente que para su Política de “Buen Vecino” y de fraternidad Intercontinental hay una base más firme que los brazos de la Santa Cruz?”

Hubo unos instantes de silencio que él interrumpió diciendo. “La idea de ese Monumento en forma de Cruz me halaga de tal manera que no quiero dejar mi puesto sin verla realizada”.



El peso de la guerra mundial y de lo que a ella se siguió ha tronchado antes de tiempo la vida del grande hombre de Estado.

En 1944, Centenario de la Independencia de la República Dominicana, el legado Pontificio Monseñor Beltrame bendijo la piedra básica del Monumento, tocándome a mí la honra de hablar en nombre del país después del Vicepresidente de la Unión Panamericana llegado de Washington. Hace dos meses tuve también la dicha de bendecir el principio de las obras que llevan el Monumento Cruz hacia su plena realidad.



## CAPÍTULO XIX

# Con la madre naturaleza

### Ocaso de reyes

Entre los recuerdos de este viaje no puedo dejar en la pluma los que se refieren a tres magníficos espectáculos de naturaleza que me fue dado contemplar y admirar. También en la visión profética de Don Bosco se destacan las maravillas del suelo americano.

Volábamos bordeando el Atlántico de Norte a Sur desde Venezuela hacia el Brasil. A nuestra derecha el mar de verdor de florestas vírgenes entrecortado por lazos azules serpenteantes de los ríos que vienen del horizonte y mueren en el mar. A nuestra izquierda la inmensidad del océano se pierde en el horizonte.

Cruzando la Guayana Francesa el avión redujo la altura para que pudiéramos ver mejor la famosa prisión de “La Isla del Diablo”, rodeada por aguas infestadas de tiburones que dificultan el escape de los presos.

Al caer del día llegamos al estuario del río Amazonas en el preciso momento en que el sol iba al ocaso.

He visto muchas puestas de sol en mi vida, llenas de belleza y grandiosidad; ninguna como ésta. El disco del sol agrandado por los vapores de la atmósfera bajaba en el horizonte con un cortejo de nubes de colores tan vivos y variados que se iban diluyendo con la distancia, que no encuentro frases para describirlo. Comparaba en esos momentos la magnificencia del ocaso del astro rey puesto por



Dios en los cielos con el triste ocaso del “Rey Sol”, Luis XIV de Francia que fue hacia la muerte en su lujoso palacio real, semiabandonado por los aduladores que le habían dado ese título pomposo y aguardaban su último aliento para lanzar sobre su cadáver el grito histórico: “¡Muerto el Rey, viva el Rey!”

Al mismo tiempo en contraste con el ocaso del sol contemplaba allá abajo la entrada tumultuosa en el océano del rey de los ríos. Una línea de espuma proyectada en forma de arco sobre el vasto estuario era la expresión elocuente de la lucha gigantesca entre la masa de las aguas del río y la resistencia del océano. Parecíame que éste le pedía cuenta de la enorme cantidad de humus robado por el río a las orillas, en su largo viaje y suspendida en sus aguas ordenándole depositarlo, antes de admitirlo en su seno en el fondo donde se forman islotes que serán quizás en el porvenir fértiles campiñas. Y se me ocurría la observación de que el malhechor ha de dar algún día con algún juez.

Seguía entretanto el avión hacia la bahía de Río de Janeiro, maravilla de naturaleza y de arte. Al bajar, mi corazón salesiano se llevó de gozo viendo, a un lado la estatua gigante del Redentor sobre el monte “Corcovado” y al otro lado de la bahía sobre una colina en el Colegio Santa Rosa la estatua también muy destacada de María Auxiliadora, guardiana y protectora de la amplia bahía.

### **Junto al Aconcagua**

Unos días más tarde cruzábamos los Andes en un cielo excepcionalmente sereno y tranquilo entre Mendoza, Argentina y Santiago de Chile.

El avión sube, sube, dejando a nuestras espaldas el perfume y el verdor de los viñedos para avanzar hacia la altura de unos 5.000 metros sobre un indescriptible escenario de cumbres que surgen sin una señal de vegetación entrecortadas por valles arenosos y por uno que otro espejo de lagos perdidos en aquella inmensidad.

Nunca había visto algo semejante ni en los Alpes ni en mis Alpes nativos, ni en los Montes Roqueños que crucé y





recrucé entre Nueva York y San Francisco de California. Allá abajo en aquella vasta desolación distinguíase, como una expresión divina de vida, la estatua del Cristo de Los Andes y a mano derecha subía, hacia el cielo la cumbre del Aconcagua cubierta de cándida nieve en pleno verano; el Aconcagua que rivaliza en altura con los gigantes del Himalaya en la altiplanicie asiática del Pamir.

Desde aquella altura bajamos lentamente hacia las fértiles campiñas que rodean Santiago de Chile.

### **Sobre un mar de neblina**

Arica, ciudad cubierta de sangre y de gloria en una guerra heroica, pero fratricida entre Chile y Perú, fue nuestra primera etapa desde Santiago de Chile hacia el Norte. Pernocté en un hospital dirigidos por Hermanas procedentes de Sicilia, traídas allí en alas de la Caridad más fuertes que las alas de los aviones.

Muy temprano al día siguiente el avión emprendió su marcha envuelto en una masa tan densa de neblina que nada podíamos percibir al través de las ventanillas, más que las gotas condensadas sobre el vidrio a manera de lágrimas.

Subíamos con una cierta ansiedad recordando desastres producidos por la falta de visibilidad. Pero al salir de repente, a unos 3.000 metros de altura, de la masa de neblina se me presentó una escena de belleza indescriptible.

A nuestra derecha en aquel mismo momento la mitad del disco del sol en su pleno esplendor iba brotando tras los picachos andinos proyectando sobre la superficie ondulante del mar de neblina unos tintes rosados que le imprimían una belleza fantástica. A medida que avanzábamos en el aire ya del todo sereno veía yo allá abajo a la izquierda la sombra del avión, como de ave gigantesca, avanzando con nosotros sobre la superficie de la niebla.

Con el calor de la mañana se iba ésta lentamente desflecando y sus jirones en alas de la brisa matinal se alejaban hacia el Pacífico hasta deshacerse completamente el mágico espectáculo. Algunas horas más tarde, después



de haber viajado sobre una vasta superficie roqueña sin vegetación, bajábamos sobre el valle fértil y verde de Arequipa, fecundado por las aguas de un río.

No puedo terminar este capítulo sin recordar el trayecto tempestuoso de unos días más tarde entre el Puerto de Buenaventura (Colombia) y el Istmo de Panamá.

Para evitar las recias embestidas del viento y la oscuridad de los grandes nubarrones el frágil avión fue subiendo en vano hasta unos 4.000 metros de altura en busca de calma.

Crujían todas sus articulaciones, sacudiéndose el avión a merced de la tormenta.

Un silencio sepulcral revelaba la ansiedad de los pasajeros. Asomaba de vez en cuando el piloto desde su cabina inquiriendo si había novedad. Sentada a mi izquierda una niñita de pocos años dormía; pero la palidez del rostro y el respirar afanoso indicaban su malestar.

¡Con cuánta intensidad en esos instantes uno se encomienda a Dios ante la proximidad de poder de repente aparecer ante su Divino Tribunal!

No pudimos detenernos en la ciudad de Panamá por la borrasca. Seguimos a lo largo del Canal sin que nadie se preocupase mucho por su maravilla hasta descender finalmente en tierra firme en el aeropuerto de San Cristóbal.



## CAPÍTULO XX “Ad limina”

### “Gracias al Código

Debo agradecer mi última visita a Europa al Código de Derecho Canónico que ordena a los Obispos visitas periódicas a las Basílicas de San Pedro y San Pablo y a rendir cuentas de su mayordomía al Santo Padre y a las Congregaciones Romanas.

Con este objeto, terminadas las funciones de Semana Santa en mi Catedral a fines de abril de 1939, dispuse mi itinerario así: la segunda mitad de mayo junto a Don Bosco y a María Auxiliadora en Turín; la primera mitad de junio en Roma; la segunda mitad en mi tierra natal y celebrando San Pedro con el Rector Mayor, Don Pedro Ricaldone, en la Casa Madre y la primera mitad de julio en visita a vuelo de pájaro a través de España para embarcarme el 13 de ese mes en Gibraltar en el pobre “Rex”, desmantelado más tarde, después de la guerra, por manos extrañas en la Istria italiana.

¡Con cuánto calor fraternal es uno recibido en el Oratorio, impregnado aún del espíritu de Don Bosco!

No pude celebrar sin lágrimas la Santa Misa en el altar de San Juan Bosco ante cuya tumba yo me había arrodillado adolescente, al llegar a Valsalice. Frente a su altar en la Basílica de María Auxiliadora se halla el altar de la Beata María Mazzarello, recién beatificada y cuyo panegírico tuve la dicha de pronunciar en la próxima Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora.



Más aún: como por dificultades de última hora no pudo el Obispo de Parma predicar en el Santuario el 24 de mayo, se me encomendó el privilegio de ponderar su maternal protección en el desarrollo milagroso de su obra en tierras de América.

Al describir de paso la escena de la despedida de un grupo de Misioneros conmigo entre ellos en aquel mismo Presbiterio, con el brazo y la bendición del Señor Don Rúa, la emoción me subió a la garganta y hube de suspender por unos instantes mis palabras.

Como era natural, tuve que ensalzar las grandes figuras salesianas piemontesas que iniciaron la obra de Don Bosco en tierras de América con estas frases más o menos: “Esta magnífica raza piemontesa, cuando pone manos a la espada unifica la patria; cuando pone manos al arado, transforma en vergeles las llanuras de Santa Fe y las Pampas Argentinas y cuando empuña la cruz despierata una primavera católica entre las tribus de la Patagonia y de la Tierra del Fuego”.

Habría tocado con estas palabras la fibra, al parecer algo fría, de mi auditorio, piemontés en su casi totalidad.

Cuando llegué a la sacristía, todos me rodearon exclamando. “Nunca se predicó un sermón tan elocuente en la Basílica de María Auxiliadora”.

### **Con el Padre Santo**

Fue unos días después cuando tuve la suerte de ser admitido por el Santo Padre Pío XII.

Pronto se desvaneció mi prevención ante la franca sonrisa con la que me tendió su mano, que besé afectuosamente, y añadió: “Siéntese Arzobispo de Santo Domingo y dígame algo de esa tierra para mí tan querida”.

Le dije lo que debía decirle de oficio. Luego, pareciéndome terminado el cuarto de hora reglamentario, añadí: “Santidad no quiero abusar de vuestro tiempo precioso”. “No”. Dijo él “siga nomás hablando”.

“Ya que Vuestra Santidad me lo concede permitidme felicitaros por las palabras de esperanzas de paz dichas



por Vuestra Santidad hace unos días al Colegio Cardenalicio con ocasión de Vuestro onomástico”.

Una sombra de duda cruzó su frente mientras en los labios florecía una sonrisa. La sombra se convirtió tres meses después en la tragedia de la guerra mundial.

Yo agregué. “Santidad, Vuestras palabras cruzaron el mundo llevando a las almas una sensación de alivio. Todos los grandes rotativos de Estados Unidos las reprodujeron, apenas dichas. Y a propósito de Estados Unidos, permita Vuestra Santidad que le repita las palabras del Presidente Roosevelt respecto de la importancia del papado, que yo mismo oí de sus labios en una audiencia con él en la “Casa Blanca”. Mis lectores ya las conocen”.

Al despedirme parecíame ver reflejado en su rostro la imagen de Pedro, el primero en la serie pontificia y parecíame oír vibrar en sus labios el eco remoto del Príncipe de los Apóstoles.

Desde el Vaticano me dirigí a la Casa Generalicia de la Compañía de Jesús para pedirle al General Rvdmo. Padre Ledóchowski que me enviara a un grupo de sus Hijos para hacerse cargo de un Seminario Menor en proyecto.

Nuestro encuentro de diez años antes, durante la Beatificación de Don Bosco, que él tenía bien presente, influyó quizás en una inmediata respuesta favorable que trajo a Santo Domingo a los Hijos de San Ignacio quienes hoy regentan el gran Seminario Central con un número de seminaristas que sobrepasa el centenar.

Cuando en aquellos días incliné mi cabeza en oración sobre la tumba de los Apóstoles Pedro y Pablo, creí oír una voz salida de allí que me recordaba la grave obligación de mantener viva la fe, pura la moral e intenso el culto casi veinte veces secular señalado por ellos con el martirio.

### **¡De las visiones al... Falerno!**

En la Basílica de San Pedro me detuve por largo rato mirando y admirando la gran estatua marmórea de San Juan Bosco en uno de los nichos de la cornisa de la nave



central y mi admiración crecía más y más pensando en la primera visita a Roma del joven Don Bosco hacia la mitad del siglo pasado.

Le dijo aquella mañana a su acompañante Miguel Rúa, aún no ordenado sacerdote: “Miguel, oye el extraño sueño que tuve anoche. Parecíame estar en aquel nicho en lo alto de la Basílica de San Pedro y le pedía a gritos a la gente que me ayudasen a bajar de allí”.

La humildad de Don Bosco que siempre lo llevaba a un bajo concepto de sí mismo, por una sorprendente realización del sueño, lo ensalzó, cumpliéndose el dicho escritural. “El que se rebaja será ensalzado”. Me aseguran que Pío XI había negado permiso para colocar en aquel nicho la estatua de otros grandes santos. Cuando se trató de Don Bosco el sí brotó inmediato y espontáneo de sus labios.

No podía tampoco dejar de visitar el Agro Romano y su capital Lictoria, donde nuestros Hermanos ejercen el ministerio de almas. No iba allí para admirar la portentosa obra de saneamiento, ni para contemplar los trigales dorados, mecidos por la brisa. Quería en cambio ver con mis ojos la realidad de lo que Don Bosco había profetizado en 1887 en el colegio del Sagrado Corazón, cuando le dijo al Director: “De aquí saldrá un grupo de nuestros Salesianos para ejercer el Ministerio sacerdotal en el Agro Romano”, cubierto entonces de aguas malsanas, hervidero de mosquitos y de malaria.

En la vida de nuestro Santo Fundador lo sobrenatural y lo natural se asociaban como la luz del sol se asocia con la nube convirtiéndola en una isla encantada flotante por la atmósfera, irradiando fulgores.

Al recorrer el Agro Romano saneado parecíame respirar el perfume de la niña virgen y mártir, María Goretti, la que en esos mismos campos prefirió ser cosida a puñaladas antes que ser mancillada por el cobarde asesino.

Con grande placer de alma volví a encontrarme en aquellos días con el Excmo. Mons. Félix A. Guerra, Arzobispo Salesiano que había sido cuarenta y seis años antes



mi Catequista y Consejero y mi director más tarde en la Casa de Formación del Uruguay. Le había profesado siempre el afecto y la gratitud que se merecía.

Tenía excelentes cualidades para mantener el orden como Consejero y fomentar la piedad como Catequista. Sabía alternar recias “catilinarias a lo Cicerón” con suaves pláticas de sabor virgiliano en preparación de las fiestas religiosas. Se le quería y se le respetaba.

Recuerdo que al iniciar su oficio de Confesor, con gran pena mía (era yo Asistente), notaba que nadie se movía de su lugar para ir al confesionario, siempre poblado de clientes. Uno que otro alumno echaba una miradita de soslayo que lo inmovilizaba bajo la impresión, predominante en aquel momento de excesivo respeto.

No era mi día de confesión. Pero había que romper el hielo. Después de una preparación improvisada, marché resueltamente al confesionario. Y se vio entonces una vez más que el ejemplo arrastra.

El Señor Arzobispo tuvo la delicadeza de invitarnos a Mons. Esandi, Obispo Salesiano argentino y a mí a un paseo hasta el Colegio Salesiano en la Ciudad de Gaeta, donde él solía residir.

Nos acompañaba el recuerdo del grande Gregorio VII y del no menos grande Pío IX, prófugos en aquella ciudad, huyendo el primero de la prepotencia imperial y el segundo de la furia republicana del efímero triunvirato de 1848 en Roma.

Mons. Guerra nos entretuvo con una comida exquisita, brindándonos al fin una copa del célebre vino “Falerno”.

¿Hubiera yo jamás soñado que con aquel vino, conocido por mí al través de las estrofas de Horacio, Ovidio, etc., se iba a sellar entre el Maestro Arzobispo y el alumno Arzobispo una amistad casi semisecular?

Mientras dicto estas líneas me llega la triste noticia de la muerte del querido Obispo, Mons. Nicolás Esandi, a quien cerró los ojos su venerando padre de noventa y cinco años de edad...







## CAPÍTULO XXI

# En la España redimida

### Cruzando los Pirineos

El primer domingo de julio celebré Misa y distribuí la Primera Comunión en la Parroquia de Cerveres en la frontera de España.

Paseando después con el buen párroco frente al túnel internacional que cruza a España él me decía: “Monseñor, con mis mismos ojos vi cruzar por ese túnel una fila interminable de convoyes cargados de municiones y armamentos que el “Frente Popular” de León Blum y de otros gobiernos de su ralea enviaban al “Frente Popular” español.

Una hora más tarde, bajando en taxímetro por la cuesta española hacia Port-Bou, veía con horror a mi izquierda hacia abajo centenares de esqueletos de vehículos de toda clase que los fugitivos perseguidos por las huestes de Franco ebrias de victoria habían rociado de gasolina y entregado a las llamas para inutilizarlos.

De cada uno de aquellos vehículos parecía salir la voz de la verdad y de la justicia que siempre triunfan al fin.

En Barcelona encontré la Obra Salesiana reviviendo como el Ave Fénix de entre las cenizas. En lo alto del “Tibi-Dabo” el gran Santuario del Sagrado Corazón anunciado por Don Bosco en el año 1886, había resistido a la furia vandálica y la misma estatua gigantesca del Sagrado



Corazón hubo de ser serruchada por no haberse podido arrancar de su pedestal.

Después de haber celebrado misa en el Santuario de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, misa que nunca olvidaré, me dirigí hacia Pamplona para festejar allí, en compañía del Obispo Salesiano Don Marcelino Olaechea, el día de San Fermín.

### **En la tierra de San Ignacio**

¡Qué hondo contraste entre los llanos de Aragón arrasados por la guerra y la sequía y el triunfo de vegetación a lo largo del Ebro en las tierras de Navarra!

Este admirable pueblo navarro que había sacrificado la flor de sus juventudes, siempre en la línea de fuego parecía ahora haber olvidado la tragedia reciente para entregarse con su honda fe católica y su característica alegría a la celebración de San Fermín, el Patrono de Navarra.

Con el Señor Obispo fuimos temprano al través de las calles rebosantes de alegría a contemplar el célebre “encierro de los toros” desde el balcón de la residencia de una distinguida matrona navarra. En el camino el señor Obispo me refirió brevemente un hecho admirable, que nos recuerda los días de las catacumbas.

Después de los primeros saludos me senté junto a la señora, rigurosamente vestida de luto, como también sus nueve hijos que le hacían corona.

Ni los años ni la maternidad fecunda habían borrado de su rostro, velado de tristeza, la belleza a la vez física y moral que se reflejaba también en cada uno de sus hijos.

“Señora, le dije, conozco algo de la tragedia que constituye la gloria de su hogar. ¡Cuánto me agradecería escucharla de sus labios!”

“Con mucho gusto, Monseñor”. Y un toque de emoción cruzó por su semblante.

“Mi esposo pertenecía al Estado Mayor del Rey. Cuando éste renunció y se inició el régimen republicano en



1931, dejó él también su puesto para consagrarse a sus intereses domésticos y la Acción Católica, llegando a presidir las Juventudes Católicas Navarras. Íbamos todos los veranos para una breve vacación a orillas del Mar Cantábrico cerca de la ciudad de Santander. Allí nos sorprendió la Guerra Civil en 1936. Santander cayó en manos de los rojos y usted puede suponer lo que el corazón me anunciaba. Miembros de las huestes marxistas se presentaban a menudo en nuestro hogar y sometían a mi marido a largos interrogatorios. Una vez fue citado ante su Tribunal para el día siguiente. Comprendí que sería el último de su vida. Por eso envié de prisa a mi hijo más pequeño a solicitar de un sacerdote oculto que nos celebrase misa muy temprano en la mañana. Me contestó que no sería prudente y que enviara de nuevo al niño a primera hora.

Volvió él con un sagrado depósito envuelto en un pañuelo de seda y oculto bajo su vestidito. Al verlo venir pensamos en San Tarcisio. Sobre una mesa improvisé un altarcito colocando en él las once hostias consagradas. Nos arrodillamos todos en derredor y mi marido con voz firme y serena fue leyendo la oración preparatoria de la Santa Comunión. Enseguida él mismo comulgó y con su propia mano nos fue dando la Santa Comunión, comenzando por su esposa hasta el más pequeñito. Luego rezó con nosotros la acción de gracias, y se despidió besándonos a todos en la frente. Ya no le vimos más, los cobardes le llevaron a la mar despeñándolo en sus aguas. Éstas, menos crueles, trajeron su cuerpo a la orilla y fue enterrado en una fosa común en la que acertamos a individualizarlo”.

Aquí el Señor Obispo añadió: “Lo traerán dentro de unos días a Pamplona y le haremos una recepción como pocas se han hecho en tierras de Navarra...”.

Sonó en aquel momento el cohete que anunciaba la llegada de los toros. Mientras presenciábamos, más que el espectáculo taurino, el relato de aquella matrona, llenaba mi espíritu.



## Frente a los presos

Dos días más tarde me hallaba en nuestro gran Colegio de la calle de Atocha (Madrid). Acababan de celebrar en el teatrillo del colegio convertido en Templo Parroquial, por haber sido incendiado el de la Parroquia vecina. Mientras me desayunaba con los Hermanos llega a mis oídos un coro poderoso de voces viriles.

“¿Qué es eso?”, pregunté.

“Son los mil trescientos presos que oyen misa en el patio grande del colegio”. Éste había sido convertido en prisión.

“Vamos allá”, y seguimos pasando por encima de municiones desparramadas por el piso de los talleres de la Escuela, utilizados por los rojos como fábrica de armamentos.

La misa tocaba al fin. Desde la plataforma del altar pude contemplar aquella muchedumbre de rostros en su mayoría juveniles. ¡Qué honda pena se apoderó de mí pensando en el vendaval revolucionario que había arrollado tantas existencias en flor!

Con el permiso del Director de la prisión les hablé, llamándoles hermanos. “Hermanos os llamo, porque si yo hubiera cruzado por las circunstancias y el ambiente vuestro, sería yo quizá uno de vosotros. Y si vosotros hubierais cruzado por las circunstancias de mi vida, quizás esta cruz pectoral colgaría sobre el pecho de alguno de vosotros”.

Seguí hablándoles de la Justicia Divina y de la humana. Les recordé su hogar, sus padres, esposas y prometidas. Una ola de emoción los invadió.

Pedí al Señor Director allí presente indulgencia para esta juventud más extraviada que criminal.

Les pedí que reaccionasen hondamente ante Dios y la Patria y, apuntando hacia el cielo, les prometí que por ese camino todos llegaríamos allí.

Se me agolparon en derredor para agradecerme lo dicho. Algunos de ellos, sabiéndome salesiano, me murmuraron sollozando en el oído: “Monseñor, hemos juga-



do como alumnos en estos patios que son hoy nuestra cárcel...”.

Les pedí que volvieran a ser dignos de Don Bosco y de María Auxiliadora.

Al salir a la calle vi con sorpresa en el frente de la capilla del colegio la estatua de María Auxiliadora intacta en su nicho y las campanas intactas asomando también en el pequeño campanario.

Nadie me supo explicar este hecho singular, después de tres años de odio y de destrucción de todo lo religioso. Concluimos que varios ex-alumnos de nuestros talleres, que siguieron trabajando allí mismo en la fábrica de municiones, no permitieron la destrucción de aquella estatua que había protegido su niñez y de esas campanas cuyo sonido había alegrado la primavera de su vida.

### **En el Peñón**

De paso por Córdoba y Algeciras vi con grande placer la obra salesiana en plena acción educativa y “caritativa”; caritativa en el sentido de que muchos huérfanos, hijos de mártires de la fe y de la Patria, encontraban su hogar en la casa salesiana. En espera del trasatlántico “Rex”, pasé mis últimas horas en la casa de los Padres Claretanos en Gibraltar.

Al ponerse el sol me encontré solo por un largo rato en lo alto de la azotea desde la que podía dominar el panorama del histórico estrecho, con el Peñón de Gibraltar a mis espaldas y la costa africana allí enfrente.

¡Qué hora intensa de recuerdos! La leyenda prehistórica había fijado allí las columnas de Hércules, con el misterio del océano a occidente.

Por allí pasaron los fenicios poblando de pequeñas colonias las costas del Continente. Siguiéron sus sucesores los cartagineses con su poderío comercial y militar frente a Roma.

Por allí pasó el joven Aníbal para el célebre juramento de odio a muerte a las águilas de Roma.



Algo más tarde llegó un modesto judío desde la remota Palestina: Santiago el Mayor, trayendo como arma un signo de infamia, la cruz, convertida en signo de redención y de vida. Recorrió España sembrando la nueva doctrina hasta el Noroeste donde surgió la ciudad homónima de Santiago de Compostela. Después de casi veinte siglos esta doctrina constituye aún el alma de la raza hispana, imprimiéndole un poder que dio cuenta de todos sus enemigos, desde Mahoma al comunismo reciente.

Mientras dicto estas líneas, setenta y cinco mil jóvenes católicos de todo el mundo se han congregado para rendir homenaje al modesto judío.

Cuatro siglos más tarde cruzaron el estrecho desde el Norte las hordas de los vándalos e iluminaron con la luz siniestra de los incendios de ciudades las postrimerías de San Agustín de Hipona.

Por aquí desde el Sur algo más tarde, cruzaron a su vez los hijos de Mahoma, ebrios de conquista, quienes en sus ágiles corceles llegaron hasta el corazón mismo de Francia, donde los detuvo Carlos Martel. Siete siglos de cruzada heroica fueron necesarios para su lenta expulsión que coronó de gloria a los Reyes Católicos en la conquista final de Granada.

Desde aquí a fines de aquel mismo siglo XV desplegaron velas los tres navíos del atrevido genovés que entregó a España y a la civilización cristiana un Nuevo Mundo.

Todos estos recuerdos se agolparon en mi memoria mientras el sol se hundía en el Atlántico. Con ellos me embarqué en el "Rex", despidiéndome de España, gran Madre de pueblos, que constituye hoy un faro de vida católica y un bastión irreductible contra la amenaza que se cierne sobre Europa desde las estepas mogólicas.

Después de una rápida visita a nuestros Hermanos de Estados Unidos y de Cuba regresé a mi amada diócesis en la segunda mitad de julio.



## CAPÍTULO XXII

# En la patria de Simón Bolívar

### En plena marcha

Durante el año 1943 se preparaba este país para la solemne celebración del primer Centenario de su Independencia. En esta ocasión dos razones motivaron una visita mía a Venezuela, Patria de Bolívar.

La primera fue la de suavizar las relaciones a la sazón muy tirantes entre los dos Gobiernos y la segunda la de devolver a su Patria los restos de uno de los prohombres de la Independencia muerto en el destierro y enterrado en una Iglesia de la Ciudad de Mérida en la Región de Los Andes.

Naturalmente me llevaba también un vivo deseo de conocer la obra salesiana que había recibido un fuerte impulso por su Inspector el Rvmo. Padre Santolini, quien había traído desde la Argentina la amplitud de ideales y el vigor salesiano característico de aquel país, cuna salesiana de América.

Diminuto de estatura, pero de una actividad inversamente proporcional a su ser físico, había realizado en pocos años lo increíble.

Pude comprobarlo en la misma Casa Inspectorial a cuya edificación primitiva él agregó magníficos edificios modernos que flanquean por tres lados uno de los patios más amplios y pedagógicos que yo he visto en colegios salesianos.



Este colegio dirigido por el joven sacerdote Padre Segundo García, argentino él también y brazo derecho del Inspector, es una verdadera colmena saturada de la vida multiforme del programa salesiano. Vida espiritual en el artístico Santuario de María Auxiliadora; vida profesional en un conjunto de talleres modernos de veras modelo, especialmente en las artes gráficas y la mecánica; vida educativa en un alumnado que por el número y calidad constituye allí un orgullo salesiano.

El mismo impulso de vida fue impreso a la obra de las vocaciones, pues el angosto y malsano edificio anterior fue trasladado a una amplia propiedad próxima a la Capital, en la que funciona al mismo tiempo una Escuela Agrícola especializada que responde, con otra algo más distante, a una verdadera necesidad del país. Y en una altura próxima a la Capital se había ya adquirido el terreno para un gran Santuario en honor de San Juan Bosco que dominará desde allí los contornos más panorámicos y más poblados de la Capital.

Pude comprobar personalmente el prestigio salesiano, pues todas las puertas se me abrían aún las más altas del Gobierno, más por mi carácter salesiano que por el de arzobispo.

Me hacía recordar el inmenso prestigio social de nuestro Santo Fundador aún entre los más destacados representantes del liberalismo anticlerical de su época.

No hay puerta que se cierre al nombre de Don Bosco.

### **En la región de Los Andes**

El avión me dejó cerca del mediodía en la ciudad de Valera, al pie de las altísimas cumbres que rodean la meseta de la ciudad de Mérida a la que me llevaba mi segunda misión. ¡Qué buenos ratos pasé con los queridos Hermanos del Colegio Salesiano en pleno desarrollo!

Por la tarde en automóvil fuimos trepando por el camino trazado por los españoles a mitad del siglo XVI y recorrido dos siglos y medio más tarde por las huestes del Gran Libertador. En la cumbre, a unos 4.000 metros de





altura, me detuve ante el águila de bronce que se yergue sobre un gran pedestal con inscripción relativa al paso de Simón Bolívar por allí. Los recuerdos históricos parecen tomar forma y vida en la soledad de aquellas alturas y frente al monumento recordatorio.

Suelen comparar, y con razón, la meseta de Mérida a un pequeño paraíso terrenal regado por ríos que nos recuerdan los del Génesis.

Es una ciudad eminentemente culta y hospitalaria. Pude gozar de esa hospitalidad en el Palacio Episcopal, donde se me prestó toda cooperación para hallar y recoger en una pequeña urna los restos del prohombre dominicano.

Era la víspera del 24 de mayo y tuve la gran dicha de iniciar la celebración de la fiesta de Nuestra Madre con la misa de Comunión en el floreciente Colegio de las Hijas de María Auxiliadora en aquella ciudad.

Ellas se habían encargado además de acomodar bien los restos en la pequeña urna y al despedirme me aseguraron que la habían colocado en el asiento delantero del automóvil que me llevaría en un viaje de casi todo el día a la ciudad de Bolívar, término de mi excursión.

Después de haber dicho adiós a un grupito de amigos que me acompañaron hasta las afueras de la ciudad, se me ocurrió asomarme al asiento delantero para ver la urna y sentí un escalofrío instintivo al leer con grandes letras blancas sobre el paño negro que envolvía la urna mi nombre y apellido. No tardé sin embargo en convenirme de que aquellos restos, a pesar del nombre, no eran los míos. Pero pensé enseguida en lo que experimentaría el Emperador Carlos V metido en un ataúd sobre un catafalco, cuando les exigía a las monjas del Monasterio de Yuste (Extremadura-España) que le oficiasen sus funerales.

La carretera que seguíamos, abierta en la pendiente escarpada de la montaña, con el río espumoso allá en la profundidad, no dejaba de ser peligrosa tanto por las curvas como por los frecuentes desprendimientos de tierra.



Con grande sorpresa mía, a la vera del camino, en una de esas curvas me detengo ante un nicho con una bella imagen de María Auxiliadora y al pie en el pedestal, el recuerdo escrito de la tragedia acaecida allí.

El automóvil en el que viajaban cinco Hermanas Salesianas, entre ellas la Madre Inspectora, se había precipitado rodando por la pendiente hacia el abismo. Las cinco Hermanas y la señorita que guiaba el coche fueron despedidas violentamente a un lado y al otro antes que el vehículo se detuviese volcado contra un árbol en el borde mismo. Cuatro de las Hermanas buscaron y llamaron en vano a la Madre Inspectora. ¿Se habría precipitado en las aguas del torrente?

Cuando unos pasajeros fueron en su ayuda y consiguieron enderezar el carro volcado, allí estaba la Madre sin sentido. ¡Pero la configuración del suelo había impedido que el automóvil la aplastase!

¡Qué bello episodio para ser recordado el día de la fiesta de la Madre! A mediodía fui huésped de un párroco y, cuál no fue mi alegría al contemplar en la Iglesia Parroquial, sobre un artístico altar de mármol, una no menos artística estatua de María Auxiliadora.

En otras poblaciones diseñadas a lo largo de la tortuosa carretera me encontré con la práctica de esta devoción y pude terminar la fiesta en el Colegio Salesiano de Táriba a pocos kilómetros de la ciudad de Bolívar.

¡Bendita obra salesiana que se tiende como una red hasta los lugares más recónditos!

### **Sobre los llanos del Orinoco**

Otro colegio de las Hijas de María Auxiliadora domina en Bolívar la educación de las niñas de las mejores familias con la historia de un brillante éxito y la promesa de un porvenir aún más brillante.

Inolvidables las horas que pasé en aquel remoto rincón de Los Andes con las buenas Hermanas.

El avión que me devolvía a la Capital se elevó a grandes alturas teniendo a la derecha las altas cumbres andinas



y extendiéndose a la izquierda, hasta perderse en el horizonte, los históricos llanos del Orinoco.

Con la imaginación recorría yo el gran río hasta sus orígenes donde el celo de los Misioneros, hijos de Don Bosco habían realizado y seguían realizando milagros de apostolado entre los indios de aquella región a poca distancia de las cabeceras del Río Negro, Brasil, donde también trabajan con gran resultado los Hijos de Don Bosco a lo largo de aquel grande afluente del Amazonas.

Al regresar de Venezuela traía en el alma íntimamente asociados los recuerdos históricos de la epopeya de la Independencia Americana y de los triunfos de mis Hermanos en Don Bosco y en María Auxiliadora.





## CAPÍTULO XXIII

# Un encuentro providencial

### “Los tres Ricardos”

A principios de este año 1939, regresando de la ciudad de Ponce, Puerto Rico, alguien me habló en el barco de dos sacerdotes americanos que luego encontré sobre el puente.

“¿De dónde son y cómo se llaman?”, les pregunté.

“De la ciudad de Boston (Massachussets)”, me contestó uno de ellos. “Soy el Padre Ricardo Cushing, encargado de las oficinas de la Propagación de la Fe”.

“¿Ricardo?”, añadí, “¿y usted, Padre?”

“Yo me llamo Padre Ricardo Quinlan y soy el Inspector de las Escuelas Católicas de Boston”.

“¿Ricardo Ud. También? Pues somos una “trinidad Ricardiana”. Yo también me llamo así”.

La comunidad de nombres engendró una comunidad de almas.

De esta comunidad brotó la siguiente pregunta del Padre Cushing: “Monseñor, ¿está Ud. proyectando alguna obra en su Diócesis?”

“Efectivamente quisiera iniciar la construcción de un templo en uno de los suburbios más necesitados de la Capital, dedicándolo a San Juan Bosco, el fundador de la Sociedad a la que me honro de pertenecer”.

“Si Ud. Se digna aceptarla, pongo a su disposición para ello la suma de \$5.000 dólares”.



“Bien poco me cuesta el dignarme aceptarla, querido Padre”. Respondí con el corazón tanto más rebosante cuanto mayor era mi escasez de recursos para tal obra.

Así nació la Iglesia de San Juan Bosco que, convertida hoy en Parroquia, es un foco de piedad y de mejoramiento social.

Así nació también una amistad que aún perdura, en verdad providencial por lo que sigue.

### “A su tiempo”

Seis años más tarde, estando yo postrado en un Hospital de Nueva York, la enfermera me leyó una mañana la noticia del nombramiento del Padre Ricardo Cushing para el Arzobispado de Boston. No me sorprendí conociendo sus cualidades excepcionales y su singular espíritu misionero.

Enseguida recordé la visión de Don Bosco en su viaje aéreo desde el Mar Caribe a Valparaíso (Chile), guiado por el joven Luis Colle, de santa memoria.

“¿Por qué no vamos a Boston, adonde nos llaman?”, le había dicho Don Bosco.

“No”, fue la respuesta del joven. “Toda cosa a su tiempo”.

A pesar de medio siglo de fundada la Obra Salesiana en Estados Unidos, nunca “ese tiempo” había llegado. A mí mismo, durante mi Inspectorado, nunca se me había ofrecido la ocasión.

El corazón me dijo: “Éste es el tiempo”.

De acuerdo con el nuevo Inspector, Don Eneas Tosí, así se lo comuniqué a Monseñor Cushing, quien de inmediato lo invitó a trasladarse a Boston para decirle que proyectaba una grande Escuela Profesional en memoria de su predecesor, el Venerando Cardenal O’Connell y que los Salesianos la deberían regentar.

Entre tanto los invitaba a trasladarse de inmediato a Boston, adonde efectivamente se trasladaron unos días más tarde.

Hoy Don Bosco domina en un barrio popular de aquella grande capital en una Escuela de Artes y Oficios y en



un Oratorio Festivo, el primero de su género en aquel país.

El encuentro sobre el puente del barco había sido doblemente providencial.

La Divina Providencia se había servido de mí, como de instrumento para la entrada triunfal de Don Bosco en la gran Metrópoli del Norte.







## CAPÍTULO XXIV

### ¡Casi ciego!

#### Antes

Con este “casi” doy gracias a Dios por haberme dejado un pequeño resquicio por el que percibo aún algo de luz y la silueta indistinta de personas y cosas que se mueven a mi lado. Este resquicio es para mí lo que para el náufrago la tabla que lo mantiene a flote sobre las profundidades del mar.

Hubiera preferido no tocar este episodio doloroso y reciente de mi vida. Lo hago con el deseo de ser útil a mis Hermanos previniéndolos contra las causas de un efecto tan grave.

Creo haber nacido con el defecto de la miopía, original como el pecado homónimo.

Comencé a usar lentes a los quince años, aumentando periódicamente su fuerza con el debilitarse de la vista.

Empero todo tiene un límite y el de mis lentes me fue señalado por un aventajado profesor oculista de Turín en 1939.

“Confórmese con lo que le queda de vista, me dijo. Aumentar el poder de sus lentes sería ponerla en peligro”.

Le pareció anticuada esta opinión cuatro años más tarde a un joven profesor del hospital “John Hopkins” en la Ciudad de Baltimore (Estados Unidos). Los lentes de mayor poder recetados por él apresuraron el desprendimiento gradual de la retina previsto por el profesor turinés.



Yo había ignorado hasta entonces que el ser uno miope es ser candidato a esta terrible enfermedad que se identifica con la ceguera.

Téngalo presente los que sufren de miopía.

Más aún, yo cometí el error bastante común de abusar de mis ojos.

Además de usarlos en el cumplimiento de mi deber, abusaba de ellos por el ansia loca de saber, con razón criticada en las primeras páginas de la Imitación de Cristo.

Leía continuamente en los viajes de ferrocarril a pesar de la trepidación; leía de noche durante los años de mi arzobispado hasta hora tarde y con luz a veces deficiente, hasta sentir el cansancio y la protesta de los ojos. La última obra que leí en aquellas horas me había sido regalada, como obsequio y producción personal, por el célebre Sacerdote italiano Don Luigi Sturzo, fundador del "Partido Popular Italiano". Le había visitado enfermo en el hospital "San José" de Jacksonville (Florida).

Finalmente las visitas pastorales por malos caminos, y las consiguientes sacudidas, acabaron por provocar ciertas sombras en mi ojo derecho precursoras del desprendimiento de la retina.

## **Durante**

Aquí comenzó un calvario de operaciones a la vista; dos en el ojo derecho y cinco en el izquierdo; a cuál más dolorosa.

Fue tan agudo el dolor de la cuarta en el ojo izquierdo que él y el corazón amenazaron ir a la huelga, si el dolor seguía.

Fue a la huelga el pobre ojo, deshecho en sangre. Pero el buen corazón siguió y sigue trabajando, gracias a Dios, con sus pulsaciones normales de bomba absorbente e impelente.

Hubo que sustituir el ojo izquierdo por uno artificial, por cierto muy parecido.

Mientras el fabricante durante la colocación me refería que el secreto de estos ojos artificiales se lo habían



sustraído a los chinos, en mi interior sentía un toque de gratitud hacia el célebre Marco Polo y los buenos Franciscanos que hace siete siglos descubrieron y evangelizaron la tierra de Confucio.

La operación del desprendimiento de retina es en extrema delicada y reclama manos muy expertas.

Después del corte doloroso de los nervios que mantienen el ojo en posición, el especialista con una aguja finísima taladra por tres veces el ojo a fin de provocar entre la córnea y la retina la formación de un líquido que remueve la adhesión de la retina, durante unas semanas de perfecta inmovilidad de la cabeza.

Empero el mismo doctor le previene a uno que la operación se efectúa dentro de lo que los moralistas llaman un “tenue probabilismo”.

Si he de ser sincero, pido a mis Hermanos que piensen diez veces antes de ir a la mesa de operaciones por desprendimiento de retina.

Mas bien aténganse al sistema preventivo, cuidando sus ojos mas de lo que yo los cuidé.

## Después

Sigo, pues, siendo ciego por casi tres años.

No he de negar que esa sombra perpetua tendida ante mis ojos refleja un velo de tristeza en el fondo de mi ser. No puedo ya percibir la belleza resultante de las formas, las líneas y los colores. No puedo gozar de los espectáculos de la naturaleza y del arte; de las cosas bellas que, según la definición de Santo Tomás, “vistas agradan”.

De un modo particular lamento no poder ver en los ojos del amigo el reflejo de la amistad, en los ojos del niño el reflejo de la inocencia y en el centelleo de las estrellas el reflejo de Dios.

Todo esto me entristece pero no me hace infeliz.

Ahora estoy convencido más que nunca de que la verdadera felicidad emana de una conciencia tranquila, en buenas relaciones con Dios y con el prójimo; que no pe-



netra por los ojos, sino brota con la voz que nos asegura haber cumplido con nuestro deber.

Además aún sin ojos se puede trabajar y aún gozar de la belleza que nos llega al través del oído envuelta en la armonía de los sonidos y en la casi divina expresión de la palabra.

Así pude seguir y aún sigo cumpliendo con los deberes de mi estado, en perpetuo contacto con las almas que me han sido confiadas y recorriendo, aunque no como antes, de un cabo al otro mi vasta Diócesis.

Otra cosa que me apena es la nostalgia “litúrgica”. Tan sólo cuando se pierde la salud se aprecia su valor y todo el valor de la liturgia eclesial, se aprecia cuando los ojos se cierran al rezo del Breviario y del Misal y cesa el contacto con ese maravilloso ciclo del año litúrgico que interpreta y satisface todas las necesidades de la vida sobrenatural, en plena simetría con el ciclo astronómico que interpreta y satisface las de la vida material con el sucederse y alternarse de los tiempos de las flores y de los frutos, el sol de verano y de la nieve invernal.

Cuando el monaguillo por la mañana al comenzar mi misa de la virgen o de finados me anuncia el nombre del Santo del día o de la festividad correspondiente al tiempo litúrgico, pareceme que el eco de una voz amiga llega a mí desde un remoto pasado.

Con el corazón en la mano pido a mis Hermanos, a los Sacerdotes particularmente, que no alejen, con la distracción de la rutina, sus labios de esta fuente perenne de Vida, que es la liturgia católica. En ella se asocian de un modo admirable la religión y el arte, poniendo en el alma dos alas que la elevan poderosamente a Dios.

Debo agregar algo más para consuelo de los que van perdiendo la vista. La distracción que ésta nos ofrece poniéndonos en contacto con el panorama exterior queda compensada para el ciego por una mayor necesidad de reflexión y concentración en la vida interior. Disminuye y hasta llega a perderse la experiencia de los fenómenos que



penetran por los ojos. Pero en cambio la mente se aplica más al estudio de sus causas, es decir del saber verdadero, y por ese camino se acerca más y más a la Causa Suprema.

Finalmente por el hecho de ser uno ciego piensa más a menudo y con un consuelo más intenso en aquellas frases divinas: “Si alguien quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame”.

La Suya es siempre la más pesada.





## CAPÍTULO XXV

### ?

El 22 de enero del próximo año 1949 cumpliré los 50 años de vida sacerdotal. Dos semanas más tarde mi hermano Pedro, el único superviviente de los diecisiete que éramos cumplirá sus bodas de oro de casamiento, rodeado de hijos y nietos, en el Uruguay donde yo celebré mi primera misa. Además uno de mis cuatro sobrinos salesianos celebrará allí en ese tiempo la primera suya.

Por todas estas circunstancias, añadidas a la conveniencia de popularizar en un viaje, como el que hice hace diez años, el Monumento Interamericano a Cristóbal Colón en los países del Atlántico y del Pacífico, acaricio el propósito de celebrar mis Bodas de oro entre los Salesianos, responsables hoy de nuestra Obra en el Uruguay y Paraguay, que se formaron entonces entre mis manos en la vida salesiana.

¿Se realizará este ideal? He aquí la razón del título de este capítulo, cuya respuesta depende de Dios.

Entre tanto cierro este opúsculo de memorias con un último recuerdo.

En enero de 1895 nos predicó los Ejercicios Espirituales en la Capilla de María Auxiliadora de Villa Colón (cerca de Montevideo), Mons. Juan Cagliero.

Aún lo veo, sentado frente a nosotros, con su fuerte personalidad física y moral, capaz de desafiar los inter-



minables arenales patagónicos y las empinadas cuestras de Los Andes.

Entre los temas de sus instrucciones recuerdo el tomado de las Epístolas de San Pablo. “Fratres, videte vocationem vestram!” – “¡Hermanos manteneos firmes en vuestra vocación!”

Repitió varias veces la frase latina en su conferencia. Me parece oírlo. Marcaba las palabras a manera de un cincel para grabarlas en forma imperecedera en nuestras mentes.

El hombre que se había formado al lado de Don Bosco y que recogió su último suspiro, comprendía como el que más la importancia de la recomendación.

Con ella cierro, Hermanos queridos, estas páginas.

Conservad los ojos que guían vuestros pasos; pero más aún conservad la vocación salesiana que, a través de las pequeñas y efímeras cosas de esta vida, marca la ruta segura hacia la dichosa y perenne realidad.





## CAPÍTULO XVI

### El canto del cisne

Acabo de regresar felizmente de un largo viaje por la América Latina que parecía casi imposible para un hombre ciego y de mi edad.

Dios ha sido bueno conmigo.

Recorrí en dos meses y medio doce países: seis sobre el Pacífico, es decir: Haití, Jamaica, Colombia, Ecuador, Perú y Chile; y seis sobre el Atlántico, es decir: Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Trinidad (Antillas) y Puerto Rico (Antillas).

Además pude remontar por unos dos mil quinientos kilómetros los ríos Paraná y Paraguay hasta el corazón de la región del Chaco, en la que hace veintiséis años, como Inspector, inicié una Misión entre los indios, convertida hoy en Vicariato Apostólico. Su primer Obispo es el Salesiano Mons. Angel Muzzolón, querido ex alumno mío.

En cada país pude realizar el doble programa que me había propuesto: primero el de propagar y popularizar el hondo simbolismo cristiano del gigantesco monumento en forma de cruz que los pueblos de América construyen actualmente en Santo Domingo, cuna de América, en testimonio de gratitud al Descubridor y como signo de fraternidad cristiana entre las veintiuna naciones del Nuevo Mundo. Lo conseguí en entrevistas personales con las supremas autoridades eclesiásticas y civiles, por medio



de la prensa y de conferencias públicas. Fue una verdadera cruzada de la santa Cruz.

En segundo lugar deseaba comprobar de nuevo personalmente la prodigiosa realización salesiana del ensueño profético de Don Bosco en su histórico viaje desde el Mar Caribe a la Tierra del Fuego. (Biog. de D. Bosco, vol. XIII).

“Insisto en el término” “realización prodigiosa”. Durante estos últimos sesenta y cinco años la América Latina se cubrió de una verdadera red de centenares de instituciones Salesianas para ambos sexos.

Pude comprobarlo al través de catorce Inspectorías, rebosantes de vida y de acción y con una eflorescencia de vocaciones que anuncian un porvenir cuya fecundidad no es posible prever.

Baste decir que en las solas cuatro Inspectorías del Brasil encontré unos mil cien aspirantes, unos cien Novicios, más de doscientos Filósofos, y unos setenta Teólogos salesianos.

En todas partes el nombre y la obra salesiana gozan del máximo favor. Pude recogerlo de labios de todos los Jefes de Estado que visité. Por ejemplo, el Presidente de Colombia me decía: “Si sobran Salesianos en el mundo, mándelos todos a Colombia” y el de Ecuador: “Queremos mucho a los Salesianos, no sólo por su eficaz acción educativa popular, sino también porque sus misioneros avanzan hacia el Amazonas llevando en una mano la cruz redentora y en la otra la bandera patria que asegura sus confines con los pueblos vecinos” y el General Odría, Presidente del Perú, a mi sugerencia jocosa que pusiera guardias en los colegios salesianos, contestó sonriendo. “No sólo guardias para vigilarlos, sino espías en sus colegios para vigilarlos mejor. Se trata de mis hijos que reciben en ellos una primorosa educación”. Y así todos los demás Jefes de Estado, sin mencionar las autoridades Eclesiásticas todas concordes en bendecir el nombre y la Obra de Don Bosco.

Pueden suponer mis lectores, el orgullo y la alegría que todo salesiano debe sentir ante lo dicho.



No cabe en estas líneas la expresión de lo que mi alma experimentó en el mes transcurrido en el Uruguay, Paraguay y Chaco, escenario de treinta y cuatro años de mi vida salesiana al verme rodeado de tanto afecto fraternal de Hermanos y Cooperadores entre los que se cuenta mi hermano Pedro, quien celebró conmigo su Boda de oro de matrimonio rodeado de ocho hijos y muchos sobrinos y nietos, de los que cuatro pertenecen a la Familia Salesiana.

Termino renovando para todos mis Hermanos Salesianos el pedido de preservar, conservar y perfeccionar su vocación, garantía segura de una vida fecunda cuyos frutos gozaremos con Don Bosco y María Auxiliadora en la eternidad.

Seguiré ahora poniendo todas las energías que aún me quedan al servicio de mi Iglesia y de la Obra Salesiana que en ella va floreciendo. Me estimularán para ello las resonancias del viaje reciente que siguen sonando en mi memoria como un “Canto de Cisne”.





## Apéndice

*Podrán interesar a mis lectores las dos cartas que publicamos como apéndice de estas Memorias, recibidas en ocasión de mis Bodas de Oro Sacerdotales.*  
(Carta del Papa y carta de D. Ricaldone)

AL VENERABLE HERMANO  
RICARDO PITTINI  
ARZOBISPO DE SANTO DOMINGO  
PÍO PP. XII

Venerable Hermano:

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

Pronto brillará para ti el día en que, con la divina gracia, cumplas felizmente el quincuagésimo año de tu sacerdocio. Fausto acontecimiento, por demás alegre, así para el vigilante pastor como para la fiel grey. Porque bien sabido es el amor a las almas con que tú, con ejemplo de egregia piedad e integridad de vida, siempre te ocupaste en provecho de los prójimos, y particularmente la solitud pastoral con que riges la grey encomendada a tu cuidado. Por tanto Nos, aprovechando la oportunidad de tan fausto suceso, de corazón te felicitamos por tan prolongado y diligente ministerio, y con instantes preces invocamos a Dios misericordiosísimo para que te conceda toda clase de satisfacciones y prosperidades, todavía por muchos años. Y para que las próximas fiestas puedan traer abundancia de frutos a tu pueblo, gustosos te concedemos la facultad para que, en el día señalado, después de



la Misa Pontifical solemnemente celebrada, bendigas en Nuestro nombre y con Nuestra autoridad, a los fieles asistentes, concediendo a los mismos una indulgencia plenaria que se ha de ganar mediante las acostumbradas condiciones de la Iglesia. Entretanto, como prenda de futuros dones y de Nuestro particular amor, a ti, Venerable Hermano, a tu Arzobispo Coadjutor, a tu Obispo Auxiliar, al clero y pueblo encomendado a tu vigilancia, así como a tus hermanos religiosos, amantísimamente te concedemos la Bendición Apostólica.

En Roma, junto a San Pedro, día 26 de diciembre, año 1948, décimo de Nuestro Pontificado.

Pío Papa XII

Turín, Fiesta de SAN JUAN BOSCO, 1949.

A S.E. RMA. MONS. R. PITTINI,  
ARZOBISPO DE STO. DOMINGO.

Amadísimo Monseñor:

Es mi vivo deseo estar presente en las solemnidades que han de celebrarse en sus Bodas de oro Sacerdotales, con el pensamiento, el corazón, la oración, los votos más afectuosos.

Cúpome la alegría de ver por vez primera a Mons. PITTINI el día de Santiago del ya lejano 1908 en Montevideo. Durante la visita que hice a continuación a aquella casa pude acrecentar en mí los sentimientos de admiración del primer encuentro, persuadiéndome aun con más veras de que me hallaba delante de un Sacerdote de dotes intelectuales y de celo apostólico nada comunes. El bien por él efectuado en el Uruguay, especialmente en lo tocante a la formación y a la práctica del espíritu de San Juan Bosco y la pasión santa de formar cristiana y socialmente a los jóvenes y a las mu-



chedumbres son cosas de todos conocidas y huelga que yo teja su elogio.

Lo seguí a Estados Unidos, y por cierto él me habrá perdonado ya, si a mí precisamente, me tocó iniciarlo, sin que él lo sospechase, en un trabajo que había de ser sellado con la dorada cruz que ahora cuelga sobre su pecho. En todas partes, pero particularmente en estos últimos años, como Arzobispo de Santo Domingo, Mons. PITTINI supo llevar a cabo obras verdaderamente maravillosas, granjeándose las simpatías de todos, permaneciendo siempre ante todo y sobre todo profundamente Salesiano.

Justo es, por tanto, que hoy le presente, en nombre mío y de toda la Sociedad, más aún, en el nombre mismo de San Juan Bosco, las más vivas gracias asegurándole que los Salesianos no olvidarán nunca lo que él ha hecho por la gloria de la amada Congregación.

Mis oraciones y las de todos los hijos de San Juan Bosco se elevan hoy fervorosas y suplicantes a Dios para impetrar a nuestro amadísimo Mons. Pittini, por intercesión de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, gracias cada vez más abundantes, conque pueda continuar su ardua y proficua tarea aun llevando con serenidad heroica su doble cruz.

Del Santuario de Valdocco envió a él y a cuantos le rodean en estas solemnidades jubilares una especial bendición de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, rogándole quiera a su vez bendecirme a mí, a los Salesianos todos y las obras de nuestra amada Sociedad.

Con inmenso afecto me profeso devotísimo en Jesús y María.

Sac. Pedro Ricaldone







# Palabras de un ciego a los que ven 1955

*“Si yo supiera que con estas páginas he preservado a una persona tan sólo de la pérdida de su vista me daría por muy satisfecho de haberlas dictado”.*

Mons. Ricardo Pittini

## **Amanecer**

Mi vida amaneció con ojos sanos y vista perfecta. Siendo niño reconocía las personas a gran distancia, distinguía las letras más menudas y abarcaba en todos sus particulares el amplio y magnífico panorama de colinas y montañas que corona la tierra en que nació.

Después de las lluvias torrenciales del verano me deleitaba la vista de los blancos regueros de espuma de improvisadas cascadas de agua que saltaban de peña en peña en los montes remotos, y al llegar el otoño corría a mirar con gozo las primeras nieves en las cumbres más altas.

Tenía tan sólo 5 años cuando mi hermanito Pedro de 7 se encaprichó en querer que yo le acompañase a la escuela elemental del pueblo, que constaba tan sólo de cuatro cursos. Así mis ojos fueron sometidos a un ejercicio excesivo prematuro, particularmente por haberme yo pronto enamorado de libros y cuadernos.

Agradezco a los míos el haberme quitado el defecto de los párvulos que acercan demasiado los ojos a la página del libro que leen o del cuaderno en que escriben las pri-



meras letras. Padres y maestros deben corregir este defecto. Empero los míos no podían corregir la deficiencia del alumbrado primitivo, consistente entonces en la tenue llama de una lamparita de aceite o en la inquieta de una vela a menudo de sebo. Esta fue la causa de la primera debilitación de mi vista sin darme yo cuenta.

A los nueve años ingresé en el Seminario Diocesano. El alumbrado consistía allí en grandes lámparas de kerosene, provistas de reflector que irradiaba sobre los libros y cuadernos una luz excesiva, cuyo reflejo en las largas horas del estudio vespertino cansaba los ojos hasta el punto de irritación. Así transcurrieron los cuatro años de Gramática y latín y los dos años de Retórica, y fue entonces cuando mi vista se debilitó a tal punto que necesité los primeros lentes.

Tanto más delicada es su prescripción cuanto mayor es mi vanidad al ver en el espejo el aspecto magistral que me pareció haber adquirido con ellos. Si la fuerza del lente no corresponde a la exigencia de la vista, esta deficiencia o exceso producirán en ella serias consecuencias. Digo esto porque debo agradecer, si no a todos, a la mayor parte de los oculistas que me atendieron más tarde el gran cuidado puesto no sólo en la adaptación del lente a la vista, sino en su adecuada posición con respecto a los ojos.

Lo dicho en esta página revela la grande responsabilidad de los padres de familia en cuanto al grado de luz utilizada por sus hijos en las horas de estudio. Se comprende que la luz blanca o la fluorescente son siempre preferibles para no cansar la vista. Mucho me temo que el número excesivo de personas con lentes sea la consecuencia funesta de las luces variantes en los teatros, salas de cinematógrafo y en la misma televisión doméstica.

Si los padres pudieran sofrenar un poco el ansia excesiva de espectáculos cinematográficos de sus hijos, les prestarían el gran servicio de conservar su vista y alejar el peligro de que ésta se pierda antes de tiempo.

Y en cuanto al uso de los lentes, éste debe conformarse plenamente a las prescripciones del doctor, y debe evi-



tarse la mala costumbre de ponerlos y quitarlos caprichosamente, y peor aún, en caso de olvido o de extravío, de utilizar lentes ajenos, aunque parezca que se acomodan a la vista. Es increíble el descuido de ciertas personas en cuanto a este punto. El debilitarse progresivo de la vista con el uso prolongado de los mismos lentes despierta un ansia excesiva de cambio por el gozo que se experimenta con la visión renovada de los nuevos lentes. No me parece que los lectores estén de acuerdo con la frecuencia de tales cambios, que forzosamente llegan a agotar la capacidad del órgano de la vista. Lo digo por mi propia experiencia. Hace unos dieciséis años me visitó el mejor oculista de la ciudad de Turín, Italia. Después de un escrupuloso examen me dijo: “Monseñor, Ud. no debe cambiar sus lentes. Confórmese con su vista, suficiente para las necesidades corrientes de la vida. Forzar más sus ojos sería exponerlos. Por cuatro años cumplí el consejo de oro del anciano doctor. Después de un examen no menos escrupuloso en el Johns Hopkins de Baltimore, un joven doctor creyó que la teoría del anciano turinés era anticuada, y me prescribió lentes más fuertes. Empero he pagado el placer de una visión más clara con el fenómeno anormal de ver doble alguna vez y de facilitar más tarde, junto con otras causas, el desprendimiento de la retina.

### **¿Eres miope?**

Si lo eres, es decir, si no ves bien a distancia, eres un candidato al desprendimiento de la retina de tus ojos y a la consiguiente pérdida de la vista. He oído esto repetidas veces de labios del Dr. Ramón Castroviejo, el oculista de fama internacional. Si yo hubiera conocido y practicado ciertas reglas para los miopes que aprendí demasiado tarde en la Clínica de dicho doctor en New York, todavía gozaría del tesoro de la vista.

Para que tú, miope, no la pierdas, apréndelas de memoria y practícalas con escrupulosidad.

Ante todo, no te dediques a ejercicios que te obliguen a inclinar el cuerpo hacia delante, como yo lo hacía dia-



riamente hasta tocar los pies con la punta de los dedos. No dejes caer el agua de la ducha sobre tu cabeza por motivo de higiene, ni practiques el “shampoo” con el mismo fin. Luz eléctrica demasiado intensa, y peor aún de distintos colores, es perjudicial para el miope. No fijes por largo tiempo la mirada en un punto, por ejemplo cuando escribas a maquinilla o trabajes en la máquina de coser. Las sacudidas recias del cuerpo particularmente en viajes por malas carreteras favorecen el desprendimiento de la retina.

La inteligente y amorosa intervención del Dr. Castroviejo me había devuelto la vista de mi niñez. Pagué mis descuidos posteriores con el desprendimiento de la retina y la pérdida total de mis ojos. No olvides que el sentido de la vista es el más precioso porque es el que más nos relaciona con el mundo exterior.

Cuando conversamos con una persona expresándole nuestro pensar y sentir, parece que en sus ojos y en los nuestros se produce un intercambio más claro y elocuente que el de las mismas palabras. Son las imágenes que han penetrado en nuestro cerebro por los ojos las que reproducen en nuestra memoria de día y aun en sueños de la noche la historia del pasado. El pobre ciego necesita siempre de una mano ajena que sustituya en parte la guía de los ojos, la guía preciosa que nos brinda esa libertad de movimientos, parte de nuestra vida.

Cuida tus ojos, mi amigo, como se cuida el más preciado tesoro. Tanto empeño tienes en conservar en la caja fuerte de los bancos el dinero que te sobra. No hay dinero en el mundo que pague el tesoro de tu vista.

Visita de vez en cuando a un oculista, quien, siendo el mismo, puede comparar tus ojos de hoy con los de antes, y prevenirte contra cualquier eventualidad.

### **Las cataratas**

Las hay en los ríos, como las célebres del Niágara, pero las hay también en los ojos, en los que se van formando con la edad. Son una tenue carnosidad que se extiende a manera de velo sobre la pupila disminuyendo la visión.



El hábil médico las suprime con una operación en verdad algo dolorosa, pero que devuelve la alegría de ver. La que me practicó el doctor Castroviejo me hizo saltar de gozo cuando pude percibir claramente hasta las más menudas letras que él me presentó. Con razón me dijo: “Monseñor; ha readquirido la vista de su niñez”. Los benditos descuidos provocaron el desprendimiento más tarde de la retina.

Cuando a juicio del doctor, las cataratas estén maduras para la operación, sométete a ella sin temor a los sufrimientos. Por seis veces yo he ido a la mesa de operaciones, y mis descuidos en los frecuentes viajes de mi apostolado y el abuso del escribir y leer pudieron más que la maestría del Dr. Castroviejo, para quien guardo una profunda gratitud.

Se comprende que los ojos operados de cataratas deben mantenerse en reposo por un tiempo prudencial durante su convalecencia.

### **Consejos a los ciegos**

Las enfermeras que me cuidaron en la clínica del Dr. Castroviejo me refirieron algunos casos de pacientes que al perder la vista se desesperaron hasta el punto del suicidio. Te confieso, querido lector, que cuando en la clínica se terminó mi sexta operación con resultado negativo, el sentirme ciego estremeció hasta las últimas fibras de mi ser. Tan sólo en la religión y en la razón hallé fuerzas para sobreponerme al rudo golpe. Nunca resonaron en mi conciencia con más fuerza las palabras “hágase Tu voluntad” y nunca un sereno razonar me convenció más de que aun sin ojos se puede gozar de la vida y puede uno ser útil a sus semejantes.

Hoy, después de diez años de ceguera total, la experiencia me dice que es así. No ha dejado de cumplir casi todos mis deberes de Arzobispo; no ha dejado de gozar de la amistad, aún más grande, de muchas personas que en mi condición hallan un motivo más para quererme; he realizado largos viajes por todo nuestro Continente y por



Europa en cumplimiento de alguna misión; me he entretenido y me entretengo en la soledad de las primeras horas de la noche a través de la radio en los informes proveenientes de todo el mundo y, sobre todo, la saludable, alegre y a veces peligrosa distracción que los ojos proporcionan ha sido sustituida por un hábito de reflexión y de vida interior, que aclara más y más el concepto de las cosas y de los serios problemas de la vida.

Al fin y al cabo, si es verdad que el sentido de la vista es el más precioso, no podemos negar la importancia de los otros cuatro sentidos para el vivir, importancia que se aumenta al parecer en el ciego al utilizar más los otros sentidos en las conveniencias de la vida, hasta parecer que éstos se afinan como para compensar la ausencia de los ojos.

Me limito, querido lector, a estas pocas páginas, producto simple y sincero de mi personal experiencia. Espero que las habrás leído con un interés igual al amor que las ha inspirado. Si yo supiera que con ellas he preservado a una persona tan sólo de la pérdida de la vista, me daría por muy satisfecho de haberlas dictado.

Monseñor Ricardo Pittini  
Ciudad Trujillo, D. S. D.  
24 de noviembre de 1955  
Año del Benefactor de la Patria













## SERIE HOMBRES DE IGLESIA

1. EL PADRE GARCÍA  
P. Antonio Camilo.
2. EL PADRE BILLINI  
Vetilio Alfau Durán.
3. EL ARZOBISPO NOUEL  
Ramón Emilio Jiménez.
4. EL PADRE FUERTES  
José Luis Sáez, S.J.
5. EL PADRE CASTELLANOS  
Fernando Pérez Memén,  
José Luis Sáez, S.J.,  
Guillermo Soto Montero y  
Antonio Lluberes, S.J.
6. EL ARZOBISPO VALERA  
Max Henríquez Ureña,  
José María Morillas.
7. EL ARZOBISPO MONZON  
María Magdalena Guerrero Cano.
8. EL PADRE BUGGENOMS  
Armando Boni, C.S.S.R.
9. EL CARDENAL BERAS ROJAS  
Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbro.
10. EL PADRE PÉREZ  
Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbro.
11. EL PADRE ROBLES TOLEDANO  
Mons. Dr. Rafael Bello Peguero, Pbro.
12. EL ARZOBISPO PORTES  
José Luis Sáez, S.J.
13. EL DOCTOR ELÍAS RODRÍGUEZ  
José Luis Sáez, S.J.
14. EL PADRE FANTINO  
José Luis Sáez, S.J.
15. EL PADRE CIPRIANO FORTÍN, M.S.C.  
Raumundo Savard, M.S.C.
16. EL ARZOBISPO MENA  
José Luis Sáez, S.J.
17. MONSEÑOR PITTINI  
José Luis Sáez, S.J.  
Mons. Ricardo Pittini, S.D.B.



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

